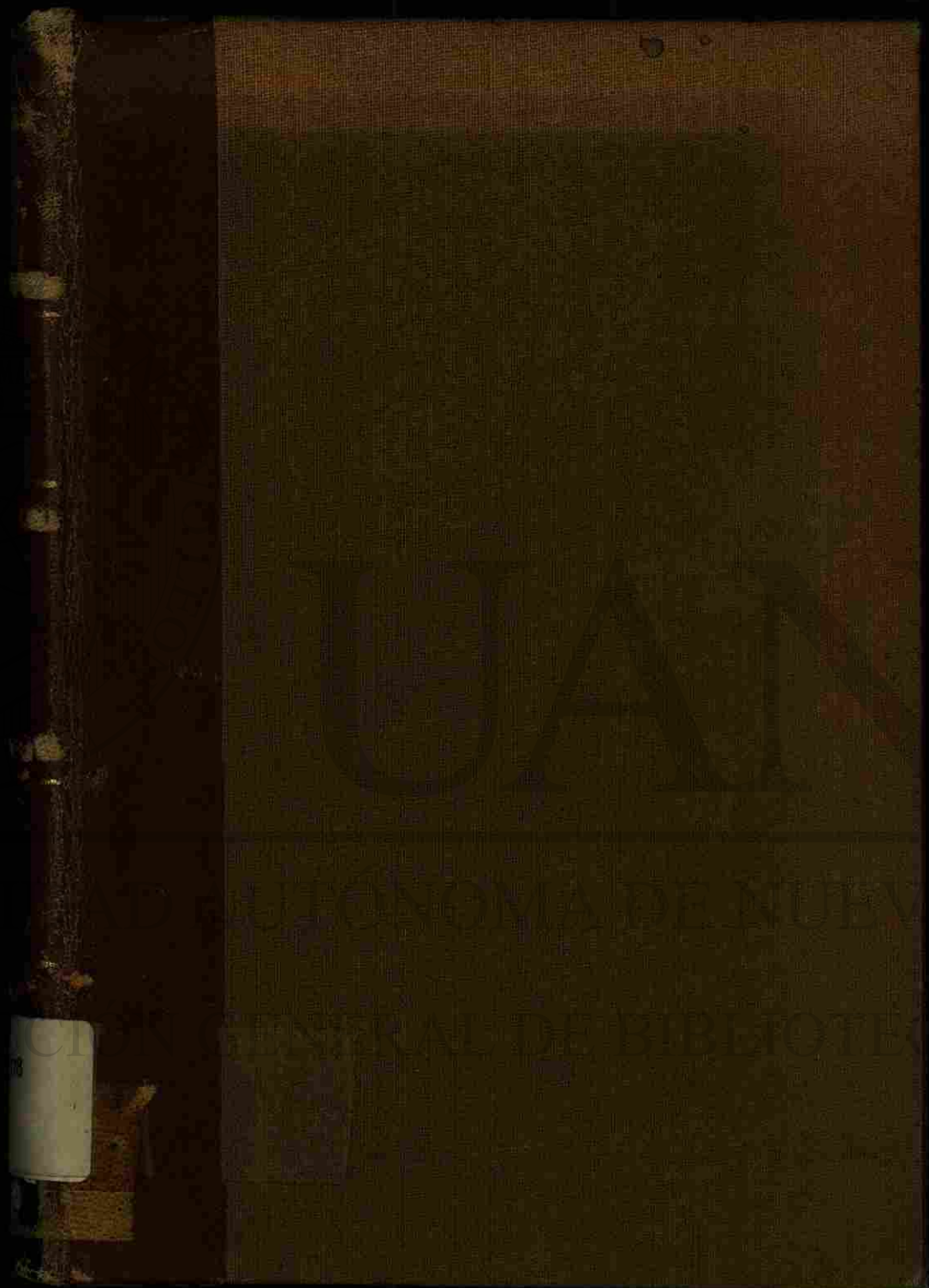


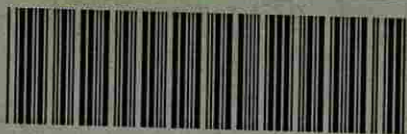


CHINESE

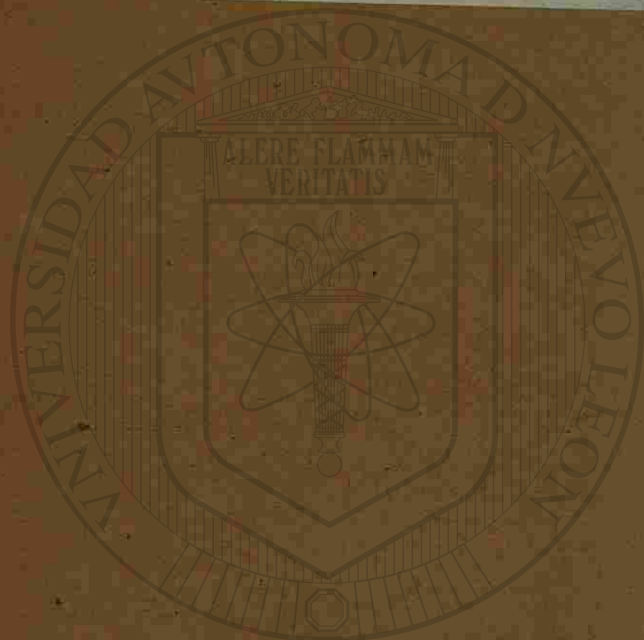
DECIMA

MUSA

PQ2378
.03
D48



1020026719



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

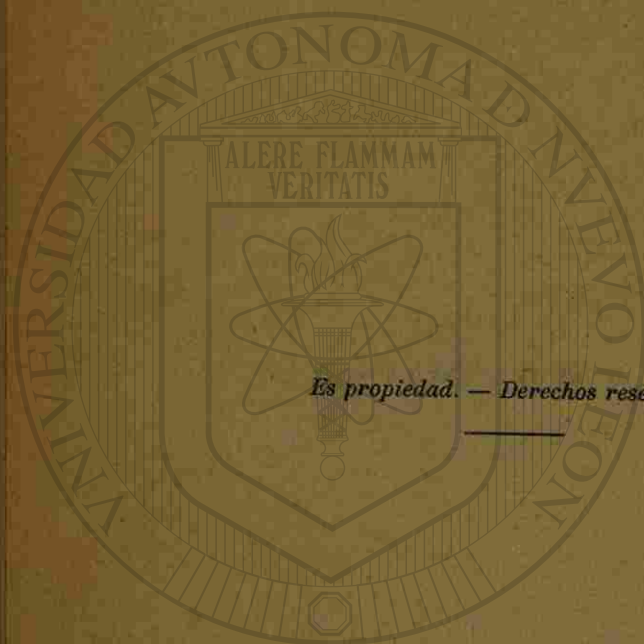


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA
DÉCIMA MUSA

Núm. Clas.	N
Núm. Autor	Ob 382d
Núm. Adg.	30615
Procedencia	-8-
Precio	
Fecha	
Clasificó	29
Catálogo	



Es propiedad. — Derechos reservados

LAS BATALLAS DE LA VIDA

GEORGES OHNET

LA
DÉCIMA MUSA

Versión Castellana

POR

M. R. BLANCO BELMONTE



85935

PARIS

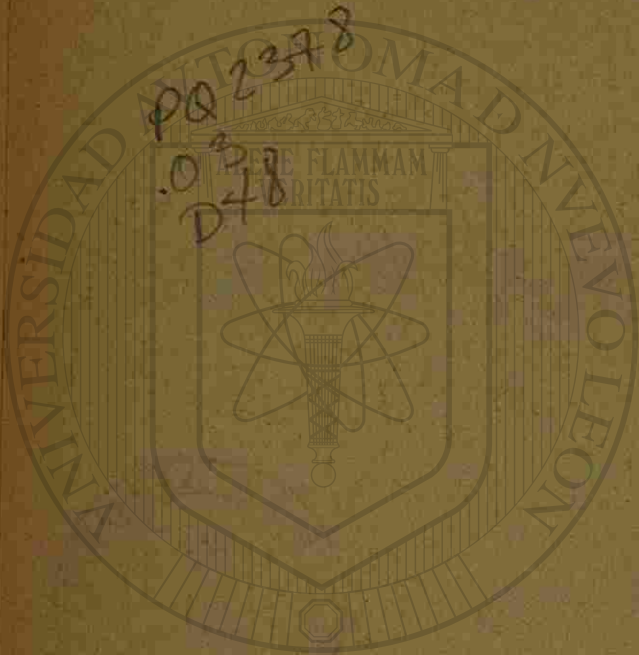
SOCIEDAD DE EDICIONES LITERARIAS Y ARTÍSTICAS

Librería Paul Ollendorff

50 — CHAUSÉE D'ANTIN — 50

30615

843
O.



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO ALVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL

LA DÉCIMA MUSA

I

— ¡ Ah ! Querida mía ¿ ha leído usted el último poema de Oliverio Juglat ?

— ¿ Por otro nombre, la marquesa de Sortais ?

— Sí, la marquesa de Sortais ; esa rubia encantadora que podría hacerse adorar por su belleza y que quiere ser discutida por su talento.

— ¡ Su talento ! ¡ Su talento !

— ¡ Y su belleza !...

— ¡ Oh ! ¿ Afirmará usted que no es bella ?

— Lo fué.

— ¿ Y que no es genial ?...

— Pero ¿ es ella ?...

— Sí ¿ pero es ella ? Toda la cuestión estriba en esto ! Se supone que no escribe las poesías que firma, y que tras ella se oculta un gran escritor enamorado, al cual tiene encerrado haciendo producir, para su mayor gloria.

— ¡ Qué infamia !

— Andrés Treillard, en fin, para no nombrarlo.

— ¡ Oh !

Esta exclamación indignada surgió de los labios de la seductora señora de Gantis, en el saloncito de la baronesa de Folentin del Rocher, á la hora deliciosa y tranquila en que, alrededor de una mesa abundantemente provista de pasteles, sobre la cual, entre las frescas flores, humea la tetera rusa, las gentes del gran mundo, cansadas de las ocupaciones y de los placeres del día, se congregan y restauran las fuerzas para los placeres y las ocupaciones de la noche. Se hallaban allí, en el seno de la intimidad, acostumbradas á hablar sin reticencias, y no titubeando más ante la murmuración que ante la calumnia, con tal de que la una fuese muy atrevida y la otra muy original. Reíanse, con refinada ferocidad, de las flaquezas del prójimo, de las miserias de los amigos, y se gozaban en destrozar las reputaciones y las glorias, entre dos tazas de té, muy azucarado, levemente cubierto de nata.

Estaban, á más de la dueña de la casa y de la minúscula señora de Gantis — provincianita que habían comenzado á educar — Duverney, el agente de bolsa, la condesa de Grodsko, el brillante *sportsman* Roberto de Preigne, el barón de Duburle, y Ravery, apodado la peste de los salones : hasta tal punto este joven débil, encanecido y cojo, sobresalía, en una sociedad donde el chismorreó es rey, para destacarse sobre la maldad general.

— Supongo — dijo Ravery, con un *tic* gesticu-

lante, que le obligaba á cerrar el ojo izquierdo y á contraer la boca — que por muy ignorantes que se hallen acerca de la literatura contemporánea, conocerán ustedes á Treillard. Es el autor de ese magnífico libro titulado *La abdicación amorosa*.

— ¿ Supongo que ese libro no se ha vendido, cuando usted lo celebra ?... — insinuó Duverney dulcemente.

— En efecto, no se ha vendido. Nuestros deliciosos imbéciles del gran mundo ¿ hubieran sido capaces de comprenderlo ?... Renunciaron á comprarlo. Eso les resultaba más sencillo. ¡ Bueno ! Lo cierto es que el último poema de esa dama vetusta, teñida, estucada que se da tono de beber en la fuente de Hipocrene, y que se llama la marquesa de Sortais, ha sido escrito por Treillard. Es irritante la certidumbre. La crítica cobarde ante las buenas comidas — y conste que la marquesa tiene un cocinero excelente — no se ha atrevido á declararlo. Pero en la intimidad, los que están bien informados, lo confiesan, levantando los brazos al cielo. ¡ Horror de horrores ! ¿ Dónde vamos á parar ? ¡ Los profesionales prestan su genio á las damas de la aristocracia y transforman á los lindos pájaros-bobos de los salones en Safos ó en Corinas ! Y ¿ qué es lo que dan esas damas para conseguir los laureles ?... ¡ Su carne blanca y crasa !

— ¡ Ah ! — gritó espantada la señora de Gantis, tapándose los ojos con la mano cubierta por guante de piel de Suecia.

— Si, querida señora — afirmó gravemente Duverney. — ¿Podrá usted creerlo?... Existen criaturas pertenecientes al sexo de usted, que tienen el impudor de ir, entre cinco y siete de la tarde, á cuartos de soltero, amueblados á la inglesa, en los cuales se dejan olvidados horquillas del cabello, prueba de que se despeinan, y hasta el corsé, prueba de que se desnudan. Si yo le cuento á usted estas cosas es porque se las he oído referir á los libertinos que tengo por amigos, pues, como fácilmente comprenderá, nunca me he visto en tales compañías ni en semejantes sitios. Mi carácter, mi profesión y mis costumbres me lo prohíben. Pero, si lo desea, de Preigne se encargará de proporcionarle amplia y completa información sobre la materia. No pasa día sin que ande complicado en una de esas fiestas... Y mire, son las cinco y media, se levanta, se despide y se marcha ¡lo esperan!

El guapo de Preigne sonrió, se inclinó ante la linda provincianita, le besó la mano y le dijo:

— No le crea usted nada. Tengo una cita en casa de un tratante de caballos, para vender el trotón alazán que montó...

— ¡Ah! ¿Es alazán tu trotón? — exclamó Ravery, con risa burlesca y feroz. — ¿Se tiñe, entonces? ¡Decían que era gris!

Reinó silencio. El Sr. de Preigne era, desde hacía un año, el amante idolatrado de la duquesa de Dirnstein, cincuentona archimillonaria, bella aun, y que tenía fama de ser muy generosa con su ídolo. El

guapo mozo no se desconcertó. Leve palidez extendióse bajo los ojos, marcándole ojeras. Sonrió y replicó blandamente:

— ¡Ah! querido, gris ó alazán, corre. Yo te reto á que hagas otro tanto.

Ante esta alusión á la cojera, que constituía la amargura de su vida y que era la causa real de su malevolencia, Ravery se estremeció. Crispó las manos, quiso replicar, pero no encontró la frase mortificante, triunfal, que cierra los torneos de ingenio y que asesina, sin compasión, al adversario. De los convulsos labios dejó escapar ruido sibilante que, á duras penas, podía pasar por risa, y, girando sobre la pierna demasiado corta, se acercó á la mesa de té.

Soberbio y triunfador, salió el Sr. de Preigne. La minúscula señora de Gantis desconcertada aún, exclamó:

— Me he quedado estupefacta con lo que usted me cuenta de la señora de Sortais. ¿Por qué razón esa dama, tan rica, tan alcurniada y que ocupa en sociedad posición tan envidiable, se empeña en perseguir triunfos literarios, cuando no es capaz de obtenerlos por propio mérito?...

— ¡Ah! Mi bella y querida amiga, — contestó la condesa de Grodsko — á la legua se conoce que acaba usted de llegar del pueblo. Tenga en cuenta que la Marquesa está convencida de que posee un talento notable. Se encuentra tan acostumbrada á las alabanzas, que estima como sinceros todos los

elogios que le dirigen de palabra ó en letras de molde. No para mientes en el auxilio que Treillard le preste para la confección de novelas y de poesías. Si fuese posible leer en su pensamiento, vería usted que se encuentra en la creencia de que suministra ideas á Treillard, y de que éste se limita á ejecutar una faena puramente mecánica, revisándole las cuartillas. Cierto que le cincele y le pule la prosa y los versos, y que le corrige las pruebas de imprenta... ¡labor de secretario! ¿Pero el genio?... ¡Es de ella, sólo de ella!

— ¿Qué ventajas obtiene con esa mistificación que, según veo, á nadie engaña?...

— Las ventajas que le proporciona la hipocresía humana. No hay periódico que al nombrarla no la llame la admirable y la sublime escritora. Su retrato figura en todas las revistas ilustradas. Se la reproduce, con párrafos de encomio, en sus salones, rodeada de una corte de aduladores; en su castillo, de pié en lo alto de una gran escalinata de marmol, acompañada por un lebel, cual una dama de Walter-Scott; en el estanque, dignándose arrojar, con la blanca mano, migajas de pan á los serenos cisnes que gallardean en pos de la estela de la barquilla; á caballo, corriendo ciervos, con la cabeza cubierta por amplio fieltro con pluma amazona; en fin, en su estudio, sentada ante la mesa de trabajo, con el dedo meñique levantado y con la frente inclinada sobre una cuartilla llena de garrapatos. Y, al pie de cada uno de estos fotograbados, aparecen el título y la explicación pomposos, trompeteantes, que impresionan

al lector y aseguran la gloria hebdomadaria de la dama. Lo que le cuestan estos reclamos, más vale callarlo. El capital que posee le permite no rehusarse ningún elogio. Aseguro á usted que no se organizará en derredor de ella la conspiración del silencio. Paga demasiado bien para que la crítica se atreva á molestarle. Se ríen de ella en las redacciones de los periódicos y le destrozan la reputación, todo lo cual no es obstáculo para que en seguida se le dedique un artículo brillantísimo y calurosísimo, porque es preciso vivir ¿no es cierto?...

— ¿Lo cree usted muy necesario? — insinuó dulcemente Duverney. — ¿Considera indispensable la existencia de Bulle-bulle, Chismoso, Sablista y demás escribidores que estropean papel blanco ensuciándolo, con tinta envenenada?... ¿No podríamos prescindir de ese hormigneo, que se llama literario, y que es causa de infección social?... Se afirma que la peste llega á Europa traída por las ratas. Siempre he creído que la traía la gente periodística.

— Cuidado, Duverney. Si se llega á saber cómo habla usted del cuarto poder...

— ¡Bah! Yo me río del cuarto poder, que es, realmente, el primero, por cuanto se muestra el más terrible de todos. No dependo de nadie. Y, además, para algo tenemos policía correccional.

— ¡Bueno! Por lo visto usted cuenta con el amparo de las leyes, aun sabiendo que la magistratura se limita á descansar cómodamente y á adular á más y mejor...

— En un país donde toda la administración se halla reducida á la domesticidad, donde el jarro de vino es el argumento supremo en todas las discusiones, donde la prevaricación es el término natural de todas las disparidades, y la concusión la moneda corriente de nuestros hombres de Estado...

La minúscula señora de Gantis, levantó las manos, y, con gesto asombrado, exclamó :

— ¡ Pero, entonces, la sociedad está perdida !
¡ Todo se derrumba ! ¡ Y mi madre tiene mucha razón al colocar en Inglaterra nuestros valores !

— Su señora madre de usted es persona prudente — dijo, sonriendo, el barón de Duburle. — En Londres hay banqueros recomendabilísimos. Pero no vale tomar al pie de la letra las palabras que acaban de pronunciar nuestros amigos. Esto significa, traducido al lenguaje vulgar : que los asuntos políticos no marchan tan bien como fuera de desear ; que Ravery con motivo de unas obras en el cuarto que habita, ha sostenido y ha perdido un pleito con el casero ; que nuestra querida condesa de Grodsko ha recibido algunos arañazos reporteriles en la crónica de una fiesta benéfica, y que nuestro amigo el barón del Rocher anda esquinado con su subprefecto. Pero en realidad, la liquidación social aun se halla lejana, y aun han de lucir días hermosos, bajo nuestro cielo, para las personas que tienen dinero y que se divierten. Y, dicho esto, señoras mías, beso á ustedes los pies. Ravery ¿ viene al Círculo ?... Le llevo.

— Con mucho gusto.

Así terminó esta charla de *five-o'clock*, en la que se habló de la marquesa de Sortais, luego, á propósito de hilo, se trató de agujas y de otras muchas cosas, con la exageración de ideas y de frases que caracteriza á la conversación parisiense.

Los personajes acerca de los cuales se discurió más formalmente, Andrés Treillard y la marquesa de Sortais, á la misma hora, sin que los oídos, zumbando, les anunciaran que se hablaba mal de ellos, encontrábanse reunidos en un saloncito, perteneciente al piso bajo del magnífico hotel que tiene fachada frente al parque de Monceau. La Marquesa, sentada en una silla baja, en la misma actitud en que la retrataron recientemente, leía un manuscrito, mientras que Andrés Treillard se paseaba, de arriba á abajo, de la puerta á la ventana. La señora de Sortais era una mujer muy linda, que apenas si había cumplido los treinta años, pequeña, gruesa, rubia, y, con el rostro iluminado por encantadora sonrisa. Manejaba las cuartillas con manos finas, cargadas de sortijas, y leía alto, con voz sonora, sin poder disimular la satisfacción que experimentaba. Se detuvo y fijó los azules ojos en su silencioso oyente :

— No parece que está usted muy satisfecho...
¿ Qué es lo que le ha chocado ?...

— ¡ Nada ! Continúe. ¡ Está muy bien !

— Me dice usted « ¡ Está muy bien ! » de tal manera que se me antoja que piensa : ¡ Está muy mal !

— ¿ Por qué razón ? Si hubiese motivo, no tendría inconveniente en censurar. Digo que está muy bien,

porque, á mi juicio, no puede estar mejor, tratándose de lo que se trata y siendo obra de usted.

— ¡Ah! ¡Cuántas y cuán terribles reservas mentales!

— Nada de eso. Usted es una dama del gran mundo, y no una profesional. Usted produce la literatura que debe producir, con arreglo á la educación, temperamento, aficiones, y medio ambiente en que vive. ¿Qué mayor elogio puedo hacer?... Usted domina, admirablemente, un determinado género literario. En ese género personalísimo tiene usted la exclusiva. ¡Diablo! ¿Quién puede vanagloriarse, en el campo de las letras, de ocupar posición tan privilegiada?

— ¡Ah! ¡Acaba usted de hacer la definición completa y exacta del aficionado! Ya sabe cuánto ambiciono que no se me juzgue así...

— Sí, naturalmente — exclamó, riendo, Treillard. — ¡Pero es pretender un imposible! Lo cual es muy propio de una mujer, y, sobre todo, de una mujer como usted...

La señora de Sortais se formalizó; su lindo rostro adoptó expresión severa, casi triste. Colocó la cuartilla que estaba leyendo, sobre el manuscrito abierto en la mesa, bajó los ojos, y dijo:

— Así, pues, ¿debo á mi posición, á mi alcurnia, al medio en que vivo y á la benevolencia de mis amigos, el buen éxito que he alcanzado?... ¿Soy por lo tanto, una artista de lujo, y, si lo hubiera necesitado, no hubiera conseguido vivir del trabajo de mi pluma?...

— ¡Ah! Marquesa ¿para qué preguntar esas cosas?... ¡Qué empeño en mortificarse cuando todo se reúne para proporcionarle satisfacciones?... ¿Sentiría usted no ser una mujer sin posición, obligada á abrirse paso, por la fuerza, entre la turba multa literaria?

— ¡Sí! ¡Cien veces, sí!

— ¡Bueno! ¡Pues se equivoca usted cien veces! Eso es pedir sin saber lo que se pide. Conténtese con tener genio. ¡Vamos! Siempre es tarea menos ingrata que la de verse obligado á demostrar talento.

La Marquesa arrugó las cuartillas, las arrojó lejos de sí y murmuró, levantándose, con un arranque de cólera:

— ¡Cállese! Está usted hoy realmente insufrible. ¡Parece como si tuviera propósito deliberado de disgustarme y de zaherirme!

— ¡Se incomoda porque no soy de su opinión! ¡Y usted querría haber tenido que tratar con directores de diarios y de revistas y con editores! — dijo amargamente Treillard. — ¡Entonces sí que hubiera oído cosas buenas! ¡Ah, ingrata! ¡Qué modo de desconocer la dicha de que disfruta! Produzca, produzca tranquila y descuidadamente. Usted ignora los horrores del trabajo á plazo fijo, y las angustias de la tarea forzada. Créame, es necesidad muy dura la de tener que estrujarse el cerebro para escribir la página que están esperando en la imprenta. Es feroz sentirse disgustado ó enfermo y no poder aplazar para otro día la labor comenzada. La mesa que re-

clama un derecho, las cuartillas y la pluma que están dispuestas... ¡ es preciso escribir! y hay que lucir imaginación cuando el cerebro está vacío, y hay que derrochar ingenio aun cuando las ideas estén envueltas en brumas pesadas y frías. ¡ Vea, vea lo que tanto envidia! ¡ Lo que envidia usted, dama aristocrática y acaudalada, que sólo conoce del trabajo las horas de encanto, y que escribe para distracción y recreo! Calle, querida Marquesa, y permítame reír. Me hace usted el efecto de un pajarito que, viviendo en libertad, en un magnífico jardín, entre flores y frutos, y cantando únicamente en la hermosa primavera, envidiase á esos pajarillos enjaulados, á los cuales bárbaramente les han sacado los ojos para obligarlos á cantar día y noche durante todo el año.

— Pero ¿ qué tiene usted? — preguntó la dama, aterrada ante la vehemencia del literato.

— ¿ Qué tengo?...

Rompí á reír con amargura :

— ¡ Quién sabe! Tal vez un libro que no se vende, ó una obra que no se representa, ó cuestiones con mis editores, ó un anticipo negado en la caja de algún periódico... ¡ Miserias que usted no sospecha, querida señora, y que son el pan nuestro de cada día para los que vivimos esa vida profesional que usted envidia!... ¡ Vaya! Volvamos á la lectura de versos ¿ quiere usted? Así encontraremos serenidad.

— ¡ Ah! ¡ Cuánto me desagradan esos sarcasmos! Comprendo que estoy realizando una tarea de niña mimada...

— Sí, mimada por el cielo, que la ha favorecido á usted generosamente.

Dijo, tomó las cuartillas, sentóse junto á la mesa y principió á leer, matizando con perfecta seguridad, las estrofas de una poesía cuyos versos, al pasar por los labios del lector, adquirirían vigor y elegancia que maravillaban á la ya tranquila dama. De repente, la fisionomía de la señora de Sortais cambió de expresión. A la complacencia siguió el asombro. Escuchó todavía, y luego, interrumpiendo al lector :

— Pero, Treillard, usted se equivoca, esos no son mis versos... Usted improvisa.

El literato hizo un gesto evasivo :

— Dispénsame, Marquesa, me dejé arrastrar por el ritmo... Y creo que he añadido una ó dos estrofas...

— ¡ Admirable! — exclamó la dama. — ¿ Las recuerda usted?...

Las repitió, con alguna vacilación, porque la sugestión rítmica ya se había roto. La Marquesa las escribió apresuradamente al dictado, y contempló con admiración á su colaborador :

— ¡ Y se queja usted de cansancio cerebral! ¡ Qué hermosa prueba de fecundidad y de lozanía!

— ¡ Bah! Son chispazos, de vez en cuando, por casualidad... Me caldeó el fuego de la imaginación de usted, y restituyo lo que usted me prestó. Ni más, ni menos.

— ¡ Ah! Si usted quisiera corregirse, abandonando ese trabajo forzado del periodismo agotador, y consagrando un año á escribir el libro ó la comedia que es

usted capaz de producir... ¡con qué obra maestra se enriquecería la literatura!...

— Usted sabe perfectamente que no puedo seguir esos consejos que me da. Las necesidades de la vida me esclavizan á la mesa de trabajo y me exigen labor cotidiana...

La joven hizo un ademán de cariñosa oferta :

— ¿Quiere usted trabajar, por cuenta mía, durante un año?... ¿Le hacen falta veinte ó treinta mil francos?...

El escritor enrojeció y se puso bruscamente de pie :

— ¿Qué proposición es esa?... ¿Me cree usted capaz de aceptarla?

— Lo desearría. ¿No puedo desempeñar para con usted el papel de los buenos tiranos de los principados de Italia en el siglo décimo cuarto, que acogían en sus palacios, señalaban rentas y glorificaban, al mismo tiempo, á los grandes artistas de su época? ¿Por qué no he de conseguir el favor de hacer yo por usted lo que un Sforza ó un Médicis hicieron por un Tiziano ó por un Dante? Protectores y protegidos, almas nobles, vivían en fecunda comunidad de ideas; los unos ofreciendo el lujo, la brillantez, el esplendor del cuadro, la apacibilidad de hermosos jardines, la sombra de los marmóreos pórticos, propicios á sabrosas conversaciones en las noches estivales, bajo el encantado cielo de Florencia ó en la augusta serenidad de los campos lombardos. Los otros, los inmortales creadores, pintaban cuadros, cincelaban estatuas ó escribían poemas, y el resultado de

esta colaboración de la riqueza y del genio, era un tesoro de obras maestras para la Humanidad. Hoy los protectores encuentran tantas admiraciones y tan pomposas alabanzas como los protegidos, y, cuando se habla de Miguel Angel, se asocia á este nombre el nombre de León X. ¿Le interesa á alguien averiguar si antaño dieron unos algo á los otros?... En ese estudio retrospectivo de las centurias, sólo se ve el grupo deslumbrante de las fraternidades artísticas. Y esto, esto es lo que yo desearía hacer por usted...

— Y lo que yo no puedo consentir que usted haga por mí...

La dama miró al literato, con mirada graciosamente coqueta, y moviendo la cabeza con aire soñador :

— Sin embargo, usted dice que me ama...

— Justamente porque amo á usted, rechazo esos generosos ofrecimientos. No me conceptúo capaz de delicadezas soberanas... ¡Recibir un sueldo de mujer! Aun cuando esa mujer sea, como declaro que es, la más noble y la más selecta... ¡da lo mismo! ¡Siempre es una mujer! ¿No oye usted las murmuraciones? A usted la desuellan lindamente en los salones aristocráticos y yo me veo suficientemente vilipendiado por mis compañeros en las letras. ¡No demos ocasión para que las infamias tomen más cuerpo! Déjeme con mi trabajo y con mi pobreza. Son las garantías y los amparadores de mi dignidad.

— Luego ¿nada podré hacer por usted?...

El escritor se aproximó, tomó la mano de la condesa, y murmuró dulcisimamente :

— Sí, señora — ya sabe muy bien que sí. Pero lo que yo pido no es lo que usted me ofrece. Usted, por una contradicción muy femenina, me brinda lo que sabe que no puedo aceptar. Y se preocupa de vigorizar mi cerebro y de alimentar mi fantasía creadora, teniendo á mano el medio más seguro de realizar tales deseos. No necesito descansar en el trabajo á una hora determinada; necesito la fiebre de producción ardorosa y sin tregua. No quiero de usted el derecho para ser perezoso... Déme lo que con tanto y con tan impaciente deseo aguardo, y no se preocupe por más. En la felicidad y en mi amor propio de artista encontraré alientos bastantes para escribir esa obra maestra que usted apetece. Pero esa obra no la conseguirá de mí con dinero, sí con amor.

La atrajo á sí y la estrechó entre los brazos. La Marquesa se separó con firme resolución, y mirándolo altivamente :

— ¡Ah! ¡Mire por donde acaba usted siempre! ¡Por formular exigencias vulgarísimas! Cuando le he dado y le doy lo mejor de mí, me pide mucho menos, y, si me niego, me dirige censuras.

Treillard palideció levemente, y moviendo la cabeza con despecho :

— Sí, le dirijo censuras, porque usted me engaña constantemente. Se complace excitando mi pasión, y, cuando le pido que me quiera, inmediatamente me

demuestra frialdad, haciéndome entender que soy muy osado al pretender familiaridades. ¡Eso es, por lo visto, darme lo mejor de usted! ¡Realmente eso es poquísima cosa! ¡Es usted menos rigurosa con otros, y guarda todas las severidades para mí!

— ¿Qué quiere usted decir? — exclamó la Marquesa, con irritación que no trató de disimular.

— Lo que habitualmente se cuenta en los salones de usted, y en los de sus amigos.

— ¿Que tengo un amante?... Ya ve como no retrocedo ante la palabra...

— ¡Se afirma que tampoco retrocede usted ante los hechos.

La Marquesa continuó con audacia :

— Y ¿se sabe el nombre del favorecido?

— ¡Naturalmente! Se sabe el nombre. Es el barón de Roize.

Palpitando de ira, la dama se puso en pie.

— ¿Y aun cuando así fuera?...

El escritor se mordió los labios, castañeteó nerviosamente los dedos, y devolviendo golpe por golpe :

— En ese caso, señora, habría usted sabido procurarse, á la vez, lo útil y lo agradable. Este humildísimo servidor, para el trabajo; y, ese afortunado galán, para el placer. ¡Mis enhorahuenas más sinceras!

Ante el restallante latigazo de la réplica, brillaron lágrimas en los ojos de la Marquesa.

— ¿Ese es el caso que hace usted de mí? — dijo con trémulo acento.

— ¿ Puedo hacer más caso de usted, que usted misma ?,...

— ¡ Me ultraja usted con refinamiento !

— Y usted me tortura con sensualidad. Hace un año que me lleva y me trae como á un perro, y estoy obligado á contentarme con las minúsculas distinciones que se digna otorgarme, so pena de recibir un coscorrón cuando quiero emanciparme. ¡ Bueno ! ¡ Basta ya ! Me he cansado y he resuelto no seguir desempeñando ese papel. Comprendo que, en el fondo, me desprecia usted y que los halagos que me dispensa son pura hipocresía. Mire, no pasemos adelante. Usted me ha tomado un año de vida, haciéndome figurar en los salones de esta casa y llevándome al gran mundo, donde me he aburrido y me he hallado fuera de mi sitio. Renuncio á continuar siendo juguete de usted. Adiós señora. Quédese con sus amigos, yo vuelvo con los míos. Demasiado tiempo y demasiado vilmente los he abandonado.

La condesa sonrió con acritud :

— ¿ Va usted á casa de la señorita Florisa Barel ?...

— Sí, señora, voy á casa de Florisa Barel, de la mujer de gran corazón y de gran entendimiento, que me perdonará la traición que he cometido, y me devolverá la tranquilidad.

La Marquesa le señaló la puerta :

— ¡ Márchese, pues ! ¡ Pero acuérdesse de que sale para siempre, para no volver á entrar.

— ¡ Cuento usted con ello !

Furioso, tambaleándose, tropezando con los mue-

bles, se dirigió hacia la puerta, cuando la dama, volviéndose, le gritó con acento imperativo :

— ¡ Andrés !

Se detuvo en el acto, y la miró lleno de turbación. La Marquesa le tendía vagamente los brazos. Con ardoroso apresuramiento, devorándola con los ojos, se lanzó hacia ella. La señora de Sortais le tomó las manos, que ya trataban de oprimirla en abrazo de triunfadora audacia, y le hizo inclinarse.

— ¡ Bueno ! — le dijo, con gesto afligido. — ¿ Esa es toda la benevolencia que me concede ?.. Afirma que me ama, y jamás me tolera el menor capricho. Se juzga esclavizado por mí, y me obliga á no tener más voluntad que la de usted. ¿ Sería yo mujer si aceptase semejante tiranía ?... ¿ Experimentaría usted interés por mí, si me dejase tiranizar ?... Pero, por lo visto, usted sólo pretende realizar sus orgullosos caprichos, y es preciso que yo medoblegue y que me resigne á sacrificar dignidad y pudor. Ni aun siquiera me concede el derecho de defenderme contra mí misma, ya que ¡ ay de mí ! me encuentro muy de acuerdo con usted...

— ¡ Oh ! ¡ Piense lo que dice ! — interrumpió el escritor, levantando hacia su amiga el rostro inflamado. — ¡ Acaba usted de hacerme una confesión, y de contraer un compromiso !

Sonrió la dama, colocó la mano en la frente de Treillard, le hizo inclinar más la cabeza, y nuevamente desplegando su coquetería :

— Nunca quiera usted hacer valer como dere-

chos mis concesiones. Confíe en mí y esté seguro de que obtendrá mucho más mostrándose sumiso, que rebelándose, como hace un momento. Ya sabe que usted me gusta muchísimo...

— Le gusto á usted, pero es lo mismo que si no le gustara...

— Es usted muy impaciente.

— Todos, menos usted podrían asombrarse de ello.

— ¿Quiere usted comprometerme?

Treillard replicó atrevidamente:

— Sí, señora, y le prevengo que procuraré hacerlo. Para que yo continúe aquí, es preciso que despidá usted á todos sus galanes, y que me deje libre el campo. Verdaderamente resulta algo humillante para una mujer como usted rebajarse á desempeñar el papel de señora bella, y á jugar á las muñecas en los salones. ¡ Usted vale y sirve para mucho más!

— Mi querido amigo, le ruego que no juzgue mi situación desde el punto de vista literario. Tengo obligaciones de parentesco y de amistad, con las cuales no puedo romper, cual usted deseara. La literatura es un accidente en mi vida. No he nacido para ser una escritora, sino para ser una dama de la aristocracia. No es posible modificar el rumbo de la existencia, desde el principio hasta el fin, con la misma facilidad con que mudamos de casa. ¿ Cree usted que todo quedaba arreglado con abandonar el barrio de San Germán, para irme á vivir á la Calle de Drouot? Las cosas no son tan sencillas, en la realidad. Tengo

muchos miramientos que guardar con los de mi clase. Por mucho que usted hable, no logrará simplificar las dificultades. Ya he conseguido no poco, logrando que me acepten con mi bagaje literario. ¡ No hay que forjarse ilusiones! En la sociedad á que pertenezco, escribir está muy mal visto. Los ilustres ejemplos del pasado no han concluido con los prejuicios; y, aun cuando la señora de Sévigné haya escrito cartas, y la señora de Lafayette haya escrito novelas, á juicio de muchas persona del gran mundo, prosigue siendo degradante el oficio de escritor. Apenas si logramos que nos toleren, y aun para esto hay que alardear de profundo desprecio hacia los profesionales. ¡ Bonita combinación haría yo, echando de mi casa á mi amigos, para no recibir más que á usted y á los amigos de usted! Sería, sencillamente, perderme; y estoy segura de que no desea mi perdición. Tenga, pues, paciencia; déjeme arreglar, poco á poco, mis asuntos y ábrame crédito de un poco de cariño, con mucho de abnegación.

El literato movió melancólicamente la cabeza.

— ¡ Ah! usted sigue hechizándose con palabras muy dulces y, sin embargo, muy engañosas. Sacudiendo violentamente mi cadena, sólo hubiera obtenido como resultado apretarla más. Procede usted con demasiado juicio, para sentir cariño. Si se propone continuar haciéndome sufrir, devuélvame la libertad. Eso será más generoso, más digno de usted y de mí.

— No, de ningún modo. Me quedo con mi grande

hombre. Lo necesito muchísimo ¿Dónde iría yo á parar, sólo entre los ociosos y los indiferentes? ¿Quién me comprendería y alentaría? ¡Me veo tan envidiada después de los primeros éxitos que he obtenido! Es preciso que conserve ánimos para lograr nuevos triunfos. Y ¿cómo iba á lograrlos, si usted falta de mi lado y no me ayuda con sus valiosísimos consejos?...

Así hablando, había colocado la mano sobre las cuartillas del manuscrito, que aun estaba abierto en la mesa; parecía como si quisiera recordar las promesas hechas por el escritor. La lealtad profesional del literato le hizo sobreponerse á los desengaños amorosos. Comprendió muy bien que la dama abusaba de él, en aquel instante, y que, tal vez, lo engañaba. Pero Treillard había adquirido el compromiso, en un momento de abandono, de auxiliar á la Marquesa hasta que el libro se pusiese á la venta. No quería faltar á lo ofrecido. Tomó los cuartillas, las reunió y, con movimiento rápido, se las guardó en el bolsillo:

— Tiene usted razón. Debo asegurar el buen éxito de este libro. Voy á revisar las cuartillas, despacio, en mi casa. Muy pronto se las devolveré á usted, para que pueda mandarlas á imprimir.

Había cambiado completamente de actitud y de fisonomía. Hablaba con voz velada, con gesto de causancio. Tenía ensombrecida la mirada, y contraídas las facciones. Dijérase que había envejecido. Miró al reloj de pared, y dijo:

— Las seis. Tengo que irme al periódico. Dispénsese, Marquesa, que deje á usted.

— ¿Pero no me acompañará á comer?..

— Muchas gracias. Es imposible,

— ¿No nos veremos esta noche?..

— No, señora. Tengo que trabajar para usted y para mí. Me propongo velar mucho.

— Pero... ¿vendrá usted por aquí, mañana?...

— Seguramente. A última hora de la tarde.

— ¡Con qué frialdad me habla usted!.

— Más vale así. Mis palabras están más en consonancia con nuestra situación real. ¿Para qué voy á decir ternezas? Para perder el tiempo, pues ya veo que no me sirven de nada. Además pedirme que siga hablando tiernamente, cuando usted se halla resuelta á tratarme con indiferencia, sería el colmo del más odioso diletantismo. Y, de ningún modo, podría yo prestarme á ello.

Mimosamente, graciosamente, la Marquesa se le acercó:

— Confiese que le gusta tratarme brutalmente y que encuentra una sensación agradable al ver que me doblego ante usted.

— Sería el desquite de lo que usted me hace sufrir en sus salones. Aquí en el gabinete de trabajo, soy el amo. En saliendo por esa puerta, ya no soy más que un pobre esclavo. Pero, desengáñese, si me cree víctima ó juguete de los encantos de usted. Disfruto, porque tengo la flaqueza de encontrar exquisitos los dulces adulterados. Soy como algunos beodos, que

conocen el grado de nocividad de los venenos que consumen pero que, no pudiendo prescindir de ellos, beben hasta morir,

La dama principió á reir :

— ¡Vamos! Mis filtros no son peligrosos, porque usted, á pesar del tiempo que lleva tomándolos, disfruta de buenísima salud. Continúe intoxicándose, mi querido amigo. Ya volveremos á hablar de esto, dentro de veinte años.

Inclinóse profundamente el escritor ante la Marquesa, y, sin contestar, se marchó.

Apenas había acabado de salir, cuando se abrió la puerta y una doncella se presentó. La señora de Sortais, que estaba arreglando los papeles de la mesa en la cual había trabajado con Treillard, levantó la cabeza y preguntó :

— ¿Qué ocurre, Julia?..

— He visto salir al Sr. Treillard, y vengo á advertir á la señora Marquesa que el señor de Roize está en el salón.

— Acompáñele hasta aquí.

La Marquesa se colocó ante el espejo, se arregló los cabellos, tomó una borla de una cajita de oro, se extendió una capa de polvos rosados sobre las mejillas, se quitó las arrugas del traje, y, viendo entrar al barón de Roize, se volvió sonriente, tranquila, con las pupilas gozosas :

— ¡Ah! Venga, amigo—dijo, tendiéndole las manos al visitante. — Llega usted muy á punto para cambiar el rumbo de mis ideas...

— ¿Luego era malo? ¡Qué cosa tan rara!

— No me hable de mis trabajos; estoy descorazonada. Hábleme de frivolidades, de vulgaridades, de naderías...

— ¡Ah! ¿Quiere usted hacer una escapatoria y encanallar la inteligencia? ¡Eso corre de mi cuenta!

El barón de Roize se plantó ante la señora de Sortais; con un movimiento gracioso, le levantó los brazos hasta la altura de la cara, la miró complacido, y sonriendo :

— Marquesa, usted es bella; maldito si tiene el aspecto de una literata; merece que se la ame por sí misma, dejando á un lado novelas y poesías. Resulta una indiscreción, siendo tan encantadora, querer, por añadidura, ser célebre. ¿Qué deja usted á las demás mujeres, que sólo tienen ó entendimiento ó hermosura?.. La lucha es desigual y usted fatalmente las derrotará. Pero no abuse del triunfo, para maltratar á los que por usted suspiran, y de los cuales yo soy el más indigno.

La Marquesa hizo una mueca de desagrado :

— ¿Qué monserga es esa? Siéntese junto á mí, y, lisa y llanamente, sin discursos enfáticos, dígame que me ama.

El joven la abrazó, sin encontrar resistencia. La Marquesa se dejaba estrechar contra el pecho del guapo mozo. Con los ojos entornados, permaneció algunos instantes apoyando la cabeza en el hombro del galán; luego, desprendiéndose blandamente :

— ¿Qué ha hecho usted hoy, Mauricio?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE LETRAS
FALCÓN
MAY 1955 MONTERREY, MEXICO

— He almorzado en el Club; después he ido al Bosque, al Tiro de pichón, y aquí estoy. Como usted vé mi vida es poco variada.

— ¿Comerá Ud. conmigo? Estoy sola. El Marqués pasará en Soloña toda la semana.

— No. No comeré aquí, Pero vendré á las ocho, y, si usted quiere, nos divertiremos un rato. Iremos á cualquier teatrúcho de Montmartre, para oír indecencias y ver horrores...

— Tengo mi localidad de abono en el Francés... ¿No sería mejor aprovecharla?..

— Oh! ¡No! ¡Gracias! Me en contraría con toda mi familia. Se lo ruego... ¡evíteme el suplicio del martes de moda! Tengo la seguridad de que se representa una cosa en verso...

— Es usted muy poco amigo de la literatura, mi querido Mauricio. ¡Se aterra ante la idea de verse obligado á hacer un esfuerzo para admirar!

— Sí, Marquesa, no quiero hacer esfuerzos, después de comer. El médico me lo prohíbe. Deseo un espectáculo digestivo y sedante... Canciones sin ritmo, música conocida... Después de esto... ¡se duerme!

— Bueno. Iremos donde usted quiera. Pero ¿no se marchará, todavía?

— De ningún modo; acabo de llegar... Y, dígame ¿qué ha hecho usted desde esta mañana?

— ¡He trabajado!

— Habrá usted hecho alguna nueva obra maestra.

— ¡Qué sabe usted!

— Repito lo que leo en los periódicos; porque

yo, ya me conoce, no entiendo ni una palabra de literatura. Admiro fervorosamente todo lo que usted escribe, pero es porque amo á usted.

— ¡Perfectamente! Es lo que más me agrada.

— ¿Ha tenido usted aquí á su Treillard?

— Sí, aquí ha estado mi Treillard, como Ud. dice.

¿Tiene la desgracia de no agradarle?...

— ¡Oh! ¡Dios mío! ¡No! Desde el momento en que le es útil á Ud. lo soporto. Pero, no creo que me considere persona grata.

— ¿Por qué dice usted eso?...

— Porque me mira con pupilas centellantes, que no revelan cariño. Hablando con franqueza, pienso que, si pudiera aniquilarme, me aniquilaría. ¡Tiene todo el aspecto de un celoso!

— ¿Está usted loco? ¿A título de qué iba á estar celoso?

— ¡Ah! Eso es lo que otro cualquiera, en mi lugar, se preguntaría indudablemente. Pero, yo, siento hacia ese pobre muchacho, benevolencia especial. Si está enamorado de usted — y tratándola ¿cómo no ha de estar enamorado? — se explica fácilmente su mal humor.

— Pero, Mauricio ¿ese hombre no sabe mi cariño hacia usted?

— ¿Está usted muy segura?

— Podrá suponer lo que quiera, pero nada más. ¡Carece de la certidumbre!

— ¡Bueno! ¡Creo que está usted equivocada! No he querido hablar de un descubrimiento que he hecho,

hasta tener aclaradas algunas dudas que sentía. Pero, desde la semana última... Mejor dicho, para hablar con toda exactitud, desde el miércoles próximo pasado...

— El día que estuve con usted...

— Sí. Adquirí la certeza de que nos vigilaban, y de que el vigilante era Treillard en persona...

— ¿Es posible? ¿Dedicarse á tan ruin tarea?

— Solo es ruin cuando se practica por cuenta ajena. Pero cuando se trabaja por cuenta propia...

— ¿Treillard, me espiaba?

— Estoy seguro. Lo he visto.

— ¿Cómo?

— Ya sabe que, cuando usted va á verme, tengo por norma la de no salir á acompañarla. Es una medida de prudencia. Yendo usted como va, cubierta por un velo, es imposible que la conozcan. Yo, en cambio, con el rostro descubierto, llamaría la atención sobre Ud. Cuando se marcha, me quedo en nuestro piso bajo, mirando tras los visillos, para cerciorarme de que la salida se ha efectuado sin dificultad. El miércoles último, acababa de salir, y, desde la ventana, la vi alejarse siguiendo la calle de Falsburgo, hasta la esquina de la de Logelbach, y en el momento de dar la vuelta, miré surgir de un cafetín á un hombre al cual conocí inmediatamente, á pesar de que llevaba el sombrero encasquetado hasta los ojos, y el cuello del gabán subido hasta las orejas. Era Treillard. El hombre apretó el paso y se lanzó sobre la pista. Rápidamente, tomé el abrigo y el sombrero

y corrí tras él. Quería averiguar lo que se proponía hacer. Sospechaba que no era obra de la casualidad el encuentro de ese mozo con usted, y me figuré que era el resultado de un acecho, practicado con intención poco tranquilizadora. Para estar emboscado en el café, era preciso que se hallase al corriente de la vida y de las costumbres de Ud. Conocía, pues, nuestros secretos, y había sorprendido el misterio de nuestras entrevistas. Todo esto se me ocurrió andando, mientras llegaba al boulevard de Courcelles. Treillard iba tras usted á cincuenta pasos de distancia. Yo caminaba más distante, á cien pasos cuando menos, para no llamar la atención. Por lo demás, esta precaución mía resultó completamente inútil. Ni una sola vez volvió la cabeza, ocupado únicamente en seguirla. Al llegar á la parada de carruajes Ud. tomó un coche. El perseguidor se detuvo, y allí terminó la aventura.

— ¿No intentó seguirme más?

— ¿Para qué? Evidentemente sabía ya lo que deseaba saber. Continuar hasta dejar á usted en esta casa, para nada le hubiera servido. Volvióse bruscamente, encendió un cigarrillo, y se alejó con vacilante paso. Yo, entonces, tomé el camino del Club y me dediqué á jugar una partida de *bridge*. Tal es la historia ó, para hablar con más exactitud, la primera parte de la historia.

— ¡Cómo! ¿Hay continuación?

— ¡Bah! Muy poco interesante, como peripecia, pero muy importante como confirmación de mis sos

pechas. Diariamente el Sr. Treillard sigue, observa y espía á usted, y de seguro no ignora nada de lo que usted hace.

La Marquesa permaneció un instante pensativa. Recordaba la brusca rebelión de Treillard, lo apremiante de sus exigencias, y la sombría tristeza con que, momentos antes, le hablara de los rumores que corrían acerca de sus relaciones con el señor de Roize. Ahora comprendía la irritación del literato traicionado, y apreciaba la altiva lealtad que le demostraba, continuando en el trabajo emprendido para ella, sólo porque se lo había prometido. También la dama empuñó promesas. ¿Cómo las cumplía? Mientras que el escritor en su estudio solitario, inclinado sobre la mesa, cubrió de menudos interlineados el manuscrito que se llevó de casa de la Marquesa, ésta, al lado del gallardo barón de Roize, olvidaba los servicios recibidos y las esperanzas que hizo concebir, y, tan entusiasmada con Mauricio como serena cuando se hallaba junto á Treillard, se complacía en ser ingrata.

— ¡Bueno! Si le parece á usted, Mauricio, no hablaremos más de ese incidente — dijo la señora de Sor-tais—Mientras que el Sr. Treillard no se permita alusiones, aparentaré ignorancia. El día en que me obligue á hablar...

— ¿Que hará usted ese día? — preguntó el joven, con curiosidad.

— Lo despediré, lisa y llanamente. Pero será discreto, porque le consta que mi carácter no es á propósito para sufrir impertinencias.

— Acaso el carácter de él tampoco sea muy propicio para tolerar desdenes...

— ¡Tendría gracia que se quejara! ¿Tanto le debo yo, después de todo? Lo he recibido en mi casa, le he dado entrada en mis salones, lo he presentado á mis amigos, y lo he limpiado de su bohemia. ¿Qué ha hecho por mí, en cambio? ¿Algunos artículos en diarios y revistas, para elogiar mis obras?... Supongo que ese hombre se hará cargo de la realidad.

— Y además, Marquesa, ocurra lo que ocurra ¿verdad que las mujeres se juzgan siempre en paz para con los hombres? ¡De ese modo se simplifican las cuentas!

La dama sonrió, dió levemente con el revés de la mano en la cara del Barón y le dijo con dulzura:

— ¡Ingrato! ¿Quiere usted que ajustemos juntos nuestras cuentas?

II

En su gabinete de trabajo, Florisa Barel, con el codo sobre la mesa y la mano en la barbilla, serena y grave, escribía. La ilustre escritora, que, con la publicación de tres novelas notables, y con los sensacionales artículos acerca de la "Condición de la mujer en el siglo XX", insertos en la *Revue française*, había conquistado puesto excepcional en la literatura contemporánea, tenía veinte y ocho años de edad y era bella con belleza sin artificios. Muy morena, con ojos grises, semblante pálido de correcto óvalo, labios algo gruesos, cuando sonreía llenábase de delicioso encanto su rostro meditabundo. Alta, esbelta, con las manos blancas y afiladas, mostraba en la actitud arrogante de la cabeza resolución firme, casi varonil. Vestida con traje negro, sin adornos, escribía tranquilamente, pero sin detenerse, con esa segura facilidad de un cerebro fecundo y bien equilibrado.

Ante ella, sobre la mesa, entre plumas y papeles,

una copa de bronce contenía cigarrillos. Pero Florisa nunca fumaba trabajando. A dos pasos de ella, tumbado en una butaca, dormía un magnífico sabueso con manchas negras y rojas. El cuarto de trabajo de la escritora, no se distinguía por rebuscamientos decorativos. Era un saloncito Luis XVI, con muebles de laca blanca, tapizado de seda antigua. La biblioteca ocupaba todos los muros de la estancia, y, colgados acá y allá, preciosos grabados de Helleu ofrecían encantadoras y enigmáticas figuras femeninas. Un busto en barro, de Florisa, modelado magistralmente por Rodin, lucía sobre la chimenea, en la cual acababan de consumir varios troncos. Porque la escritora era muy friolenta. El tiempo transcurría y Florisa seguía trabajando, llenando, con su letra grande, cuartillas y más cuartillas, y, por la longitud desigual de los renglones, era fácil comprender que trabajaba en una obra dialogada. La pluma corría rápida, á impulsos del pensamiento, y las preguntas y las respuestas se sucedían apresuradamente, como atropellándose. Al fin, se detuvo, tachó las últimas y frunció el ceño. Releyó la cuartilla que acababa de escribir, la dejó caer sobre la mesa, soltó la pluma y movió la cabeza con aire de disgusto. Con ademán resuelto, recogió las cuartillas, las encerró en un cartapacio y lo guardó en un cajón de la mesa. Luego, exhaló un suspiro, se levantó y dió un par de vueltas por el gabinete para desentumecerse las piernas, mientras que el sabueso, que acababa de despertarse, golpeaba blandamente, con la cola, la

seda de la butaca en la cual continuaba tumbado. La joven tomó un cigarrillo, lo encendió y, recostándose en el diván, permaneció inmóvil, dejando escapar de entre los labios, á largos intervalos, tenues espirales de humo.

Floris Barel, cuyo verdadero nombre era Juana de Meyrieux, era hija natural de la condesa de Meyrieux, que fué célebre, durante el segundo Imperio, por su belleza y por sus aventuras. Al verse viuda, cuando el Conde tuvo la comodidad de morir de un ataque apoplético, después de una famosa partida de *baccarat* en el Club, la encantadora señora de Meyrieux, careciendo de recursos, se valió de su hermosura para asegurarse la existencia. Ricamente sostenida por el obeso Goldscheider, estuvo temporalmente apasionada por el joven de Trames, entonces teniente de cazadores, y este fué, según todas las presunciones, el padre de Juanita. La señora de Meyrieux intentó inútilmente que Goldscheider aceptase una paternidad inverosímil. El banquero, ante las manifestaciones y protestas de su hermosa amiga, contestaba con flemma germánica:

— Si no he podido tener hijos, en mi matrimonio con la señora de Goldscheider, que es una mujer honradísima, ¿cómo quiere usted que pueda yo creer que esa niñita es mía? Sin embargo, no quiero que se diga que mi presencia en la casa donde ha nacido esa pequeñuela, no le ha proporcionado alguna ventaja. Voy á constituir, á su nombre, una pensión vitalicia que le asegure, cuando sea mayor de edad, la

renta correspondiente á un capital de trescientos mil francos.

Así lo hizo. Y cuando á los veinte y dos años, Juana quedó sola en el mundo — su madre expió en larga y dolorosa enfermedad todos los goces impuros de su vida, — se encontró con diez mil francos de renta, que le daban derecho á la independencia y á la honradez. Había recibido educación esmeradísima en uno de los mejores colegios de Versalles. Pero cuando, los domingos, iba á visitar á su madre, había oído y había visto muchas cosas que le enseñaron lo que hubiera debido ignorar. Concibió tal horror hacia el vicio, que su juvenil inteligencia quedó despojada por completo de ingenuidad. Su precoz experiencia la inclinó á acerbidades críticas que hubieran podido trocarse en malignidades, si el corazón de la joven no hubiese sido esencialmente bueno y generoso. Adquirió desde la infancia el hábito de observar y de juzgar. Sobre esto, á medida que avanzaba en desarrollo intelectual, demostró tales aficiones comparativas y tendencias tan acentuadas hacia las generalizaciones filosóficas, que llamaron prontamente la atención de sus maestros.

Afortunadísimamente para ella, en el colegio de las hermanas Jardy, donde estudió, la enseñanza de las letras estaba encomendada á un antiguo profesor de retórica que, por achaques físicos, renunció á la cátedra del Liceo, para no verse expuesto á las irrespetuosas jugarretas de que era objeto por parte de los alumnos. El señor Babín, hombrecito estevado

y de rostro grotesco, como esculpido en una castaña de Indias, era un educador admirable que, en la soledad de su vejada existencia, había desentrañado y se había asimilado todas las riquezas clásicas de la literatura. Contentísimo con el hallazgo de aquel cerebro joven y potente que cultivar, papá Babín se encariñó con Juana y se consagró apasionadamente á dotarla de intensa y extensa erudición. La hizo leer los grandes escritores de los siglos XVII y XVIII, ayudándole á que comprendiera y á que saboreara la profundidad filosófica y el encanto que atesoraban. Imaginativamente la llevó á pasear por los Jardines de Port-Royal y la familiarizó con los enciclopedistas. A los diez y ocho años, la señorita de Meyrieux, hija de una cocota que llamó la atención en el paseo de las Acacias, se hallaba en disposición de aprobar de un tirón el bachillerato y de presentarse, sin esfuerzo, á practicar los ejercicios de licenciatura.

Pero jamás pensó en obtener diploma alguno, salvo el certificado superior de aprobación de estudios, para satisfacer el amor propio de las hermanas Jardy. Triunfó en el examen, y, tan brillante fué el triunfo, que le aconsejaron que ingresase en Sèvres. No aceptó la indicación. Papá Babín soñaba algo mejor para ella. Le pronosticaba magnífico porvenir en la literatura.

— Mire, querida niña — le dijo — el profesorado es lo peor de todo. Nadie imagina las ferocidades y las ingratitudes de que son capaces los niños. Es

preciso tener verdadera necesidad de ganarse el sustento, para consagrarse á la instrucción de la juventud. Usted, que ha de ser independiente, no se deje esclavizar la inteligencia. Desenvuélvala libremente. Escriba. Desde Jorge Sand hasta hoy, no veo mujer que haya contado con facultades literarias tan brillantes cual las de usted. Ha recibido usted el más hermoso de los dones: la originalidad. Lo que usted escribe es personalísimo, no se parece á lo que los demás escriben. ¡Ah, querida niña, qué obras puede producir, contando con un instrumento de expresión como el que posee!

El anciano valetudinario había dirigido, con entusiasmo, á su alumna hacia la literatura, y le había formulado su horóscopo diciéndole: Serás poderosa y grande. Con amplia comprensión de las cosas, Juana se había dado cuenta de lo difícil que iba á ser su situación social cuando se encontrase en edad de abandonar el colegio de las señoras Jardy. Vivir con su madre, le hubiera producido horror. Debía, pues, asegurarse el porvenir. La necesidad de una profesión que imprimiese carácter de seriedad á su vida y que le granjease respeto, se imponía imperiosamente. La carrera literaria, formalmente seguida, en aislamiento laborioso, fué la que eligió tras razonado examen.

Con enérgica voluntad, había comenzado el período de preparación, cuando falleció su madre, dejándole muebles magníficos, alhajas soberbias y encajes principescos.

Juana, desconcertada, no hubiera sabido cómo salvar todas las dificultades de la situación, á no haber contado con el auxilio de papá Babín. El viejecito se encargó de todas las gestiones. Pero, en el establecimiento de pompas fúnebres, recibió una sorpresa. Desde el día del fallecimiento, tres caballeros, muy distinguidos y muy ricos, se habían presentado para responder á los gastos de los funerales. Así se enteró el señor Babín, y se enteraron los caballeros, en medio de su tristeza, de que habían sido partícipes de los favores de la difunta. Juana de Meyrieux puso de acuerdo á los tres pretendientes, sufragando ella, de su bolsillo, el entierro de su madre. Luego, vendió los muebles, los encajes y las alhajas, y, asistida por los consejos de su antiguo profesor, alquiló un cuarto en la calle de Jouffroy, lo amuebló sencillísimamente y vestida de riguroso luto, comenzó el aprendizaje de la vida literaria.

Era muy bella, muy distinguida, y tenía aspecto de juvenil princesa; todo esto allana muchos tropiezos en la vida, pero crea otros muchos que no conocen las muchachas feas. La primer vez que Florisa Barel — había adoptado, desde el principio, un nombre de guerra — se presentó en las oficinas de la *Revue française*, causó sensación. El ordenanza se apresuró á acompañarla al despacho del secretario de redacción, señor Malatiré, un normando calvo, con la dentadura estropeada por la sidra, y que llevaba veinte años vengándose, en sus queridos compañeros, del dolor amargo que le producía su

impotencia creadora. Instalado en la secretaría de la redacción, como un verdugo en la sala del tormento, infligía á la prosa de los colaboradores del periódico, el suplicio de la cuerda, del potro y de los borcегuіes. Cuando una novela salía de sus manos, estaba estropeada. Y, con sonrisa displicente, el torturador decía á las víctimas:

— ¡Vean cómo es preciso escribir para la *Revue*!
¡Así se entra en la Academia!

Cierto día, Florentino Beaucaire, el gran escritor realista, contestó á la frase sacramental:

— Entonces ¿hay que entrar como los guardianes de un serrallo? ¡Muchas gracias! ¡Prefiero continuar como estoy!

Viendo á Florisa Barel entrar, en aquel triste despacho, tapizado de verde, amueblado de caoba, como la oficina de un subregistrador, Malatiré se puso de pié, gruñendo, señaló una silla con el asiento relleno de crin, y, sonriendo, con sonrisa repugnante que puso de manifiesto la verdosa dentadura, exclamó:

— ¿A qué debo, señora, el honor de esta visita?

— Le traigo á usted, caballero — contestó la joven, con voz armoniosa — un estudio acerca de la *Condición de la mujer*...

— ¡Oh! ¡Oh! — refunfuñó Malatiré, examinando malignamente á Florisa. — ¿La señora escribe, y sobre cuestiones tan graves? ¡La condición de la mujer! ¡Eh! Para tratar ese tema, haría falta un cerebro del calibre del de Montesquieu... A pesar de que, respecto á Montesquieu, habría mucho que

hablar... Pero, en fin, ...hoy, nos daríamos por satisfechos.

La joven escuchó impasible, los descorazonadores comentarios del secretario de redacción; luego, con sencillez encantadora:

— ¡Dios mío! Caballero, yo no puedo dar más que lo que tengo... A usted le corresponde juzgar si mi trabajo ofrece algún interés...

— Esa es mi obligación — interrumpió rudamente Malatiré. — Pero, en pocas palabras, dígame cómo ha entendido el asunto.

Florisa, sin desconcertarse por la presunción y brusquedad del personaje, comenzó á hablar, y, á medida que desarrollaba la explicación, clara, conmovedora y original, Malatiré ponía gesto más y más hosco. Al cabo de un momento, el secretario de redacción interrumpió á la joven, y, con acento glacial, le dijo:

— Déjeme ese estudio. Ya le enviaré contestación. Servidor de usted, señora.

Se levantó á medias del sillón, y siguió con mortecina mirada á Florisa, que se dirigía hacia la puerta, convencida de que el paso que acababa de dar era perfectamente inútil, y de que su estudio estaba juzgado de antemano. Pero, apenas había cerrado la puerta, cuando Malatiré tomó el manuscrito, desató la cinta que lo sujetaba y se puso á leerlo, anotando al margen las observaciones, con lápiz rojo. Quince días después, Florisa tuvo la satisfacción de corregir sus primeras pruebas, y la sorpresa de descubrir,

en las cuartillas de su trabajo, notas de este género: « ¡Muy justo!... ¡Imitado, de Pascal!... Bossuet lo ha dicho en otra forma. ¡Oh! ¡Oh! ¡Conoce el siglo xvii!... Tomado de Arnaud... Ver cartas de la Maintenon. » Pero, á pesar de estas pedantescas observaciones, Malatiré hizo que se admitiera el trabajo de Florisa, cambió de actitud hacia ella, y cuando la joven iba á la redacción de la *Revue*, la sonrisa con que la recibía el ordenanza de secretaría, demostraba la influencia que la escritora había adquirido ya en la casa.

Cierto día que la joven se hallaba en el despacho de Malatiré, charlando con éste acerca de Bossuet, su autor favorito, sin previo anuncio ni preparación, el secretario tomó la mano de Florisa, se la llevó á los labios y, con los ojos parpadeantes y la boca contraída, comenzó una declaración amorosa. Florisa, con más ganas de reír que de incomodarse, retiró la mano, interrumpió á su adorador, y, con mucha dulzura, se quejó de la traición. « Volvamos á Bossuet », le dijo. Pero el pobre hombre no quería oír nada. Había quemado las naves y sólo sabía repetir: « Amo á usted. Nunca he encontrado una mujer como usted; acépteme por marido. Juntos, disponiendo de la *Revue*, dominaremos la literatura contemporánea ». Florisa, con amistosa tranquilidad, explicó á Malatiré que no quería sacrificar su independencia y que, el derecho de hacer lo que se le antojara, era privilegio al cual no renunciaría en ningún caso. En cambio, añadió que estaba dispuesta á considerar á

30615

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
FOLIO 30615
MONTREY, MEXICO

Malatiré como á un amigo verdadero y á concederle amplia autoridad crítica sobre sus producciones.

Con gran sorpresa, el secretario se resignó y, cuando conoció y trató á papá Babín, cuyos méritos apreció en lo mucho que valían, los dos nuevos amigos formaron una alianza intelectual, cuyo programa y cuyo objeto fueron la gloria de Florisa. De esta primera etapa de la vida literaria de la señorita Barel, data la estruendosa fama de la joven. *La condición de la mujer*, laureada por la Academia, se convirtió rápidamente en obra de texto para liceos y colegios. La publicación de dos novelas, *Claudia Rambert y Virtud invencible* confirmaron las esperanzas que desde un principio hizo concebir Florisa.

Bruscamente, surgió y, destellando cual astro de primera magnitud, atrajo la atención del público. Malatiré, en un artículo resonante, puso á los pies de la joven á todos los escritores contemporáneos, sin la menor excepción. A impulsos de la apasionada admiración que sentía por Florisa, sacrificó incluso á los colaboradores de la *Revue*. El elogio estimadísimo por lo raro, del feroz crítico, proporcionó á la señorita Barel los aplausos de toda la prensa. No hacer causa común con un juez tan temible, hubiera sido adquirir patente de ignorancia. Además, los libros de la celebrada escritora eran hermosos. Pero, sobre todo, la autora era muy linda. La primer vez que presidió, como invitada, el banquete de la Asociación de Escritores, mostróse tan encantadora como modesta, y obtuvo éxito triunfal. Habló á los

postres, sin preparación, con voz dulce y clara, con tal abundancia de ideas y tan feliz acierto de expresión, que maravilló al auditorio. Fué realmente una conquista de todos los hombres allí presentes, que salieron del banquete entusiasmadísimos con su joven compañera.

Florisa, en vez de darse tono de emperatriz de las letras, de abrir un salón y de ejercer la autoridad á que le daba derecho su situación excepcional, permaneció modestamente en su cuartito de la calle de Jouffroy, y continuó trabajando sin ruido. Sin embargo, contrajo algunas amistades nuevas, siendo la más importante la que dió entrada, en su vida íntima, á Andrés Treillard. La presencia del joven en casa de Florisa, preciso es declararlo, fué la señal de una protesta acentuadísima por parte de Malatiré y de papá Babín. El secretario de la *Revue Française* y el profesor, que, habitualmente, no estaban conformes en cuestiones de sentimiento, y que sólo se hallaban de acuerdo en el terreno literario, hicieron causa común, desde el principio, contra el escritor, Malatiré, especialísimamente se mostró muy acre:

— ¿Qué falta le hace encumbrar á ese colegial, sin fundamento y vacío? — le dijo á Florisa — ¿Qué va usted á ganar con ello?... Ese mozo necesita de usted; usted no necesita de él. Ciertamente que, como periodista, es bastante bueno; pero como novelista y como poeta, es de un mérito muy discutible. Resulta un sucedáneo de Balzac en centésima dilución. Y ¿qué es Balzac, pregunto yo? Un soñador sin

estilo, un folletinista sin ideal, que narra historias de bandidos, sin tener siquiera el mérito de inventarlas, y que, so pretexto de estudios de mujeres, lleva todas las crudezas de la vida íntima de sus confiadas amigas, á las páginas de novelas soporíferas. ¡Cuán efímera ha sido la reputación de ese hombre ventrudo, jadeante y sudoroso, que sólo tuvo la preocupación de ganar dinero, y para quien las ideas artísticas quedábanse muy atrás ante la preocupación de cosechar melones tempraneros! La juventud ya no le lee, y el gran público lo ha abandonado. Resulta una especie de Eugenio Sué presuntuoso y muy inferior al cándido Alejandro Dumas.

— ¡Perdón! — exclamó Florisa, sonriendo. — Principió usted criticando á Andrés Treillard; en seguida arremetió contra Balzac y no le ha dejado hueso sano... Si continúa por ese camino, nos vamos á encontrar con que la honda y admirable « Comedia humana » va á trocarse, ahora mismo, en un inocente títere...

— ¡Oh! — contestó Malatiré. — ¡No sabe usted con cuánto acierto está hablando! Pero, volvamos á Treillard...

— ¡No! Se lo suplico. Con lo que ya hemos oído del maestro, queda usted dispensado de hablar del discípulo. Si Balzac vale tan poco, Andrés Treillard no vale nada. Pero, tal cual es, me resulta muy simpático, y deseo que mis amigos lo reciban bien.

Era raro que Florisa se manifestase autoritaria para con los dos fieles consejeros. La franca decla-

ración de su voluntad, contuvo todo conato de rebeldía. Pero, Babín y Malatiré siguieron protestando interiormente y se lamentaron entre sí del silencio que Florisa les imponía. Se apretaron más, para dejar sitio al nuevo visitante, cuyas relaciones con la joven tomaron prontamente caracter muy distinto de las mantenidas entre la escritora y sus asesores literarios.

Andrés Treillard, buen mozo, de treinta y dos años, muy moderno en sus gustos y en sus tendencias, era poco á propósito para agradar á los señores Babín y Malatiré, como las ideas clásicas de estos ancianos eran poco á propósito para interesar al joven. Ellos lo motejaban de *arrivista*. Él, los tachaba de retrógrados. Entre la manera de pensar del uno y de los otros, existía ese espantoso abismo abierto por tres revoluciones literarias. Era imposible que se entendieran. Cualquier conversación de quince minutos, en cuanto se salía de lo vulgar, daba ocasión inmediata á que se desencadenassen tempestades. Malatiré, sobre todo, que, á contar desde fines del siglo XVIII, no encontraba figura gloriosa indiscutible en la literatura francesa, y que conocía á fondo, hasta el punto de poderlos citar textualmente, á todos los autores contemporáneos, incluso á los más recientes, Malatiré era intratable. Todavía con papá Babín había forma de llegar á un acuerdo. Pero el secretario de la *Revue française* incurría inmediatamente en personalismos mortificantes.

Florisa había resuelto evitar, en lo posible, que se

vieran, y se hablaran personas tan antagónicas. Recibía á Treillard aparte. Sin embargo, los jueves por la noche, se reunían todos en casa de la escritora y ésta tenía que hacer milagros de autoridad afectuosa para que la conversación no degenerase en polémica. Treillard le ayudaba concienzudamente. Escuchaba las acres salidas de tono de Malatiré, con una cachaza que exasperaba profundamente al crítico. Mostrábase amable con papá Babín, del cual le agradaban la erudición y la humildad. Entre estos tres hombres distribuía Florisa los tesoros de su gracia, efectuando el reparto con la mayor equidad, y no logrando evitar, con todo, celos y envidias.

Treillard principió sintiendo capricho hacia la escritora, capricho que, prontamente, se trocó en amor, al verse acogido con encantadora severidad. Faltando á las reglas más elementales de delicadeza, intentó comprometer á Florisa, para separarla de sus dos guardianes. Sólo consiguió que aumentase la hostilidad que le demostraba Malatiré, y que papá Babín pusiese á la joven en guardia contra cualquier tentativa de seducción. Blandamente rechazado como amante, Andrés dió un cambiazó y se ofreció como marido; pero tampoco obtuvo buen éxito. Quejóse amargamente acusando á Florisa de falta de corazón, y, entonces, ésta se explicó con absoluta claridad.

— No crea, mi querido Andrés, — le dijo — que no siento por usted afecto muy vivo. Si yo fuese una burguesita cualquiera y me dispensase la honra

de solicitarme por esposa, aceptaría con júbilo, porque no conozco hombre más agradable ni más interesante que usted. Le entregaría completamente la dirección de mi vida, y sólo me ocuparía en hacerle muy feliz, amándole con todas las fuerzas de mi corazón. Me afanaría por procurarle la tranquilidad que es indispensable para la regularidad del trabajo, y por allanarle esos pequeños obstáculos que dan al traste con los sueños de un poeta. Todo para mí estaría subordinado á la satisfacción y á los triunfos de usted. Borraría mi personalidad, hasta fundiría completamente en la de usted, y me aniquilaría para aumentar el prestigio intelectual de mi esposo. Pero no soy la burguesita de que acabo de hablar. Soy todo lo contrario, es decir, una artista con personalidad que debo cultivar y desenvolver, en vez de restringirla y de anularla. El primer deber que tengo, para conmigo misma, es el conservar la libertad de pensar y de juzgar. Para que una mujer disfrute de esa libertad, ha de aceptar la condición única de vivir sola. La mujer, mi querido amigo, ya lo sabe tan bien como yo, no ha nacido para la emancipación. Ha sido creada para recibir la huella del hombre.

Florisa se detuvo, hizo un mohín de desagrado y sonrió:

— ¡Vamos! Por poco más doy una conferencia acerca de la *Condición de la mujer*. Perdóneme, amigo mío, ya ve hasta qué extremo me llevan mi profesión y mis aficiones filosóficas, cuando con usted, por quien siento muy viva predilección, empleo argu-

mentos literarios, para responder á ternezas. Una escritora, hablando con franqueza, es una especie de monstruo, que debe vivir apartado de la Humanidad, porque si se deja llevar al cumplimiento de su función natural, pierde todo su valor... He aquí, mi querido Andrés, porque tengo mudo el sentimiento.

El literato movió la cabeza con aire preocupado:

— ¿Se resignará usted, siempre á no ser más que un cerebro? Dígame sencillamente que no le agrado. ¿Puede afirmar que nunca, en beneficio de otro, prescindirá del riguroso criterio que acaba de exponerme?

— No incurriré en el absurdo de sostener que no he de cambiar. Pero, cuando esto llegue á suceder, no habrá sido el corazón el metamorfoseado, y sí las facultades mentales. Por ahora tengo muchas probabilidades para no temer que eso me ocurra.

El escritor exclamó encolerizado:

— El eunuco Malatiré y el decrepito Babín, son los que le llenan á usted el cerebro de despropósitos. Es un crimen, entérese bien, es un crimen lo que esos dos hombres están haciendo. Ejercen fatal tiranía sobre el pensamiento de usted. La han atiborrado de un jansenismo que va camino de enclaustrarla en una especie de Port-Royal, donde el uno actuaría de Nicole y el otro de Pascal. Pero, en la realidad y de hecho, son dos pedantes que imbuyen en el ánimo de usted nociones absurdas acerca de la vida, porque hablan de lo que no conocen. La ternura, el deseo, el amor, para un Babín ó para un Malatiré... ¡son

letra muerta! Esos infames han profanado en el alma de usted los sentimientos más dulces que existen para la Humanidad. Algún día, si persevera en la resolución que acaba de expresarme, llorará usted lágrimas muy amargas.

— Se equivoca usted completamente en cuanto dice y piensa acerca de mis amigos, — replicó Florisa queriendo defender á sus consejeros.

— ¡Me aborrecen! ¡Están celosos de mí! Además, desearían que la sociedad participase de las miserias físicas que ellos padecen. Respecto á Malatiré, en lo que á mí toca, hay que sumar el furor del impotente hacía el productor. Ese mamarracho bilioso y dentedado, que no es capaz de escribir una cuartilla sin tomar el asunto de una obra ajena, sufre rabiando el que yo publique libros y el que me disponga á estrenar una comedia. Pero, ser amado por usted, sería para mí un triunfo al cual no sobreviviría Malatiré. Por eso lo prohíbe, y por eso usted, obedeciendo á sus feroces sugerencias, me desespera. ¿Qué fuerza tienen los argumentos en que usted fundamenta su resolución? La intimidad deliciosa de dos corazones, la unión de dos inteligencias son, según acaba de manifestarme, una especie de rendición moral que anularía la personalidad de usted. ¿Quiere decirme qué idea se ha formado de la vida que viviríamos juntos? ¿Tal vez la de una batalla en la cual necesariamente uno había de rendir vasallaje al otro?... ¡Todo lo contrario! Para las luchas cotidianas nos prestaríamos mutuo apoyo. En la ternura de usted

encontraría yo alientos para escalar las cumbres que he entrevisto en mis sueños de ambición, y usted hallaría, á mi lado, la firmeza para realizar la labor perseverante é inspirada. ¿Por qué esta conformidad entre dos corazones había de ser más difícil de alcanzar que la de dos inteligencias? Si cuando hablo de literatura y de arte, me comprende usted, ¿por qué cierra las puertas del alma, cuando le expreso lo que sincera y ardientemente siento? Sólo por una afirmación de voluntad. Al negarse á mis deseos ¿no teme hacerme desdichado?

— Sí — dijo Florisa. — Eso es lo que más lamentaría. Pero no temo que enferme de amor un hombre que, como usted, vive intensamente con el cerebro. Para alivio de su pena bastan la reflexión y la lógica. Unicamente el amor físico puede ser incurable y llevar á extremos peligrosos. Pero ni usted ni yo nos encontramos en ese caso. Vamos, mi querido amigo, seamos sensatos y no introduzcamos el desorden en la armonía de nuestra carrera. Tanto usted como yo hemos llegado al momento más crítico. Hemos obtenido el triunfo. Hace falta demostrar que lo merecemos, produciendo obras que superen á las que nos lo han proporcionado. Necesitamos desplegar todas nuestras fuerzas para vencer. Usted me habla de amor, de unión, de comunidad, cuando estoy dispuesta á simplificar mi vida hasta el anacoretismo, para lograr la amplitud y la intensidad de trabajo que exigen mis ambiciones. No se trata ahora de desdoblar la voluntad. Al contrario, es preciso concentrarla y unifi-

carla, para romper todas las resistencias y para entrar definitivamente en la gloria.

Llameaban las pupilas de Florisa.

La noble frente parecía resplandecerle de entusiasmo. En este momento, Treillard, la contempló verdaderamente y perdió la esperanza de conquistarla. Tuvo la intuición que era superior á él. La vió transfigurada por la fe en una especie de virgen del Arte, á la cual el contacto con el hombre haría descender de su rango divino, como á Walkyria que hubiese desertado de su misión celeste. Profunda amargura le llenó el corazón. Sintióse tan lastimado en la vanidad como en el afecto. Acababa de tener, sin atenuante, la prueba de que cuanto había hecho para agradar á Florisa, no había llegado á conmovérle. La escritora lo consideraba como á un Babin ó á un Malatiré. Ni la juventud, ni el prestigio del talento, ni la reputación adquirida valían nada. No quedaba más recurso que vivir junto á la joven, pacientemente y sumisamente, como aquellas personas á las cuales censuraba, cruelmente, de tratarlo como enemigo. No pudo resignarse á esto, y llevando audazmente la explicación comenzada hasta los últimos límites:

— Si no he entendido mal, me ofrece, en su vida, el cargo de confidente y de compañero en las horas de descanso. Es decir, que me permite venir á verla, cuando no tenga usted cosa mejor que hacer.

— No, amigo mío, usted, será perfectamente dueño de venir aquí cuando le agrade y con la frecuencia

que guste. Ya sabe que, en una hora, despacho mi labor diaria y dejo de ser escritora para ser una mujer como todas las demás, cuidando de mi casa, recibiendo á los amigos, paseando y comiendo con ellos, yendo al teatro y sintiéndome muy satisfecha de la compañía que me prestan y que, á mi juicio, no es para amargar á nadie la vida. ¿No puede usted contentarse con lo que le ofrezco?

— Pero, si nos ven salir juntos, al cabo de ocho días, todos dirán que soy el amante de usted.

Florisa sonrió tranquilamente:

— ¡Bah! Eso me tiene, en absoluto, sin cuidado. Lo importante es que no sea verdad lo que la gente diga. Por lo demás, el tiempo, al correr, se encarga de colocar todas las cosas en su sitio.

— Y ¿crée que me resignaré á verla constantemente, á saturarme de su belleza y, naturalmente, á desearla, sin esperanza de conseguirla?... ¡No haga cuenta de eso! Prefiero alejarme y desaparecer. Cerca de usted, sufriría demasiado. ¡Es imposible! No resistiría yo semejante tortura.

— ¡Vea, con cuánta dureza me trata! — protestó Florisa, con los ojos llenos de lágrimas. — Me coloca en la alternativa de sacrificar mis ideas ó de perder la amistad de usted. ¿Es eso obrar con generosidad?...

— ¡Es egoísta! ¡Es feroz! Es todo lo que usted quiera, pero es la contestación inevitable y lógica á la ferocidad y al egoísmo con que me trata. Somos dos adversarios. De los dos, es preciso que ceda uno. ¿Me ama usted lo bastante para ceder?

— Y usted, ¿me ama lo bastante para no obligarme?

— ¡Por amar á usted locamente, es por lo que quiero que ceda! Y porque usted no me ama, es por lo que discute conmigo con la fuerza tranquila y victoriosa de un corazón inanimado. ¡Ah! Me veo condenado á la desesperación. Pero, Florisa, no le daré el espectáculo de mis lágrimas, y no proporcionaré á esos dos malvados consejeros la satisfacción de que vean hasta qué punto han conseguido torturarme. Quédese con ellos; siga viviendo entre esos cerebros helados, entre esos corazones débiles; ¡Me han hecho todo el daño que podían hacerme! ¡Adiós!

— ¡Andrés! ¡No se marche de ese modo!

— ¿Cambiará usted de resolución?

Florisa tuvo el orgullo de contestar con firmeza:

— ¡No!

El literato no replicó palabra, hizo un gesto de desesperación, y se fué. A continuación de esta ruptura con la señorita Barel, y durante el período de ociosidad que siguió, conoció Andrés Treillard á la marquesa de Sortais. El escritor acababa de publicar en la *Revue des Deux-Mondes*, una serie de poemas dialogados, de forma exquisita, en los cuales, á la gracia lánguida de un Vigny, se mezclaba la inspiración sarcástica de un Banville. La Marquesa, que estaba reuniendo, para publicarlas en un volumen, algunas composiciones rimadas que había recitado durante muchos inviernos, en las reuniones más aristocráticas, procuró atraerse y se atrajo inmedia-

tamente á « su ilustre compañero ». En pocos días, Treillard se convirtió en la figura más saliente del salón de los Marqueses, y en colaborador útil de la dueña de la casa.

El señor de Sortais, hildago angevino, gran *sportsman*, ganadero inteligente y cazador empedernido, acogió con marcada simpatía la aparición de Andrés en su palacio. El Marqués era hombre muy práctico que, desde hacía mucho tiempo, había renunciado á intimidades conyugales. Sostenía: una jauría de cincuenta perros para cazar jabalíes; un coto, de tres mil hectáreas, en el cual de celebraban partidas de caza, cobrándose quinientas piezas; una cuadra de caballos de carreras, que le había valido el ingreso como socio en el *Jockey*; y, en fin, una artistuela de *Novedades* que lo engañaba todos los días del año y todas las horas de cada día, con todos los cómicos de París. La fortuna enorme que la Marquesa llevó al matrimonio, daba para todos estos lujos y proporcionaba á su dueña unos respetos que llegaban á extremos de ceguera sistemática. La señora de Sortais tenía derecho para hacer, para decir y para escribir todo lo que quisiera. Su marido lo aprobaba y lo defendía todo. Y había dado la medida de su aprobación, batiéndose con el barón de Grécourt, que se permitió decirle familiarmente que le gustaban más las mujeres con medias color rosa que con medias azules (1).

(1) Hay un juego de palabras, que no tiene traducción en castellano: *Bas bleus*, literalmente *medias azules*, significa en sentido figurado *literata*.

El Marqués extremó las simpatías hasta invitar á Treillard á las partidas de caza. Pero la Marquesa cortó prontamente, por lo sano, estas afectuosidades, encargando á su marido que se abstuviera de quitarle amigos. El señor de Sortais se dió por notificado y no intentó más llevarse á Treillard. Se limitó á pedirle que influyera con los cronistas teatrales, en favor de la encantadora señorita Verval, del teatro de Novedades, á la cual los siempre injustos críticos, se obstinaban en considerar como una tonta, cuando la joven tenía indiscutiblemente madera de primera actriz de la Comedia Francesa. Andrés, atracado de trufas y mareado con *champagne* por su nueva amiga, adulado y festejado por los aristocráticos *snobs* que concurrían al salón de los Marqueses llegó á olvidarse de Florisa y del pequeño cenáculo de la calle de Jouffroy.

La emperezadora y lisonjeante atmósfera de los salones, influyó sobre su sentido moral. Se prestó á pulir los pareados de la señora de Sortais y á rellenar con algunas estrofas substanciales las vaciedades de los poemas de la literata. En esta labor de ortopedia poética perdió un tiempo que hubiera podido emplear mejor en escribir la comedia empezada y ofrecida para el Teatro Intimo. La explicación de esta conducta absurda resultaba muy clara para los amigos de la Marquesa, en vista de las afectuosas familiaridades de la dama para con « su poeta », como ella decía. Cogido en el lazo de las coqueterías mundanas, se había entusiasmado con la señora de Sor-

tais y abandonaba sus habituales tareas para complacer los caprichos de la dama. Ésta lo llevaba, lo traía y lo paseaba, como á un falderillo, sin que el poeta opusiera la menor resistencia. Además, la Marquesa le había explicado que no conviene vivir como un bohemio y que se consiguen muchas ventajas frecuentando el gran mundo.

— Mire, querido, hay que despojarse de pequeneces, y ensancharse el horizonte. Unicamente cultivando relaciones selectas se abre camino para llegar á obtener las altas recompensas y los grandes honores, que son la recompensa apetecida por los literatos. Si no estuviésemos gobernados por insensatos, sería verdaderamente lamentable el que usted no esté condecorado. Pero, bajo el régimen político que padecemos, el hecho puede explicarse. Para conseguir los favores oficiales, es preciso : haber nacido en el Mediodía, lo primero ; luego, ser masón, y, ante todo, amigo de los judíos. Ahora bien ¿ es usted del Norte, tiene ideas sanas y no es feudatario de la tribu semita ? ¡ Pues, entonces, no hay botón rojo y no hay modo de que dejen á usted entrar en la Academia ! ¡ Ah ! Es un juego en el que, á pesar de todo, tenemos los triunfos en la mano. Mis amigos apoyarán á usted y la mayoría es antigubernamental, enemiga del Presidente. Es cuestión de alguna paciencia, de mucha habilidad y de numerosos banquetes. Nadie sabe la importancia que tiene la cocina desde el punto de vista académico. La primera condición de un candidato es contar con buen estómago, y poder

comer fuera de su casa, cuatro veces en semana. Esto no se halla al alcance de cualquiera. Conozco hombres de grandísimo talento, que se han visto obligados á renunciar á todas sus ambiciones, por insuficiencia gástrica. Al llegar á un momento determinado de su carrera, el escritor debe dejar de producir para no exponerse á fracasos, y debe ir, todas las noches, al mundo aristocrático, para cuidar su candidatura. En dos campañas de invierno queda asegurado el triunfo. Pero, hace falta una base de operaciones convenientemente preparada. Esa base, la poseo y se la ofrezco : mi salón. Me encargo de que vengan aquí y de que se interesen por usted todos los que han de votarle. Usted se ingeniará para serles útil, publicando en los diarios artículos acerca de sus obras y de sus personalidades. A los que usted no nombre, les diremos que pueden estar agradecidos por esa muestra de respeto simpático. Si se deja guiar por mí, y si es dócil, respondo del buen éxito. Mientras tanto, pasaremos la vida agradablemente. Trabajaremos, pero de un modo práctico, y no á capricho de la inspiración. Hay que desconfiar mucho de los impulsivismos imaginativos. Todo debe combinarse con arreglo al efecto que se desea producir. Hay obras que conviene resignarse á no escribir, y hay trabajos de los cuales es indispensable saber abstenerse. Una vez conseguido el objeto, una vez consagrado, ya puede usted hacer lo que guste. Todo parecerá soberbio. Porque, mire, mi querido poeta, en la vida todo es cuestión

de clasificación. Lo importante, ante todo, es hallarse bien clasificado. El público se conforma con eso y acepta el producto mirando sólo el color del papel de la envoltura y la forma de la etiqueta.

— ¡Extraño desprecio siente usted hacia sus contemporáneos! — dijo Treillard, sonriendo.

— Los trato como quieren ser tratados. No les concedamos honores que no merecen. Aprovechémonos de su estupidez y procedamos como espíritus superiores.

Así, con estos sofismas desmoralizadores, la señora de Sortais había embotado la conciencia artística del escritor, reduciéndolo á la categoría de parásito mundano. Es probable que si la Marquesa se hubiera dirigido exclusivamente á la razón de Treillard, hubiese encontrado formal resistencia frente á las tentativas corruptoras. El claro entendimiento del literato hubiese comprendido prontamente todos los peligros que existían en el programa de ambición desarrollado por la dama. Pero, en el gabinete, á solas con su poeta, la señora de Sortais era irresistible. Proporcionaba á Treillard todas las satisfacciones morales, al par que le excitaba los deseos físicos. Con refinadísimos coqueteos, enloquecía al pobre muchacho, que se contenía, por timidez mezclada de torpeza, en los límites del respeto, hasta los momentos en que se salía de esos límites, siempre con poca fortuna y con demasiada brusquedad. En el acto tenía que volver á su sitio, forzado por la encantadora sonrisa de la dama, que conservaba im-

perturbable serenidad. Entonces, Treillard, después de largas horas de discreteos, que le acalenturaban la sangre, abandonaba á la Marquesa, furioso, despechado, resuelto á romper la cadena que maldecía. Y á la mañana siguiente, tornaba á someterse á la hechizante esclavitud.

Sin embargo, como, aun estando muy enamorado, no había perdido la lucidez de raciocinio, llegó á preguntarse por qué la señora de Sortais, habiéndolo elegido, atraído y mimado, lo trataba tan mal, cuando le hubiera resultado muy cómodo tenerlo contento. Antes de conocerla íntimamente, había oído hablar de la dama. Sabía que tuvo relaciones apasionadísimas con el ilustre y simpático explorador Octavio de Verglaine, fallecido en el Sudán, hacía algunos años. Sabía que se hablaba de un enredo, muy oculto, con el célebre cantante Verelli, el barítono italiano que, durante un invierno, fué rey de los salones. ¿Por qué entonces, se mostraba tan severa con él? La frialdad de la Marquesa, cuando intentaba conmovérle con súplicas, la soberana indiferencia que siempre ostentaba ¿no obedecerían á amoríos misteriosos?... Treillard acabó por decirse: para que no me ame, es preciso que esté enamorada de otro.

Resolvió buscar, inquirir, vigilar. Primeramente pasó revista á los amigos de la casa. Si la Marquesa tenía un amante, ese amante la visitaba y era íntimo del marido. Se sabía la predilección que tuvo el señor de Sortais, hacia Verglaine, y Treillard no olvi-

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MEXICO
BIBLIOTECA DE LA SECRETARÍA DE EDUCACIÓN PÚBLICA
MEXICO, D.F.

daba las calurosas simpatías que el cazador le demostraba. Andrés, con fino juicio, calculó que aquella " intelectual " debía tener predilección hacia los hombres de *sport*. Seguramente le complacería el contraste entre la franca animalidad de un robusto mozo, y su femenino amaneramiento, refinado y complejo. Procediendo por selección, Treillard muy pronto concentró sus sospechas en tres candidatos. Y entre los galanes posibles, se fijó más en uno que, por modo especial se mostraba inquietante, por colocarse en segundo término, por la medida con que hablaba, y por la discreción con que sonreía. Ese galán era el guapo barón de Roize, amigo predilectísimo del señor de Sortais, aun cuando era diez años más joven que el Marqués, compañero de sala de armas, de cacerías, de tiro de pichón, de carreras; y hasta había la circunstancia de que la Marquesa se burlaba graciosamente del baroncito, alardeando de despreciarlo un poco.

Instintivamente, sin haber llegado aún á descubrir la intriga, Treillard comprendió que estaban representando ante él una comedia muy sencilla y muy ingeniosa. Sintió un arrebató de cólera sorda y cachazuda, y se dió cuenta de que era imposible prolongar por más tiempo una situación tan cruel. Si los amigos de la Marquesa estaban al tanto de la comedia que en la casa se representaba, el escritor podía resultar, a los ojos de todos, algo más que en ridículo. Aquellos aristócratas debían mirarlo como una especie de primer secretario de la dama, mitad lector, mitad

amanuense, encargado, para complemento, de las gestiones cerca de libreros y de editores. Si así era, Treillard se juró tomar venganza de tamaña afrenta. Pero, primeramente y ante todo, quiso tener la certidumbre de lo que aun no pasaba de ser sospecha.

En una semana, con sagacidad notable, el literato llegó á tener noticia exacta del empleo que daba al tiempo su linda amiga. Y el mismo día en que el barón de Roize se convenció de que Treillard iba siguiendo á la señora de Sortais, ya el escritor, en dos ocasiones anteriores, había visto á su ídolo entrar en la casa de la calle de Falsburgo, y permanecer allí dos horas, saliendo con el rostro cuidadosamente velado, de tal modo, que era imposible ver, percibir las huellas ardientes impresas por el placer. Desde entonces se resolvió Andrés á no guardar miramientos. Dos caminos tenía para dar por terminada la indigna mistificación que con él venía cometiendo la Marquesa. Uno, ruidoso y decisivo, consistía en echarle en cara el nombre del amante, como ya había hecho, pero, ofreciéndole, por añadidura, la prueba de que sabía dónde y cuándo se encontraban.

El otro, más sencillo, más seguro y más digno, consistía en desaparecer, lisa y llanamente, saliendo de aquella vida ingrata, como había entrado, sin ruido, casi á la inglesa, sin hablar á nadie, dejando á la señora de Sortais luchar con sus propias fuerzas, después de haber sido, por espacio de tres meses, el director intelectual y el maestro literario de la hermosa dama. Y este último camino fué el que

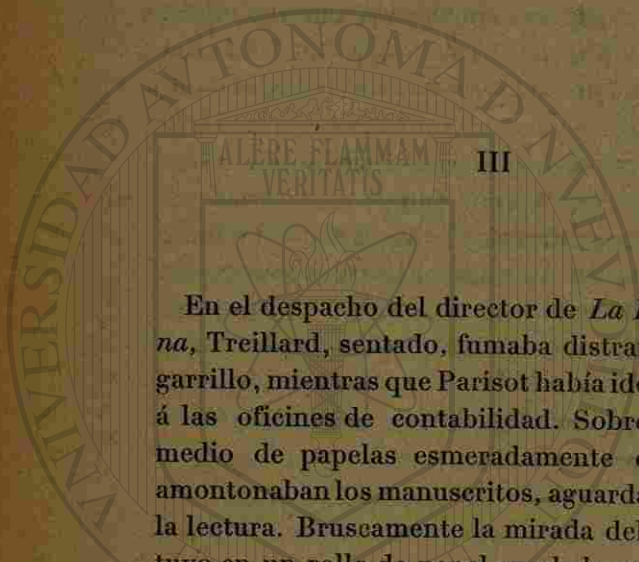
siguió, transido de amargura, con el corazón dolorido por el nuevo desengaño, no creyendo ya en la existencia de la dicha, toda vez que las dos mujeres en las cuales la buscó, se la habían negado por razones muy distintas, pero muy categóricas.

Treillard, dominado por un acceso de sombrío pesimismo, se encerró en su casa y, en unos cuantos días, terminó la comedia que había dejado sin concluir. Entre el argumento desarrollado en la obra, y la amargura personal que sentía, había analogías tan notables que hubiera podido creerse que la había escrito después de la aventura con la Marquesa. De esa coincidencia de situaciones, que, al ser comprobada por el escritor, le excitó el entendimiento hasta el paroxismo de la cólera, resultó una violencia de ideas y una fogosidad de diálogo verdaderamente extraordinarias. Exasperado por el dolor, Treillard se sobrepujo, y en el tercer acto de la comedia puso elocuencia admirable. Hasta la terminación del trabajo, vivió solo, encerrado, servido por su antigua criada que le consagraba cuidados verdaderamente maternos, y, cuando estampó el punto final en el manuscrito, salió pálido, acalenturado, cual si acabase de sufrir una enfermedad; pero muy satisfecho de su triunfo moral y lleno de esperanzas en el buen éxito de la obra.

Durante aquella encerrona de labor, la Marquesa había enviado, en distintas ocasiones, á preguntar por él. La primer vez, Treillard metió en un sobre las cuartillas de la dama, y, sin decir ni una palabra,

se las remitió revisadas, corregidas, aumentadas, y en condiciones de darlas á la imprenta. Florisa Barel también estuvo á visitarlo, sin lograr verlo. Pero logró ver á la criada y por ésta supo, con júbilo, que Andrés trabajaba, como en los momentos de inspiración: encarnizadamente.

Le dejó una tarjeta, en la cual escribió estas sencillas palabras: « ¡ Mucho ánimo! ». Y aguardó á que pasase la crisis literaria. Toda vez que Treillard estaba encerrado en su casa, Florisa deducía que había roto con la señora de Sortais, y, con satisfacción vivísima, la joven suponía que el escritor volvía al trabajo, hastiado de la vida insensata que, durante demasiado tiempo, lo alejó de sus verdaderos compañeros y amigos.



En el despacho del director de *La Librería Moderna*, Treillard, sentado, fumaba distraídamente un cigarrillo, mientras que Parisot había ido, un momento, á las oficinas de contabilidad. Sobre el bufete, en medio de papelas esmeradamente clasificados, se amontonaban los manuscritos, aguardando turno para la lectura. Bruscamente la mirada del literato se detuvo en un rollo de papel anudado por una cinta color lila, y que, por estar encima del montón, parecía que acababa de llegar.

El corazón le palpitó á Treillard. Conoció el papel, la cinta y el caracter de letra. Era la obra de la marquesa de Sortais. Sintió vivos deseos de abrirla para convencerse de que no se equivocaba. No lo hizo, pensando en las explicaciones que tendría que dar á Parisot si este se presentaba inopinadamente. Sin embargo, tomó el paquete, arrugó entre los dedos la cinta del color de la modestia, y, atenuado aun cuando perceptible, le dió en el olfato el perfume predilecto de la dama. Era, indudablemente, de la

Marquesa aquel rollo que había naufragado en el bufete del despacho editorial, entre el montón de producciones que aspiraban á la publicidad. Para que cambiase la suerte de aquel manuscrito, había bastado una desavenencia entre la linajuda aristócrata y el escritor. Todo lo poderosa que era en los salones la señora de Sortais, resultaba sin fuerza y sin prestigio en la casa editorial.

Y, cual uno de tantos, entre los más humildes, aguardaba la benevolencia del potentado literario que concede ó niega la autorización para la imprenta. El editor entró, abreviando las incertidumbres de Treillard. Era Parisot un hombrecito de rostro encendido, calvo, con mechones de cabellos grises junto á las sienes, y barba y bigote completamente blancos. Colocó ante el autor una factura llena de números, y dijo:

— Ahí tiene la cuenta. Le participo que está agotado el último libro de usted...

Treillard dobló la factura y se la guardó en un bolsillo; luego, señalando con el dedo al rollo de papel que tanto le preocupaba:

— ¿De quién y qué es ese manuscrito?

Parisot buscó en la cubierta del paquete un número de orden trazado con lápiz rojo; abrió un libro-registro colocado sobre el bufete, y leyó:

— 227: *Visiones ardientes*, poesías de Oliverio Juglat... ¿Lo conoce usted?

— Sí. ¿Sabe quién es Oliverio Juglat?

— Una mujer. ¡ Me admira mucho el incomprensible afán de las escritoras por firmarse con sendónimos masculinos!... ¿ Creen que, así, inspiran más confianza ó despiertan más interés? Se me antoja que sucede todo lo contrario. En fin ¡ lo mismo da! Esta autora es una dama de la aristocracia; dos académicos muy respetables me han escrito recomendándomela... Sin embargo, ya usted comprenderá que á pesar de todo, no leeré sus cuartillas hasta que les llegue el turno...

— ¿ Aun cuando yo me interese por ella?

— ¿ Usted?..

— Sí, yo.

— ¡ Ah! El caso ya varía. Usted es un autor de la casa, y, además, amigo mío... ¿ Conoce á la autora de *Visiones ardientes*?

— ¡ Mucho!

Maquinalmente, Parisot tomó el rollo de papel, desató la cinta violeta y leyó los primeros renglones.

— ¡ Versos! Usted sabe que no tenemos empeño especial en publicarlos... Hay editores para esta clase de obras... La especialidad nuestra es la novela... ¿ No escribe novelas esa dama?

— ¡ No! Todavía no. Pero sus versos son encantadores.

— ¿ Es rica?

— Inmensamente rica.

— ¡ Eso ayuda muchísimo á tener talento!

— ¿ Cuándo leerá usted *Visiones ardientes*?..

— Mi querido amigo, después de lo que usted me ha dicho... ¡ no las leeré! Las publicaré, sencillamente. Se me antoja que no corro ningún riesgo, y que la edición de mil quinientos ejemplares que voy á hacer, está colocada de antemano. No es que crea que los amigos de la autora van á comprar ni un volumen. Para creerlo sería preciso no conocer á la gente de tono. Pero la autora no querrá que su obra se pudra en el almacén.

— Puede usted estar seguro de ello.

— Entonces voy á escribir á Oliverio Juglat, rogándole que tenga la bondad de pasar por mi despacho para firmar el contrato.

— Verá usted llegar una mujer bellísima, amigo Parisot.

— ¿ Convendrá que le diga que he admitido su libro por recomendación de usted?

Encendiéronse las mejillas de Treillard. No obstante, contestó con frialdad:

— ¡ Es inútil!

— ¿ Lo sabía de antemano, eh?

— Nada de eso. Ni aun siquiera tenía yo noticias del envío á la casa de usted.

— ¡ Ah! ¡ Ah! Seré, pues, discreto, querido amigo; quede tranquilo.

— No temo indiscreciones. Soy, para la señora Marquesa de Sortais, uno de tantos escritores, un indiferente, un convidado más, al cual se le habla de literatura porque es literato, como se le hablaría de caballos si fuere *sportsman*, ó de perros si fuera

cazador, pero al cual no se recuerda después de haberle hablado....

— Se expresa usted con mucha amargura... ¿Es joven y linda, la Marquesa?

— Sí. Es joven y linda.

Parisot leyó silenciosamente algunas estrofas; luego, fijando la vista en el escritor:

— Dígame, querido amigo, la mano de Treillard ha andado en esto...

— ¡De ningún modo!

— ¡A otro perro con ese hueso! ¡Cualquiera se equivoca, y mucho más el editor!... Conozco el estilo. Mire una poesía dedicada á las nubes... El comienzo es bastante vago. Oiga: « Las nubes son las flores de los sueños... » ¿Qué significa eso? Pero, inmediatamente, el tono se levanta, y la continuación ni está pensada por el mismo cerebro, ni escrita por la misma la mano... Treillard, usted me engaña... Pero ¡averiguaré la verdad!...

— ¡Sabrá usted más que yo!

Un golpecito dado en la puerta, interrumpió la conversación. Parisot exclamó:

— ¡Adelante!

Un hombretón, algo inclinado, de rostro lampiño, envuelto en flotante abrigo casi talar, cubierto con sombrero flexible de anchas alas, asomó á la puerta.

Con voz sonora dijo:

— ¿No estorbaré?... Buenos días, Treillard ¿qué tal? ¿Y usted, padre de las letras, que vive, como el Señor, con la mano abierta para los pajaritos?... ¡Me

hacen muchísima falta mil quinientos francos, mi venerable Parisot!...

Se arrellanó en una butaca, dejó caer los largos brazos que tocaron hasta el suelo, y, con los ojos cerrados, exclamó:

— La literatura es ridícula, hijos míos. En otro tiempo fué una carrera decente, que daba para comer y hasta para reunir un capital. Los burgueses se enteraron de ello y, en vez de inculcar en sus hijos el desprecio hacia el arte de escribir, les enseñaron á practicarlo. De esto ha resultado una generación extraordinaria de emborronadores de cuartillas que pululan como las moscas y que fastidian casi tanto como las moscas. Además, para remate y contera, las mujeres han tomado parte en el juego, y, con la dichosa falta de moderación que las caracteriza en todo cuanto emprenden, han abierto la espita de sus ingenios y nos han inundado con oleadas de imitaciones incoloras é insípidas, pero baratitas, lo cual ha decidido en el acto á los directores de periódicos á llenar columnas y planas con esa producción económica. Y hoy, para conseguir exhibirse á la admiración del público, en las hojas impresas, hay que pagar por anticipado, como si se anunciase un producto farmacéutico, que no quiero nombrar para no hacerle propaganda gratuita, ó como si se tratase de un tenor que va á realizar una excursión por América. ¡Que se condene con pena de destierro á toda dama que escriba, ó que se las tenga en constante embarazo, á fin de luchar contra la despoblación!

Detúvose un instante para respirar, sacó del bolsillo un cigarro de los más baratos, lo encendió y principió á arrojar bocanadas de humo nauseabundo.

— ¿Qué hierba ha pisado usted antes de entrar aquí, Boulomier? — preguntó Parisot, riendo.

— ¡De fijo no ha sido la hierba de la dicha! — exclamó el joven literato. — ¡Nunca ha tenido más mala suerte un cristiano! Pero ¿lo soy? ¡Bueno, podría serlo! En el Renacimiento, rechazan mi comedia, y el inmundo Galardín se obstina en no decir palabra de mi última novela en su *Revista de libros*.

— ¡Ah! Es la conspiración del silencio, — observó Treillard. — ¡Entendido! ¡No discuten á usted, ignoran que usted existe! ¡Es una de las formas más peligrosas de la hostilidad literaria!

— No haga caso, — indicó Parisot. — Lo importante es que el público conozca á usted. Galardín, con tres columnas de elogios extraordinarios, no conseguirá que se vendan trescientos ejemplares de un libro viejo. Y, sin embargo, su silencio no obsta para que el lector agote las ediciones de un libro cuyo autor le distrae.

— Con todo, á ese pedante le pagan para que hable de libros. ¿Por qué no habla?

— ¡Porque le fastidia mucho! Vamos, Boulomier colóquese en el lugar de Galardín. Salió de la Escuela Normal, es joven, escribe en un diario importante, publicó un libro, y el libro cayó en el vacío, en medio de la más absoluta indiferencia. Ya tenemos á

un muchacho que se ve reducido á ser, de por vida, nada más que articulista. Y ¿aun quiere usted que se interese por la literatura? ¡Pero si la aborrece! Y en conciencia tiene motivos para aborrecerla. Diariamente le proporciona sinsabores. El triunfo de cada uno de los compañeros le duele como una puñalada en el corazón. El aplauso conseguido por un novel, se le antoja el colmo de la injusticia. ¿Por qué triunfan otros, y él no? ¡Ah, amigo mío! La suerte de ese pobre diablo, obligado á llenar columnas y más columnas con artículos hueros, es realmente dolorosa. Vive condenado á cadena perpetua. ¡Siempre teniendo que ponerse los mismos zapatos de paño y siempre teniendo que torrear palos de silla, sin esperanza de poder hacer otra cosa! Juzgue usted cuánta será la satisfacción de ese hombre cuando puede, andando sin que lo oigan, gracias á los zapatos de paño, armarse con un palo de silla para golpear á un autor en pleno triunfo, y destrozarlo y hundirlo en un rincón. ¡Esos son los días señalados con piedra blanca, en la vida monótona de ese galeote de la pluma sin prestigio! Pero no siempre puede gozar de las delicias de sus emboscadas. Hay caminantes de las letras que no se dejan maltratar á traición por los «apaches» de la crítica. Los hay que se vuelven, zurren de firme y pueden perfectamente dejar mal parado al temerario asaltante. Entonces, con éstos, se acude á la táctica de la abstención y y del silencio. No hay valor para atacarlos, y se les deja pasar fingiendo no verlos. No se les conoce. No

se sabe que existen. Se confía en que el público no los conocerá. Y cuando se les ve que han seguido y que, á pesar de todo, han logrado el aplauso, se sigue á esos tenaces triunfadores con mirada sombría, y se murmura á media voz : ¡ Intrigantes !

— ¡ Lo mismo da ! El oficio de escribir se ha convertido en uno de los más desagradables que existen, — murmuró Bouloumier. — Nuestros gloriosos antepasados, que le profesaban tantísimo respeto, caerían accidentados si viesan lo que sucede hoy.

— ¡ Lo mismo que en su época ! Tal vez entonces fuera peor. Recuerde, pues, las luchas entre los clásicos y los románticos, sin hablar de las disensiones de los románticos entre sí, y de los odios que enemistaban á unos con otros. ¿ Tenemos el monopolio de la envidia ? Siempre ha habido canallas. ¡ Lo importante es no ser como ellos !

— ¿ Está usted seguro de lo que dice ?.. Yo principio á creer que la bondad es una enfermedad, y la delicadeza una estupidez. Es tonto atravesar grupos de gente, llevándose la mano al sombrero, y exclamando : ¡ dispénsame ! ¡ Hay que dar empujones y codazos, y aplastar los pies de los que no se aparten pronto para dejar sitio ! Y, cuando se llega al fin, no hay que volver la cabeza para mirar si, en el camino recorrido, hay lágrimas y sangre. ¡ Cada cual para sí, qué demonio ! Y ¡ exterminémonos los unos á los otros !

— Ya se conoce, Bouloumier, que es usted meridional. Ha venido usted de Castres, para conquistar

la gloria y la fortuna, á la usanza de aquellos moros que Carlos Martel detuvo en los campos de Poitiers y lanzó sobre España, donde realizaron verdaderas proezas. Es usted un Cadete de Gascuña, y se asombra de que, por serlo, no vengan las calandrias trufadas á caerle en la boca. ¡ Ah ! ¡ Están ustedes, muy mimados, señores meridionales ! Desde hace treinta y cuatro años, sí, después de la guerra, se han acostumbrado á tratar á Francia como á país conquistado. Todo es para ustedes : cargos, destinos, ascensos, honores. Se han asociado y se han ramificado en todos los órdenes de la Administración pública, formando como tupida red, y han adquirido el hábito de acapararlo todo, en tales términos que, cuando tropiezan con alguna resistencia para el logro de lo que desean ó esperan, principian á escandalizar creyéndose despojados. Y hace falta, sin embargo, que se penetren de que en esta gran nación hay cuatro puntos cardinales, y de que los ciudadanos del Este, del Oeste y del Norte tienen y pueden hacer valer algunos derechos. Son los más laboriosos, los más ricos, los más formales y los menos charlatanes. Viven y deben vivir. Y toda la algarabía meridional no lograría privarles del derecho á tener sitio dentro de nuestras fronteras. Ustedes olvidan en demasía estas verdades indiscutibles, señores meridionales. Ustedes se han convertido en nuestros amos. De cada doce ministros, hay, generalmente, ocho ó nueve que han nacido de la parte allá del Loira, y los otros tres representan al resto de Francia. Y,

como en esto, en todo ocurre lo mismo; no se vé más que á los meridionales, no se oye más que á meridionales, y las lamentaciones de los meridionales no tienen límite, como no lo tienen las exigencias de usted. Un poquito de discreción, Bouloumier, ó concluiremos todos por darnos cuenta de que el Mediodía abusa; en cuyo caso, le rogaremos que se quede en su casa.

— ¡Allí se está muy mal! — contestó riendo el joven literato. — ¡Es bueno tener sol, pero no se puede vivir más que á la sombra! Tiene usted mucha razón, Parisot, al asegurar que la Administración pública de Francia está por entero en manos de meridionales. Todos los funcionarios del ministerio de Bellas Artes, grandes y chicos, son paisanos míos. ¿No es descorazonante ver que nada hacen en mi favor?

— ¿Qué es lo que usted pretende, en concreto?

— Una prebenda, bien retribuida, como las que disfrutaban otros compañeros. Un cargo de bibliotecario, con buena casa para habitarla, calefacción, alumbrado...

— ¿No pide usted alimentación?

— ¡Ah! ¡Si fuera posible! Pero usted reconocerá que es muy duro para mí, en la situación en que me encuentro, venir á darle á mi editor un sablazo de mil quinientos francos...

— Usted preferiría que fuese yo á ofrecérselos en una bandeja de plata...

— No me quedaría con la bandeja.

— ¿Y qué me va usted á dar á cambio de los mil quinientos francos?

— Tengo un libro terminado...

— Me debe usted ya tres, y, como se ha comido el importe de ellos, de seguro no los escribirá.

— Los escribiré, si tengo tiempo. Y tendré tiempo, si usted me da mil quinientos francos.

— Vaya — murmuró Parisot, con gesto displicente — ¡tómelos! Allá van... Pero conste que esta es la última vez.

Trazó dos líneas en una hoja de papel, firmó y dijo:

— Puede usted pasar á la Caja.

— ¡Palabra mágica! ¿Quién osó afirmar que los editores no tienen entrañas? Mire, Parisot, va usted á percibir inmediatamente los intereses de este anticipo. Voy á escribir un artículo acerca de esta Casa editorial, afirmando que es la única en que aun se guardan respetos á la literatura.

— ¡Vamos! — exclamó Treillard, levantándose

— Ya que veo á usted satisfecho, Bouloumier, me marchó.

— ¿Cómo está la señorita Barel? — preguntó el joven literato.

— Hace ya algún tiempo que no la he visto, — contestó Treillard, con cierto disgusto.

— ¡Bah! ¿Ha habido un eclipse en esa gran amistad? La señorita Florisa es una criatura muy notable. Pero mire Treillard, hacia una mujer de esa

clase, hace falta no sentir más afectos que los literarios... de no ser así, resulta uno estafado. ¡Cerebro magnífico, pero corazón pequeño!

— ¡Oh! Está usted equivocado, Bouloumier. Florisa posee un corazón admirable; lo que ocurre es que ese corazón aun no tiene dueño.

Salieron, después de estrechar la mano á Parisot, y Treillard, dejando á su compañero en la ventanilla de la caja, se fué por las calles, soñando en la señora de Sortais y en el manuscrito atado con una cinta de color violeta.

La Marquesa, desde la desaparición de su poeta, había sufrido diversas impresiones, y ninguna agradable. En un principio pensó que el enojo de Treillard duraría poco, y que, habiendo devuelto el manuscrito se presentaría personalmente, cualquier tarde, á recibir las gracias que merecía su trabajo. Al cabo de una semana tuvo, sin embargo, que creer que el disgusto del escritor era serio y que, para hacerlo volver á aquella casa tendría que dar algunos pasos. Estos pasos se manifestaron en forma de una invitación para comer, á la cual Treillard contestó con una tarjeta en la cual trazó dos renglones, excusándose, pero sin indicar el motivo.

Tal resistencia irritó vivamente á la señora de Sortais, que se dijo: — ¡Bueno! Que se quede en su casa. Allá se las arregle. Cuando se canse de la soledad, deseará volver aquí. Imagina, sin duda, que va á lograr más, por la rebeldía, que por la sumisión. Pues ya verá que se equivoca.

La Marquesa tuvo que confesarse que ella era la equivocada. Los castigos que preparara quedaban sin efecto, y su altivez se irguió en el vacío; le quedaba un recurso: enviar á su marido á casa del escritor. La cordialidad ruidosa que el Marqués manifestaba á los amigos de la casa, facilitaba mucho su intervención. Allí donde otro cualquiera hubiera podido parecer ridículo, él resultaba simpático. Se metió en el domicilio de Treillard, como hubiera podido meterse, con guardas, batidores, perros y sonando la trompa, en un vedado de caza. Desde la puerta de entrada, hizo retemblar las paredes del piso, con las explosiones de su voz:

— ¿Está? ¡Perfectamente! Dígame que el señor de Sortais viene á verle.

No le era fácil al escritor cerrar la puerta. Ya el Marqués, dejando á un lado á la criada, había forzado el paso más y casi penetraba en el gabinete de trabajo sin pedir permiso. Treillard, en persona, le abrió la puerta, y lo recibió sonriente.

— ¡Oh! ¡Oh! — exclamó el cazador hidalgo — ¿Es preciso que venga yo á acosar á usted hasta aquí? ¡Bueno! ¿Qué pasa? Mi mujer no comprende lo que sucede y me envía en busca de algunas explicaciones. ¿Han cometido con usted la más mínima desconsideración en mi casa? ¡De ningún modo lo toleraría! Siento la más profunda deferencia hacia el talento, y aspiro á imponer respeto en torno mío. Usted, señor Treillard, aun cuando no caza, es persona amable, y no me consolaría per-

diéndolo como amigo, ya que no ha querido ser mi compañero. ¡Vamos! Dígame ¿por qué no va á visitar á la Marquesa? Está desolada ¿sabe?... y nunca conviene disgustar á una mujer... Yo falto frecuentemente de casa... Por lo tanto, es indispensable que mi esposa tenga sociedad agradable, á fin de que la ayuden á soportar mi ausencia... Usted es de los que más le agradan. ¡Diablo! No me haga quedar mal, continuando retraído mientras yo corro por esos campos!... Precisamente estamos en la época de las cacerías á caballo. ¡Vamos! ¡No deje de ir! ¡Hágalo por mí!

Todo esto fué dicho con voz sonora que hacía estremecer los cristales, paredes y pavimento del gabinete; y todo iba acompañado de gestos y ademanes afectuosos, pero inquietantes para la seguridad de los frágiles muebles.

Treillard manifestó, sonriendo, que no tenía motivo alguno de disgusto y alegó, para justificar su ausencia, agobios de trabajo, apremiantísimo en aquellos días. Significó que viéndose obligado á concluir una labor de importancia, había tenido que encerrarse buscando en la soledad medios para dar cima á la obra comenzada. Por lo demás, se hallaba reconocido á las bondades que la señora de Sortais le venía dispensando, rogaba ahincadamente que no se le juzgara un ingrato y se prometía, tan luego como se viera libre de urgencias literarias, tener el gusto de volver á los salones donde tanto le halagaba verse recibido. Reiteró al hidalgo cazador el testimonio de

su simpatía, y lo dejó irse penetrado de que ni había disgustos ni motivos para ello.

Cuando el Marqués llegó á su casa sufrió un desencanto. La Marquesa no compartió las creencias optimistas de su emisario. A las afirmaciones calurosas del marido, opuso silencio lleno de restricciones. Pero, según costumbre, el buen señor, no se desconcertó. Jamás se ocupaba en discutir las razones que tenía su mujer para proceder de tal ó de cual modo. Se limitaba á acatar órdenes y á obedecer indicaciones. Si para conseguir el resultado apetecido, había que hacer algo más, no era cuenta suya. La señora de Sortais, habituada á pensar, á resolver y á obrar por sí misma, no confió á su esposo el secreto del disgusto que experimentaba. De haberlo hecho, hubiera sido entrar en un camino que podía dar origen á comprobaciones desagradables. Además, ¿qué auxilio podía esperar, en el orden intelectual, de aquel ser vulgarote, al cual despreciaba profundamente?

Reflexionó que insistir más para atraer á Treillard, sería dar motivo para que este se formase altísima idea de su fuerza y valimiento. Decidió, pues, dejarlo á un lado, por el momento, y aprovechar ocasión favorable para reconquistarlo. Por supuesto, formó el propósito de hacerle pagar muy caras las contrariedades que le estaba haciendo sufrir. Y sin embargo, cuando menos lo esperaba, tuvo la prueba de que Treillard aun habiéndose retirado, seguía interesándose por ella. La carta en que Parisot la citaba, para

hablar acerca del manuscrito recibido, le produjo viva emoción.

Era la vez primera que iba á tratar con el gran editor. Hasta entonces, la Marquesa había publicado sus producciones en casas de menos importancia. Por consejo de Treillard, resolvió cambiar de librero, abrigando el propósito de publicar sus obras completas. Ninguna ocupación podía antojársele más importante que la de asistir á la cita que le daba Parisot. Vistióse estudiadamente, con traje ni muy obscuro para no parecer demasiado seria, ni muy claro para no tener aspecto demasiado frívolo. Con el corazón más agitado que de costumbre, se presentó en las oficinas á las cuatro de la tarde y la hicieron pasar al despacho del secretario, que le recibió con amabilidad discreta. De un vistazo, la escritora examinó la presencia correcta, la barba argentada y fina y la mirada inteligente que brillaba tras los quevedos del funcionario. Comprendió que tenía necesidad de hacerse agradable á aquel caballero; tomó asiento, le dispensó el honor de sonreírle graciosamente, y le preguntó con voz dulce:

— ¿No tendré el gusto de ver al señor Parisot?

— Sí, señora; dentro de un instante. Ya han debido anunciarle la visita... Se complacerá mucho en recibirla... El señor Treillard le habló extensamente de usted, anteayer...

La frente de la Marquesa se ensombreció. ¿Cómo? ¿Desde las primeras palabras, había de mezclarse en el asunto el nombre de Treillard? ¿No podía sus-

traerse á la tutela del literato? Y toda vez que él se rebelaba y no quería visitarla; no le quedaba á ella la satisfacción de demostrar que sabía andar sola, sin consejo y sin ayuda?

— ¿Y á propósito de qué, caballero, hablaron extensamente? — preguntó, con acento algo seco.

— Pues á propósito del libro de usted, señora, sobre el cual el señor Treillard llamó la atención de mi jefe... A esa circunstancia debe usted el verse singularmente favorecida, porque se rompió el turno establecido y se leyó el manuscrito de usted, saltando por encima de otros que esperaban antes...

— Y... ¿quién ha leído el libro?...

— El señor Parisot no delega jamás esa tarea. Se llevó el manuscrito á su casa... Aquí no tiene tiempo para leer. Y, con arreglo á las instrucciones que me dió, tuve, señora, el honor de escribir á usted...

— ¿Hay motivo para que yo crea que el señor Parisot ha quedado satisfecho?

— Sin duda alguna, señora. Si no le hubiera agradado y hubiese habido que devolver el original, ya habría yo recibido el antipático encargo de cumplir esa misión. Desde el momento en que el señor Parisot se reserva el cuidado de hablar con usted, es porque sólo tiene que decir cosas agradables.

En aquel instante, y sin que la Marquesa tuviera tiempo para terminar la sonrisa que había iniciado, se abrió la puerta del gabinete y un hombrecito, completamente afeitado y cubierto con sombrero de

anchas alas, entró muy decidido, se dejó caer en una butaca y gritó, con voz estrepitosa:

— ¡Estoy reventado! ¡No puedo más! ¡Llevo vomitadas, en un mes, doce mil líneas! ¡Qué oficio más perro!

Se levantó de un brinco, miró asombrado á la señora de Sortais, saludó con azoramiento, y dijo:

— ¡Oh! ¡Perdón! ¡Señora! ¡No la había visto! ¡Si usted supiera lo que es tener una novela atravesada en el estómago!

La Marquesa se echó á reír:

— Comprendo el alivio de usted, caballero, á juzgar por la energía descriptiva...

El secretario se inclinó hacia la señora de Sortais y presentando, con burlona cortesía, al recién llegado, pronunció ante la linajuda dama, distraída y admirada, el nombre de uno de los novelistas más brillantes de la nueva generación.

— ¡Ah! caballero — añadió la Marquesa. — Nadie, leyendo las obras de usted, se atrevería á suponer el esfuerzo que le cuestan al autor, juzgando por lo que usted acaba de manifestar...

— Es usted amabilísima, señora...

El literato, lleno de curiosidad, aguardaba algún dato para saber con quien tenía el gusto de hablar; pero, el ordenanza de la oficina, cortó la entrevista, abriendo la puerta y anunciando á la dama que el señor Parisot la estaba esperando. Apenas volvió la espalda la poetisa, el novelista soltó la pregunta que le quemaba los labios:

— ¿Quién es?

— La señora Marquesa de Sortais, — contestó el secretario.

— ¡Una aristócrata! ¡Mil diantres! ¿No pudo usted advertírmelo?... ¡Me ha dejado, ante esa señora, revolcarme en la abyección!

— ¡Ah! Querido amigo, principió usted á debarrar antes de que yo tuviera tiempo de abrir la boca.

— ¿Escribe, esa Marquesa?

— Sí. Es la autora del libro titulado: *Hechicerías amorosas*.

— ¡Ah! ¡Caramba! Sí, un librejo místico-sensual, en el cual la espiritualidad iba amalgamada con la concupiscencia. Se me antoja que esa dama es más... coqueta que escritora. Y ¿van ustedes á editarle alguna obra?

— Treillard la recomienda...

— ¡Oh! ¡Treillard! ¡Otro acólito de la iglesia mundana! ¡Hace muy bien! En literatura, ante todo, es preciso contar con buenas relaciones. Por lujo, se puede tener talento. Pero esto no es indispensable.

Durante esta conversación, la señora de Sortais había entrado en el despacho de Parisot. El editor se levantó apresuradamente, le ofreció una butaca, volvió á sentarse ante el bufete, tomó el manuscrito de *Visiones ardientes*, y fijando en la Marquesa la mirada escrutadora, exclamó con acento tranquilo:

— He leído estas cuartillas, señora. Si me las hu-

biera traído cualquier otra persona, las rechazaría resueltamente... Pero el título, la posición y aun el talento de usted, le dan derecho á mayor benevolencia... Publicaré el volumen, pero...

La señora de Sortais, sin parar mientes en todo lo que había de irónico en las manifestaciones del editor, se fué derecha al lado práctico del asunto.

— Muy bien caballero; pero desearía saber por qué rechazaría usted esta obra, si la hubiese traído otra persona.

— Dios mío, señora, porque es una obra sencillamente inútil. Me asombra que no se dé usted cuenta del inconcebible desenfreno de producción literaria que estamos padeciendo. Todo el mundo escribe ó quiere escribir. Hay más libros que lectores. El público retrocede espantado ante los escarapates de las librerías, donde se amontonan cubiertas de todos colores, y se marcha sin elegir, murmurando: «¡Son demasiados!» Ya es hora de que los editores nos hagamos cargo de la crisis gravísima que esta sobreproducción ha creado al mercado de libros. Hay que tener cuidado de evitar que la sociedad se ahogue en un diluvio intelectual. Y la primera medida que debe adoptarse es la de contener la lluvia de libros, haciendo severa selección en las publicaciones. Tales son, señora, los motivos por los cuales, si cualquiera otra persona que no fuese usted, me hubiese traído este manuscrito, hubiera yo tenido el sentimiento de rechazarlo resueltamente.

— Bueno, señor mío ¡eso es hablar con fran-

queza! Estoy encantada con la explicación. Respecto al juicio que usted ha formado acerca de la inutilidad de mi obra ¿quisiera ser tan amable que me indicase los motivos?...

— Creo que mi juicio lleva en sí la explicación. Esta obra, llena de bellezas, no encierra nada nuevo. Es música ya conocida y que ha sido ejecutada por maestros. ¿Una repetición más?... Está muy bien, pero... ¡es inútil! Si usted me contestara: «Dispense; necesito vivir, y espero obtener algún beneficio con esta publicación. Es preciso que trabaje en mi oficio, y mi oficio es escribir.» Entonces, poco ó nada tendría yo que objetar. El genio es raro, y el talento tiene sus derechos. Ahora bien, en esta obra, no falta talento. Pero usted no puede decirme que necesita escribir para vivir. Resulta, pues, una producción abusiva. Usurpa usted el sitio de otro, y se coloca absolutamente en las condiciones del que escribe por afición del que *hace esto* para distraerse y para pasar el tiempo. Precisamente á este género de producción estamos obligados los editores á poner coto.

— ¿Y, sin embargo, me publica usted el libro?

— Si, señora.

— ¿En qué condiciones?

— A expensas de usted, y sin concesión de ninguna clase. Es preciso que este libro le cueste caro.

— ¿Por qué?

— Porque el dinero que usted ha de abonar ingresará en mi caja y me servirá para pagar á un autor

desconocido, cuyo primer libro, promesa de obras magníficas, no tendrá probabilidades de venderse.

— Muy bien, caballero; me parece perfectamente discurredo, — dijo la Marquesa con cara risueña. — Me agrada extraordinariamente cuanto le acabo de escuchar. Ahora, hábleme de mi libro. ¿Lo ha leído usted?

— Leo todo lo que publico.

— Déme su opinión sincera,

— ¿No se la he dado á usted, hace un momento?

— Usted me ha dicho que mi obra era inútil, pero eso no es un juicio literario. Si todo lo inútil debe suprimirse, suprimamos á la humanidad. Porque, en resumen, esa teoría concede el derecho de vida á lo excepcional. Lo excepcional en literatura es la obra maestra. ¿Cuántas puede señalarme en la producción universal y en el transcurso de los siglos?

— ¡Ah! Poquísimas, es cierto.

— Y ¿cómo las aprecia usted? ¿Con auxilio de qué balanzas, especiales é infalibles, pesa el mérito? ¿Cómo sabe, al recibir un manuscrito, si es una obra maestra ó un libro inútil? ¿Tanta seguridad tiene en el juicio propio? ¡Me admira que se pase usted el año entero lanzando montones de papel á las máquinas impresoras, primero, y al taller de encuadernación después, para lanzarlos, por último, al torrente del público! Porque, si usted no posee esas intuiciones proféticas que permiten descubrir

el signo revelador de la obra maestra ¿con qué derecho declara que un libro es inútil ó no lo es?

— ¡Oh! Señora, hay muchos datos para guiarme. Ante todo la condición del autor. Hay ya muchas probabilidades, cuando trato con un aficionado...

— ¿Qué significa eso? — interrumpió la Marquesa, con altanería. — Expliquémonos, de una vez para siempre, sobre el título de aficionado. ¿Entiende usted que es aficionado el que no se consagra profesionalmente al oficio de escribir?

— Efectivamente, señora.

— Entonces, el vizconde de la Rochefoucault, cortesano, á pesar de sus *Máximas*... ¿es un aficionado? Y Montaigne, soldado y diplomático... ¿otro aficionado? Y el párroco de Meudon, creador de Gargantúa... ¿aficionado, también? Y La Bruyère y Saint-Simon, y... No sigo; tendría que citar todas las glorias de la literatura francesa. Y si usted quiere que pasemos la frontera...

— ¡No! ¡No! — gritó Parisot, con gesto de protesta festiva. — ¡Demonio! Me he metido en una discusión enojosa, y veo que he desafiado á un enemigo peligroso... Pero, no obstante, me concederá usted que, en este siglo, algunos profesionales, como Victor Hugo, Balzac, Alejandro Dumas y Jorge Sand, realzan un poquito la literatura de oficio; y no quiero hablar de los escritores contemporáneos, que, también, tienen su mérito.

— ¡Oh! ¿Quién lo discute? Es la intransigencia de usted la que me lleva á estos extremos. Conven-

BIBLIOTECA DE LEON
ALFONSO DE...
1880

gamos, pues, sencillamente en que la misión de los editores es publicar libros, á la buena de Dios, sin que sea preciso que se precipiten demasiado para establecer jerarquías. Resumiendo, la suerte acaricia las frentes que se le antojan. Muy perspicaz ha de ser el que adivine dónde y por cuánto tiempo ha de fijarse esa gran caprichosa, suponiendo que le plazca guardar fidelidad alguna vez.

— Señora, — dijo Parisot — al oír la amplitud de criterio y la agudeza de ingenio con que discute, voy sintiendo verdadera confianza en el triunfo del libro de usted.

— ¡ Ah! ¿ Va usted á adularme ahora?... ¿ No es bastante tratarme como aficionada y quiere tratarme como mujer?

— He depuesto las armas, y supongo que este no será el único negocio editorial que realicemos...

— Fío en ello, — exclamó amablemente la Marquesa. — Hemos inaugurado relaciones que, espero, serán duraderas. Todos los viernes por la tarde me quedo en casa. Hágame el obsequio de devolverme esta visita. Será usted bien recibido.

— Y ¿ me encontrará con mi amigo Treillard?

La Marquesa fijó en Parisot una mirada casi amenazante. Pero, al ver el despejado rostro del editor, comprendió que no se trataba de una alusión á sus relaciones momentaneamente interrumpidas con el literato. Así, pues, le contestó :

— Realmente, no lo sé. El querido maestro me ol-

vida, desde hace algún tiempo. Está trabajando, según creo, en su comedia...

— Ya la ha terminado.

— Entonces se dejará ver. Pero me promete que no será por encontrarse con Treillard, por lo que usted vaya á mi casa...

— Treillard y yo, sin necesidad de buscarnos, tenemos ocasiones de vernos con frecuencia... Pero, señora, hemos hablado de cien cosas, excepto de la más importante : de nuestro contrato.

— ¿ Para qué? — murmuró, con acento desdenoso, la señora de Sortais. — ¿ No sé ya á que atenerme? usted se propone cobrarme carísimo... No he de discutir...

— ¡ Oh! señora, permítame — observó, alarmado, Parisot. — Ni soy ni quiero que se me crea un explotador sin vergüenza... Usted abonará los gastos de la edición y tendrá su cuenta de autor abierta en la casa.

— ¡ Bueno! ¡ Bueno! señor Parisot, — exclamó la dama, sacando partido de la situación. — Confío en la delicadeza de usted... Sé con quién estoy tratando... Nos entenderemos fácilmente. Para mí, lo importante es dejarle encomendados mis intereses literarios... Para complemento puede enviarme el contrato... Lo firmaré sin leerlo...

— De ningún modo, señora... Estos asuntos hay que estudiarlos antes de adquirir compromisos.

— ¡ Basta! Tengo confianza en usted y ya se lo demostraré cumplidamente...

Se levantó, le tendió la mano con ademán de superioridad condescendiente, y se dirigió hacia la puerta, acompañada por el editor que se deshacía en atenciones.

Ante el ordenanza, que lo contemplaba estupefacto, Parisot salió al vestíbulo y llegó hasta la puerta de entrada, prodigando saludos y cortesías. Cuando la aristócrata se marchó, el editor se volvió al despacho, con la cabeza baja y refunfuñando entre dientes :

— ¡ Demonio de mujer ! ¡ Si llega á insistir, capaz hubiera sido de haberme hecho que le pagase los derechos de autor !

Y, mientras tanto, el que había determinado en el pensamiento, habitualmente tan sereno de la señora de Sortais, aquella turbación soportada á duras penas, se hallaba dominado por agitación que no conseguía vencer. Pretendió introducir el desorden en las combinaciones de la artificiosa y linajuda dama, y sólo había logrado desorganizar completamente la vida propia. Cuando remitieron las primeras fiebres del orgullo, sintióse desalentado, falto de ideas, abatido. Mientras tuvo la obligación de trabajar para terminar la comedia empezada, pudo engañarse á sí mismo. Pero, ahora, no se forjaba ilusiones. La existencia, sin el alimento delicioso que le suministraba la intimidad con la Marquesa, se le antojaba muy sombría. Continuaba encerrado, ocioso, aguardando sin saber qué.

Llevaba tres días sin salir á la calle, matando el

tiempo tumbado en un diván, fumando cigarrillos, cuando un atardecer recibió la más violenta de las sorpresas. La criada entró atropelladamente en el gabinete, y le dijo :

— Señor, aquí está la señorita Barel...

Apenas si tuvo tiempo para ponerse de pie cuando Florisa se presentó. Una ojeada le bastó para ver los almohadones arrugados y para examinar el semblante de Andrés, hallándolo pálido y triste. Arrojó sobre la mesa un ramo de violetas que llevaba en el manguito y, tendiendo la mano á su amigo :

— ¡ Bueno ! ¿ Qué pasa ? ¿ No se encuentra bien ?
¡ Tiene usted cara de desenterrado ! Y hasta creo que estaba usted durmiendo cuando he llegado.

— No ; no dormía ! — contestó, — ¡ soñaba !

— ¿ Puede decirme en qué ?

— ¡ Ah !.. En todo género de necedades, que me guardaré mucho de referir á usted...

— ¿ Por qué razón ? ¿ No tiene confianza en mí ?
El escritor miró irónicamente á la joven :

— ¿ Me promete usted pagarme bien la confianza ?...

— No, por cierto ; no puedo prometer lo que probablemente no podré cumplir.

Andrés exhaló un suspiro :

— Nunca, Florisa, me acostumbraré á tratar á usted como á un camarada.

La escritora hizo un gesto brusco, y sus facciones se contrajeron :

— Y, sin embargo, no puede pretender ser otra cosa

para mí, sobre todo después de haberme demostrado de un modo tan completo que sabe usted guardar su independencia...

— ¡Ah! ¿Era yo dueño de mis resoluciones? ¿Podía usted esperar que yo continuase á su lado, fosilizándome, admirándola, como un Babín ó un Malatiré?... ¿Soy un anciano ó un eunuco? No, Florisa... ¡era exigirme demasiado! ¡Me juzgaba mal ó no se conocía usted! Yo la amaba sinceramente y usted me rechazó con dureza...

— ¡Y por eso mismo se fué á consolarse con su Marquesa!

— La Marquesa, que no es mi Marquesa, me ha tratado tan mal como usted aunque de distinto modo. Es una coqueta desvergonzada, una criatura sin corazón, una muñeca de lujo, una de esas lindas damiselas que se dejarían matar á cambio de eclipsar á sus rivales y que sacrificarían á la humanidad entera con tal de obtener una satisfacción para su orgullo. ¡Podredumbre con faldas, cieno cubierto de encajes!... ¡Eso y nada más que eso!

— ¡Qué exageración! — exclamó Florisa. — Eso me demuestra que aún existe deseo, si no amor. En resumen ¿qué ha conseguido usted de ella?

— ¡Nada! Sonrisas falsas, palabras engañosas, esperanzas incumplidas. Le pedí que me quisiera. Me contestó invitando á comer. Es una mujer que se considera en paz con las personas, atracándolas de trufas y hartándolas de *Champagne*.

— ¿No tiene usted bastante con eso?

— ¡No! No me contento con estar alimentado.

— ¿Le gustaría á usted más estar acostado?..

Andrés dirigió á Florisa una mirada de censura.

— ¿Es caritativo que venga usted á burlarse de mí?

— Pues ¿qué quiere que haga? No voy á tomar por lo trágico su fracasado flirteo de con esa amable mundana. ¿Esperaba verme cargando la pistola de Werther? No, amigo mío. Vamos, déjeme dirigirle algunas preguntas, porque sospecho que ha debido usted pilotar pésimamente su barca. La Marquesa en cuestión es una mujer que escribe, y, en tal concepto, fijó su elección en usted.

— Es indudable.

— Luego, tenemos cálculo de su parte. ¿Ha hecho la Marquesa que usted trabaje en el arreglo de sus versitos?...

Viendo que Treillard se callaba, Florisa continuó:

— ¿No quiere contestarme? ¿Secreto profesional? ¡Perfectamente! Estimo mucho esa discreción. Pero no me dejó engañar. Quedamos en que la dama logró seducirle, y, cuando llegó el instante de ajustar cuentas, como, de momento, no tenía necesidad de usted, se escurrió sin pagar. ¡Es lo eterno! No hay nada que criticar. Usted debió prevenirse con tiempo y no aguardar hasta el final.

Treillard se levantó, paseó agitadamente por el gabinete, y después, deteniéndose ante Florisa:

— Luego ¿cree usted que entre esa mujer y yo debía tratarse de un capricho pasajero? ¿Podía darme yo por satisfecho con eso?

— ¿Soñaba tal vez con relaciones más permanentes? ¿Deseaba que la Marquesa fuese sólo de usted? ¡Qué locura! ¿Cabe eso en lo posible? ¿Se entregan, acaso, esas mujeres definitivamente? ¡Y á un literato! ¿Hasta semejante extremo ha estado ciego Treillard? Pero, infeliz, la realización de esa esperanza hubiese sido... ¡la perdición! La personalidad y la originalidad de usted hubiesen quedado absorbidas y anuladas. Después de haber atravesado por ese mundo artificioso y voluble ¿cree posible vivir en él, sin renunciar á toda ambición de trabajar libremente?

— ¡Ah! Siempre es usted la misma! — gritó encolerizado Andrés. — Todo lo ha de mirar desde el punto de vista profesional, y ¿quién le ha dicho que no estaba yo dispuesto á sacrificar el orgullo intelectual ante las esperanzas de dicha?

Florisa palideció al oír este violento apóstrofe que volvía á ponerle ante los ojos el disgusto que la había separado de su amigo. Bajó la cabeza, y después de breve reflexión:

— Lo hubiera usted lamentado amargamente, porque esa dicha apenas si hubiese llegado á durar un día.

— ¿Qué sabe de eso? ¿Cómo se atreve á juzgar de los sentimientos ajenos por los sentimientos propios? Porque usted sea incapaz de consagrar su vida al amor ¿vamos á deducir que todas las mujeres sean rebeldes á la ternura? ¿Pretende erigir en regla sin excepción el nihilismo afectivo? ¡Bueno!

¡Queda convenido en que el amor no existe para usted. ¡Pero ¿es esa razón bastante para decretar que nadie ame ni pueda amar?

Florisa rió; miró atentamente á Treillard, y luego, moviendo la cabeza:

— Hay mucho de cierto en esa salida de tono. Pero ¿cómo nos arreglaremos para separar una opinión general del sistema particular que hemos adoptado y practicamos? Forzosamente estamos obligados á mirar los asuntos ajenos desde un punto de vista semejante al que ocupamos al juzgar asuntos propios. El apasionamiento, que prudentemente evito, y que conceptúo fatal para mí, no puede parecerme envidable para usted. Después de todo, acaso me equivoque. Sin embargo, no lo creo. Mire, amigo mío, poseo terrible experiencia. En la infancia asistí á comedias y dramas que no puedo olvidar y que me servirán de enseñanza, mientras viva. ¿Cómo quiere que crea en el amor, después de haberlo visto profanar, escarnecer, vender y comprar? No acierto á imaginármelo sino como una eterna trapacería, en la cual el hombre y la mujer, ya por diversas circunstancias, ya por razón de superioridad de carácter, se engañan alternativamente uno á otro. Cuando se ha recibido, siendo pequeñuela, pero con discernimiento muy bastante para hacerse cargo de lo que se ve y se oye, la enérgica lección de realidades á que me hallé sometida, hay derecho, sin que nadie puede lanzar acusaciones de pesimismo, para alejarse del amor y

para procurar que se alejen las personas á la cuales se quiere bien.

— Enhorabuena, — exclamó Treillard — continúe usted en clase de vestal, manteniendo el fuego sagrado del intelectualismo, pero no se asombre de que los demás quieran vivir la vida normal.

— Y la vida normal ¿es la agitación del amor? ¡Ay! Tiene razón, amigo mío, esa es la vida normal. Desde que el mundo es mundo, casi todos los grandes cataclismos de la Humanidad han tenido por móvil, manifiesto ú oculto, el amor. No incurriré en la pedantería de una enumeración que usted puede hacer con tanta facilidad como yo. Acaso el amor fulgurante y sin mañana, baste, con sus satisfacciones, para compensar la pérdida de toda la vida. Musset ha dicho: « Y, durante un momento, los dos habían amado ». Esa es la apoteosis de la pasión desenfrenada. Sin embargo, no me impedirá que abrigue dudas acerca de la sublimidad de esa especie de epilepsia llamada amor. ¿Cree usted que puede entablarse comparación entre el breve frenesí de Leandro, ahogándose al atravesar el Helesponto para ir á reunirse con la bella Hero, y el metódico esfuerzo de un Pasteur, inclinado sobre sus cultivos bacteriales, en busca de la salud de la Humanidad? Hero y Leandro son inmortales. El acto que constituye su leyenda, ha logrado encantar la imaginación de los pueblos. Tiene, pues, valor positivo. ¿Le agradará á usted más ser un Leandro que un Pasteur?

— ¡ Ah! ¡ Vaya un modo de razonar! ¡ Eso es derrumbarme el Panteón sobre la cabeza.

— No, señor. Usted pronuncia ardoroso ditirambo acerca de la poesía del amor. Yo contesto con argumentación serena respecto á la utilidad del trabajo. Cada uno arrima el ascua á su sardina.

— ¡ Cállese! ¡ Usted no tiene corazón!

Florisa se ruborizó. Le relampaguearon los ojos, y, con acento áspero:

— ¡ No quiero tenerlo! ¡ Sé lo que cuesta amar! A Dios gracias, tengo la cabeza despejada y razono todos mis actos. ¿ Qué me ocurriría si estuviese á merced de mi temperamento? Los afectos de los hombres son demasiado tornadizos para que se pueda fiar en ellos. Hace un año, me dijo usted que me amaba. ¿ A quién ama hoy?

— ¡ Ah! ¡ Eso es extremar al rigor y abusar de mi flaqueza! — replicó vehementemente Treillard. — ¡ Usted me rechazó duramente, injustamente, y ahora me echa en cara el que haya tratado de consolarme! ¿ Son, pues, tan parecidas todas las mujeres, aun las mejores? Usted, Florisa, en este asunto, peca de falta de memoria y me trata con poquísima generosidad.

La señorita Barel sonrió, pasóse la fina mano por la frente y, mirando á su amigo con ojos más benévolo:

— Dejemos eso. Los dos nos hemos equivocado. Lo cierto es, mi pobre amigo, que esa gran señora le trata á la baqueta y no le ha recompensado de

ningún modo lo que usted ha hecho por ella.
Y ¿cuándo aparece su libro?

— Muy pronto

— ¿Es bueno?

— No es malo. Algo cargado de oropel. Pero, no es malo, en realidad..

— Rogaré á Malatiré que me envíe el ejemplar de la *Revue*. Y, si hay ocasión, hablaré...

— ¿Quiere usted hacer un estudio crítico?

— ¿Por qué no?

— Florisa, me asusta usted.

— Ya sabe que sólo he de decir lo que pienso.

— ¡Eso es, precisamente, lo que me espanta!

— ¿Desea usted encargarse de escribir ese artículo?

— ¡Imposible! Si elogiaba, parecería que iba mendigando gratitud. Si hablaba mal, creerían que era venganza...

— Entonces, deje á mi cargo la tarea...

— Pero sea usted benévola...

— Le ofrezco que seré justa.

Se levantó para marcharse:

— ¡Ah! Supongo que no se obstinará en continuar viviendo como un oso. Permaneciendo encerrado, llegará á atontarse. La torre de marfil tiene sus ventajas, Pero conviene no abusar. Vengase á comer conmigo esta noche. No hay más convidado que mi ancianito Babín. Se alegrará mucho al ver á usted.

Rápida emoción se transparentó en el semblante de Andrés. Tomó la mano de Florisa, la besó dulcemente y murmuró muy quedo:

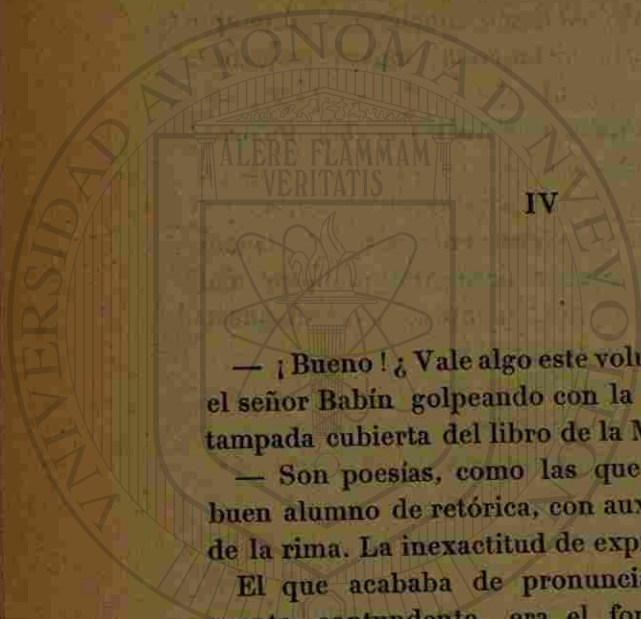
— ¡Ah! ¡corazón de piedra! ¡Qué lástima!

La escritora retiró la mano sonriendo, contempló al joven, con cierta melancolía, movió la cabeza con aire misterioso, y dijo:

— ¡Vamos! ¡No hay que volver á las locuras!
¿Espero á usted esta noche?

— ¡No!

— ¿Se obstina en seguir enfurruñado? Dueño es de hacer lo que quiera, pero creo que hace mal. Cuando guste ir á verme, siempre estaré dispuesta á recibirle. ¡Hasta la vista!



IV

— ¡ Bueno ! ¿ Vale algo este volumen ? — preguntó el señor Babín golpeando con la enjuta mano, la estampada cubierta del libro de la Marquesa.

— Son poesías, como las que puede escribir un buen alumno de retórica, con auxilio del diccionario de la rima. La inexactitud de expresión triunfa...

El que acababa de pronunciar este juicio, con acento contundente, era el formidable Malatiré. Florisa, recostada en una butaca de su gabinete, alzó la vista hacia los dos ancianos, y dulcísima-mente :

— Es mejor y es peor — dijo. — El alumno no tendría las picardías de estilo de esta poetisa, pero tampoco sería tan enormemente presuntuoso. A recorrer estas páginas, se ve que el autor está convencidísimo de la originalidad aplastante de lo que escribe. Esta dama tenía seguramente condiciones naturales que han quedado anuladas ante el afán de producir efecto. Los que la rodean, le han dicho que poseía genio, se lo ha creído y ha perdido el exiguo

talento con que contaba, ¡ Una víctima más del *snobismo* !

— No la trata usted con mucho cariño, — observó Malatiré, con débil sonrisa. — ¿ Es ese el tema del artículo que va á escribirme para la *Revue* ?

— El mismo, sobre poco más ó menos.

— Ya sabe que la dejo en completísima libertad. Pero, nada menos que tres académicos han ido á pedirme que hiciera tejer coronas para esta décima musa. Dicen que, gracias á ella, la alta sociedad recobra algo de su perdido esplendor. No he de ocultarle á usted, que para interesar á la crítica en la obra de esa poetisa, mis visitantes tuvieron cuidado de advertirme que Andrés Treillard había puesto mano en el libro.

— Se ve, sin dificultad. Ese es el único aspecto interesante del libreo. Hay en él un trabajo de embutido, divertidísimo para los que somos del oficio. Pero, aparte de nosotros ¿ quién puede notarlo ?

— Y ¿ no se siente usted desarmada ? — preguntó Malatiré, con aire bonachón.

— ¡ No ! No me siento desarmada. Al contrario. Hay en la falta de pudor de esta dama, que emplea para remediar la cojera de sus versos á un verdadero poeta, algo ultrajantísimo para la literatura. Sé que hay pajareros que enjaulan á las aves cantoras, y que les sacan los ojos para que no conozcan el tiempo, ni las estaciones, ni el sol, ni la lluvia, y gorjeen constantemente. Esta dama me recuerda á esos pajareros.

— ¡Oh! Querida amiga, la Marquesa puede ser que haya enjaulado á Treillard, pero le ha dejado los ojos para que se dé el gusto de admirarla á sus anchas.

— ¡Bueno! Sobre ese punto, sé á que atenerme.

— ¿Se lo ha contado á usted Treillard?

— Detalladamente.

— Luego ¿ha vuelto usted á verle?

— Hoy mismo.

Hubo una pausa. Malatiré, preocupado, bajó la cabeza. Papá Babín no pudo resistir á la curiosidad, y preguntó:

— Y ¿cómo le va á ese buen muchacho?

— Bastante mal — contestó Florisa, tranquilamente.

Malatiré alzó la cabeza:

— Usted, según parece, ha adoptado una resolución.

— ¿Se asombra de ello? — replicó la joven. — Ya sabe las ideas que tengo sobre este punto.

— ¡Las ideas! ¡Las ideas! — gruñó Malatiré — son abstracciones. Los hechos se cuidan constantemente de desmentirlas, bajo la influencia del capricho y de la sinrazón.

— ¡Ah! A usted le consta perfectamente que mis ideas me han sido impuestas por la necesidad. No hay, por lo tanto, probabilidades de que renuncie á ellas, á menos que cambiasen las condiciones de mi existencia.

— ¿Qué quiere decir eso?

— Sencillamente que si me lloviera una gran fortuna, yo soñaría probabilísimamente en cumplir los deberes de la existencia de una mujer, — deberes que son tener marido é hijos, — y renunciaría, entonces, á trabajar como un hombre.

— Si usted tuviese fortuna ¿no escribiría más?

— Indudablemente, no. Sólo comprendo la literatura como una profesión. Convertirla en pasatiempo, seme figuraría que era profanarla. Creería descender al nivel de la dama de que hablábamos hace un momento, y que exige al pobre Treillard un trabajo de ortopedia literaria. Y además, tal vez esto sea una tontería, me remordería la conciencia publicando libros que habían de competir con los de los bravos luchadores que necesitan ganarse el pan.

— ¿Según eso, la literatura sería una especie de oficina benéfica, en la cual sólo tendrían derecho á socorro los necesitados?... Eso es decir mucho, mi querida amiga. ¡Vale tanto como suprimir, de golpe, á Chateaubriand y á Alfredo de Vigny, para darnos, en cambio, á los Malfilâtre y á los Gilbert! ¡Muchísimas gracias! Esos mozos desharrapados, me hacen siempre creer que tienen más miseria que talento. Si no le parece á usted mal, convendremos en que el genio goza de derechos imprescriptibles, y que le basta resplandecer, como el sol, para explicar su razón de ser. Fuera de esto... ¡nada es nada!

— ¡Hace falta genio! ¿Quién puede vanagloriarse de tenerlo?

— Generalmente todos los que carecen de él.

— ¿No piensa Ud. — preguntó Florisa — que un pueblo, abrumado por la necesidad de escribir, presenta signos de decadencia?

— Desde el punto de vista de la virilidad, es indudable. Podrá verse, en determinadas circunstancias, agitado por sacudidas nerviosas, pero, el vigor sereno, le falta. Es un caso de ataxia. Y en ese caso nos encontramos. La sociedad francesa está atacada por la morbosidad del análisis, del comentario y de la descripción. De cada cien personas instruidas, hay cincuenta que escriben. Las otras cincuenta, querrian hacer lo mismo, y odian ó desprecian á las que lo hacen. Las modificaciones escolares que se han introducido, para mejorar la educación física, son muy plausibles. Todo cuanto quite importancia al cerebro y la aumente al músculo, contribuirá á la salvación de la raza. El día que, en nuestro país, puedan cerrarse todas las tabernas y la mitad de las escuelas, se habrá dado un paso gigantesco en el camino del progreso.

— Muy bien que se cierren todas las tabernas — observó papá Babín — ¿pero la mitad de las escuelas?...

— ¡Eh! — replicó Malatiré. — ¡Si me aprietan, diré que deben cerrarse las tres cuartas partes de las escuelas! Francia revienta por saber leer demasiado. Ha perdido la sencillez, la resignación y la bondad. ¿Cree usted que es sano, para las poblaciones rurales, leer los folletines de los periódicos de cinco céntimos, y los suplementos rellenos de literatura exci-

tante? El resultado se nota en seguida. Los jóvenes dejan los aperos de labranza por el taller, y el campo por la ciudad. No hay obreros para cultivar la tierra, y las capitales están repletas de vagos. La instrucción, en vez de elevar el alma francesa, como se gozaron en anunciarnos, la ha degradado y la ha podrido. La mayor parte de los que han aprendido á leer, lo han aprovechado para envenenarse con malas lecturas. Se han convertido en presa para los sofistas políticos y los corruptores socialistas. No se les ha dado suficiente desarrollo intelectual para que puedan comprender lo absurdo de las teorías que oyen. Pero sí entienden lo bastante para poder retener las ideas disolventes. Para remate, se ha injertado el laicismo en la enseñanza, que ha sido el colmo de la obra. Así vemos el estado en que se encuentra la sociedad actual. En treinta años, hemos avanzado tanto por el camino de la decadencia, de la ruina y del abatimiento nacional, que, hasta nuestros peores enemigos, comienzan á compadecernos.

— ¿Cómo acabará esto? — preguntó papá Babín.

— Por una formidable reacción, — contestó Florisa. — Así lo exige la lógica de la historia. No hay ejemplo de que á una era de anarquía no haya sucedido un período de tiranía. Además es una necesidad social. Es la resistencia del organismo que quiere vivir, contra la descomposición que lo invade.

— Nos hemos alejado un poco del libro de la señora marquesa de Sortais, — murmuró Malatiré

sonriendo. — ¿Cuento con el artículo de usted?

— Lo enviaré á fines de esta semana.

Sin embargo, la que en tales términos preocupaba á ingenios tan distintos, atravesaba un período de embriaguez capaz de trastornar á una cabeza más sólida que la suya. La aparición del nuevo volumen había sido, para la prensa, la señal de una campaña de reclamos estrepitosos, cuyo costo sabía el cajero de *La Librería Moderna*. Los periódicos se desbordaban en alabanzas. Poníase á la autora en las nubes, por su talento raro y delicado. Se la elogiaba, por sus dotes de belleza y elegancia. Se hacían resaltar las glorias de su familia, con tal abundancia de datos genealógicos, que honraba á los pesquisidores de la heráldica contemporánea. Nada de lo que se relacionaba con la señora de Sortais y podía interesar al público, se descuidaba. Las gacetillas daban detalles de la vida íntima de la escritora, describían el cuarto de trabajo, detallaban las costumbres y hasta el traje que usaba cuando producía sus «obras maestras». Y por no olvidar nada, no se olvidaba al marido. En la prensa ilustrada podía admirarse al marqués de Sortais á caballo, con el uniforme del *Rallye-Bataillard* y la gorra de terciopelo en la cabeza, escoltado por su montero La Rosée, teniendo al alcance del látigo una trailla de cuarenta perros, tan atontados y sarnosos, como si se preparasen para tomar parte en una cacería del teatro del *Châtelet* ó de la *Gaité*.

Algunos periódicos llegaron hasta á publicar,

calificándolos de sublimes, pensamientos y frases, de una necedad extraordinaria, que atribuían á la triunfadora. La señora de Sortais, que poseía finísimo sentido de la realidad, se estremeció levemente al leer aquellas citas presuntuosas y estúpidas. Tuvo la noción muy clara de una hostilidad sorda, que se exteriorizaba en forma de exageraciones de entusiasmo, capaces de poner en ridículo al objeto de ellas. Esta táctica pérfida le hizo conocer las envidias que principiaban á sentir los profesionales, ante aquel concierto de elogios que les atronaba los oídos. Demasiado hábiles para ir contra una corriente de *snobismo* tan violento, dejaron ir con la corriente enormidades burlonas, ditirambos risibles. El procedimiento iba dando resultados, y ya, en la alta sociedad, algunas buenas amigas habían rogado á la señora de Sortais que tuviese la bondad de explicarles claramente las manifestaciones que le había atribuido el *Pavé de Paris*. Afirmaba el citado periódico, que la Marquesa, al salir del Concierto Colonne, donde acababan de ejecutarse las *Beatitudes* del gran César Franck, había dicho: «Esa música es una bóveda de coral atravesada por los rayos arcángelicos.» El redactor estampó, al final de esta frase sibilina, una interrogación, que no resultaba superflua. En los salones, las damas pedían que se les explicase el sentido oculto en estas palabras armoniosas. Aquello era la falsedad literaria, en todo su esplendor.

La Marquesa ni protestó ni rectificó. Declaró á los

que quisieron oírla, que tales manejos contribuían á consagrarla. Ser atacado, es ser temido. Sólo se teme á los fuertes. Se les ataca para destruirlos y para deshacerse de ellos...

Procuraba consolarse con esas opiniones conocidas y de uso vulgar y corriente. Pero, en el fondo de la herida abierta en su amor propio por la punta de la pluma enemiga, le quedaba un fermento venenoso que le hacía sufrir. Y el único que hubiera podido cuidarla y hacerla cicatrizar, estaba lejos de allí y permanecía invisible. Una palabra de Treillard, su presencia en aquel salón, donde durante tantísimas noches se le vió como amigo fiel y afectuoso, hubieran bastado para poner coto á murmuraciones y maledicencias. Pero, en aquella hora difícil, el « abandono » de la Marquesa por su poeta, era motivo para pérfidos apiadamientos.

— Sí, la Marquesa ha obtenido un triunfo excesivo. Treillard había sentido amargura...

— ¡ Oh ! — contestaban — ¿ Es posible que alguien sienta celos de sí mismo ?

— ¿ Qué quiere usted dar entender ?

— ¿ Bah ! Lo que todo el mundo sabe : ¡ Que Treillard es el autor del libro de la señora de Sortais !

— ¡ Qué infamia !

— ¡ No hay que asustarse ! Usted sabe perfectamente que Treillard es el Apolo de esta nueva Musa.

— ¿ Por qué no ha de haber escrito el libro nuestra querida Marquesa ? Siendo, como es bastante endeble ¿ no puede ser suyo ?

— ¡ Bueno ! ¡ Vaya un modo de defenderla !

Y así era como hablaban de la señora de Sortais sus mejores amigas. Rivalizaban en la tarea de tejerle coronas de rosas, procurando colocar hacia dentro todas las espinas, para que se le clavasen bien en la cabeza.

Rabiaban viéndose obligadas á hablar de la poetisa, y se desquitaban acribillándola con epigramas dulzones y con elogios mal intencionados.

Cierta mañana, cuando la Marquesa miraba distraídamente un diario, para ver si hablaba de ella, le saltó un nombre á la vista : Andrés Treillard. Leyó lo siguiente : « Ayer, en el saloncillo del Teatro Intimo, se efectuó la lectura de la comedia en cuatro actos, titulada *Los malos caminos*, original de Andrés Treillard. Del principal papel de mujer, se ha encargado María Froment, que acaba de regresar de una excursión por América. El hábil director Noël Parkin, ha escogido lo mejor de los principales escenarios parisienses para proporcionar al autor un cuadro artístico extraordinario. La impresión que produjo la lectura de la obra, fué excelente. Se susurra que Tavarin irá contratado para crear un personaje de excepcional relieve. Por hoy, nada más debemos decir ». Esta noticia preocupó á la señora de Sortais. Ya se explicaba perfectamente la ausencia y el olvido de Treillard. En medio de sus desengaños sentimentales, el literato había vuelto á su obra teatral y se distrajo merced á acti-

vidad fecunda. La comedia comenzada había sido concluida, y ahora iba á verse ocupadísimo con el apremiante trabajo de los ensayos. Se le escapaba. Con un esfuerzo vigoroso consiguió romper los lazos. Ahora podía prescindir de ella, y lo demostraba claramente.

Al adquirir esta convicción, la dama experimentó profundo descontento. Procuró razonarlo, y lo encontró desagradablemente complejo. Por una parte, estaba muy decidida á no acceder á las instancias amorosas del literato. Por otra parte, juzgaba ofensivo que Treillard no pusiese más empeño en conseguir lo que deseaba. Al resignarse muy pronto, no le proporcionaba las ventajas de un triunfo, largo tiempo apetecido. Además, su abandono la entregaba sin defensa, á críticas y á murmuraciones. No podía ella consagrarse á la elaboración de las gacetillas, reclamos y artículos indispensables para la buena propaganda de una obra. Era urgente ir por las redacciones de los periódicos, espolear á los compañeros indolentes, buscar los auxilios interesados, obtener las benevolencias necesarias, y contratar precio con las administraciones, para la publicación de noticias y de artículos. Tarea difícil para un literato de profesión, conocedor de todas las callejuelas del oficio; imposible para un oficinero, y, con mucha más razón, para una mujer.

Todo lo que Parisot ofreció, en concepto de reclamos, se había hecho. Pero esto era una insignificancia comparado con lo que soñaba la señora de

Sortais. El editor, á instancias de la autora de *Visiones ardientes* realizó, con dinero contante y sonante, el trabajo de propaganda. Mas, los artículos pagados, no ofrecían á la señora de Sortais la satisfacción delicada de la alabanza justa. Muchas veces, precisamente sobre lo que deseaba que no se hablase, se insistía con la insistencia de una pluma pesada y babosa, como si el redactor, socarronamente, se vengase de verse obligado á colocar sobre las nubes aquello que en lo íntimo del pensamiento le desagradaba. ¡Qué diferencia entre la labor asalariada de hoy, y el tacto y la finura de Treillard que en medio de diez comparaciones, sabía siempre elegir aquella que más agradaba á su amiga. ¡Ah! ¡elogios semivelados y acariciadores de ayer! ¡Qué satisfacciones las de entonces, en vez de los descorazonamientos de hoy!

Jamás abría un paquete de recortes enviados por la « Agencia Lince », sin sentir una palpitación honda, cual si temiese leer censuras. Sin embargo, sólo encontraba alabanzas. Las admiraciones retribuidas proseguían desbordándose en la prensa, y el triunfo de *Visiones ardientes* continuaba sin oposición. Una mañana que la Marquesa se había instalado, en la habitación que le servía de estudio, para escribir, sobre lindísimo bufete Luis xv, unos versos que llevaba pensando más de ocho días, y que trabajosamente iban surgiendo en las cuartillas, vió entrar á su marido. Algo tan extraño le notó en el semblante, que, soltando la pluma y levantándose

vivamente, la señora de Sortais le salió al encuentro, y le preguntó:

— ¿Qué te ocurre? ¿Por qué, contra tu costumbre, entras á verme antes del almuerzo? ¿Por qué traes esa cara tan descompuesta? ¡Vamos! ¡Habla! ¿Ha sucedido algo?

— ¡Dios mío! Querida, evidentemente no ha ocurrido un cataclismo, pero tampoco es cosa despreciable. Personalmente no me da frío ni calor lo sucedido, pero por ti...

La Marquessa palideció. Tuvo el presentimiento de que iba á recibir un rudo golpe, y se horrorizó pensando que iba á ser el zopenco de su marido el encargado de darle la noticia. Ni aun tuvo tiempo para continuar el interrogatorio. Ya el Marqués había sacado del bolsillo un folleto con cubierta muy historiada, por la cual, á simple vista, conoció la señora de Sortais que se trataba de la *Revue Française*. Avanzó un paso, tomó el volumen y, como la plegadura del artículo, señalado con lápiz azul, abría el texto por el sitio preciso, recorrió con mirada rápida la página marcada. El título del artículo le flameó ante los ojos: *Visiones ardientes*, por Oliverio Juglat. Con gran presteza volvió las hojas, buscando, hasta encontrar, la firma del trabajo: Florisa Barel. Exhalando un suspiro semiahogado, exclamó:

— ¡Muy bien!

Luego, examinando á su marido:

— ¿Lo has leído?

— Claro que sí, pues para eso me han enviado esta

Revista... He querido saber á qué atenerme sobre las intenciones del articulista... Querida mía, no te espantes, esto es obra de envidia ruin...

— ¿Quién te ha dicho que me espanto? Pero, desengáñate, Florisa Barel no es una envidiosa. Tiene un espíritu demasiado altivo, para descender á bajezas de sentimiento.

— ¿En qué se ha inspirado, entonces, para escribir esta diatriba contra tu libro? Tu libro es muy notable. Todo el mundo lo dice. Toda la prensa lo proclama. No tiene la señorita Florisa Barel autoridad para cambiar la opinión general. ¡Hay corrientes contra las cuales no se puede ir!

— ¡Bueno! Te agradezco muchísimo tus elogios. También te agradezco muchísimo que me hayas traído la *Revue*. ¿Dónde piensas ir ahora?

— Al tiro del Bosque de Bolonia. Tenemos concertada una *poule* á tres pichones, para esta mañana...

— Pues acude con exactitud á la cita.

— ¡Ah! ¡Para los pichones sí que me conviene exactitud en la puntería! Pero, dime; ¿tomarás con tranquilidad esta cuestión? ¿verdad?.. Supongo que no te darás un mal rato.

— De ningún modo; ve á tus distracciones... Y gracias por el interés...

— Entonces... ¡hasta luego!.. Mira, el contenido del artículo no es muy fuerte.

— Voy á verlo ahora mismo.

Tomó asiento ante el tallado bufete, empujó las

cuartillas diseminadas, las reunió y clasificó cuidadosamente en elegante cartapacio, y colocó la *Revue* abierta, para leerla cómodamente. Desde los primeros renglones, la respiración se le entrecortó, demudóse, las lágrimas se le agolparon en los ojos, y, con los labios agitados por estremecimiento nervioso, continuó la lectura del terrible artículo que le había dedicado Florisa. Todo cuanto de amargo puede inspirar el desdén á un cerebro superior, lo lanzaba el articulista sobre Oliverio Juglat. Con refinamiento de crueldad que hacía temblar á la señora de Sortais, Florisa referíase no sólo al escritor, sino también á la mujer, y, desgarrando el velo del incógnito guardado por la Marquesa, bajo el antifaz arrancado á Oliverio Juglat, ponía de manifiesto el rostro de la dama aristocrática. Luego, con soberana elevación de pensamiento, con habilidad técnica implacable, desmenuzaba, estrofa por estrofa, las *Visiones ardientes*, y demostraba ferozmente la pobreza y la desnudez de aquellas poesías tan bien acicaladas por su autora.

La señora de Sortais, aterrada, se detuvo. Enjugóse con el pañuelo la frente húmeda, y permaneció helada. Mentalmente evocó el altivo rostro de Florisa Barel, tal cual lo viera en los grabados de la prensa ilustrada y en fotografías de los escaparates de libros. Y en la bella y tranquila fisonomía de la escritora, no acertaba á encontrar nada de vulgar ni de bajo, nada que acusase envidia ó mala intención. Entonces ¿por qué atacaba sañudamente á Oliverio

Juglat, golpéandole como se golpea al enemigo que se quiere exterminar? Florisa no atacaba sólo á la obra poética de la Marquesa. Ésta, con instinto muy certero de la realidad, lo comprendió en seguida. Había ataque personal en la crítica. No se trataba sólo de hacer disección de un libro, mostrando la endeblez de los asuntos y el desacierto del desarrollo en la forma. El golpe iba derechamente al autor. Se veía el deseo de herirle. Y el cuidado de identificar realmente á la Marquesa, de desenmascararla, de colocarla muy en evidencia, como para que sirviese de blanco á todos los dardos que se le disparaban, era revelación de preocupaciones ajenas á la literatura.

— ¿Qué le he hecho á esta mujer? — se preguntaba la señora de Sortais. — ¿Por qué me aborrece? Es imposible negarlo: ¡Me aborrece! Cada adjetivo revela cólera. ¿Hay en esto algún asunto amoroso? Pero ¿por quién?

Mentalmente, con rapidez, la dama pasó revista á los hombres que la habían amado. En lo pasado, no halló ninguno que pudiera legitimar tan rudas represalias. En el presente, el barón de Roize era desconocido en el mundo de las letras. La señora de Sortais se sobresaltó: Andrés Treillard, sombrío, inquieto, desgraciado, acababa de imponérsele bruscamente en el pensamiento. Instinto infalible le dijo que de allí salía el golpe. Pero ¿cómo, en qué condiciones y á qué precio, había sido dado? Esto era lo que importaba averiguar. ¿Era Florisa Barel la mujer celosa que se venga de la rival preferida? ¿Era

la amiga que hace suya la ofensa del hombre maltratado por la mujer amada? Fuese lo uno ó lo otro el problema merecía resolverse. El incidente, en un momento, adoptaba proporciones muchísimo mayores de lo que pudo prever la señora de Sortais. No era sólo el libro el que estaba en tela de juicio, era ella en persona. El público, corto de vista, se detendría en las apariencias y sólo se fijaría en la crítica literaria. Pero, para la Marquesa, resultaba indispensable llegar al fondo de la situación y sacar audazmente todas las consecuencias.

Se marchó á casa del editor. Ante todo quería hablarle. Daba por supuesto que conocía el artículo de Florisa. Seguramente habría sido el primero en leerlo, como todo lo que se relacionaba con la negocios de la Casa. ¿Qué opinión tenía? Convenía saberlo.

En el despacho, en compañía de un almacenista de papel, con el cual estaba concertado una compra, Parisot, friamente y, sin embargo, elocuentemente, con acento duro y brutal—porque poseía muchas inflexiones de voz, según la clase de personas con quienes trataba—defendía sus intereses. Cuando el ordenanza le pasó la tarjeta de Oliviero Juglat, el editor remató sus argumentos con un: «Así, ó de ningún modo», que determinó la conformidad inmediata. Con este demonio de hombre, cuyo crédito era tan sólido, no había más remedio que ceder siempre.

Parisot despidió al almacenista de papel, y recibiendo á la Marquesa, con amabilísima sonrisa:

— Adelante, señora, la esperaba.

— ¡Ah! — exclamó la señora de Sortais.

— Sí; calculé que el artículo de Florisa Barel me proporcionaría la visita de usted! No me he equivocado. Por que ¿no es cierto que viene á hablarme de ese asunto?..

— Lo ha adivinado usted perfectamente. Y, ante todo, dígame lo que opina.

— Opino que es excelente para el libro.

— ¡Lo hunde!

— Pero hace que se venda. Van despachados doscientos ejemplares sólo en esta mañana.

— ¡Buen provecho, si el autor resulta asesinado!

— Nunca resulta asesinado un autor. ¡Se resucita de esas muertes! Conozco á muchos asesinados varias veces, y que se encuentran muy bien. Lo importante es vender. Los que no venden, son los únicos muertos.

— Usted habla como editor que da salida á su mercancía. — replicó con acritud la señora de Sortais.

— Pero, yo, ¿qué debo pensar después de las tremendas heridas que he recibido?

— ¡Ah! ¡Ya! Señora, esa es cuestión distinta. ¿Viene usted á preguntarme qué alcance tiene el artículo de Florisa, ó los motivos secretos porque se ha escrito?..

— Quiero saber por qué esa joven me ha tratado así, y cómo debo tratarla yo.

— ¡Perfectamente! Vamos á explicarnos con toda franqueza. Es eso lo que usted quiere ¿verdad? Y

de antemano, me perdonará si me veo obligado á decirle cosas que le han de desagradar...

— ¡Nada de reticencias!.. Tengo confianza con usted. Además, no oiré más que aquello que me agrade tolerar que se me diga...

Ante estas palabras, en las cuales el orgullo de la dama aristocrática se manifestaba en toda su amplitud, sonrióse Parisot. La inflexión de su voz se tornó untuosa, blanda, acariciante.

— No sienta recelos hacia mí. Si yo tuviera que guiar á usted, sabría hacerlo, con todas sus consecuencias. En lo ocurrido, nada hay de sobrenatural. Treillard ha sido adorador ferviente de usted, y, con anterioridad, rindió culto á Florisa Barel. Usted le ha quitado, por lo tanto, el galán á Florisa. Celos femeninos. Eso es todo.

— ¿Ha sido, Treillard, amante de Florisa?

— No. Quiso casarse con ella, y la señorita Barel rehusó.

— Entonces ¿qué reclama?

— ¡Ah! Puede que sienta remordimientos. ¡Eh! usted sabe que no es raro desdeñar á un amor rendido, á condición de que continúe fiel. Pero si se marcha á mariposear por doquier...

— Entonces, los móviles en que se ha inspirado la autora del artículo, no pueden ser más bajos. Me lo habían dicho, pero no quería creerlo. Así, pues, ¿qué mentalidad es la de esa Florisa, cuando pone su pluma al servicio de rencores personales? ¿Soy yo responsable de las preferencias del señor

Treillard? Y, además ¿á qué conduce este ataque? La señorita Barel está mal informada: su amigo ya no me visita. Se enfriaron nuestras relaciones hace muchas semanas, y es muy probable que no vuelva á verlo más.

Parisot, con aire meditabundo, se rascó la barba. Reflexionó un instante, y dijo:

— ¿Cómo ha aceptado Treillard esa desavenencia de que usted me habla? Porque yo lo veo á menudo, y no me ha hablado palabra del asunto.

— Pues me figuro que ha debido aceptarla con tranquilidad, toda vez que no he vuelto á verlo, á pesar de los pasos que, para atraerle, he hecho dar á personas de mi intimidad.

— Luego ¿ha sido él, entonces, el que se ha enojado? ¿No es usted la que rompió?..

— ¿Romper?.. Tenga la bondad de permitirme que detalle las condiciones en las cuales se establecieron nuestras relaciones. Treillard iba á visitarme, como amigo de confianza. Formé el proyecto de favorecer sus ambiciones legítimas ayudándole por mediación de amigos míos muy influyentes.... Quise que fuera el candidato de un grupo aristocrático, con ramificaciones en la Academia. Todo se reducía á vivir algunos años agradablemente, en la mejor sociedad, produciendo obras pensadas y escritas con gran esmero. No sé que crisis de bohemia ha trastornado el rumbo de las ideas de Treillard. Pero, bruscamente, ha vuelto la espalda á mi casa, ha roto conmigo y se ha lanzado de nuevo en su mundo

literario, donde nada puede ganar y hay mucho que perder.

Parisot movió la cabeza:

— Usted, señora, llama á ese cambio de vida, una crisis de bohemia. Creo que se equivoca. Conozco á Treillard desde que principió su carrera literaria. Es un muchacho muy digno, muy juicioso, incapaz de malgastar un céntimo, que siempre ha trabajado mucho y que ha evitado, en lo posible, figurar en las reuniones de literatos. Es un taciturno y un solitario. Nunca se le ve en esos cafés, centros de charlatanismo, donde los periodistas se reúnen para tomar la consigna del día. No frecuenta las redacciones, donde los compradrazgos útiles se entablan con facilidad vulgar. Más fácil es que lo tachen de *poseur*, que de bohemio. Todo, en la vida que vivía junto á usted, debía agradarle por el refinamiento de trato, por la delicadeza de las costumbres y por la esquisitez de los gustos. Cuando se ha marchado bruscamente, es seguro que lo ha hecho por razones que usted desconoce, pero que no pueden ser las que acaba de indicarme.

La señora de Sortais no se dignó discutir con el editor; había dicho lo que quería decir, y le importaba muy poco lo que pudiera pensar Parisot. Buscó otro aspecto del asunto, y preguntó:

— ¿Cree usted á la señorita Barel capaz de haber escrito el artículo cediendo á instigaciones de Treillard?

— Ni á ella ni á él, los conceptúo capaces de semejante villanía.

— Sin embargo, hubieran podido reconciliarse, aliándose contra mí.

— ¿Con qué interés?

La señora de Sortais movió la cabeza:

— ¡Eh! ¿No es interés bastante el de enclavar á un compañero en la picota?

— Eso es descender á los procedimientos más viles de la profesión literaria. Ciertamente que no están abolidos y que, á diario, en esta época de *arriostistas* feroces, asistimos á ejecuciones de ese género. De cualquiera que no fuese Florisa Barel, diría yo: ¡es posible! Tratándose de ella, repito: ¡es inadmisibile! A riesgo de enojar á usted, debo afirmar que Florisa piensa y cree lo que ha escrito. No hay más que un camino que seguir, para tomar el desquite: obtener que un escritor de talla conteste á la crítica, oponiendo artículo á artículo.

Al oír estas palabras, sonrisa indefinible plegó los labios de la señora de Sortais; el rostro se le despejó hasta aparecer radiante. La transformación fué tan completa, que Parisot no pudo menos de preguntar:

— ¿Ha dado usted, por ventura, con una combinación satisfactoria para sus intereses y para su amor propio?

La Marquesa hizo un gesto evasivo.

— En efecto, tal vez, de ese consejo, haya formado un esbozo de proyecto... Es preciso defenderse ¿no

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA DE CIENCIAS Y LETRAS
FACULTAD DE CIENCIAS
CALLE 1225 GUATEMALA

es verdad? Me atacan rudamente y debo ingeniar-me para evitar los golpes y para devolverlos. Reflexionaré. Indudablemente tiene usted razón. Lo que necesito es una respuesta que venga de arriba y que aplaste á esa Florisa. Buscaré la personalidad literaria más adecuada para encomendarle la tarea de vengarme...

Se levantó para despedirse. Parisot, mirándola con el rabillo del ojo, se decía:

— ¡Vamos! No necesitará buscar mucho; ya tiene hecha la elección.

— Hasta la vista, querido señor, — exclamó la señora de Sortais. — No descuide la propaganda de mi libro... Toda vez que me dice que ese atroz artículo ha animado la venta, aprovechémonos de ella. Siempre será botín ganado al enemigo...

Tendió la mano al editor, y, desde la puerta del despacho:

— Gracias por los consejos que me ha dado usted; son muy discretos, y procuraré sacar partido de ellos...

— De seguro triunfará, — dijo galantemente Parisot. — Creo que es usted de las personas á la cuales nada se resiste.

— ¡Ya lo veremos!

Y, con paso rápido, se alejó, perdiéndose su elegante silueta en los sombríos pasillos cuyos muros estaban cubiertos por estanterías llenas de libros.

V

Se celebraba en la Comedia Intima la quincuagésima representación de *Rayo de sol*, obra á la cual debía reemplazar en el cartel la primera producción de Treillard. En las gacetillas teatrales de los periódicos se había hablado vagamente de una fiesta ofrecida por el autor y por el director á los intérpretes, para celebrar el medio ciento de representaciones, con la esperanza de animar al público para otra nueva serie próspera. Treillard, que tenía necesidad de hablar con el director, Noel Parkin, se dirigió, después de comer, hacia el teatro. No le disgustaba poder ver á una actriz jovencita, á la cual no conocía, y que Parkin le recomendaba con insistencia extraordinaria para el desempeño de uno de los papeles secundarios de la obra. A juzgar por los elogios del director, se trataba de una Réjane en miniatura. Tenía veinte años, belleza, *chic* y talento henchido de esperanzas.

— Venga á verla, sin avisar, — le había dicho

es verdad? Me atacan rudamente y debo ingeniar-me para evitar los golpes y para devolverlos. Reflexionaré. Indudablemente tiene usted razón. Lo que necesito es una respuesta que venga de arriba y que aplaste á esa Florisa. Buscaré la personalidad literaria más adecuada para encomendarle la tarea de vengarme...

Se levantó para despedirse. Parisot, mirándola con el rabillo del ojo, se decía:

— ¡Vamos! No necesitará buscar mucho; ya tiene hecha la elección.

— Hasta la vista, querido señor, — exclamó la señora de Sortais. — No descuide la propaganda de mi libro... Toda vez que me dice que ese atroz artículo ha animado la venta, aprovechémonos de ella. Siempre será botín ganado al enemigo...

Tendió la mano al editor, y, desde la puerta del despacho:

— Gracias por los consejos que me ha dado usted; son muy discretos, y procuraré sacar partido de ellos...

— De seguro triunfará, — dijo galantemente Parisot. — Creo que es usted de las personas á la cuales nada se resiste.

— ¡Ya lo veremos!

Y, con paso rápido, se alejó, perdiéndose su elegante silueta en los sombríos pasillos cuyos muros estaban cubiertos por estanterías llenas de libros.

V

Se celebraba en la Comedia Intima la quincuagésima representación de *Rayo de sol*, obra á la cual debía reemplazar en el cartel la primera producción de Treillard. En las gacetillas teatrales de los periódicos se había hablado vagamente de una fiesta ofrecida por el autor y por el director á los intérpretes, para celebrar el medio ciento de representaciones, con la esperanza de animar al público para otra nueva serie próspera. Treillard, que tenía necesidad de hablar con el director, Noel Parkin, se dirigió, después de comer, hacia el teatro. No le disgustaba poder ver á una actriz jovencita, á la cual no conocía, y que Parkin le recomendaba con insistencia extraordinaria para el desempeño de uno de los papeles secundarios de la obra. A juzgar por los elogios del director, se trataba de una Réjane en miniatura. Tenía veinte años, belleza, *chic* y talento henchido de esperanzas.

— Venga á verla, sin avisar, — le había dicho

Parkin. — Éntrese en la sala, colóquese en un rincón, óigala, y luego me dará su opinión.

Treillard, sin convicción, pero sin prejuicios, iba á la Comedia Intima para juzgar á la señorita Claudina Nantheuil. Acogido con afectuosas sonrisas por acomodadores y porteros, el autor se negó á que lo acompañaran para abrirle una platea. Deseaba, de acuerdo con la recomendación de Parkin, no llamar la atención. Se deslizó hasta la orquesta, ocupó una banqueta, y, en la sombra propicia de aquella localidad, escuchó. La obra de Bergès era una de esas comedias sin piés ni cabeza, que los críticos renuncian á analizar por ser tarea imposible, y de la cual dicen que pertenece á un género muy parisién. En ella figuraba una mujer con dos amantes, que se tomaba grandísimos trabajos por ocultar su falta al primero, que apenas le hacía caso, y por retener al segundo, que ya empezaba á engañarla con otra. La otra era la señorita Claudina Nantheuil. Bonita, bien vestida, con un desparpajo extraordinario y sin pizca de talento, tal era la futura Réjane anunciada por Parkin. Treillard sintióse algo malhumorado. Aguardó pacientemente el final del acto; luego, salió al pasillo, fué á llamar á la puerta de comunicación y entró en el escenario. Pousagret, el representante de la Empresa, vigilaba la colocación del decorado. Se adelantó hacia el autor y, empujándolo vivamente para evitarle el choque con una corredera de bastidor que dos maquinistas conducían, le dijo:

— El señor Parkin está en su despacho...

— Bueno, voy á verlo...

Pero no tuvo tiempo para atravesar la escena. Resplandeciente de afeites, bajo la cruda luz de los focos voltaicos, sonriente y conmovida, Claudina Nantheuil avanzó hacia el autor.

— ¡Ah! señor Pousagret, — exclamó. — Le ruego tenga la bondad de presentarme al señor Treillard...

Y como Treillard esbozara un gesto de aquiescencia cortés:

— Querido maestro, estoy tan contenta de tener el gusto de tratarle, y tan asustada ante la idea de que tal vez me haya usted oído...

— Nada tiene usted que temer, señorita, — contestó Treillard, amablemente. — Es agradable verla en escena...

— ¿Agradable, verme? — exclamó Claudina. — Eso es lo que menos me preocupa... Pero, si le parece, nos alejaremos de esta polvareda.... Concédame cinco minutos de audiencia en mi cuarto...

Graciosamente, acompañó á Treillard hasta la escalera, y allí le dijo:

— Primer piso, á la derecha, al final del pasillo...

Melval, el gran primer actor, bajaba. Se apartó para dejar paso y, bromeando:

— ¡Oh! ¡Oh! Querido maestro! Atrapado ya por esta jovencita! ¡Encantadora criatura! ¡Brillante porvenir le aguarda!

— Gracias, Melval — contestó Claudina, entrea-

briendo los purpurinos labios y dejando ver la deslumbrante dentadura.

— ¡ Bueno ! ¡ Es por lo visto consigna obligada de la casa ! — pensó Treillard, cambiando un apretón de manos con el gran actor.

Avanzó pasando ante los camarines, de cuyas puertas semiabiertas surgían chorros de violenta luz proyectada por las lámparas eléctricas sobre la obscuridad del pasillo. Por los huecos mal cerrados, Treillard veía, de soslayo, á las actrices sentadas ante el tocador, cubriéndose brazos, pecho y espalda con blanquete. Una de las actrices, con el busto mal cubierto por camisa de encajes, se volvió y amenazando maliciosamente al literato, con la borla de polvos que tenía en la mano :

— ¡ Muy bien ! ¡ Se vé que no pierdes el tiempo, Claudina ! ¡ Ya has pescado al autor ! Si alguien quiere hablar con él... ! ¡ que tenga paciencia !

— ¡ Despacho en seguida ! ¡ Cinco minutos nada más !

— ¡ Cinco minutos bien empleados bastan para hacer carrera !

Sonaron ecos de risas sofocadas en los camarines, y Treillard entró en el de la señorita de Nantheuil. La camarera aguardaba de pié, junto al armario de ropa.

— Puede volver en seguida, señora Courtin. No trabajo en el segundo acto ; tenemos tiempo. Siéntese, querido maestro.

Ofreció á Treillard la butaca y se sentó junto á él.

En aquel cuartito que tendría poco más de dos metros, ocupado por mueblecillos, y por gran espejo-tocador, con las paredes tapizadas de tela persa *modern-style*, Claudina Nantheuil, á la cegadora luz de las lámparas incandescentes, apareció tal cual era : joven, linda, con ojos azules, cabellos de azabache, busto soberbio, y elegante á pedir de boca.

— Supongo, — dijo el autor, — que ya Parkin le habra hablado de mí. Pero la recomendación de mi director era cosa casi obligada. Deseaba yo, personalmente, explicar á usted lo que deseo, y, acaso hacerle comprender lo que puedo esperar. No sé nada del teatro. No he estudiado nada de arte dramático ; salgo del Conservatorio. Hace seis meses era institutriz. Poseo el diploma superior. Pero, prontamente, he visto que nada adelantaría consagrándome á la enseñanza. Comencé á educar á una jovencita de buena familia, cuyo padre, al cabo de tres semanas, intentó seducirme. Abandoné mi plaza y entré al servicio de otra familia, y tampoco me hallé tranquila...

— Esas malas pasadas, hay que ponerlas en cuenta de la belleza de usted, — interrumpió Treillard.

— Bueno, pues comprendí que mi belleza, como usted dice, no me sería útil sino donde pudiese servir para algo ; por eso me dediqué al teatro. Ya vé que hablo francamente, contando las cosas como son.

— Continúe, — observó Treillard, sonriendo. — Me interesa usted.

— Lo esperaba. No me parecía posible que un hombre del talento de usted, no se conmoviera ante

la situación de una persona como yo, y no se interesara por auxiliarla en la lucha que sostiene para ser algo más que una actriz adocenada. Es evidente que si quisiera limitarme á ser una *entretenedora*, me resultaría muy fácil. Las proposiciones que se me han hecho en las casas donde he vivido, me garantizan que no faltaría quién me pagase lujo y comodidades.

Treillard la miró fijamente, y, con acento terminante, cual si estuviera confesándola y tuviese el derecho de saberlo todo:

— ¿Es usted juiciosa?

Claudina Nantheuil fijó en el autor sus hermosos ojos, y, sin vulgar pudor, con franqueza sonriente:

— ¡No! Si usted entiende que no se es juiciosa cuando sólo se tiene un amante. Sí, si entiende que cabe serlo cuando sólo se tiene uno y se le ama,

— Y ¿no está celoso viendo á usted metida en el teatro?

— No puede sostenerme y sabe que necesito ganarme la vida.

— ¿Es joven?

— Sí, y guapo. Por él tuve que dejar la última casa en que serví; sus padres descubrieron nuestras relaciones y tuve que marcharme.

— ¡Muy bien! señorita Claudina, — dijo Treillard — Agradezco mucho la confianza de usted. Ya hablabamos más despacio de todo esto. Cuente, entre tanto, con mi buena voluntad. Y, ahora, me marchó; voy á ver al director de usted.

— Gracias, querido maestro.

Le tendió una mano encantadora; el literato la estrechó, abrió la puerta, y salió al pasillo.

— ¡A escena para el segundo!... ¡Vamos á empezar! — gritó el traspunte, al pié de la escalera.

Hubo empujones y codazos para bajar; y en medio de las actrices que se disponían á entrar en escena, Treillard, bromeando alegremente, se encontró ante la puerta del despacho de Parkin.

— El señor Director está esperando á usted, — dijo el ordenanza de la dirección. Y abrió la puerta acolchada que amparaba á Parkin contra curiosidades indiscretas.

— ¡Ah! ¿Ha concluido usted ya de bromear con mis artistas? — preguntó jovialmente el Director al joven literato.

— Vengo de hablar con la señorita Claudina Nantheuil.

— Me lo figuraba. Bueno ¿qué opina usted?

— Me parece muy inteligente. Pero ¿qué sabe?

— Ya se lo habrá dicho á usted: nada.

— Preferible es á que tenga resabios. Por lo menos no habrá que empezar por quitárselos.

— Es una joven encantadora, muy distinguida y muy recomendada.

— ¡Ah! ¿Por quién?

— Mi querido amigo, por un montón de personas extremadamente *chic*... La flor y nata de los casinos... No sé dónde ha buscado tantísimo recomendante... Se dice que los conoció en los salones aris-

toeráticos, en los que ha vivido y de los que ha salido, según ya le habrá contado á usted...

— Sí, pero con medias palabras.

— Es muy discreta. Pero yo lo sé todo. Ha sido lectora en casa de la marquesa de Sérteuil... Toda la alta sociedad la ha visto en el espléndido salón de esa linajuda dama...

— ¿Y allí, el Marqués?...

— ¡Perfectamente! De allí pasó, recomendada por la misma Marquesa, á casa de los de Roize, para servir de compañera, más que de institutriz, á la hija de esos señores...

Al oír el apellido de Roize, Treillard hizo un movimiento tan brusco que Parkin se detuvo y dijo:

— ¿Qué le pasa á usted?

— Nada. Siga contando.

— En casa de los de Roize no sé exactamente lo ocurrido. Claudina había triunfado en toda la línea, haciéndose muy amiga de su discípula; pero uno de los dos barones, el padre ó el hijo, ó tal vez los dos, se fijaron en que la institutriz era encantadora...

— Y tuvo que hacer su equipaje... Pero... ¿no sabe usted si fué el padre ó el hijo?

— ¿Que más da? Lo cierto es que la linda señorita Nantheuil, que dicho sea de paso, no se apellida Nantheuil, se encontró en medio de la calle y me vino á buscar deliberadamente... ¿Qué le ocurre á usted, Treillard? No escucha lo que le digo.

Parkin tenía razón. Treillard no escuchaba lo que el director del teatro le refería. Habíase lanzado al

extenso campo de las conjeturas, campo que, ampliamente, acababa de abrirse por la intervención del barón de Roize en la aventura de la señorita Nantheuil. Porque para el literato no ofrecía duda que se trataba del hijo, del guapo Mauricio que recibía en su cuarto de soltero las visitas de la señora de Sortais, del lindo baroncito en cuyo honor Andrés se vió rudamente maltratado por la aristocrática Marquesa. En un instante entrevió un nuevo aspecto de la situación, y encontró tales motivos de complacencia que le asomó á los labios una sonrisa acerca de cuyo significado se equivocó completamente el director del teatro.

— ¡Ah! ¿Será posible que esa chicuela haya engatusado á usted por arte de birlibirloque? ¡Caramba! No pretendí tanto cuando se la recomendé!

— ¡Tranquílcese! — dijo Treillard, haciendo esfuerzos para serenarse. — Lo que yo pienso no tiene nada que ver con esa damita joven... Me ha entretenido mucho el relato de usted pues, por coincidencia curiosísima se asemeja con bastante exactitud á algo que yo conozco... Bueno, pues me intereso por esa artista; le confiaremos el papel de señora de Dargis, que aun no sabíamos, á quien encomendar.. Le irá como un guante. Además, la haré trabajar...

— ¡Oh! ¡Entonces!

— Dígame; me ha declarado Claudina que tiene un amante.

— ¡No faltaría más, sino que no lo tuviera! ¿Quién iba á pagarle los trajes? ¿Ella, con doscientos fran-

cos mensuales de sueldo? ¿Yo, con dos mil ochocientos francos de gastos diarios?..

— ¿Sabe usted si el amante viene á verla al teatro? Parkin hizo un gesto de censura.

— ¡Ah! ¡No vale engañarme, amigo Treillard! Usted se interesa por mi artista, más de lo que dice. ¡Vamos! Sea franco: ¿ha habido flechazo?

— ¿Es usted imbécil?

— ¡No! No soy imbécil. Ni usted tampoco. ¡Afortunadamente! Además, usted es libre y soltero. Volviendo al asunto: la señorita Nantheuil no recibe visitas en su camarín. A mayor abundamiento, es cosa terminantemente prohibida, so pena de multa. Vea el anuncio que hay en el pasillo...

Treillard inmediatamente cambió el tema de la conversación. Ya sabía que para informarse, acerca de la identidad del amante de Claudina, tenía que preguntar en otra parte que no fuera el teatro. Consideró indispensable disipar las sospechas que había despertado en el ánimo de Parkin. Por lo demás, salvo en aquellos casos en que tenía especial interés en continuar ó romper un contrato, el Director concedía escasisima importancia á las relaciones que pudieran sostener las artistas de su teatro. Como el literato le hablase de un artículo muy encomiástico, que se había publicado aquella misma noche, hablando de la *Comedia Intima*, el Director principió á quitar las fajas á los periódicos que tenía amontonados sobre la mesa: y ya no volvió á hablarse de la linda señorita Nantheuil.

Treillard, so pretexto de dar una vuelta por el escenario, dejó á Parkin ocupado en sus asuntos, y, llegando á la Contaduría, empujó una puerta vidriera. Sentado ante un bufete viejísimo, un hombrecito enjuto, calvo y afeitado, examinaba minuciosamente un cartel. Era Valmoreau, el director de escena, cómico viejo, educado en la antigua escuela, conocedor de todas las tradiciones, que había colaborado en la presentación de todas las obras dramáticas estrenadas en el *Gimnasio*, bajo las direcciones de Montigny y de Koning. Creó papeles en todas las comedias del magnífico repertorio de Augier, Dumas, Feuillet y Sardou. Fué compañero de Delaporte, de Desclée, de Pasca y de Pierson. Conoció á Bressant, Dupuis, Lafont, al soberbio Lafontaine, y tuteó á Geffroy y á Saint-Germain. Era fuente inagotable de recuerdos, de frases de ingenio y de anécdotas. Y, sobre todo, conocía á todos los artistas de París y de provincias, por haberlos tenido bajo su férula, un día ó un año, en el *Gimnasio*, primero, y, en la *Comedia Intima*, ahora. Apesar de haber cumplido setenta años, aún se encargaba de representar papeles secundarios. Valmoreau al oír el crugido de la puerta, levantó la cabeza y una sonrisa contrajo su cara de cómico viejo.

— ¿En qué puedo servirle, señor Treillard? — preguntó, sin abandonar el examen del cartel. — Mire, estos zopencos de tipógrafos, aun no se han enterado de cómo se escribe el apellido de Sauvagez, del aplaudido autor del juguete que representamos...

¡ Bonita errata ! Termina en z, borricos ; en z y no en s. Esos bárbaros se dedican á reformar la ortografía.

Se levantó, fijó el cartel á la pared con un clavo, y se volvió hacia el autor :

— ¿ Desea usted alguna cosa, señor Treillard ?

— Sí. Desearía saber dónde vive la señorita Nantheuil.

El anciano abrió un libro-registro, colocado sobre el bufete, volvió varias hojas y dijo :

— Claudina Nantheuil, calle de Ballu, número 14... Aguarde, se las daré por escrito... ¡ Linda muchacha ! Sin amante en el teatro... No le gustan los del oficio... Nuestro insigne galán joven, Rigand, se llevó chasco ; lo mismo le ha sucedido á Merlowe, el primer actor cómico... Ni el mono ni el buen mozo han logrado verse favorecidos... ¿ Piensa usted intentar la aventura ?

— No. Quiero, sencillamente, enviar mañana temprano su papel á la señorita Nantheuil. Va á representar la señora de Dargis...

— ¡ Muy bien ! ¡ Ah ! Se me ha ocurrido una idea para el final del « primero ». ¿ Si hiciéramos entrar á todos los personajes ? Una escena entre dos, para bajar el telón, en el primer acto... ¡ resulta fría !... No hay dificultad para hacer lo que propongo... El Conde dice á la joven : « ¡ Ya se arrepentirá Ud. ! » Ella se aleja murmurando « ¡ Nunca ! » El Conde avanza hacia el foro, y todos los personajes entran... Resulta animado, brillante : un final de acto estilo

Montigny ¡ Ah ! Ese entendía la *mise en scene*... ¡ Cómo que la inventó ! Él fué el primero que tuvo la idea de llenar el escenario de muebles, para hacer evolucionar á los personajes. Eso da la sensación de la vida...

Treillard, algo inquieto viendo al cómico viejo desarrollar sus teorías acerca de la presentación de las obras, dió un paso hacia la puerta y dijo, con cortesía :

— Usted, señor Valmoreau, nos ha conservado todas las bellas tradiciones...

— ¡ Ah ! ¡ Sólo soy un mal imitador !... Verdad es que detrás de mí... ¡ Ah ! ¿ Qué habrá después ?... ¡ Nada !, señor. ¡ Nada ! Sombras é incoherencias.

Caminando por los bulevares, con las señas de la casa de Claudina Nantheuil en el bolsillo, pensaba Treillard :

— ¡ Si tuviese la suerte de que el brillante barón de Roize fuera el amante oculto de esa linda joven-cita ! ¡ Qué desquite para mí ! ¡ Ah ! Marquesa, entonces tendría usted una novela vivida que podría darle asunto para un libro. Pero ¿ cómo saber á qué atenerme ? Realmente no puedo dedicarme á vigilar la casa de Claudina, como estuve vigilando el cuarto del Barón. No me agrada el oficio de espía. Y, sin embargo, necesito averiguar la verdad. ¡ Aquí de la inventiva de autor teatral, para idear uno de esos medios infalibles que producen, en los *vaudevilles*, enredos decisivos ! Colocar frente á frente á la Marquesa y á Claudina, y en medio al lindo Barón...

¡Qué cuadro! Pero ¿cómo lograr, sin incurrir en negra perfidia, que choquen estas dos enamoradas que no se conocen?... Una mujer no dudaría: con escribir un anónimo habra resuelto la dificultad. ¡Pero un hombre! ¡Pero yo! Ante todo no han de emplearse medios que puedan avergonzarnos.

Rumiando estas ideas, llegó hasta la puerta de su casa. Entró, se acostó y durmió, sin pensar en la combinación que buscaba, y sin ver á la señora de Sortais ni á la señorita Nantheuil, en sueños.

Por la mañana se levantó, tomó el desayuno y comenzó á leer los peridiocos. Sobre la mesa, la *Revue française*, intacta, llevaba dos días de espera; la miró, le quitó la faja, examinó el sumario y, bruscamente, se le agolpó la sangre á la cara. Acababa de leer, en la sección «Libros nuevos»: *Visiones ardientes*, por Oliverio Juglat, y, á continuación, el nombre del crítico impreso en caracteres negros que le bailaban ante los ojos: Florisa Barel. Exhaló un suspiro, sintió que se le angustiaba el corazón y tuvo el presentimiento de una catástrofe. Con mano temblorosa cortó las hojas de la Revista, y, de un tirón, leyó el terrible estudio crítico. Al concluir la lectura, se quedó aterrado. Resultaba, pues, que Florisa no amenazó en vano; anunció que iba á escribir el artículo y lo había escrito. En el conturbado cerebro de Andrés chocaron ideas confusas. Primero ésta: — La Marquesa va á creer que he inspirado el artículo. — Luego esta otra: — ¿Cómo ha escrito Florisa estas páginas llenas de feroz ani-

mosidad? ¿Acaso siente celos de la señora de Sortais? Desde el punto de vista literario... ¡es imposible! ¿Entonces?... ¿Qué ha ocurrido en ese cerebro tan nutrido de ideas que en nada se asemejan á las del resto del mundo?... Florisa, indignada por el injurioso proceder de que la señora de Sortais había hecho víctima á Treillard ¿quería demostrar á la ingrata lo mucho que perdía al privarse de la protección del escritor? Si era así, el compañerismo más abnegado nunca hubiera podido manifestarse en forma más elocuente y eficaz. ¿Sería tal vez que aquella joven tan singular, aun habiendo rechazado el cariño de Andrés, aprovechaba le ocasión que se le ofrecía para vapulear á su rival.

Treillard permaneció meditabundo, ¡Cuán grande debía ser el furor de la señora de Sortais! Firmado por cualquiera que no fuese Florisa, el artículo no hubiese tenido más alcance que el de una crítica áspera. Pero, firmado por la insigne escritora, revestía toda la importancia de un manifiesto. En el hecho de que la personalidad más alta en el feminismo y en la literatura tratase sin piedad á una aristócrata que alardeaba de artista, cual la señora de Sortais, existía algo como una ejecución. ¡Cuánto se regocijarían con lo ocurrido, las buenas amigas de la Marquesa! En aquel mundo tan chismoso, tan fútil y tan mal intencionado, ¡qué ocasión para cebarse! Harían que la Musa pagase muy caras sus apoteosis, y se desquitarían con sarcasmos de las alabanzas que le habían prodigado. Pero como, ante todo, Treillard que-

ría saber á qué atenerse sobre los motivos que impulsaron á Florisa á escribir el artículo, decidió visitarla.

Desde hacía un año, no había puesto los pies en casa de la escritora. La encontró, leyendo, en su gabinete de trabajo, y fué recibido con los brazos abiertos y la mirada satisfecha, como á un amigo esperado. Le hizo sentarse en una butaca cerca de ella, y le señaló la copa de bronce llena de cigarrillos. Andrés rehusó con el gesto, y, grave, miró á la joven:

— Florisa ¿no sospecha el objeto de mi visita?

— Sí, amigo mío, lo sospecho. ¿Verdad que se trata del artículo de la *Revue Française*? No tiene usted por qué asombrarse; ya se lo anuncié.

— ¿Puede imaginar que iba á ser tan dura?

— Sabía usted que diría mi opinión sin atenuantes ni rodeos.

— Luego ¿piensa todas las crueldades que ha escrito acerca de esa desgraciada mujer?

— No sé de qué desgraciada mujer se trata, contestó con firmeza la escritora. — No conozco más que su obra y sólo su obra tengo que juzgar.

— ¿Es verdad eso?

— Como lo oye.

— Entonces ¿por qué esos personalismos feroces, esas ironías acerca del seudónimo masculino adoptado por la autora, y esa disección implacable y minuciosa de su estilo, para señalar las torpezas y los defectos? ¿Qué escritor ni qué obra podrían resistir á semejantes medios de ataque y á tales procedimien-

tos críticos? Florisa, ha actuado usted como una inquisidora; sólo una mujer era capaz de emplear esos refinamientos para torturar á otra mujer.

— No hay que divagar, mi querido amigo — dijo tranquilamente Florisa. — Véase en qué extremos de intolerancia dan, hasta los cerebros mejor equilibrados, por ese abuso de elogios á que se han acostumbrado los escritores. Llegará usted á creer que he sido implacable, cuando me he limitado á ser justa. He tenido la audacia de encontrar las producciones de Oliverio Juglat, absolutamente detestables, y de afirmarlo así en letras de molde. ¡Qué crimen!... ¡Van á llorar unos lindos ojos!

— Sí; van á llorar unos lindos ojos; unos lindos ojos que usted no conoce, y á los cuales amo; y me duele que usted les haga derramar lágrimas, porque me pregunto si no debo considerarme en cierto modo como responsable de las durezas que los hacen llorar.

— Para su tranquilidad de conciencia sepa, amigo mío, que al escribir ese artículo no he pensado ni por un minuto en usted. Sólo he tenido en cuenta la inaudita presunción de esas muñecas mundanas que, poseyendo ya todos los prestigios del capital, de la elegancia, del linaje y de la belleza, no se dan por satisfechas y quieren, por medios fraudulentos, captar la gloria literaria y aureolarse con ella.

— ¡Qué exaltación, Florisa! ¿Es esta la altiva y desdeñosa señorita Barel que, encontrándose segura del triunfo propio, miraba con indiferencia tranquila los triunfos ajenos? Hay acentos de rencor en

cuanto dice. La desconozco por completo. ¿Por qué anatematiza de ese modo? ¿Qué le han hecho á usted las poetisas y las novelistas?

— ¡Versos y prosas! ¿No es bastante? Hablando formalmente, ya somos varios, hombres y mujeres, los que empezamos á cansarnos de la curiosidad necia que se otorga á las nonadas y á las estupideces que elaboran las grandes damas. Su presunción sólo puede compararse á su estulticia. Abusan de la posición que ocupan para confeccionar versos alejandrinos ó para fabricar minúsculas psicologías imbéciles. De sus producciones, las menos malas son las más breves. Cuando esas *snobinas* hayan recibido varios vapuleos bien administrados, en vez de las ovaciones á que se han acostumbrado, es probable que refrenen sus ambiciones y guarden alguna más continencia.

— Pero ¿por qué empezar la campaña por la pobre Marquesa?

— No conozco más que á Oliverio Juglat.

— ¡Pero, yo, conozco á la señora de Sortais!

— Ah! Toda vez que lo desea... ¡hablemos! ¿Cree enternecerme ó inspirarme remordimientos llamándome la atención sobre las relaciones mundanas que ha sostenido con esa querida dama? Hasta ahora, le le he hablado como compañero. ¿Quiere que, desde ahora, le hable como amiga? ¿Acaso el tiempo que ha perdido usted en esos salones, donde ha vivido más de tres meses, no tenía valor inestimable? A la hora precisa en que va á decidirse su carrera, en vez

de prepararse para el esfuerzo supremo, con objeto de adelantar el triunfo... ¿qué hace usted? Acaparado por esa poetisa premiosa, se engancha á los varales de su vehículo literario, y se dedica á tirar briosamente para sacarla del atolladero. Mientras tanto, descuida usted la labor propia; y cesa de producir. Vagabundea entre ociosos que se afanan por matar la longitud enorme de las noches y de los días, que debieran ser muy cortos para usted. Adquiere hábitos de holganza, enervándose en espera de goces prometidos y jamás otorgados. El que estaba llamado á ser un buen escritor, se trueca en un comparsa de *five o'clock*. La inspiración creadora se pierde, como manantial del que nunca se saca agua. ¡Qué desdicha! Y ¿aun quiere que como amiga, porque ya sabe, Treillard, que le profeso la amistad más sincera, aun quiere que mire con indulgencia á esa mujer que le ha hecho tanto daño? ¡No! ¡No! ¿Qué le ofreció en pago de la servidumbre? ¿La Academia? Pero ¿para qué fecha? Aun tiene necesidad de seguir produciendo, lo menos durante diez años, para hallarse en condiciones de pasar el puente de las Artes. Aun es usted muy joven; no tiene más remedio que esperar trabajando y... ¡no trabaja! ¿De qué modo, esa preciosa Marquesa, le endulzará lo largo de la espera? ¿Decidiéndose á amarlo? Pero... ¿se decidirá? Entre ustedes ha estallado una crisis pasional. O usted se ha prohibido ó le han prohibido la entrada en el palacio señorial. En resumen, Treillard, que ha dejado de visitar á su dama, y que, después de haber realizado

tantos sacrificios, se encuentra ahora como antes. Y ¿cree desarmarme obligando á que puntualice la situación deplorable que se ha creado? Pobre engañado ¿quiere usted imponer el engaño aun á los que no tienen interés en dejarse engañar? ¿Qué me ha hecho esa poetisa con sus *Visiones ardientes*, que son mezquinas excitaciones de alcoba? ¿Con quién ha tenido esas visiones? ¡Positivamente no ha sido con usted! Y, en todo caso, hay que reconocer que la dama no se entusiasma mucho. ¡Dios mío! ¡Si todo el libro es artificioso, convencional, rebuscado y pobrísimo de expresión! Como escritora, la Marquesa es de lo peor que he leído. Como enamorada, me hace creer que es una tramposa. Y ya está ajustada la cuenta de ella y, de paso, la de usted. Por todas estas razones, y por algunas otras que se me quedan en el tintero, no me arrepiento de un sólo renglón de mi artículo. Y hasta me parece que no habría que apretarme mucho, para que escribiera otro.

— ¡Ah! ¡Dios nos asista! — exclamó Treillard con acento suplicante. — ¡Ya basta y sobra con el primero!

— Pues, mire; hay que creer que el artículo estaba en el aire y que se esperaba con impaciencia que cayera. He recibido muchas cartas de hombres y de mujeres de la alta sociedad, felicitándome por mi « valor ». ¿Qué valor? No me creía tan valiente. Los que me escriben, me invitan á continuar y me señalan á tales y cuales poetisas y novelistas, considerando que merecen castigo duro y aguardando que

yo se lo imponga muy pronto. Sospecho que las damas acaudaladas que manejan la lira, han cansado algo á su auditorio y comprendo que los mismos que las aplauden reventarían de gozo contemplando como las arrojaban de sus pedestales. En una de las cartas se dice:

« ¡Las grullas del Parnaso nos fastidian! Trátelas pues, como se merecen ». Como ve usted, es una excitación á la matanza.

— Pero ¿qué voy á hacer yo? — exclamó el literato.

— Siendo astuto, debe ir á reanudar relaciones con la Marquesa. Por supuesto, en el caso de que en ello encuentre alguna satisfacción, por pequeña que sea. Mucho me equivoco si ahora no está usted en situación más airosa que nunca. Un profesional, vigorosamente criticado, se sacude las moscas, piensa en otra cosa y vuelve al trabajo. Pero, ¿un aficionado?... Figúrese el estado de ánimo del aficionado que, á ciencia y paciencia de su camarilla, se vé desposeído de la importancia en que cifró su ufanía. Todas las horas del día y de la noche le resultan insuficientes para devorar la rabia y para analizar la injuria recibida. Se halla totalmente dominado por la influencia del percance. No encuentra, en el mundo, interés mayor que el de vengarse ó el de triunfar. Todo lo subordina á la satisfacción de su amor propio. Comprenda, ahora, cuánto vale un Treillard, desdeñado la víspera, pero que puede ser un fiador ante la opinión pública. Hágase el paladín de la bella desolada;

rompa en su obsequio algunas lanzas, proclame sus méritos; garantice su talento. Y, así, será usted el hombre indispensable, al cual nada es posible negar.

— No tengo ganas de desempeñar ese papel.

— ¡Ah! ¡Ah! ¿Luego está usted formalmente disgustado con esa encantadora dama?

— Ha procedido muy mal conmigo. Por esa misma razón me ha contrariado tanto el artículo. Se sabe que usted y yo somos amigos íntimos...

Florisa enrojeció :

— ¡No importa! ¿Quién podría acusarme de haber escrito el artículo cediendo á deseos de usted?

— ¡Bah! ¡La señora de Sortais! Y, aun cuando no lo crea, lo dirá.

— ¿Tan tonta la cree usted? Yo no le infiero esa ofensa. Calculo que dirá que envidio su gloria y que trato de rebajar su mérito literario, pero... ¿insinuar que la he zurrado á instancias de usted?... ¡Sería vulgarísimo! Sin contar con que, entonces, se vería forzada á hablar de las relaciones de ustedes y de lo que usted pretendía, con lo cual proporcionaría á sus amigas ocasión para que la criticasen por exceso de... coquetería. No. Si es mujer inteligente, no hará eso.

— ¿Pues qué hará?

— Ingeniarse para atraer á usted.

— Ya lo ha intentado.

— ¡Lo está usted viendo!

— Sin resultado.

— ¿A quien envió como embajador?

— A su marido.

— Naturalmente. ¡Estaba en carácter! ¿Por qué no ha vuelto usted?

— Porque la Marquesa tiene un amante.

Florisa hizo un gesto de asombro divertido :

— ¡Eh! ¿Cómo no me lo ha dicho antes? ¡Vamos! ¿A qué extremos se llega! Y ¿por esa razón la dejó usted?

— Sin duda.

— ¿La sorprendió usted?

— Sí.

— Comienzo á comprender los temores de usted, respecto á que se crea que nos hemos aliado contra esa dama; pero no los encuentro justificados. Y... ¿quién es el amante?

— ¡Oh! Puedo nombrarlo. Usted será discreta. Es el barón de Roize

— ¿Profesión?

— Buen mozo.

— ¡Bonito empleo!

— Lo desempeña á conciencia.

— Pues lo compadezco con toda mi alma. No debe divertirse mucho diariamente. ¡Hermoso porvenir se prepara! ¿Imagina usted cuál puede ser la situación de un galán de oficio, llegado á viejo y desprovisto de atractivos y de facultades?

— Una situación muy semejante á la del autor triunfante que va pasando de moda y que va viéndose privado del favor del público.

— Sí; tiene usted razón; me he equivocado al satirizar á ese guapo mozo. Ese galán se presenta en el escenario del mundo y desempeña su papel todo lo mejor que sabe y puede, para obtener la aprobación y el aplauso de la galería. ¿Por ventura hacemos nosotros cosa distinta? No alardeemos, pues, de desprecio. Los procedimientos que emplea son diferentes de los nuestros, y nada más.

— Perfectamente. Florisa, toda vez que ya hemos filosofado sobre el caso de la señora de Sortais, necesitamos hallar una conclusión para nuestros razonamientos. ¿Está usted dispuesta á curar la herida que ha abierto?

— Y ¿cómo?

— Malatiré no le niega á usted nada. Pídale que escriba un sueltecillo en la cubierta de la *Revue*, para atenuar, mediante algunos elogios, las durezas del terrible artículo...

— ¿Qué interés tiene en ello? ¿Piensa usted ostentar como mérito el haber conseguido esa minúscula satisfacción?

— ¡No lo permita Dios! Me propongo realizar, sencillamente, un acto de generosidad anónima.

— ¿Con qué objeto?

— Por gusto.

— ¡Ah! ¡Poeta! Después de todo, no hay inconveniente por mi parte. No tengo interés en que ese Oliverio Juglat siga caído en el polvo. Que se levante y se cepille, si eso es del agrado de usted.

— Muchas gracias.

— Luego ¿aun continúa usted amando á esa encantadora dama?

— ¿Se cree que voy á tomar á usted por confidente?

— ¿Por qué no?

— Porque aun no está lejano el tiempo en que yo hablaba de amores por cuenta propia y dedicados á usted.

— ¿Cómo? ¿Aun se acuerda de eso? ¡Ah, Treillard! ¡Qué veleidades de voluntad y qué inconsistencia de sentimientos hay en usted! ¡Cuán inspiradísima estuve al no aceptar el cariño que me brindó! Tan poco seguro está usted de sí mismo, que ha venido aquí para defender á la marquesa de Sortais y ha tenido que imponerse una molestia para hablar libremente ante Florisa Barel.

Treillard no contestó. Permaneció meditabundo, con la cabeza baja. Al cabo de un rato irguió la frente y mirando á la joven con aire sombrío:

— En realidad, no he amado á nadie más que á usted. Todas las fantasías que he alimentado, sólo han sido derivados de este cariño único. Le ruego crea que no he abrigado hacia la señora de Sortais, los sentimientos que me había inspirado Florisa Barel. Eran cosas completamente distintas. Usted los desdénó; no hablemos más de ello. Sin embargo, no se forje la ilusión de que están muertos en el fondo de mi pecho. Subsiste imborrable la huella de ese cariño rechazado y no correspondido. Y, en cualquier instante de mi vida, á poco que se examine, se encontrará esa huella tan marcada como el primer día.

Más conmovida de lo que hubiera deseado mostrarse, Florisa alzó las marfileñas manos con ademán de protesta:

— ¿Nunca será usted razonable? ¿De qué le sirve la experiencia de la vida? ¿Sólo la utiliza para crear personajes de novela ó de comedia? ¿Sólo aplica á la literatura, la agudeza de espíritu que posee? Supongamos que escribe un libro y que coloca á un hombre y á una mujer en la misma situación en que nosotros estamos. Comienza á dialogar, y les hace que se digan exactamente, con justeza admirable, lo que deben decirse. Y, entonces, discurre y razona por los dos, de un modo riguroso y preciso. Pero, se trata de cosa personal y propia, y, en seguida, cual si se rompiera un resorte, principia usted á divagar. El caso, para observado, resulta muy curioso, pero, en el fondo, algo triste, porque se encuentra en esta demostración una prueba más de la flaqueza humana. ¡Cuán débiles y torpes somos, desde el punto y hora en que entran en juego nuestras pasiones! Toda filosofía desaparece; toda prudencia se anula. Y no queda más que el hombre, casi me atrevería á decir el animal, con sus instintos rudimentarios. ¡Ah! ¡Miseria humana!

— Florisa, — exclamó Treillard con arrebató. — No se vanaglorie de superioridad, por el hecho de no sufrir las influencias comunes á todos los seres. La excepción, en este caso, está muy cerca de ser una monstruosidad. Es usted demasiado insensible. Algún día sufrirá cruelmente. Algún día se horrorizará de

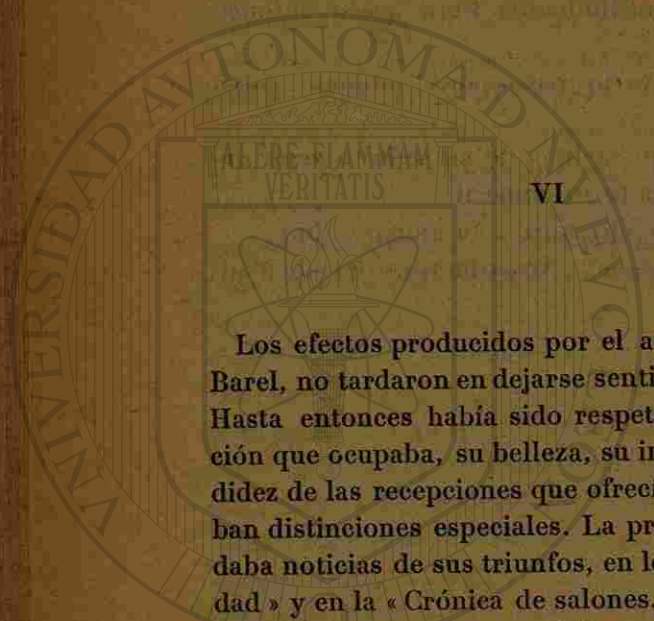
ese nihilismo sentimental. Algún día se encontrará devorada por remordimientos. Pero, acaso, entonces demasiado tarde.

Se levantó, dió varios pasos por el gabinete, volvió hacia Florisa.

— Mire, el justo castigo de su orgullo sería que usted se enamorara de un imbécil.

La joven, sonriendo, miró á su amigo y dijo:

— ¡Eh! ¿Quién sabe? ¡Acaso fuera eso mi felicidad!



VI

Los efectos producidos por el artículo de Florisa Barel, no tardaron en dejarse sentir por la Marquesa. Hasta entonces había sido respetada. La alta posición que ocupaba, su belleza, su ingenio y la esplendor de las recepciones que ofrecía, le proporcionaban distinciones especiales. La prensa la elogiaba y daba noticias de sus triunfos, en los « Ecos de sociedad » y en la « Crónica de salones. » Cuando patrocinaba alguna empresa artística, era seguro el buen éxito. Los prohombres de la política no habían desdeñado congraciarse con ella. Todos los presidentes de Consejos de Ministros se habían sentado ante su mesa. El Marqués conde, por su parte, había organizado magníficas expediciones cinegéticas, llevando á cazar faisanes, en su coto, á reyes extranjeros al par que á diputados radicales socialistas. Bruscamente se manifestaron síntomas de desafección. Los periódicos, que acostumbraban á hablar de la Marquesa en términos ditirámicos, no sólo guardaron silencio, sino que dedicaron elogios á las

rivales aristocráticas y literarias de la señora de Sortais, con tonos de jovialidad, que tenían caracteres de traición.

La encantadora señora de Séminoles, que se consagraba á las reconstituciones literarias de la época pagana, y cuya erudición estaba matizada por delicioso erotismo, consiguió que le alabasen su último volumen: *La gloria de Pan*, y que recomendasen aquella mitológica indecencia, en algunas frases destinadas á animar la venta. La pazguata señora viuda del almirante Touchot, obtuvo el nombramiento de vicepresidenta de la Sociedad de Conciertos benéficos, cargo que llevaba diez años ambicionando y que la Marquesa no le dejaba obtener. El afán de los *snoobs* por asistir á las recepciones de la señora de Sortais, disminuyó sensiblemente. La interesada presintió el abandono. Esta dama, tan inteligente como seductora, que, trabajando, durante varios años, se había conquistado, con habilidad y paciencia admirables, una deslumbrante supremacía en el mundo aristocrático, se vió en el plazo de una semana, amenazada del destronamiento.

Dióse cuenta muy exacta de lo que ocurría en torno suyo. Ni se forjó ilusiones, ni incurrió en el más leve error, al formar juicio acerca de lo que se preparaba. Tuvo noción segurísima de lo que necesitaba hacer para conseguir que la normalidad quedase restablecida. Nunca general alguno, en medio del combate, concibió con mayor precisión los movimientos que debía realizar para impedir la derrota.

Si es una satisfacción sentirse á la altura de la tarea, la señora de Sortais debió gozar plenamente esa satisfacción, porque dominó los acontecimientos con perspicacia verdaderamente reveladora de superior inteligencia. Reunió fuerzas, preparó el plan, y se decidió á librar una batalla decisiva para reconquistar la influencia comprometida de momento, cuando surgieron complicaciones por completo inesperadas, que le embrollaron más y más gravemente sus asuntos.

A las siete de la tarde, en su salón, la condesa charlaba aparte con su aborrecida amiga la hermosa baronesa de Folentin. Acababa de humear el té en las tazas, y los íntimos, que habían ido á pasar una hora con la señora de Sortais, se despidieron y se marcharon poco á poco. La Baronesa no parecía dispuesta á irse. Se entretenía hablando de pequeñeces, cuando, de pronto, dándose una palmadita en la frente, y mirando con fijeza á su amiga:

— ¿Hace mucho tiempo que no ha visto usted al baroncito de Roize?

— No, — contestó la Marquesa, algo sorprendida. — Ayer estuvo aquí, y hoy creo que se halla de cacería en Compiègne, con mi marido...

— Usted, querida mía, es amiga de ese joven y ejerce alguna influencia sobre él... ¿verdad?... Pues aconséjele que no se exhiba, como anda exhibiéndose, con una comiquilla de poco más ó menos...

— ¿Qué me dice usted? — balbució la Marquesa,

pasando rápidamente de la palidez al rojo de la indignación.

— Digo que, aun no hace dos días, lo encontré en una calle del Bosque, paseando, muy amartelado con una linda jovencita que ha sido institutriz de su hermana, y que ahora, si no me equivoco, está contratada en no sé qué teatro. Si Treillard viniese aún por aquí, podría suministrarle pormenores sobre el asunto. Sí, creo que esa jovencita actúa ó figura en el escenario donde el exámino de usted va á estrenar una comedia...

— ¿Qué me cuenta usted? — dijo la señora de Sortais, aturdida por los golpes sucesivos que acababa de asestarle la Baronesa. — ¿El señor de Roize paseando en el Bosque con...? ¡No es posible!

— Lo ví, como estoy viendo á usted. Y la jovencita con la cual paseaba amorosamente era la institutriz que hemos conocido en casa de su madre... Ya comprenderá lo bonito que resulta semejante encuentro, después de las historias que se han contado respecto á la salida de la chica... Se la suponía la querida de Roize padre, y éste apenas si lo negaba... ¿Ha favorecido al padre y al hijo? De cualquier modo, ya está usted prevenida. Sermonee un poco al guapo Mauricio... Seré discreta, pero no todas en mi lugar harían lo mismo. Y una situación así, podría perjudicar á ese muchacho, el día en que quiera casarse...

Y, habiendo dicho todo lo que quería decir, la baronesa de Folentin se levantó, abrazó á la señora

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
ALFONSO CASTAÑEDA
Año 1925 MONTERREY

de Sortais y se marchó con la tranquilidad de una persona que acaba cumplir con su deber.

La Marquesa, después de despedir á aquella excelente amiga, volvió al salón incubando una de las cóleras más feroces que pueden destrozár un corazón femenino. Era demasiado dueña de sí misma, para entregarse á violencias estériles. No desgarró el pañuelo de encaje, no se retorció las manos, no lanzó exclamaciones furiosas, no maldijo al infiel. Sentóse tranquilamente, muy pálida, con la mirada fija, el entrecejo arrugado y la dentadura apretada por contracción nerviosa. Reflexionó profundamente.

Lo que acababa de contarle la señora de Folentin, no le ofrecía duda. Las circunstancias especiales que acompañaban á la denuncia, eran garantías de veracidad.

La señora de Sortais recordaba perfectamente á la institutriz aludida, por haberla visto á menudo en el salón de la baronesa de Roize. Sabía que circuló el rumor de que la jovencita tuvo que salir de mala manera de casa de la Baronesa, después de haber dado un disgusto á la familia. Pero la señora de Sortais creyó positivamente que el culpable era el señor de Roize padre, galanteador empedernido, á pesar de sus sesenta cinco años, y siempre muy mujeriego. Así, pues, atribuyó á ligereza del padre, la salida de la institutriz. ¿Cómo iba á sospechar la Marquesa que Mauricio, después de dos años de relaciones, — relaciones útiles que le daban grandes ven-

tajas sociales, — había de engañarla, sin provecho, con una jovencuela comprometedora?

Tan lastimada por el engaño como herida por la traición, la señora de Sortais, á medida que estudiaba la aventura, sentía con más viveza el dolor. Y el corazón, en pos de la inteligencia, y alumbrado por ella, se le oprimía más cruelmente de minuto en minuto. Recordaba las horas deliciosas que había pasado junto á aquel buen mozo, tan joven, tan gallardo, tan delicadamente seductor, al cual amó y del cual se creyó firmemente amada. Se vanagloriaba de manejarlo á su gusto, de modelarlo para su placer, de conducirlo para su amor propio, y de convertirlo, en fin, en un hombre de pro. Creíase que ninguno de los actos ni de los pensamientos del joven, podía escapar á su perspicacia. Y, bruscamente, adquiría el convencimiento de que no había sabido ver ni adivinar cosa alguna, y de que las sonrisas del seductor Mauricio y sus promesas de enamorado, eran sólo mentiras. El batacazo era duro y grande. La literatura se mezclaba al sentimiento en proporción desoladora. Las *Visiones ardientes* de la poetisa, inspiradas por las horas de embriagueces compartidas con Mauricio, recibían un mentís tan rotundo como las ilusiones tiernas de la querida. La Marquesa había recibido el golpe donde más podía dolerle, y, en el naufragio de amor y de ambición, todo era un motivo más de pesadumbre.

Al llegar á este punto de sus reflexiones, experimentó tal disgusto, tan hondo desaliento, que las

lágrimas se le agolparon á los ojos y, al fin, cediendo á la mujeril flaqueza, vertió abundante llanto. Pasó una hora muy amarga.

De una vez, pagó todas las satisfacciones de los triunfos pasados. Su marido, al entrar, la encontró semi á oscuras, recostada en un diván, y el olor pronunciado de las sales inglesas, que llenaba la estancia, explicóle pronta y cumplidamente el estado de postración en que se hallaba la Marquesa.

— ¿Eh? ¿Qué tienes? ¿Jaqueca? ¿Sufres mucho?

— ¡Horriblemente!

— ¿No haces cuenta de comer?

— Creo que, aun cuando quisiera, no podría.

— Entonces ¿no irás esta noche á la Opera?

— No.

— ¡Muy bien! Querida mía ¿me necesitas para algo? Me voy al Casino á comer.

— Haces bien. Hasta mañana.

Quedóse sola; reconquistó alguna lucidez y, á eso de las nueve, hizo que le llevaran algún alimento. Volvía á adueñarse de sí misma y la energía de su carácter se sobreponía al aniquilamiento del cerebro. Se recriminó, como una flaqueza, el abandono que de su ser hizo al guapo mozo que la había traicionado y que lógicamente debía traicionarla. Consideró su catástrofe desde el punto de vista literario y trató de sacar partido de ella, cual lo había sacado de su dicha. Analizó psicológicamente su caso pasional y experimentó amargo alivio diciéndose

que aquel sufrimiento no sería estéril, y que le suministraría observaciones personales. Quiso, desde ese instante, llegar al fin de su infortunio y «vivirlo» de un modo completo. Algo así como curiosidad febril, la movió á escrutar todas las circunstancias que acompañaban á su abandono. En cierto modo, se desdobló, y, al lado de la amante enamorada y doliente, surgió la observadora audaz y minuciosa que buscaba tomar nota de todos los incidentes de la aventura. La dama sintióse orgullosa del dominio que ejercía sobre sí misma. Encontróse más fuerte, y se conceptó capaz de resistir las adversidades de la fortuna. Acabó por dormirse, y, á la mañana siguiente, despertó tranquila y resuelta á saber la verdad completa.

Nunca había ido al domicilio real de Mauricio de Roize. Siempre se veían en el cuartito de la calle de Falsburgo. El joven evitaba cuidadosamente recibirla en la casa propia, pretextando la necesidad de velar en el misterio sus relaciones. Lo que, otras veces, se le antojó á la señora de Sortais una precaución conmovedora, se le antojaba hoy una previsora hipocresía. Mauricio le decía: «Mi madre sabe con frecuencia á sorprenderme. ¿Qué ibamos á hacer si llegaba bruscamente estando usted allí? Habría que escapar en seguida ó exponerse á un encuentro. ¡Qué fastidio y cuántas preocupaciones tendríamos! Mientras que en nuestro nidito, sólo conocido por nosotros, sólo visitado por usted, que posee la única llave, nos hallamos más libres y más tierna-

mente unidos. » Y la Marquesa sonreía al escuchar, de los amados labios, palabras tan sensatas como cariñosas.

Sin embargo, ahora pensaba : — Me engañaba y quería alejarme. El encuentro que temía no era con su madre, sino con esa muchachuela, y, quizás, con otras antes de ella. ¿ Acaso me ha amado alguna vez, á mí sola ? Afectaba, con mucha discreción, ante el mudo, no tratarme familiarmente. Se mantenía á distancia, como un indiferente. Nadie hubiera podido sospechar nuestras relaciones, viéndolo tan frío y tan tranquilo. Treillard lo adivinó ; pero Treillard... ¡ era Treillard ! Un observador penetrante, reforzado por un enamorado celoso. Y ¡ tan agudo ! ¡ tan perspicaz !.. Así, por estos rodeos extraños, volvía hacia su consejero literario, y hasta culpaba al guapo Mauricio por haber contribuido al alejamiento del literato. El afecto que sentía por el Barón, fué la causa que la movió á rechazar el cariño que Treillard le ofrecía. ¿ Llegó á acariciar el proyecto de mantener relaciones con ambos ? ¡ Quién sabe ! Pero la sagacidad de Treillard dió al traste con la combinación. Hubo que elegir, y triunfó el infiel. ¡ Error de táctica por parte suya ! De esto no se dió cuenta en el momento. Se dejó guiar por el gusto. Las críticas retrospectivas carecían de valor, toda vez que no había tenido libertad para proceder de otro modo. Ahora, al ver claro, cambiaba de objetivo, y lamentaba estar reñida con el literato, en el preciso instante en que éste podía serle más útil.

No perdió el tiempo en lamentaciones superfluas. Estaba dominada por un pensamiento que le marcaba línea de conducta. Quería saber á qué atenerse respecto al gallardo Mauricio, tener una explicación con él, y no seguir siendo engañada ni un minuto más. Al oír sonar las diez, se acabó de abotonar los guantes y, cubierta por un velo, vestida con traje obscuro, salió de su hotel, tomó un coche de alquiler, y se hizo llevar á la calle de Antin, á casa del barón de Roize. Durante el trayecto pensaba : Si cuento con alguna probabilidad de sorprenderlo, es ahora. ¿ Cómo puede imaginar lo que le preparo ? Está muy tranquilo ; acaso aun no se haya levantado. No tendrá tiempo para ocultar nada. Conseguiré formarme idea exacta de su intimidad. Debo á la primera mirada, á la primera palabra, al primer gesto, adquirir la certeza, si no material, al menos moral, de lo que vengo buscando. Se apeó, pagó al cochero y subió al entresuelo.

La señora de Sortais, yendo así á la sordina, fiándolo todo á la sorpresa, no podía imaginarse el éxito completo que la casualidad le iba á proporeionar. Mauricio había ido la víspera, á la doce menos cuarto de la noche, á aguardar á la salida de la *Comedia Intima*, en un carruaje del Casino, á la señorita Claudina Nantheuil, y se la llevó á su casa. Aun estaba en ella ; y mientras que el guapo Roize, en la cama, con los ojos soñolientos se entregaba á las dulzuras de un lento despertar, ya la joven, en el cuarto-tocador, se peinaba, animando con alegre

ruido la soledad apacible de aquel cuarto silencioso. El ayuda de cámara, bien aleccionado, aún no había entrado en el dormitorio de su amo. Se ocupaba en cepillar, en el vestíbulo, el abrigo de Claudina, silbando por lo bajo un aire popular. El campanillazo dado por la Marquesa, le hizo renegar. Fué á abrir, sin apresurarse, y se quedó estupefacto al ver á la inesperada visitante. A primera vista, la señora de Sortais descubrió el abrigo femenino, acabado de colocar sobre un mueble. Y bruscamente, tomando la ofensiva, preguntó al criado:

— ¿Está aquí, todavía, la señorita Claudina Nantheuil?

El ayuda de cámara no tuvo bastante viveza de ingenio para parar este rápido ataque. Se azoró, lanzó una mirada hacia el abrigo, titubeó y acabó por decir:

— No lo sé, señora.

En el acto, la Marquesa, segura ya del hecho, con el corazón palpitante por la satisfacción de haber triunfado y por el dolor de ver desvanecida su última ilusión, avanzó por el vestíbulo, y ordenó con autoridad:

— Vaya usted á averiguarlo.

— Es que yo no puedo entrar en el dormitorio de mi señor.

— Muy bien. Aguardaré.

La señora de Sortais apartó, con el estremo de su sombrilla, el abrigo extendido sobre un diván, y se sentó resueltamente. El criado, cuyas ideas se desem-

brollaban poco á poco, tuvo, entonces, el presentimiento de que acaba de cometer una estupidez. Trató de oponerse á que la visitante pusiese por obra el propósito francamente expresado de aguardar. Pero la lucha era desigual y, al cabo de un momento, el hombre calculó que lo mejor que ya podía hacer era ir á avisar á su amo. La señorita Nantheuil, vestida, estaba de pie junto á la cama, en la que seguía desperezándose Mauricio, cuando oyó unos golpeitos dados discretamente con los nudillos sobre la puerta. La joven fué á abrir en persona y, al ver al ayuda de cámara cariacontecido, le preguntó:

— ¡Cómo! ¿Qué es lo que pasa?

El doméstico inclinó la cabeza y dijo:

— Que ahí está una señora, que quiere hablar con la señorita.

— ¿Quién es?

— No la conozco.

— Y ¿es por mí por quien pregunta?

— Ha preguntado por la señorita Claudina Nantheuil.

— Y ¿es una señora?

— ¡Oh! sí; positivamente es una señora. No hay modo de equivocarse.

— Pero ¿qué significa eso? — exclamó el Barón, saliendo bruscamente de su somnolencia. — Y ¿quién puede saber?...

— ¿Ha contestado usted que yo estaba aquí? — ininterrogó Claudina.

— Yo tenía el abrigo de la señorita al brazo... Y como quiera que lo cepillaba...

— Y ¿cómo es esa señora? ¿Alta, joven. rubia?

— Bastante alta, joven todavía y rubia... sí, muy rubia.

— ¡Vaya unas señas! ¡Cualquiera averigua quien es! Hay que ir á enterarse. Hágala pasar al saloncito; voy á recibirla.

Salió el ayuda de cámara. Los dos amantes se miraron.

— ¿Quién supones que sea? — preguntó Mauricio.

— ¿Cómo quieres que lo sepa?

— Este es asunto mío, y no tuyo.

— Pero ¿por qué?

— Porque es visita que viene á mi casa,

— ¡Una mujer! Luego entonces, dime...

El rostro de la actriz adoptó expresión irónica y amenazante. El gallardo de Roize movió la cabeza y exclamó con acento de enojo:

— ¡Oh! ¡No! ¡Te lo ruego! ¡No tengamos una escena!... ¡Ya es bastante fastidioso lo que ocurre! Y á las diez y media de la mañana... A menos que sea alguna de tus proveedoras á la cual debas dinero...

— Pero, si no tengo deudas con nadie... Y, aun cuando las tuviera, no les diría á mis acreedores que vinieran aquí á cobrar. Lo más sencillo es ir á enterarme.

— ¡No! ¡Tú, no! No quiero complicaciones. Yo...

— ¡Ah! ¿Desconfías?

— Tengo razones para ello.

— ¿Sospechas quién pueda ser?

— ¡Palabra de honor que no! Pero si ha de darse

un escándalo, prefiero que se produzca conmigo á que se produzca contigo.

Saltó de la cama y pasó al gabinete-tocador, donde Claudina le oyó lavotearse. Al cabo de un momento, volvió á presentarse vestido con una elegante bata azul.

— ¿Vas á recibir á una señora en ese traje?

— ¿Creerás que voy á vestirme de etiqueta? La recibo en traje adecuado á la hora en que viene.

Acercóse á su amante:

— ¿Te marchas?

— Pero, quisiera enterarme de lo que se trata...

— Ya te lo diré esta noche.

— Por lo visto, tienes empeño en que me vaya.

— ¿Yo? ¡Quédate si es tu gusto! Pero sería más razonable dejarme resolver con amplia independencia.

— ¿Me lo contarás todo, detalladamente?

— ¡Claro que sí!

— Entonces me voy. En cuanto que entres en el saloncito, tomo la puerta.

Mauricio abrazó á la actriz.

— Hasta luego Clau-Clau. Que seas muy juiciosa.

— ¡Eso es lo que yo debo decirte!

— ¡Ah! ¡No seas cargante! Ya sabes que, si vienen por dinero, se llevan chasco.

— ¡Fío en ello!

— ¡Vamos! ¡Lárgate!

Salió Mauricio. Tan pronto como sonó al cerrarse la puerta de comunicación entre el dormitorio y el

saloncito, Claudina corrió hacia el vestíbulo y lo halló desierto. Entonces, con el rostro descompuesto :

— ¡En seguidita iba á irme yo, mi lindo amigo, sin saber con quien te dejaba!

Abrió con precaución la puerta del gabinete con tigno al saloncito, del cual sólo estaba separado por un portier de tapicería. Apenas entró, oyó el siguiente diálogo :

— ¡Cómo! ¿Es usted? — decía Mauricio.

— He preguntado por la señorita Nantheuil — replicó una voz irritada. — ¿Ha hecho usted que se vaya?

— No comprendo lo que me habla. El criado entró á anunciarme, con estupefacción, que una señora deseaba ver á una tal señorita Nantheuil. Vengo para aclarar el enigma, y me encuentro con usted. ¿Quién es esa señorita Nantheuil? ¿Cómo se explica que venga usted á mi casa, empleando semejante estratagema? ¿No le resultaba mucho más cómodo venir directamente, dar su nombre y preguntarme lo que quisiera saber?

— Tal vez no, puesto que me he valido de este rodeo. Deseaba convencerme de algo que me habían contado.

— ¿Qué era ello?

— ¡Que usted me engañaba!

— Y entonces...

— Entonces he venido para sorprenderle y lo he sorprendido. La señorita Nantheuil, amante de usted,

estaba en esta casa; ya estoy convencida de la certidumbre de mis sospechas.

— ¿Ha visto usted á la señorita Nantheuil?

— He visto su abrigo. He visto la estupefacción — como usted dice — del ayuda de cámara. Y, para colmo, veo el aturdimiento de usted.

— ¡Fantasías!

— Oiga, Mauricio, no me trate como á una tonta. Es lo que menos perdonaría. Para arreglar el asunto, le queda un camino: el de la franqueza y la sinceridad. Después de los compromisos contraídos, ya es bastante triste que me haya sido infiel, para que quiera agravar la situación con tentativas de fingimiento, perfectamente inútiles, y que aumentarían mi desagrado. Dígame lealmente la verdad. Prometo ser benévola. ¡Vamos! Todo habrá sido un capricho por esa joven. Le distrajo y encontró en ella algo que no podía encontrar en mí : descoco, encanallamiento, viciosidad... Pero todo queda reducido á un desliz pasajero que yo debí ignorar y que usted sabrá hacerme olvidar. ¿No es eso?

— ¡Ah! Querida mía ¡cuán buena y cuán inteligente es usted! — exclamó Mauricio, con satisfacción desbordante. — ¡Qué alegría ser amado por una mujer de espíritu tan superior! Ha sabido leer en el fondo de mi corazón. Nada puede ocultársele. Posee la clarividencia de un entendimiento privilegiado. Sí; me dejé arrastrar. Pero ya sentía remordimientos. ¿Cómo lograré que usted perdone y olvide mi culpa? Al oír estas palabras, que no le dejaban duda

acerca del carácter de su amante, Claudina avanzó resuelta á descorrer el portier y á presentarse. Tenía hosca la mirada y contraído el gesto. Sin embargo, se detuvo y siguió escuchando: Mauricio se explicaba desdichadísimo:

— Es la antigua institutriz de mi hermana... Viví junto á ella todo el invierno último y parte del verano... Es muy inteligente y muy linda...

— Lo cual no es excusa para usted, — interrumpió agriamente la señora de Sortais, — aun cuando pueda serlo para mí... Siempre es más lisonjero ser engañada por seguir á una muchacha guapa que á una fea. Y... ¿se dedica al teatro esa joven?

— Sí. Va á estrenar un papel en la comedia de Treillard...

Si el barón de Roize se hubiera propuesto embrollar más el asunto, no hubiera podido darse más arte. Al oír el nombre del literato, la Marquesa se irguió:

— ¡Treillard! ¿Qué tiene que ver en esto? ¿Acaso está enterado de las relaciones de usted con esa joven?... ¡Sería el colmo!

— ¡Eh! ¿Cómo es posible que lo sepa? Sólo una vez, por junto, ha visto á la señorita Nanthenil.. Tranquilícese... Por ese lado no ha de hallarse usted comprometida...

Estas últimas palabras determinaron un cambio en la actriz. Retrocedió, sonrió, con sonrisa que no hubiera tranquilizado á la Marquesa ni á Mauricio, y, sin ruido, dirigiéndose hacia la puerta de escape del

gabinete, salió al vestíbulo. El abrigo, la pieza fatal de convicción que la había delatado, estaba cuidadosamente colocado sobre una butaca. Se lo puso, y, con tranquilidad perfecta, abandonó la casa, bajó á la calle de Antin, tomó un coche de alquiler, y se hizo llevar á su domicilio.

Todos los días, á eso de las doce, se ensayaba la obra de Treillard, en la *Comedia Intima*. El veterano director Valmoreau, derrochaba los tesoros de su fecunda experiencia, para disponer la *mise en scène*. Treillard, sentado junto á la primera caja, seguía la marcha de la acción, dando consejos, rectificando movimientos, subrayando frases y gestos y colaborando pacientemente en la materialización de la obra escrita. Entre bastidores, sentados en mezquinas sillas de paja, en la obscuridad polvorienta y pestilente del escenario, aguardando el momento de tomar parte en el ensayo, los artistas charlaban en voz baja. Allí estaban, junto al celebrado actor cómico Merloux, la encantadora Lucía Jeantel, que poseía el escote más escultural de París, y Luisa Sorbier, cuya delgadez espiritual tenía muchos apasionados. Este granujilla con faldas, había tomado por su cuenta á Claudina Nanthenil, y le daba consejos prácticos y feroces acerca de la manera de tratar á los hombres.

— Hijas mías — observó el actor. — Los únicos nombres verdaderamente amados son los feos. Un mono, como yo, no puede sentir duda acerca del sentimiento que inspira. Hay un hechizo íntimo que

obra triunfadoramente. Cuando una mujer cae en mis brazos, cae á gusto y para tiempo.

— Lo que hay es una depravación enorme — insinuó Claudina Nantheuil — pero la influencia es indiscutible.

— A Merloux no se le escapa una.

— ¡ Ese es mi orgullo ! — afirmó contoneándose el cómico.

— ¡ Valiente animal eres ! — exclamó, riendo, Luisa Sorbier.

El fin del acto interrumpió la charla. Los artistas en escena se agrupaban en torno del autor. Valmoreau daba instrucciones para el acto siguiente. Parkin, removiendo llaves en el bolsillo, con un tic nervioso que le caracterizaba, avanzó por el escenario.

— ¡ Ah ! ¡ Aquí está el patrón ! — exclamó Lucía Jeantel, de la que se decía que nada rehusaba á su director-empresario.

Se le acercó jovialmente :

— ¿ Me da usted un palco para esta noche, mi querido señor Parkin ?

— Es función de abono...

— ¿ Dónde estaría el mérito si no fuese día de moda ? Entonces, sería yo la que hiciera el favor... ¡ Bah ! Déme un proscenio... Es para la mujer más bonita de París...

— ¡ Imposible ! — contestó Parkin. — La mujer más bonita de París no puede estar en un proscenio, toda vez que usted trabaja en la función de esta noche.

— ¡ Ah ! Esa galantería merece un abrazo. Sin embargo, déme el palco.

— Venga á buscarlo — dijo Parkin, retirándose.

— ¡ A su despacho ! — murmuró Luisa Sorbier — ¡ A esa torrecilla de Nesle, con mullidos divanes !

— ¡ Y cuyos muros ahogan sollozos y encubren agonías ! — añadió Merloux, con acento trágico — Mira, Lucía, cuando vayas, pídele dos butacas para mí... ¿ quieres ? No ha de costarte más trabajo conseguir ese nuevo favor, y, en cambio, demostrarás que eres una compañera tan linda como amable.

— Para que veas — contestó riendo Lucía. — ¡ Y tú eres el que te jactas de no tomar nada de las mujeres !

Treillard, aproximándose, interrumpió el coloquio. Claudina Nantheuil lo acechaba desde su asiento y aguardaba, hábilmente, que el literato se le acercase. Así sucedió. El mismo interés impulsaba á uno hacia otro. El autor se inclinó ante la actriz, y, estrechando la mano que le tendía :

— Estoy satisfecho de usted — le dijo. — Atiende y ejecuta bien cuanto se le indica. La voz y la entonación resultan muy ajustadas al papel. Repito que estoy satisfecho.

— Entonces ¿ cree usted que puedo estrenar el papel ?

— Indudablemente.

— Bueno. Pues si quiere hablar conmigo, aparte, dos minutos, le enteraré de cosas que tienen gran importancia para usted.

Treillard le ofreció el brazo, y, adelantándose

hasta el fondo del escenario, junto al almacén de decorado, le dijo :

— Aquí nadie se permitirá venir á molestartos. Hable usted.

— Lo que tengo que contarle es lindamente escabroso. Déme palabra de que no se incomodará conmigo si le proporciono contrariedad ó disgusto.

— Doy mi palabra.

Claudina fijó en el autor sus magníficos ojos azules, y exclamó :

— ¿ Conoce usted á la marquesa de Sortais ?

— Sí.

— ¿ Conoce usted, también, al barón de Roize ?

— Sí.

— Bueno. Pues, esta mañana, he adquirido la prueba de que el barón de Roize, Mauricio, mi amante, era también el amante de esa señora. Y esa señora ha ido esta mañana á casa de Mauricio, estando allí yo, para promover una escena de celos ; y, en esa escena, se ha pronunciado el nombre de usted.

— ¡ Ah ! — balbució Treillard, con voz ahogada. — ¿ Y qué se ha dicho ?

— Se han inquirido, con áspera zozobra, los informes que usted podría tener acerca de mis relaciones con el señor de Roize. Al decir *se*, nombró á la Marquesa. Se mostró preocupadísima ante la idea de que usted supiera que Mauricio era mi amante. Por lo mismo no he vacilado en manifestárselo á usted. Sí, es mi amante, y ese canallita me engaña con esa anciana

literata sin talento. ¡ Hay que ver los años que tiene esa Safo del barrio de San Germán ! ¡ Y hay que ver lo equivocada que está al estropear papel magnífico con los renglones desiguales que escribe y que presuntuosamente llama versos ! Esa vieja libidinosa ha trasladado á sus *Visiones ardientes* todas las impresiones de sus galanterías con mi Mauricio. Pero ¡ no se lo llevará al Helicón ! Respondiendo de ello. Y, además, se enterará de lo que cuesta dárselas de niña cuando se está en edad de ser abuela.

— ¿ Qué se propone usted hacer ? — preguntó Treillard, ansioso.

— Me propongo referir lo ocurrido á todo el mundo... He principiado por usted por creerlo el primer interesado... Usted ha debido andar en pretensiones con la Marquesa ¿ eh ? ¡ Confiésemelo ! y esa deliciosa Belisa ha alardeado de virtud inexpugnable, mientras brincaba con mi Mauricio. Mi querido autor, ¡ no conoce usted á esas mujeres !... Sienten desprecio inconmensurable hacia todos los que no pertenecen á su casta. De mí, de mí, ha hablado como de una criada de servicio. Y, sin embargo, valgo más que ella y me encargaré de demostrárselo cumplidamente. El baroncito, querido maestro, se arrastrará de rodillas, por el limpia-barros de la puerta de mi casa, sin obtener más que desprecios y sofiones. ¡ Ah ! ¿ Me ha abandonado por esa Euterpe de pacotilla ?... ¡ Pues ya se arrepentirá ! Respecto á usted — á quien juzgo atropellado por esa misma dama — si procede con

astucia, si no se atorola como un estudiantillo, mucho me engaño si no puede tomar un buen desquite. De cualquier modo, ya está prevenido. Proceda en consecuencia.

Treillard quedóse estupefacto. En un instante, por un concurso de circunstancias extraordinarias, se había puesto al corriente de lo que más deseaba saber. Sin necesidad de intervenir ni de molestarse descubría por entero la intriga que había sospechado. Y, con irritación que aumentaba más mientras más reflexionaba, medía toda la extensión de la perfidia de la señora de Sortais, y comprendía todo el soberano desprecio que ella experimentaba hacia él. Díóse cuenta de la exactitud de las apreciaciones de Claudina Nantheuil acerca de los sentimientos de las mujeres aristócratas con relación á sus inferiores. Se vió, como la actriz, colocado á la altura de un criado. Tembló de cólera. A todos los deseos se superpuso el deseo de vengarse. Fijó la vista en la seductora Claudina, que lo observaba sonriendo. Durante un momento acarició vagamente la idea de entablar relaciones con la jovencita, para molestar al lindo barón de Roize.

Pero creyó ver el pálido semblante de Florisa Barel, y temió la censura de su predilecta amiga. Desquitarse, convirtiéndose en amante de la actriz para humillar al lindo mozo, se le antojó insuficiente. Sólo la señora de Sortais podía proporcionarle satisfacciones de amor propio que le indemnizasen realmente de las humillaciones que le había hecho sufrir.

Necesitaba á la Marquesa. Le hacía falta triunfar de ella. No existía otro desquite digno de la afrenta recibida. Permaneció inmóvil, recostado sobre una pared del escenario, meditando, mientras que Claudina, de pie junto á él, seguía mirándolo, siguiendo por las contracciones fisionómicas el curso de sus pensamientos. Al fin le tocó suavemente en un brazo :

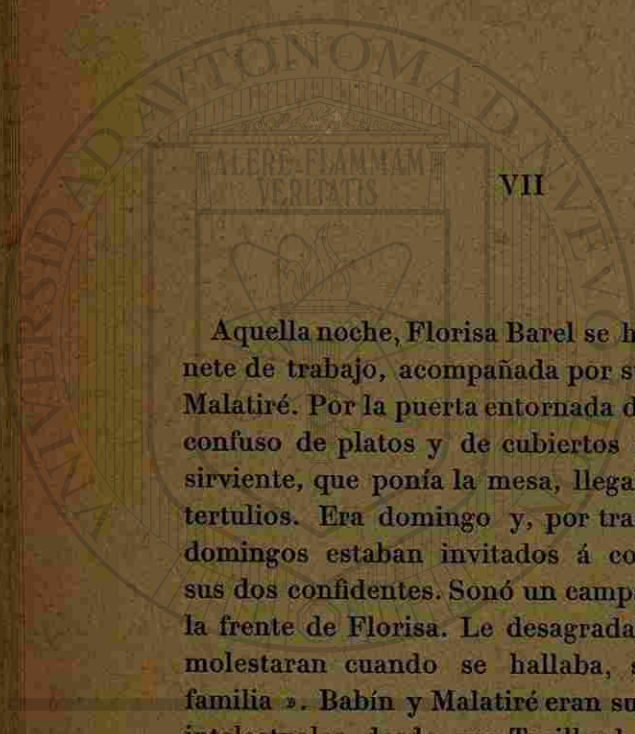
— ¡ Bueno ! — le dijo, jovialmente. — Se está usted torturando el cerebro en grande. ¡ Qué equivocación ! Esa gentecilla no se lo merece. ¿ Sabe lo que voy á hacer yo ? Desde hace tres meses, me trae acosada el anciano Rothesheimer, con proposiciones tan espléndidas como inmorales. Yo no quería engañar á Mauricio, y vivía casi en la miseria, pero honradamente. Todo eso se terminó. Tendré un hotel, caballos y perlas, para la semana próxima. Y, de aquí en dos años, con algo de aplicación y de laboriosidad, estaré contratada en la *Comedia Francesa*. Y, entonces, escribirá usted obras para mí.

— Con mucho gusto.

La voz de Valmoreau se dejó oír :

— Señor Treillard, vamos á comenzar el tercero... Cuando usted quiera...

El autor avanzó hacia la escena, sentóse junto á la primera caja, en una silla de anea, y el ensayo continuó.



VII

Aquella noche, Florisa Barel se hallaba en su gabinete de trabajo, acompañada por sus amigos Babín y Malatiré. Por la puerta entornada del comedor, ruido confuso de platos y de cubiertos removidos por la sirviente, que ponía la mesa, llegaba hasta los contertulios. Era domingo y, por tradición, todos los domingos estaban invitados á comer con la joven sus dos confidentes. Sonó un campanillazo y se nubló la frente de Florisa. Le desagradaba mucho que la molestaran cuando se hallaba, según decía, « en familia ». Babín y Malatiré eran sus únicos parientes intelectuales, desde que Treillard se había retraído. Excluvista hasta rayar en el salvajismo, la joven sentía tener que interrumpir aquella intimidad que le era tan grata, para recibir á un extraño. La criada entró, y, á la mirada de displicencia con que fué acogida, replicó con esta triunfante declaración:

— Señorita, es el señor Treillard que viene á comer...

El cambio que se produjo fué muy visible. Florisa

se levantó resplandeciente; Babín y Malatiré se enfurruñaron. Entró Andrés, sonriendo con afecto:

— ¿No se quiere ya nada conmigo? Me figuro que, quizás, aquí se me ha olvidado...

— Por lo menos usted ha hecho todo lo posible para que así sea. Seguramente hace un año que estos señores no le ven...

— ¿Es la vuelta del hijo pródigo? — preguntó Babín.

— ¿Se ha cansado el señor Treillard de frecuentar la sociedad aristocrática? — murmuró Malatiré con cierta acritud.

— Ha acertado usted, mi querido maestro, — contestó Treillard. — Pero no sería exacto decir que me he cansado. La frase verdadera es « fugado. »

— ¿Se trata, pues, de una conversión?

— Ni más, ni menos. He visto el gran mundo, sus torpezas y sus miserias... Y lo abandono.

— ¿Ha encontrado usted asunto para un buen libro?

— No era eso lo que iba buscando... Pero, además, salvo algunos cuadros especiales, ¿qué de particular puede observarse en la alta sociedad? Las pasiones, los vicios y las virtudes son allí semejantes á los que pueden hallarse en otros medios más vulgares. Siempre resulta la misma humanidad, más aseada, más pulida y, por lo tanto, más odiosa y más hipócrita.

— No me parece que ha recogido usted, en la excursión, impresiones halagüeñas.

— Es que me ha maltratado bastante esa gente, y no le debo gratitud.

— Sin duda, le ofrecieron á usted servirle, y no han cumplido su promesa.

— La han cumplido á su manera, que no es, desdichadamente, la que podía agradarme. Hubiera sido preciso para obtener todas las ventajas de la situación que me había creado, resignarme á ser comparsa complaciente de esos mundanos, soportar el insoportable tedio de la vida en común con ellos, aceptar sus impertinencias y renunciar, en absoluto, á mi independencia de espíritu y á mi libertad de acción. A cambio de esas concesiones degradantes, hubiera tenido derecho para envejecer en un rincón de los salones, adquiriendo reputación de hombre amable, de pensador juicioso y de persona bien-quista, que, allá para cuando cumplierse los cincuenta años, me llevaría á figurar en una candidatura académica, con mayores ó menores probabilidades de triunfo. Confieso que no he tenido paciencia para esperar. Aun me faltan quince años para llegar á la edad prescrita. Pretendo emplearlos en producir lo que me agrade y cómo me agrade. Si así no consigo un diploma de ortodoxia, al menos lograré la ventaja de no haber renunciado á mi personalidad. Siempre es algo.

— ¡ Eso se llama volver á las ideas sanas de antaño ! — dijo Florisa. — Ni siquiera debemos lamen-

tar los « flirteos » de usted en la alta sociedad, si de ellos ha sacado la repugnancia hacia lo que contienen de falsificados y de nocivos.

— Pero, veamos, — insinuó Malatiré, con curiosidad sardónica. — ¿ Es quebrantar el secreto profesional el que usted nos cuente lo que ha hecho en el centro de las mundanidades ?

— Nada. He perdido el tiempo.

— ¿ Como hombre ó como escritor ?

— Como escritor y como hombre.

— Se dijo que estaba usted enamorado de una linda dama, que alardea grandemente de talento literario.

— La linda dama me ha tratado con soberano desdén. Me ha aburrido y la he dejado con su literatura.

— ¿ Era su literatura ó la literatura de usted ?

Treillard se echó á reír :

— ¡ Oh ! Me guardaré mucho de enseñarle el oficio de crítico. Desenrede, querido maestro, y busque las filiaciones literarias. Eso es cosa de usted.

— ¡ Me parece que nuestra amiga Florisa ha realizado bastante bien la tarea !

— Femeninamente, — observó Treillard. — No ha dicho todo lo que había que decir.

— Luego ¿ cree usted que ha procedido con excesiva moderación ?

— No. Ha estado muy dura. Pero ha tratado el asunto en su aspecto exterior. Era el más fácil. Criticar á una aristócrata por no ser una profesional de

las letras, está al alcance de cualquier gacetillero. Inculparla por encubrir su personalidad, bajo pseudónimo masculino y zurrarla recordando á Jorge Sand, es procedimiento empleado por revisteros de periodiquillos...

— ¡Diantre! ¡Está usted haciendo crítica de crítica!

— ¡Déjelo hablar! — advirtió Florisa sonriendo. — Me distrae extraordinariamente.

— Fíjese en que, únicamente, han llegado al público y han mortificado á la víctima, las observaciones mediocres del artículo... Los aspectos graves y formales de la crítica, todo lo que demostraba las pobreza de fondo y las deficiencias de forma, no han sido apreciados más que por la gente del oficio. Le bastaría á Oliverio Juglat — lo llamaré por su nombre literario — tratar de igual modo á Florisa Barel, en una crónica ligera, para estar desquitado á los ojos de la galería. Pero, para hacer esto, es preciso ante todo darse cuenta de su posición efectiva, conocer las triquiñuelas del periodismo, ser, en suma, un verdadero obrero de las letras, y esto es lo que la señora Marquesa de Sortais ni ha sido, ni será. En seguida, era menester manejar la pluma por manera bastante páfida y bastante feroz, para escrutar en el entendimiento y en el corazón de nuestra querida amiga, á fin de ridiculizar sus nobles cualidades y de provocar los sarcasmos de la muchedumbre. Y esto es aún menos capaz de hacerlo, la señora de Sortais.

— Es mucha fortuna, — murmuró, con aire meditabundo, Malatiré, — que haya usted regañado con esa señora. Hubiera bastado con que le indicase lo que acaba de decirnos, para colocarla en condiciones de tomar un magnífico desquite, sin aparentar ni dejar ver que le había prestado auxilio.

— Sí, pero entonces no tendría yo el gusto de comer con ustedes... Porque, después de semejante traición, no me atrevería á presentarme ante nuestra amiga.

— Vamos, Treillard, — preguntó papá Babín, — explíquenos su capricho hacia esa señora. ¿La quiso usted formalmente?

— Sí, contestó el literato, con cierta fanfarronería, mirando á Florisa.

— ¿De qué estaba usted enamorado? ¿Es joven y linda?

— Esas mujeres tienen la edad que quieren tener. Respecto á belleza, todo París la juzga encantadora, y así la veía yo.

— « Todo París para Jimena tiene los ojos de Rodrigo, » — gruñó Malatiré. — Vean, es la primera vez que « todo París » se manifiesta y aparece en forma de locución. ¡Lo empleó Corneille! Y, después, de esto, ¡aun habrá quien diga que « todo París » es muy moderno! ¡Atajo de machacones, de remendones literarios, de convertidores de viejo en nuevo!

— *Nihil novi sub sole*, — murmuró papá Babín. — Entonces, esa señora...

— ¡Oh! No hablemos más de ella. ¿Quiere? Me

parece que debe usted darse por satisfecho con el examen que me ha hecho sufrir.

— Precisamente, vamos á comer, — exclamó Florisa.

Tomó el brazo de papá Babín, y se dirigió hacia el comedor.

A la mañana siguiente, Treillard estaba ensimismado ante las cuartillas, muy atareado en cicatrizar esmeradamente una mutilación dolorosa que había hecho en una escena de su comedia, á raíz del último ensayo, cuando la criada entró con aire misterioso, y dijo:

— Señor, ahí está una señora que desea hablar con el señor.

Treillard palideció. Ni por un momento dudó de que fuesela señora de Sortais. Se puso de pie, se pasó presurosamente la mano por el cabello, y dió orden de que hicieran pasar á la Marquesa. No se había equivocado; al primer vistazo se aseguró de ello. Con paso resuelto, con gracia ligera, la Marquesa entró sonriendo, bajo su velillo.

Aguardó á que estuviese cerrada la puerta; luego, cuando se hallaron solos frente á frente, sentóse junto á la chimenea y miró con fijeza al literato, como invitándolo á hablar, cual si lo considerase obligado á dar explicaciones. Treillard permaneció de pie ante ella, vacilando entre el júbilo y la cólera, preguntándose si la visita tenía por objeto una nueva provocación ó si, impulsada por sentimientos más suaves, daba los primeros pasos hacia una

reconciliación. Viendo que á través del velillo blanco, seguía mirándolo, se acercó y con voz temblorosa:

— ¿Qué quiere usted de mí, señora? — preguntó.
— ¿Podía yo esperar volver á verla, y, sobre todo, aquí?

— Toda vez que usted rehusa ir á mi casa — dijo la Marquesa, tranquilamente y con gran desahogo — es preciso que yo venga á casa de usted.

Treillard movió la cabeza:

— Acaso hubiera sido más generoso dejarme en mi soledad. Por fuerza tengo que recordar los desprecios que he sufrido. Y no acierto á comprender cómo no mantiene la decisión que adoptó de arrojarme de la presencia de usted.

— Nunca he hecho tal cosa. Me he negado á acceder á exigencias, y... nada más. ¿No es ese un derecho femenino? ¿Qué culpa tengo de que, exagerando mi reserva, la haya tomado como desaire y casi como ofensa? Hay que creer que no está acostumbrado á encontrar resistencia. Pero ¿con qué mujeres ha tratado usted hasta hoy?

Al oír estas palabras, el escritor se enfureció:

— ¿Con qué hombres ha tratado usted, para intentar imponer á una afección sincera todas las formas de la domesticidad? ¿Es eso lo que le agrada? ¿Qué justificación tienen sus preferencias? ¿Son fieles y leales? ¿Tiene usted motivos para estar satisfecha de su elección?

La Marquesa palideció, crispó la mano sobre el

puño de su sombrilla y replicó con tembloroso labio :

— ¿Se atreve usted á hablarme de tales cosas ?

— ¡Por qué no ! ¿Las cree un misterio ? En este momento se comentan y se ríen en todas partes. Si deseaba respeto para sus sentimientos, debió dar mejor empleo á su cariño. Pero se confió en un lindo mozo, falto de seso, que se dedicó á engañarla con juvenzuelas y á hacer que las intimidades de usted rueden por los pasillos de los teatros. ¿Debo admirarla por tan soberano desahogo ó compadecerla por tantas desazones ? ¡Una mujer como usted, escarnecida por una comiquilla que la imita en los gestos y en las inflexiones de voz y la ridiculiza caricaturizándola en los desplantes de celos !

— ¿Qué significan esas murmuraciones ridículas ?

— El resumen de lo que dice la señorita Claudina Nantheuil, que cuenta sin rebozo que usted fué á casa de su amante para intentar sorprenderla cuando se levantara. Que no se logró el intento porque ella estaba vistiéndose y Roize acostado aún, al presentarse usted en el referido domicilio. Que mientras usted regañaba con el amante de ambas, en el salón, la señorita Nantheuil se hallaba en el gabinete estudiando del natural detalles para el día en que tenga que representar una escena de celos...

— Y ¿lo sabía el miserable ? — exclamó la Marquesa al fin, en un arranque de rabia.

— Ni me lo dijo ni se lo pregunté á la testigo. Usted que conoce al galán puede suponerlo. De cual-

quier modo no veo que esa circunstancia añadida más interés á la picante aventura.

En este preciso instante, la señora de Sortais se levantó el velillo y mostrando al literato el rostro bañado en llanto, gimió :

— ¿Le complace martirizarme de este modo ? ¡Si me hubiese usted querido, como me decía, se apiadaría de mí ! Tan hábilmente hizo el cambio, que Treillard cayó en el lazo. Se acercó y, con más dulzura :

— ¿Debo yo consolarla de las pesadumbres que otros le ocasionan, despues de todas las amarguras que usted me ha hecho apurar ? ¿Me considera tan bonachón ?

— Sí ; creí que podía contar con su generosidad. Pensaba que al verme tan rudamente combatida por todas partes, olvidaría usted enojos, para correr en mi auxilio...

Lo miró con disimulo, para ver el efecto producido. Acababa de pronunciar la palabra decisiva. ¡Auxilio ! Sí, auxilio, era lo que efectivamente había ido á buscar. Desde que entró en la habitación, sólo había pensado en la manera de plantear el asunto. Y aun en los momentos en que, sollozante, se estremecía de cólera y de celos, ni un sólo segundo perdió de vista el objeto de la visita, y ni un sólo instante dejó de buscar la transición hábil que le permitiera abordar la negociación en que cifraba toda sus esperanzas. Habiendo encontrado modo de deslizar ese deseo que le llenaba el pecho, aguardó el

resultado. Fué inmediato. Treillard se repuso, y dijo con circunspección y amargura:

— Luego ¿para pedirme un servicio, es para lo que usted me ha dispensado el favor de venir á mi casa?

— ¡Un servicio! ¿Yo? ¡De ningún modo! ¿Qué puede usted hacer hoy por mí? He venido aquí, en mi ruina moral, buscando al único que podía comprenderme, al que yo esperaba que sabría sobreponerse á mezquinos rencores, para confortarme con las luminosidades de su inteligencia. Si usted no se encuentra en condiciones de escucharme, de aconsejarme y aun de compadecerme, cuando vengo á buscarle como á un confesor, como á un amigo indulgente y de claro juicio, nada tengo que hacer aquí, y me marchó más triste y más abatida que cuando llegué.

Hizo un momento par levantarse. El literato la detuvo con el gesto:

— Quédese. Veo que no me conoce. Por doloroso que sea lo que tenga que escuchar, soy capaz de comprenderla. No se ha equivocado usted viniendo á mí.

Deliciosa sonrisa iluminó el rostro de la Marquesa. Con expresión de júbilo fijó en Andrés los lindos ojos, pensando: ¡He triunfado! Aun está á mi arbitrio. Antes de una hora será otra vez mi siervo arrepentido y humillado.

Mientras se formulaba estas reflexiones tan acres como prácticas se mostraba alegre y tranquila á los

ojos de Treillard, pasmado con semejante metamorfosis. Como por casualidad, el abrigo que envolvía á la dama se deslizó hasta el talle, y el busto, ceñido por traje que ponía de manifiesto morbideces, surgió ante la vista del enamorado Andrés. La Marquesa lo hizo sentar á su lado, envolviéndolo en atmósfera de perfumes, mirándolo con mirada acariciadora, estrechándole cariñosamente las manos.

— Mire en mí á una pobre mujer abatida y humillada, maltratada en sus afectos y herida en el amor propio; su amante la traicionó, y la torturó esa Florisa Barel, la Florisa de usted...

— ¡Mi Florisa! — protestó Treillard.

— ¡Sí! ¡Sí! ¡De usted! Sé las relaciones que le unen á esa mujer. Por lo mismo me ha dolido doblemente el abominable artículo que ha escrito acerca de mi libro... Todos los sarcasmos venenosos que pueden amontonarse para arrojarlos sobre una rival los ha sabido encontrar para insultarme. ¡Así me tratan los amigos de usted! ¡Y usted lo ha permitido!

— ¿Qué iba á hacer? ¿Se cree que tengo autoridad para imponer á Florisa Barel que escriba ó que no escriba sobre tal ó cual cosa? ¡Es el espíritu más independiente y más salvaje que he conocido!

— La intimidad de esa mujer con usted da á su artículo un alcance incalculable. Soy la burla de la sociedad literaria, y la sociedad aristocrática se ríe de lo ocurrido, satisfecha de que esa escritora me hunda.

— Exagera usted extraordinariamente el efecto de algunas páginas de prosa.

— ¿No son atroces?

— Seguramente; nada tienen de amables. Así se lo he dicho á la misma Florisa.

Al oír estas palabras, la señora de Sortais, brincó. Encendiósele el semblante; le relampaguearon las pupilas:

— ¡Lo confiesa! ¿Se atreve á confesarme que ha hablado de ese artículo! ¿Y friamente, estéticamente, viéndome ultrajada! ¿Es eso amistad? Le creí á usted cómplice ¿Acaso me equivocaba? ¿No lo es?

— ¡Yo! — exclamó Treillard, estupefacto.

— Sí, usted. ¿Dónde comienza la complicidad? ¿Dónde concluye? ¿Por ventura esa joven no ha hecho causa por usted contra mí? ¡Oh! ¡Cuántas infamias entreveo!

— ¿Se atreve usted á sospechar de mí?

— ¡Sospecho de todo el mundo!

— ¡Eso demuestra un alma llena de doblez!

— ¡En el fondo, usted me odia!

— ¿Yo?

— ¡Sí, usted! A fuer de orgulloso, no ha podido perdonarme mi resistencia... ¡Lo que pretende obtener de mí es un desquite!

— Señora, si se ha presentado en esta casa con el propósito de hablarme en los términos en que lo está haciendo, hubiera usted obrado con más cordura no viniendo aquí.

Se contemplaron en silencio durante un momento.

Andrés, indignado y tembloroso; la Marquesa exasperada al encontrarlo rebelde en el preciso instante en que lo creía vencido. Rápidamente se batió en retirada y, comprendiendo que nada iba á conseguir por el camino de la ironía y de la insolencia, cambió una vez más de actitud. Hizo ademán de levantarse y balbució:

— Después de lo que acabo de oír, sólo me queda el recurso de marcharme...

Pero las fuerzas parecieron no corresponder á la voluntad; exhaló un gemido, cerró los ojos y se quedó inmóvil, desplomada sobre el respaldo de la butaca. Treillard, creyéndola desmayada, se lanzó hacia ella, le tomó una mano que encontró fría, y, dejándose atrapar en el lazo que tan burdamente se le tendía, se inclinó, se arrodilló, y prodigó súplicas y frases de afecto. La Marquesa, en una contracción premeditada, dejó ver la garganta blanca y redonda, hinchada por vagos suspiros. Estaba tan tentadora, que Treillard, no acertando á reprimirse, la estrechó entre los brazos y le cubrió los ojos y la frente de apasionados besos. Inmediatamente volvió en sí la señora de Sortais y, sin rechazar al literato, le dijo con voz débil:

— ¡Ah! Ya que entre nosotros se rompen los vínculos de afecto, tenga al menos la lealtad de dejar que me vaya. Así debe ser. Usted mismo lo afirmaba hace un momento...

— ¡Estaba loco! ¡Quiero amarla y conservarla! ¿Qué es preciso hacer para conseguirla?

— ¡ Volvería usted á traicionarme !

— ¿ Es posible que abrigue ese recelo ?

— ¡ No puedo tener confianza en usted !

— ¿ Qué hago para que se convenza ? ¡ Estoy dispuesto á todo !

— ¿ A todo ?

Los ojos de la Marquesa se abrieron y lanzaron llamas. Transfiguróse. Cogió á Treillard por los hombros, lo atrajo más y más en vez de rechazarlo, y hablándole tan cerca que casi le rozaba la boca con su boca, le preguntó :

— ¿ Hasta á vengarme ?

Y como lo viese titubear, lo acosó con más ardor :

— ¡ Oh ! ¡ Es preciso ! ¡ Sólo usted puede hacerlo !

¡ Sólo usted puede proporcionarme la satisfacción que deseo obtener ! ¡ Pídame, en cambio, cuanto desee ! Nada he de negarle... Entiéndalo bien... ¡ nada !

Algo trastornado, el literato murmuró :

— Pero... ¿ qué quiere usted de mí ?

— ¡ Una réplica á ese infame artículo !

— ¿ Desea usted que yo ataque á Florisa ?...

— ¡ Deseo que me haga usted justicia !

— Pero Florisa... Pero... lo que usted me impone...

— Pero — exclamó la Marquesa. — ¿ No merezco que se haga por mí ese esfuerzo ? Ahora mismo voy á saber, con toda exactitud, á qué atenerme respecto á la sinceridad de los sentimientos de usted hacia mí. Si me ama, lo sacrificará todo por mí...

— ¡ Cuán duras son las exigencias de usted !

— ¿ Es pagarme demasiado cara ?

Con impudor decisivo apretó la boca contra la boca del escritor, enloqueciéndolo, decidiéndolo á cometer toda clase de deserciones, ante el deseo imperioso de poseerla. Y, entre dos besos, la dama murmuraba aún, precisando el contrato :

— Bueno..., ¿ escribirás ese artículo ?... ¡ Jura que lo escribirás !

— ¡ Está bien ! ¡ Sí ! Aun cuando es una infamia, la cometeré por usted...

— ¡ Júralo por tu honor !

— ¡ Lo juro por tu belleza !

Aun cuando no era ese el juramento que pedía, se dió por satisfecha.

Treillard conoció los refinamientos admirables con que una mujer del gran mundo sabe ataviar sus deslices. Acaso la satisfacción de vengarse del guapo Mauricio de Roize, influyó en el arrebato de la Marquesa. Treillard tuvo derecho para no abrigar la menor duda acerca de la satisfacción que la señora de Sortais parecía haber hallado al perder sus últimos escrúpulos. En la alcoba del escritor, ante el lecho, temblando aún con temblor de fogosa excitación nerviosa, la seductora dama, ligerísima de ropa, con el mayor desenfado, sonreía fumando un cigarrillo y siguiendo con mirada distraída las espirales azules que se remontaban hacia el techo. Se hizo calzar por Treillard, que le abotonó las botinas sin pellizcarle la piel del tobillo. Luego, arreglándose con la mano los bucles de la desorde-

nada cabellera, sentóse en una silla baja, montó una sobre otra las piernas cubiertas con medias negras, y, en actitud de marimacho, exclamó tirando el cigarrillo :

— ¡ Ea ! ¿ Ya estará usted orgulloso con haber logrado hacerme cometer una necesidad de este calibre ?

— ¡ No estoy completamente orgulloso, pero sí estoy completísimamente satisfecho ! Ya me figuraba yo todo lo que perdía si no llegaba á conseguir á usted...

— ¡ Ah ! ¿ De veras ? — murmuró la Marquesa jovialmente. — ¿ De modo que no ha habido sorpresa ?

— Una muy deliciosa : la de ver á usted aquí, tan linda, tan amable...

— ¡ Tan estúpida ! Una mujer comete grave equivocación cuando nada deja que se espere de ella. Pero... tengo la palabra de usted...

Treillard sufrió desagradable impresión al ver á la señora de Sortais insistir tan pronto en el aspecto práctico de la aventura. Se hallaba ébrio de gozo, radiante por el triunfo alcanzado, y ya la dama le obligaba á pensar en el trato que habían hecho.

Andrés frunció el entrecejo, se mordió los labios y no contestó. Demasiado sagaz para no darse cuenta de la impresión producida, la Marquesa, en un instante, cambió de actitud y, con admirable desenfado, recorriendo la habitación, curioseó los armarios, registró los cajones y revolió las corbatas. Al fin, vió sobre un velador un jarro y un vaso.

— ¡ Ah ! ¡ Tengo sed ! — exclamó.

— ¡ Espérese ! — dijo Treillard.

Salió un momento y volvió en seguida trayendo una bandeja con pastelitos, copas y una botella de Oporto. La colocó sobre la mesa y escanciando el áureo vino :

— Es todo lo que puedo ofrecerle. Pero, ya sabe que no aguardaba la visita de usted.

Sentáronse muy cerca el uno del otro, y bebieron en la misma copa. La Marquesa, con una libertad de modales que enloquecía á Treillard, mostraba todos sus encantos, como mujer que está segura de lo que posee. Y emborrachadora, aún más que el vino que hacía beber á su amante, parecía hallar placer misterioso en excitarlo hasta el frenesí. Andrés aspiraba los effluvijs de aquel cuerpo, y miraba y deseaba á la Marquesa con más ardor que antes de haberla poseído. El corazón le palpitaba fuertemente, desordenadamente ; tenía la garganta contraída hasta el extremo de no poder pronunciar palabra. La dama, recostada sobre el respaldo de la silla, con los párpados entornados y la boca sonriente, lo contempló un instante con mirada tan voluptuosamente provocativa que hizo que Treillard en arranque furioso cayera sobre su amante. La tomó en brazos, se la llevó, y el silencio sólo se turbó por suspiros.

A la mañana siguiente, al despertar, el literato recibió una invitación para comer en casa de la Marquesa. Comprendió que iba á reanudar la vida anterior y que su presencia en los salones de la señora de Sortais formaba parte de los desquites que ésta

pretendía obtener. No se negó á esas legítimas exigencias. Además, no le desagradaba en modo alguno volver, como vencedor, á la casa de la cual había salido humillado. ¡Qué gozo pensar ante todas las personas que la despreciaron soberanamente: Soy el amante de la mujer ante la que os inclináis, mi amor le devuelve sus prestigios! ¡Cómo se reiría interiormente de aquellos barbilindos, y se burlaría de sus esperanzas! Secretamente sentiría compasión hacia los galanes que rivalizaban, con el guapo de Roize, para obtener los favores de la dama. La Marquesa no tenía más que un dueño, y ese era Andrés Treillard. Acudió al convite y entró en el salón con aire de hombre atareado, procurando encubrir con indiferencia el júbilo radiante que le salía á la cara. Desde un principio, se asombró mucho ante la frialdad que le demostró la Marquesa. Apenas si le dedicó una sonrisa ceremoniosa. El Marqués se mostró mucho más expansivo. Con su locuacidad y campechanía de gran señor cazador, dió palmaditas en la espalda del literato:

— ¡Bueno! ¿Ha dejado usted al fin, de estar picado con nosotros? — le preguntó.

El escritor excusó su ausencia pretextando ocupaciones profesionales. Tenía mucho trabajo y las distracciones mundanas son mortales para la inspiración.

— ¡Bah! — replicó el Marqués. — Yo veo que mi mujer va todas las tardes á reuniones aristocráticas, y todas las noches á bailes y á teatros... ¿Sufren con

ello, algún menoscabo sus facultades? A pesar de fiestas y de distracciones continúa produciendo obras encantadoras...

— La señora Marquesa es una excepción admirable — contestó Treillard, sonriendo finamente.

La comida fué espléndida, pero tristonía. La magnificencia del servicio y la suntuosidad del *menu*, absorbieron toda la atención de los comensales. La mesa era demasiado grande para que la conversación pudiera generalizarse. Las charlas y los discretos entre vecinos llenaron la hora y media que se pasó en el comedor. Treillard estaba colocado junto á la baronesa de Folentin, que lo asateó con alusiones acerca de su ruptura con la Marquesa. El literato, aparentando no darse por entendido, hizo lindamente el papel de necio. Sólo se despabiló cuando la vecina le habló de la comedia que iba á estrenar.

Ya no había razón para que continuase callado y entretuvo á la bella Baronesa, refiriéndole chismes de bastidores y describiéndole los ensayos. Con aire candoroso, la amable Rosa le dijo:

— Creo haber oído que en la compañía de ese teatro figura una lindísima jovencita que antes perteneció al gran mundo y ahora ha descendido al *demi-monde*: me refiero á la señorita Claudina Nantheuil. ¿Vale algo?

— No es mala del todo. Y es, efectivamente, muy linda y muy joven, lo cual no es cosa corriente en el teatro...

— Ni fuera del teatro — murmuró dulcemente la Baronesa, dirigiendo la vista hacia la señora de Sortais. — Y ¿cuándo es el estreno?

— Creo que para fin de mes, si no ocurre dificultad.

— Iremos á aplaudirle. ¡Ah! Esta querida Marquesa va á sufrir emociones muy vivas. Profesa á usted sólida amistad...

— Que yo le pago con usura...

— Sí, no está usted en deuda con ella.

Así murmurando, se llegó á los postres, y cuando pasaron el salón, Treillard no podía dudar de que el enredo del joven de Roize con Claudina Nantheuil, los celos de la señora de Sortais, la ruptura y, positivamente, la reconciliación entre él y la irascible Marquesa, eran cosas sabidas por los íntimos y tal vez por toda la sociedad aristocrática. Comprendió por modo muy claro las razones de la resistencia que la señora de Sortais le había opuesto. Se trataba para la dama de resignarse públicamente á confesar sus relaciones íntimas con el literato. Por eso se defendió todo cuanto pudo, y por eso si capituló fué únicamente obligada por la necesidad de salvar el amor propio. La traición de Mauricio, por una parte, y el artículo de Florisa, por otra, eran las causas que empujaron á la Marquesa á los brazos del escritor. Experimentando irritación violenta, Treillard hubo de reconocerlo así. Y pensó: no me ama; me soporta y nada más, y, en cuanto encuentre ocasión, me despide como á un lacayo.

Se enfrió y adoptó la resolución de defenderse. Convencido de que trataba con una tramposa que jugaba con él, sintió aminorarse los escrúpulos que sentía y decidió conducirse de modo tal que no lo engañasen. Y, primeramente, se prometió no dejarse arrastrar por expansión alguna ante su tiránica amante, y pesar y medir todas las contestaciones que debía dar á las demandas que le formulase. Cuando terminaba este soliloquio, vió que se le acercaba la señora de Sortais, acompañada de un señor maduro, muy calvo, ventrudo, de barba grisenta, correctísimamente vestido y profusamente decorado, en el cual reconoció á Fabreguier, el académico y director de *El Movimiento*, revista de mucha circulación, en la cual las ideas más reaccionarias, desde el triple punto de vista literario, político y religioso, estaban defendidas por escritores de gran talla.

— Mi querido maestro — exclamó la Marquesa, señalando á Treillard. — Aquí tiene á nuestro brillante cantor... Hace mucho tiempo que deseaba presentarlo á usted... Mi querido amigo, el señor Fabreguier...

Treillard sonrió como diciendo: lo conozco. Se inclinó y dijo con lisonjera condescendencia:

— He leído recientemente el hermoso libro del señor Fabreguier: *Conciencia ideal*. Es una de las obras más hondamente pensadas que se han publicado, desde hace veinte años. Hay en ella el aliento de un de Maistre... A mi juicio, en lo que á moral se refiere, es algo absolutista... Pero de forma resulta irreprochable... Es una obra...

— ¡Bueno! exclamó sonriente la señora de Sortais. Pues ya que han entablado ustedes conversación, los deje juntos.

Hizo una seña al académico como para recordarle una promesa. Éste contestó con una sonrisa; luego, llevándose á Treillard á un ángulo del salón:

— La Marquesa me ha hablado de usted con la cordialidad calurosa que emplea para patrocinar á todos aquellos por los cuales se interesa... Es una amiga inestimable, por la cual sin titubear puede realizarse todo linaje de sacrificios; es leal y constante en sus afectos...

— ¿Le ha dado á usted el encargo de declarármelo? — observó Treillard, con gesto de asombro.

— De ningún modo. Pero respondo de que es una amiga leal y constante, y tengo pruebas de ello. Sólo piensa en hacer favores. Bueno, pues me ha rogado que le pida á usted una novela, un poema ó un artículo para *El Movimiento*. Y como yo no puedo negar cosa alguna á esa encantadora dama, pongo mi Revista á la disposición de usted.

— Muchas gracias, querido maestro... Ya le recordaré este bondadoso ofrecimiento.

Fabreguier movió la cabeza:

— Bueno; aproveche la ocasión...

— Puedo ofrecer á usted una novela que tengo terminada...

— No. Prefiero un buen artículo crítico... escrito expresamente para mi Revista. Ya conoce usted la nota que cultivamos... Una arremetida aplastante

contra esa tribu literaria que coloca los atildamientos de forma por encima del valor de las ideas... Rompa contra esa pandilla presuntuosa que agita los guñapos de la frase para ocultar la vacuidad del pensamiento... La forma, digan lo que digan, es esencialmente deleznable, es de origen humano, cambia cada veinte años, esta sujeta á la moda... El pensamiento es inmutable, es de esencia divina. No hay, por lo tanto, más que una sola literatura llamada á subsistir: la que vive por la fuerza de las ideas. Todo lo demás es hojarasca, oropel, juguete efímero, sujeto á la descomposición y consagrado á la nada. Ya vé si el tema puede dar de sí. Tómeme como ejemplo las obras recientemente publicadas, y hágame un análisis concienzudo de las *Visiones ardientes* de nuestro querido Oliverio Juglat... La tesis se presta á una defensa muy gallarda, y dado el talento de usted...

Treillard miró fijamente al académico:

— Si, es un asunto muy interesante para tratado... Lo pensaré.

Luego, torciendo la conversación:

— ¿Es cierto que el partido de los duques, en la Academia, es absolutamente árbitro de las elecciones, y que nadie quede presentarse si no es de los de ustedes?

— ¡No me hable de eso! Estamos bastante inquietos con nuestra fuerza. De ahora en mucho tiempo, salvo excepción extraordinaria, no ingresará un sólo literato de profesión bajo la cúpula.

— ¿Es muy necesario que haya tantos literatos de profesión en la Academia?

— ¿Es muy necesario que haya tantos aristócratas? ¡Dios mío! La Academia es un salón, no es la Sociedad de literatos. Convenido. Pero si sólo cuenta, para dar prestigio á la Corporación, con alcurniados señores que á lo sumo han publicado un volumen, pronto el conjunto resultará mate, opaco... Los representantes de la aristocracia son de muy buen efecto decorativo, pero no conviene que dominen. Dominando, cada vez se les tolerará menos... Se principiará á discutir los títulos que tienen para ser académicos, y, en ese mismo instante, se verá que apenas si poseen otros títulos que los nobiliarios... Entonces se producirá una reacción y pasarán diez años sin que se otorgue el ingreso á un aristócrata.

— Y la Academia perderá en prestigio...

— Mire, mi querido amigo — dijo Fabreguier, cordialmente — no hay cosa mejor para hacer carrera, como haber sabido escoger bien el campo de operaciones. Ha tenido usted la suerte de entrar prontamente en relaciones con la Marquesa, cuyo salón es admirable terreno para maniobrar. Procure ser perspicaz, y no deje perder las ocasiones. Aprenda á ser paciente. Con semejante protección logrará cuanto apetezca.

Hizo una pausa, y, mirando intencionadamente á Treillard:

— ¿Cuándo me llevará usted el artículo?

— Muy pronto.

— Perfectamente.

Se separaron. Fabreguier se dirigió hacia la señora de Sortais, que parecía estar acechando, con el rabillo del ojo, el final del diálogo. Se inclinó ante ella, pronunció algunas palabras en voz baja, y, luego, salió del salón cual si hubiese ido únicamente para entenderse con Treillard acerca de la publicación que tanto ansiaba la Marquesa. En el acto, el literato vió que su amante se destacaba de un grupo femenino y venía hacia él. Llegaba sonriendo triunfalmente, y con las miradas henchidas de promesas.

— ¡Bueno! — exclamó. — ¿Se ha puesto usted de acuerdo con el querido maestro? Acaba de decirme, al despedirse, que queda aguardando el artículo... Ya sabe, mi querido amigo, que *El Movimiento* es una potencia. Cuenta con el apoyo del partido católico... Lo leen todas las personas de buen juicio... En periódicos así es donde hay que escribir. Esto es cosa muy distinta de la *Revue* del sectario Malatiré.

— La competencia... — murmuró blandamente Treillard. — La colección que no anda en las librerías de viejo...

La señora de Sortais frunció el entrecejo, pero continuó sonriendo:

— En fin, Fabreguier se lleva la promesa ¿no es eso? y yo, iré mañana á recordársela á usted.

Treillard hizo un movimiento de alegría. La Marquesa le oprimió la mano, con presión voluptuosa, y, plegando los labios, le envió, á través del aire, un callado y misterioso beso.

Treillard escribió el artículo á la mañana siguiente de la segunda visita que le hizo la Marquesa. Tanto y tanto lo apremiaban, que conceptuó imposible retrasar más el cumplimiento de lo ofrecido. Para acallar las impacencias de su linda amiga, publicó, en uno de los diarios de mayor circulación, una instantánea, treinta renglones, un delicadísimo retrato á pluma de Oliverio Juglat. Como suele hacerse con toda tarea enojosa, no escribió el artículo hasta el último momento. Al cabo, para salir del compromiso puso manos á la obra, y, en una mañana, de un tirón, llenó seis cuartillas de prosa exquisita, cuya primorosa sencillez, hondura de concepto, y brillantez de estilo, le dejaron satisfecho. Salíó después de almorzar, llegóse dando un paseo al hotel de la señora de Sortais, y le brindó la grata sorpresa de leerle el artículo acabado de escribir. La dama lo oyó atentamente con los ojos cerrados, saboreando el elogio. Luego, se precipitó sobre Treillard, le echó los brazos al cuello y lo estrechó con jubilosa gratitud:

— Démelo ahora, — le dijo, — quiero releerlo despacio...

Tomó las cuartillas, las recorrió lentamente, pensando los adjetivos, escrutando las frases, aprobando con la cabeza. Luego exclamó:

— ¡ Ha contemplado usted lindamente á Florisa Barel! ¡ Ah! Ya se vé que no sabe prescindir de ella. Aun criticándola, la elogia. La una no araña, acaricia.

— ¿ No se forjaría usted la ilusión de que iba á maltratarla? Ante todo, yo no me hubiera prestado á ello, y, además, hubiese sido una torpeza.

— En fin, tal y como es el artículo, me satisface. Voy á enviárselo á Fabreguier.

— ¡ No! Deseo corregirlo esta noche, con toda tranquilidad... Esto puede decirse que es el boceto... La imprenta no necesita componerlo hasta dentro de dos días. Aprovecharé ese plazo para pulir y limar...

— Pero si está muy bien así.

— No. Quiero dar á Fabreguier algo que me deje completamente satisfecho. Ahora mismo, leyendo el artículo, he notado algunas minúsculas impropiedades de expresión...

La Marquesa, muy á su pesar, devolvió á Treillard las cuartillas, y suspirando:

— ¿ Dónde va usted ahora?

— Al ensayo.

Franció la dama el entrecejo, asaltada por alguna idea desagradable. Pero, inmediatamente, volvió á sonreír:

— Ya han dado las dos... Llegará usted con retraso...

— Por eso mismo me voy á escape.

La Marquesa le tendió la mano, que Andrés besó, y lo acompañó hasta el recibimiento con afectuosa familiaridad. Allí, viendo que no había nadie, le dió un abrazo. El literato se marchó.

Cuando Treillard pisó el escenario, terminaba el segundo acto. Parkin, sentado en primer término, de espaldas á la batería, marcaba á los artistas las inflexiones de voz, con persistencia implacable, hasta obtener una reproducción satisfactoria de las indicaciones que formulaba. A esta faena la llamaba « dar de comer con el pico. » ¡ Cosa extraña ! Parkin declamaba fuera de tono y, sin embargo, al cabo de exasperantes repeticiones, conseguía que actores y actrices dijesen con justeza. En ocasiones, las mujeres, enervadas, trastornadas por aquel trabajo sin tregua, casi perdían el conocimiento y se desahogaban sollozando.

— ¡ Que lloren ! ¡ Que lloren ! — decía Parkin, con rostro resplandeciente. — Desde el momento en que llueve, tenemos asegurada la cosecha.

Lo cierto es que las actrices agobiadas, excitadas, aprovechaban más el trabajo y hasta afirmaban que el *surmenage*, interrumpido por arrebatos de desesperación, les resultaba altamente favorable. María Froment, la joven primera actriz, concienzuda, inteligente, siempre dispuesta á corregirse, nunca cansada, sólo había tenido una crisis de lágrimas. Fué la vis-

pera del ensayo general de *Desposados*, la hermosa comedia de Rovère, en la cual obtuvo un triunfo que la colocó á la cabeza de los artistas contemporáneos. Parkin se sintió tan orgulloso, así de la crisis de llanto como del triunfo, que se casó con la primera actriz, seis meses después. Desde entonces, María Froment había continuado teniendo triunfos, pero nunca más crisis de lágrimas. Parkin se mostraba muy dulce y muy comedido ante su mujer, y, cuando la estrella tenía papel en una obra, era sabido que los ensayos se efectuarían sin novedad y que el estreno se verificaría en fecha fija. María Froment, rendida tras dos horas de trabajo sin salir de una escena, exhaló un suspiro de alivio, y yendo ante el autor :

— ¡ Muy bien ! No se matará con este oficio, — exclamó riendo. — Sin censura ; estamos echando el alma en esta comedia, y ni aun siquiera viene usted aquí para ayudarnos...

— ¿ Hay algo que no resulta ?...

— Todo resulta. Hasta la frasecita final de mi parlamento, que es repetición ociosa de la que digo al comentar la escena. Ya sabe : « Nada he prometido, afortunadamente, porque, cuando prometo, cumplo !... »

Treillard quedóse pensativo. Después, al cabo de un instante :

— Está usted equivocada ; no es repetición ociosa ; es repetición intencionada.

— ¡ Ah ! ¡ Si es intencionada ! Yo creí que se qui-

taba efecto... Pero desde el momento en que no es así... De todos modos, piense en ello...

— ¿Le disgusta á usted la frase?

— ¡Oh! A mí nada me disgusta... Lo digó por usted... Ya volveremos á hablar mañana, cuando, estando aquí, me oiga...

Agitó, riendo, la áurea cabeza de lindos cabellos, y volvió á su sitio dejándolo á Treillard algo contrariado. Parkin lo cogió del brazo y, paseando, desde la decoración de plaza hasta la de jardín...

— Esto principia á desenmarañarse. Mis esperanzas se realizan, y mis inquietudes también...

— ¿Inquietudes? — murmuró Treillard, parándose en firme.

— Sí; ya sabe que siempre he encontrado esta comedia demasiado bien escrita...

— ¡Hermoso defecto!

— No hay defecto que sea hermoso. El escribir bien es cosa excelente, á condición de que no se note... Si se advierte el rebuscamiento del estilo, languidece inmediatamente y se pierde el interés... El artificio ha matado el efecto... ¡Oh, el natural! ¡El natural! Ustedes, los de la nueva escuela, no quieren escribir como todo el mundo... Se considerarían deshonrados, si se les comprendiera sin esfuerzo. ¡No saben lo que se pierden!

— ¡Eh! ¡Diantre! Querido, yo no hago *vandevilles*.

— ¡A quién se lo dice usted!

— Pero ¿es que usted no está satisfecho?

— Sí. Ya le he dicho que esto principiaba á desenmarañarse... María estaba admirable...

— Como siempre...

— No le pido á usted alabanzas. Sólo deseo la verdad...

— Entonces... ¡más admirable que siempre!

Parkin sonrió. Era más quisquilloso por cuenta de su mujer que por cuenta propia.

— Tendremos un gran éxito. Lo presiento; lo mismo les ocurre á mis artistas... El veterano Valmoreau me ha dicho: « Señor, desde hace mucho tiempo no se ha representado nada tan bueno como esto... Es Augier acomodado al gusto de hoy... » Y, ya sabe usted que, para Valmoreau, Augier es el Dios magno.

— Consiento en ser su profeta.

— Las *toilettes* de las artistas serán soberbias... Mi mujer está haciendo loguras... Pero ¿qué remedio?... La señorita Nantheuil se nos viene con Redfern... Tenemos que contestarle con Doucet... Las espectadoras no van aburrirse...

Treillard se detuvo y murmuró:

— ¡Gracias!

— ¡Bah! Mientras miran las *toilettes* no se ocupan en criticar la comedia... Esto siempre es conveniente en los comienzos de los actos... Tiempo tendrán para desollarle, cuando baje el telón.

Parkin dejó al autor, cruzó la escena y se dirigió hacia su despacho. Treillard, al quedarse solo, miró en derredor y vió á Claudina Nantheuil. Se acercó á

ella y, en seguida, se admiró de la frialdad con que lo acogía. Inmediatamente quiso conocer la causa, y preguntó á la linda joven :

— ¡Hola! ¿Ha ocurrido alguna novedad entre nosotros, señorita Nantheuil. Se me antoja que me pone usted mala cara...

— ¡Mis motivos tengo!

— ¿Quiere manifestármelos?

— ¡Bonita manera tiene usted de aprovechar los informes que se le facilitan!

— ¡Ah! ¿Se trata todavía del gallardo señor de Roize?

— Ruego á usted, caballero, que me haga el obsequio de creer que no he vuelto á pensar en ese canallita. Pero la Marquesa de usted no es como yo, é insiste de firme.

Treillard palideció.

— ¡Ah! ¡Ah! ¡Anda usted bien enterado! — exclamó Claudina. — Sí, señor; esa vieja recalcitrante, en seguidita que se enteró de que yo le volvía la espalda á nuestro común amante, cayó sobre él, y ahora están más íntimamente unidos que antes. Buena maña se ha dado usted.... ¡Mi enhorabuena!

— Pero ¿cómo sabe usted?...

— ¡Bah! Sencillamente, por mi doncella; la envié á casa de ese tipo á que recogiera algunos objetos de tocador, que me pertenecían, y allí se encontró con esa anciana... ¡Y la prójima vuelve á buscar al mocito! ¡Buen provecho les haga á los dos! Pero... ¿en qué está usted pensando?

Para la señorita Nantheuil resultaba claro que Treillard, en aquel momento, pensaba en demasiadas cosas, demasiado confusas para explicárselas. Lo vió estremeciéndose de ira, con las manos febrilmente agitadas, con los ojos bruscamente desencajados. Le tuvo lástima.

— ¡Muy bien! Decididamente no quiere usted tomar el asunto con tranquilidad. Veo que le hace falta la chichonera. ¡Valiente tontería la de desesperarse! ¡Si al menos la cosa lo mereciera! Pero, nada, cuanto le diga será inútil. Aquí sólo se trata del prestigio. Razón tuvo el que afirmó que, para un burgués, una gran señora nunca tiene más de veinte años. Por eso mismo, me explico hasta cierto punto lo que á usted le ocurre. Pero ¿al idiota de Mauricio?... ¡Si las conoce! ¡Si se ha educado entre ellas! ¿Qué puede retenerle al lado de esa vieja Marquesa?

— ¿Vieja? — exclamó Treillard con indignación — ¡Pero si tiene treinta años!

— ¡Bah! ¡Bah! — murmuró Claudina, mostrando los blancos dientes. — ¡Los tuvo! ¡Y acaso los tenga dos veces! Así como así, no andará lejos de los sesenta. Estas viejas recalcitrantes son ingeniosas sobre toda ponderación. Poseen secretos especiales para estucarse, pintarse y remozarse. A usted que la ha visto de cerca, sin adornos, sin composturas y sin tener á mano el arsenal del tocador... ¿Qué le ha parecido?

— Que es joven y bella, que puede mostrarse sin

artificios á la luz del día, que puede afrontar comparaciones sin miedo á nada... ¿ me entiende ? ¡ A nada ! — rugió el literato, poseído al par por la cólera y por el entusiasmo.

— Bueno ; pues, entonces, que solicite privilegio de invención. Porque el caso es realmente estupendo.

Dijo la actriz, dió media vuelta sonriendo, miró compasivamente á Treillard, y lo dejó entregado á sus reflexiones. Estas distaban mucho de ser risueñas. En el momento en que se creía más seguro de su conquista, cuando, desarmado por las pruebas de ternura que la Marquesa le había ofrecido, se avergonzaba de la desconfianza que se impuso hacia ella, se enteraba de que aun seguía burlándose de él. Sentía el corazón henchido de amargura, de pesadumbre y de desencanto. Había vivido unos quantos días de embriaguez, de goces tan intensos, que, ahora, se le antojaba que no podría prescindir de ellos. Y, por fuerza, tendría que volver á dar en los pasados abatimientos y desilusiones. ¿ Cómo resignarse ? El director de escena Valmoreau lo sacó de aquellas meditaciones, diciéndole :

— Cuando usted quiera, comenzamos el tercero.

Treillard, maquinalmente, ocupó su sitio, instalándose junto al apuntador, escuchando, sin entenderlas, las palabras pronunciadas por los actores. Parecía estar prestando profunda atención, y, sin embargo, se hallaba muy distante del escenario en el cual estaban ensayando su obra. Volvía á ver su cuarto, con todo el desorden amoroso que la pre-

sencia de la Marquesa le prestaba. Luego se veía en la esquina de la calle de Falsburgo, acechando la casa en que el barón de Roize tenía un apeadero, y donde sabía que la señora de Sortais iba á verlo. Y se imaginaba la habitación de su rival, en el mismo desorden, después de las mismas locuras que encantaban su recuerdo. Y veía siempre á ella, á la pérfida, que se entregaba, mintiendo con sus palabras, mintiendo hipócritamente con sus besos. Puso un momento oído á lo que declamaba María Froment, y se le antojó que las frases escritas en la comedia eran expresión exacta del furor que sentía. La primera actriz se dirigía á Melval.

— « ¿ Qué te importa mi sufrimiento ? No miras más que á tu placer, no te guías más que por tu capricho. Mis lágrimas y mi desesperación ¿ valen algo para ti ? Las torturas de un corazón amante ¿ de que te sirven más que de motivo para risa ? ¡ Qué cobarde, qué hipócrita, qué falso eres !... Respóndeme ; ¿ encuentra una palabra para disculparte ! ¿ Por qué me has traicionado ? ¿ Qué te había hecho yo ?... Amarte demasiado... ¿ no es eso ? En cambio, has ido á sufrir befas y escarnios de una coqueta, que te mira con la mayor indiferencia. Ella me venga engañándote ; sí, lo sé ; te engaña, tengo la prueba. ¡ Ahora me toca reirme ! »

La actriz se detuvo y, taconeando con irritación :

— ¡ No ! ¡ No es así ! Melval, está usted demasiado cerca de mí, y esto me fastidia... Me parece que, en

la vida real, yo no podría decirle tamañas durezas en sus barbas...

Treillard al oír estas palabras, se levantó bruscamente:

— ¿Por qué no? Me agradaría mucho un arranque de brutalidad por parte de usted. Mire; se trata de un canalla que la ha engañado y ¿con quién? ¿Con una farsante del peor género! Y ¿aun va usted á guardarle miramientos? Escúpale el desprecio en la cara. Insúltele con el gesto, de igual modo que le ultraja con la voz. En esta escena no hay miedo de pecar por exceso de violencia, sino por exceso de moderación. ¡Sea realista! A este hombre, que es su amante, lo aborrece en este momento. Si se rebela, si se resiste, usted está dispuesta á abofetearlo. Lo desconoce usted... Está usted fuera de tino...

El autor, sin darse cuenta, había representado mímicamente la escena, llegando á colocarse junto á Melval, cual si se tratara del barón de Roize y quisiera desahogar su odio.

— ¡Ah! ¡Muy bien! — exclamó María Froment, arreglándose el cabello, que se le había despeinado en el ardor de la escena. — Si eso es lo que usted quiere, puedo hacerlo. Se me figuraba que, como soy una gran señora...

— ¡Aquí no hay grandes señoras! — gritó Treillard. — Aquí no hay más que mujeres, todas iguales en iguales condiciones: bribonas para engañar, furias para lamentarse. Figúrese que, en la vida real, le quitan á usted á su amante... ¿qué haría?

— ¡Ante todo, un papel muy desairado! — contestó la actriz, moviendo cómicamente la cabeza. — En seguida, procuraría pagarle en la misma moneda... ¡Pues no que no!... Pero, ¿qué cosas me está haciendo decir este autor? Por de pronto, yo no tengo amante, sólo tengo á mi marido; y es más que suficiente.

Hubo risas generales y el ensayo se suspendió durante algunos minutos. Valmoreau, sin embargo, llamó al orden á los artistas:

— ¡Vamos! No son más que las cuatro! Acabemos el acto.

— ¡Ah! ¡El acto, no! — protestó Melval. — Con que terminemos la escena hay bastante. Tengo que ir á casa de mi sastre. Vamos, María ¿estás preparada?... Espera, voy á darte la respuesta.

Y el diálogo se reanudó entre ambos actores, mientras que Treillard, desahogado por aquella violenta y no comprendida salida, se tranquilizaba y escuchaba. Valmoreau había aprovechado la interrupción del ensayo para dar algunos consejos á María Froment:

— Mira, puedes venir á apoyarte en el respaldo de la butaca, como si, agotadas las fuerzas, te fueras á desplomar... Desléelo lo hacia así en *La princesa Georgina*. Era de gran efecto... Fíjate, mírame. Tambaleándote, das tres pasos, y te coges al respaldo de la butaca. Melval se aproxima vivamente para sostenerte. Tú, lo contemplas con extravío, como si las palabras te ahogasen; luego, con el brazo, lo

apartas, como si le dijeras : ¡ déjame, no me toques, me repugnas ! Él, continúa en su sitio, y tú te rehaces sola... ¿ Está entendido ?... Pues, vamos á ensayarlo.

Nada hubiera sido tan interesante para el autor como ver al vetusto director de escena ejecutar, con rara habilidad, los movimientos que indicaba, crispando el rostro, para expresar dolor, marchando con paso vacilante, fulminando con un gesto de desprecio al primer actor que lo contemplaba aprobativamente. Pero Treillard tenía el pensamiento muy lejos de la escena, ocupado en la persecución de su ensueño doloroso, y los artistas que ante sus ojos se movían, le resultaban fantasmas inútiles ocupados en tarea vana. Lo que se le antojaba importante y principalísimo al escritor, era indagar y poner de relieve la culpabilidad de la mujer amada. Lo que le resultaba perfectamente indiferente era el ensayo y el estreno de la obra de la cual aguardaba fortuna y gloria.

— Vamos, hijitos ¡ está muy bien ! — dijo Valmoreau, cerrando el manuscrito. — Mañana lo repetiremos todo, y de seguro, saldrá mejor.

Treillard cambió apretones de manos con los artistas, salió del escenario sin entrar en el despacho de Parkin, y se dispuso á irse á la calle, cuando un ordenanza de la empresa lo detuvo :

— Señor Treillard, aquí hay un caballero esperando á usted...

— Soy yo. No he querido distraerle.

Y Parisot, saliendo de la sombra, se adelantó hacia el autor.

— ¿ Desea usted hablarme ?

— Sí. ¿ Va usted á marcharse ? Le acompañaré...

Salieron al bulevard. El editor se cogió del brazo del literato y, para entablar conversación, señalando al teatro :

— ¿ Cómo va eso ? ¿ Está usted contento ?

— Sí. Los ensayos van bien.

— ¡ Perfectamente ! ¿ Supongo que no irá usted á estropear la venta en librería, dejando que la comedia se publique en alguna revista ilustrada ?... Eso sería una equivocación. En todo caso, no cierre trato sin hablar conmigo...

— Pierda cuidado. Pero ¿ qué tenía usted que decirme ?

— Oigalo. Esta mañana he recibido la visita de Fabreguier...

Al oír este nombre, Treillard palideció, se mordió los labios y miró á Parisot con gesto tan poco amistoso, que el editor, cohibido, guardó silencio. Sin embargo, estaba tan acostumbrado á toda clase de negocios y tenía tanta confianza con el literato, que inmediatamente se repuso y exclamó :

— Fué la visita á propósito del artículo... Ya sabe ; del artículo que le ofreció acerca de *Visiones ardientes*... No necesito manifestar el interés personal que ese artículo me inspira... Publicado en *El Movimiento* y con la firma de usted son mil volúmenes que vendo... ¿ Eh ? ¿ Me comprende ? Fabreguier

está interesado á fuer de antiguo amigo de la Marquesa. No se come impunemente todos los viernes, durante diez años, en una casa, sin que esto cree compromisos... Además, los literatos aristócratas, desde hace algún tiempo, están sufriendo vapuleos. Se les encuentra desbordantes. Seguramente han abusado. ¡Las mujeres, sobre todo! ¡Ah! contamos en la actualidad con una media docena de genios femeninos que se dedican á fabricar dulzoneras empalagosas, derrochando la miel de la Hymeto. Ya esto principia á fastidiar al público. Por lo mismo, *El Movimiento*, que es paladín y órgano autorizado de esa pandilla que vive con los ojos en blanco y el dedo en la boca, concede valor extraordinario al artículo de usted... Y por eso mismo, el señor Director, un caballero muy obeso, fijese en ello, se ha molestado en ir personalmente á verme para que yo, interponiendo mi amistad con usted consiga que el artículo quede en la redacción dentro del mismo día de hoy...

— ¡Muy bien! ¡Muy bien! — murmuró evasivamente Treillard.

— El artículo está escrito ¿verdad? — preguntó Parisot, inquieto.

— Tan escrito, que ¡mírelo! — contestó el literato, sacando las cuartillas que aquella misma mañana había leído á la Marquesa.

— ¡Ah! ¡Venga acá! — gritó triunfalmente Parisot.

— ¡De ningún modo! — dijo Treillard, embolsándose el artículo.

— ¿Cómo? ¿No? — interrogó el editor. — ¿Tiene usted algo que cambiar?

— ¿Algo? Querido amigo, sí; algo capital: ¡el artículo entero!

— ¿Qué quiere usted decir?

— Sencillamente, que he mudado de opinión, y que no publicaré el artículo.

— Pero Fabreguier me ha dicho que usted se lo ha prometido.

— ¡Bueno! Pues no cumpliré la promesa.

— ¡Mucho cuidado!

— ¿Por qué?

— Porque va usted á enemistarse con *El Movimiento* en vísperas del estreno... ¡Qué imprudencia!

— ¡Qué me importa! Si mi comedia fracasa aguantaré una crítica más... Si triunfo, *El Movimiento*, al criticarme, se pondrá en ridículo.

— Pero ¿y la señora de Sortais? ¿La Marquesa? ¿La amiga de usted?

— ¡Esa abominable criatura! ¡Esa perdida! Esa...

Treillard no pudo continuar. Dejó ver al editor el semblante de tal modo descompuesto por la violencia de los sentimientos que experimentaba, que Parisot estupefacto, se detuvo:

— ¡Eh! ¿Qué le ha hecho á usted? ¡Dios mío! ¿Qué le ha hecho para que?...

— ¿Qué me ha hecho? — replicó furioso el escritor. — Me ha burlado como á un necio, como á un vanidoso, como á un *snob*. Entérese. ¡Como al más bestia y más estúpido de los *snoobs*! ¡Es la

bribona más desvergonzada que he conocido! ¡ Ah! ¿ El artículo que ha querido conseguir á cualquier precio?... ¿ El artículo que espera como una satisfacción deliciosa? ¡ Bueno! Pues dígame á Fabreguier que no aguarde ese artículo. ¡ No! ¡ No lo tendrá! ¡ Esa mujer no se habrá burlado impunemente de mí, como del último de los gomosos que la rodean!... Mire ¡ vea lo que hago con el artículo!...

En un arrebato de ira, Treillard sacó las cuartillas y, rompiéndolas en pedazos menudos, riendo sarcásticamente, los arrojó sobre la acera, donde volaron, se arremolinaron y fueron llevados por el viento hasta el arroyo.

— ¡ Oh! — exclamó Parisot, desconcertado por todo lo que escuchaba y veía.

— Y puede usted decirle á Fabreguier que me río de él, de *El Movimiento* y de la Marquesa; que no soy un bobo á quien se lleva y se trae á capricho, y, en fin, que si se atreve, no ya á criticarme, sino á imprimir mi nombre en su indecente periodicucho, lo abofeteo en mitad de la cara.

— ¿ A Fabreguier? ¿ A un individuo de la Academia? ¡ Está usted loco! — gritó Parisot levantando los brazos al cielo. — ¡ *El Movimiento* un indecente periodicucho! Pero, amigo mío, le suplico que se tranquilice. Nunca lo he visto cual lo veo. ¿ Podía yo suponer que iba á verme metido en semejante berengenal? ¿ Que voy á decirle á Fabreguier?

— ¡ Mándelo á paseo!

— ¿ Y la Marquesa? Ha quedado en ir á verme.

— ¡ Plántela en la puerta de la calle!... Esas estúpidas de la aristocracia y sus congéneres masculinos, con los libruchos idiotas que publican, son los que estropean el negocio de librería, y anegan á las verdaderas publicaciones en el diluvio de « cuentas de autores ». ¡ Bastantes veces se lo he oído repetir á usted! Ponga, siquier sea una vez y por casualidad, de acuerdo sus hechos con sus palabras. ¿ No se avergüenza usted Parisot, hombre acaudalado y jefe de una gran casa editorial, de prestarse á la publicación de esas imbecilidades? Nosotros, los profesionales, acabaremos por dejar á usted para fundar una librería verdadera y exclusivamente literaria, donde no corramos el riesgo de ver figurar nuestras obras, en los escaparates, al lado de las nefastas y grotescas producciones de esos grafómanos.

Treillard pareció haber desahogado la mayor parte de su cólera después de la violenta arremetida contra los aficionados. Siguió andando un rato, sin hablar, al lado de Parisot que estaba consternadísimo. El editor, con el rabillo del ojo, seguía, en el expresivo rostro de su acompañante, el decrecimiento gradual de la ira. Al fin le dijo:

— Mi querido amigo, no sé cómo voy á salir del atolladero en el cual, por impulsos conciliadores, me he metido. ¿ Rehusa usted redondamente auxiliarme?

— Sí, rehuso — gruñó Treillard.

— Sin embargo, podría usted tener alguna consideración hacia mí.

— Soy amigo de usted Parisot, pero no hasta ese punto.

— Veamos; ignoro lo que haya sucedido entre la señora de Sortais y usted... Pero si me hiciera el favor de ir á hablar con ella...

— ¡Nunca! — rugió Treillard, encolerizándose nuevamente. — ¡Nunca volveré á poner los pies en casa de esa bribona!

— ¡Vaya! ¡Vaya! ¡Vaya! Cálmese. ¡Qué exaltación de sentimientos!

— ¡Quisiera ver á usted en mi lugar!

— ¡Yo también quisiera verme! — contestó el editor, exhalando un suspiro y mirando el retorcido bigote y la negra cabellera del escritor. Treinta años y desengaños amorosos... ¡ese es el ideal! Amiguito, eso es como quejarse de que una novia es demasiado guapa. ¿Que lo han engañado? ¡Minúsculo contra-tiempo! Quiere decir que lo amaron á usted ayer, y que lo amarán mañana. El que con perfecto derecho puede quejarse y renegar, es el que no volverá á ser amado, por tener la cabeza encanecida y cumplidos los cincuenta. Treillard, desde que hemos salido del teatro, no le he oído hablar más que desatinos. Esto es conducirse como no sé quién, es decir de un modo indigno de usted... Vamos, me dirijo al verdadero Treillard, al único que conozco... Seguramente conservará en casa el borrador del artículo... Envíemelo, mandaré que lo copien, y diré que se lo he robado... Pero déjelo publicar. Ha empeñado usted una promesa...

— También ella había empeñado una promesa — replicó el literato, con más tristeza que cólera.

— ¡Es una mujer! Trátela como mujer. Si no quiere usted volver á visitarla, y me lo explico toda vez que tiene motivos tan serios de disgusto, consienta en verse con ella en mi casa. Mi despacho es terreno neutral...

— No — contestó calmamente Treillard. — Ni en la casa de usted, ni en la de ella.

— Pero ¿que voy á contestarle? ¿Qué explicación le doy?

— Ninguna.

— Voy á parecer idiota.

— ¡No! Ya lo comprenderá. Y si no lo comprende, dígame que le encargue el artículo al barón de Roize. Con eso bastará.

— ¡Al barón de Roize! ¡Bonito encargo! ¡No! ¡No! Entre dos piedras molares, nunca metas los pulgares; Dios me libre de intervenir más en el asunto, después de la rociada que acabo de sufrir... ¡Así se llevara el demonio á los literatos que tienen pasiones! Amigo ¿acaso debiera usted ocuparse en cosa alguna más que en escribir? Es lo único que sabe hacer bien. Pero lo demás...

— ¿Quién puede envanecerse, cuando trata con embusteras de ese género? — murmuró el autor — ¿Cuál es la impresión verdadera? Cuando dicen « te amo » ¿en quién están pensando? Cuando sonríen, enternando los ojos, descansando en nuestros brazos ¿sienten el goce del placer nuestro? ¿Acaso,

mentirosas siempre, cierran los ojos para imaginarse que están en brazos de otro? ¡Es imposible confiar en ellas! ¡Qué tormento! Recuerdan con un estremecimiento el instante en que fueron nuestras. Y aun hay que preguntarse si en ese minuto supremo, no se evadieron mentalmente de nuestro abrazo.

— ¡Ah! ¡Eso es lo mismo que empeñarse en pedirle peras al olmo! — exclamó Parisot. — Dése por bien servido, amiguito, cuando consiga saber que le profesan cierto afecto ó alguna simpatía personal, y no quiera usted gollerías.

— ¿Y qué hace el que sólo puede contar con las gollerías, como usted dice?

— ¡Cargue el demonio con los que se entretienen en estudiar la psicología del amor! ¡Qué ganas de atormentarse!

— Es cierto. Lo analizo todo; quiero saberlo todo y comprenderlo todo.

— ¡Imposible! Jamás conseguirá desmontar completamente el complicado mecanismo de un cerebro femenino. ¿Cómo va usted á soñar con conocer los motivos que determinan los actos de una mujer, cuando ella misma no los conoce? Hay, en todas las acciones humanas, una parte de raciocinio y otra parte puramente de instinto. ¡Cualquiera es capaz de desenredar esa madeja!...

Continuaron andando, sin hablar, durante un rato; luego, Parisot, dijo:

— Vamos á ver, Treillard, yo he sido siempre un buen amigo de usted. ¿Creo que me debe algunas

atenciones? Prométame que reflexionará y que irá á verme mañana, á eso de las diez.

— Con mucho gusto, si en ello tiene usted algún empeño; pero la resolución que he adoptado es inmutable.

— La noche es excelente consejera.

— Para mí, no.

— Prométame no hablar con nadie del asunto, ni buscar consejo de nadie.

— Pero ¿qué teme usted?

— La influencia de Florisa, de Malatiré, y de otros...

— Me parece que está usted equivocado respecto al juicio de mis amigos. De cualquier modo, no quiero adquirir el compromiso que me pide.

Parisot se rascó una oreja.

— Eso me inquieta — murmuró. — Prométame, en todo caso, que irá á verme en mi despacho mañana, á primera hora.

— Lo prometo.

— ¡Vamos! ¡Está bien!... Y, además, quedamos en que no le venderá usted la comedia á ningún periódico ilustrado... ¿no es eso?

— Esté tranquilo.

Al marcharse, Treillard iba pensando.

— La verdad es que debo confesarme con Florisa. Es la única capaz de aconsejarme juiciosamente en estas circunstancias. Mi miseria moral, sólo ha de inspirarle lástima. Pero ¡qué argumento voy á suministrarle en apoyo de su teoría contra el amor sexual!

mentirosas siempre, cierran los ojos para imaginarse que están en brazos de otro? ¡Es imposible confiar en ellas! ¡Qué tormento! Recuerdan con un estremecimiento el instante en que fueron nuestras. Y aun hay que preguntarse si en ese minuto supremo, no se evadieron mentalmente de nuestro abrazo.

— ¡Ah! ¡Eso es lo mismo que empeñarse en pedirle peras al olmo! — exclamó Parisot. — Dése por bien servido, amiguito, cuando consiga saber que le profesan cierto afecto ó alguna simpatía personal, y no quiera usted gollerías.

— ¿Y qué hace el que sólo puede contar con las gollerías, como usted dice?

— ¡Cargue el demonio con los que se entretienen en estudiar la psicología del amor! ¡Qué ganas de atormentarse!

— Es cierto. Lo analizo todo; quiero saberlo todo y comprenderlo todo.

— ¡Imposible! Jamás conseguirá desmontar completamente el complicado mecanismo de un cerebro femenino. ¿Cómo va usted á soñar con conocer los motivos que determinan los actos de una mujer, cuando ella misma no los conoce? Hay, en todas las acciones humanas, una parte de raciocinio y otra parte puramente de instinto. ¡Cualquiera es capaz de desenredar esa madeja!...

Continuaron andando, sin hablar, durante un rato; luego, Parisot, dijo:

— Vamos á ver, Treillard, yo he sido siempre un buen amigo de usted. ¿Creo que me debe algunas

atenciones? Prométame que reflexionará y que irá á verme mañana, á eso de las diez.

— Con mucho gusto, si en ello tiene usted algún empeño; pero la resolución que he adoptado es inmutable.

— La noche es excelente consejera.

— Para mí, no.

— Prométame no hablar con nadie del asunto, ni buscar consejo de nadie.

— Pero ¿qué teme usted?

— La influencia de Florisa, de Malatiré, y de otros...

— Me parece que está usted equivocado respecto al juicio de mis amigos. De cualquier modo, no quiero adquirir el compromiso que me pide.

Parisot se rascó una oreja.

— Eso me inquieta — murmuró. — Prométame, en todo caso, que irá á verme en mi despacho mañana, á primera hora.

— Lo prometo.

— ¡Vamos! ¡Está bien!... Y, además, quedamos en que no le venderá usted la comedia á ningún periódico ilustrado... ¿no es eso?

— Esté tranquilo.

Al marcharse, Treillard iba pensando.

— La verdad es que debo confesarme con Florisa. Es la única capaz de aconsejarme juiciosamente en estas circunstancias. Mi miseria moral, sólo ha de inspirarle lástima. Pero ¡qué argumento voy á suministrarle en apoyo de su teoría contra el amor sexual!

¡Qué prueba voy á darle de la prudencia con que ha procedido, apartándose de su camino! El alma verdaderamente fuerte es la suya. Esa mujer que ha querido vivir tranquila y casta ¿cómo juzgará á un ser lujurioso y vengativo cual yo? ¡Ah! ¿Podré confesarle lo que siento, explicarle la evolución de mis ideas y la bajeza de mi deseo?... Hasta hoy ella ha sido mi conciencia viviente. Cada vez que he realizado un acto, me he preguntado lo que pensaría Florisa. Sólo la he evitado, desde que me sometí á influencia ajena. ¡Y qué influencia! Deletérea, depresiva, tanto cuanto la suya era fecunda y estimulante. Me separaba de ella más alegre, con más ganas de trabajar, con el cerebro despejado y el corazón sereno. Y, en cambio, siempre he salido de casa de la otra con el cerebro trastornado, con la voluntad enervada, avergonzándome de mí mismo. ¡Y la echo de menos y hasta me encuentro pesaroso de no continuar sufriendo ese yugo miserable! Me veo como el que se ha acostumbrado á ingerir un veneno y no tiene fuerzas para renunciar á ese hábito terrible. Y aun tengo miedo de contarle á Florisa lo que me sucede, porque adivino, tal vez porque estoy seguro de que es el médico inexorable que ha de imponerme el régimen salvador.

Llegó ante su casa. Anochece. Se preguntó si debía entrar. La soledad de su cuarto se le antojaba pernicioso. Sin embargo, tuvo fuerza bastante para hacer lo que le contrariaba. Quiso darse una prueba de firmeza de voluntad. Se redimió, en cierto modo,

moralmente; dió orden á la criada para que le preparase la comida, se encerró en el gabinete y se puso á leer, muy decidido á pasar toda la noche en un descanso propicio para la meditación. Recapitó sobre las distintas peripecias de su aventura y las encontró miserables. Pensó en la comedia que iba á estrenar, y sólo acertó á ver los defectos. Sombria tristeza le acometió y dudó de sí mismo, de su obra y de los artistas que iban á representarla. Todo se le antojó comprometido: el presente, por la traición de su amante; el porvenir, por el fracaso probable de la obra en la cual había cifrado tantas esperanzas. Llegó á sentir angustias que le sugirieron la idea del suicidio. ¿Para qué vivir, siendo infeliz y fracasado? ¿Para qué luchar, abrigando la certeza de la derrota moral y material?

El día, afortunadamente, inundando de luz la habitación, disipó aquellas fúnebres impresiones. Treillard, pálido á consecuencia del horrible insomnio, saltó de la cama, como el que sacude agobiante pesadilla. Miró en la calle el movimiento de los transeúntes, que ya había comenzado. Sintiendo el fresco matinal, empleados y obreros caminaban, con paso rápido, al cumplimiento del deber cotidiano. Aquella puntualidad, amasada con paciencia y resignación, conmovió al literato. Se conceptuó muy inferior á los modestos y activos trabajadores, que reanudaban hoy la tarea interrumpida la víspera, y, sin embargo, ni se desalentaban, ni se quejaban. ¿Sabía, acaso, él, si los desengaños y los pesares

de aquellos obreros no eran más agudos y más amargos que los suyos propios?

Sentóse ante el bufete y comenzó á escribir. Poco á poco, por obra de la evolución del pensamiento, la irritación desilusionada que le había torturado se desvaneció, y estaba tranquilo cuando la criada le entró las cartas y los diarios de la mañana. Los leyó, se vistió y, recordando que había ofrecido á Parisot ir á visitarlo, á las diez, se dirigió hacia la librería.

El día anterior, en el momento de sentarse á la mesa para comer, la Marquesa recibió una esquila del editor, que la dejó meditabunda. Parisot le decía : « Acabo de separarme de Treillard. Está extremadamente enfurecido contra usted. No he podido lograr que me entregase el artículo para Fabreguier. Irá á mi despacho mañana, á las diez. Si usted quiere aventurar una postrer tentativa... Pero temo mucho que resulte inútil. » La Marquesa, muy perpleja, rompió la esquila y arrojó los pedazos á la chimenea. ¿Cómo se explicaba que Treillard, poco después de haberle leído muy satisfecho el artículo recién escrito, se mostrase bruscamente resuelto á no dejarlo publicar? ¿Qué quería decir esto? ¿Qué le había pasado, para llevarlo á un cambio tan radical?

Inmediatamente surgió un punto negro. ¿Habría llegado á conocimiento del escritor la reanudación de relaciones entre la señora de Sortais y el gallardo Mauricio? ¿Cómo, tan pronto? ¿Cómo, casi en el momento de haberse efectuado? No era imposible,

pero si inverosímil. ¿Qué indiscreción se había cometido? La Marquesa no podía sospechar ni los amores del ayuda de cámara del barón de Roize con la doncella de la señorita Nantheuil, ni la rabia del criado al enterarse de la ruptura de su amo con el ama de su novia, ni los comentarios con que engalanó el relato de la reconciliación que perturbaba los amores del ayuda de cámara y de la doncella. La señora de Sortais encontró al Barón, aquella noche, en una fiesta, y lo interrogó hábilmente sin conseguir averiguar nada, porque el joven no estaba al tanto de las conquistas galantes de su criado.

Ansiosa por descifrar el enigma, la dama, que, por de contado, prefería infinitamente encontrarse con Treillard en la librería, se vistió muy temprano, tomó un coche de alquiler y se fué á casa de Parisot. El editor había adoptado todas las precauciones necesarias para amortiguar el primer choque entre la Marquesa y el literato. Había dado orden de que si mientras él estaba con Treillard, llegaba la señora de Sortais, la hiciesen pasar al despacho de uno de los jefes de la casa. Hallábase conversando con Treillard, cuando el ordenanza le entregó un papel en el cual estaba escrito el nombre de Oliverio Juglat. Inmediatamente el editor, volviéndose hacia el literato, le rogó que lo dispensase :

— Vuelvo dentro de un minuto. Sólo tengo que decir una palabra...

— Vaya usted.

Parisot salió, llegó á la habitación donde esperaba la Marquesa, y, sin preámbulo :

- Ahí está. ¿Qué vamos á hacer?
- Es preciso que se vea conmigo. Calculo que no se negará á dar explicaciones. En resumen ¿qué le ha dicho á usted?...
- ¡Ah! Es cosa delicadísima para repetida...
- Prescinda usted de restricciones... ¿Me acusa?...
- Sí.
- ¿De qué?
- De haberlo engañado. Está fuera de tino. Dispénsese si le hablo con tanta erudeza...
- No tiene importancia. Y ¿no le ha dicho á usted cómo se ha puesto al corriente de lo que me censura?...
- No, señora. Pero lo afirma resueltamente.
- ¡Chismorreos! Dígale que estoy aquí, y tráigalo á esta habitación. ¿Podremos hablar, sin que nos oigan?
- Sí, señora.
- Perfectamente. Quedo aguardando.
- Marchóse Parisot, y volvió á su despacho con el semblante algo encendido y con aire un tanto confuso. Pero, era hombre de resolución:
- Querido amigo — dijo — prescindamos de circunloquios: la señora de Sortais acababa de llegar y pregunta por usted.
- ¿Le había usted anunciado que yo estaría hoy aquí?
- Naturalmente. La casualidad no arregla tan bien estos encuentros. Pase por aquí. La Marquesa está en uno de los despachos...

- No voy.
- ¿Qué?
- ¡Que no voy!
- ¡Vamos, Treillard! Una mujer... en mi casa... la cortesía más elemental...
- ¡Al diablo la mujer, la cortesía y usted!...
- Gracias. ¿Debo ir á repetirle esas palabras?
- Vaya, si gusta ¡valiente cuidado se me da!
- Pues allá voy. No es tolerable hacerla esperar:
- Salió. Tan pronto como estuvo solo, Treillard, con el corazón palpitante, sintió remordimientos por haber rehusado la entrevista. Casi experimentó deseos de llamar á Parisot. Pero, inmediatamente, se le ocurrió una idea que lo tranquilizó por completo: La Marquesa tiene mucha más necesidad de verme, que yo deseo de encontrarme en su presencia. Así, pues, ella va á venir y á dar todos los primeros pasos para buscar una explicación. Prontamente tuvo la prueba de la exactitud con que había discurrido. Abrióse la puerta y entró la señora de Sortais. Entró sola. Parisot se había eclipsado.

En el despacho del editor reinó profundo silencio. El rodar de los carruajes sobre el asfalto y los pregones de los vendedores subían de la calle confusos, apagados. Sobre la chimenea, un reloj dejaba oír el isócrono y obsesionante tic-tac. Treillard, sentado, volviendo á medias la espalda á la puerta, no pestañeó. La Marquesa, con firme tranquilidad, fué á colocarse junto á un ángulo del bufete de Parisot, y de pie, mirando al escritor, y sonriendo:

— ¿Es un recibimiento de esta clase el que yo debía esperar por parte de usted? A falta de otro móvil, se me antoja que la galantería hubiera debido imponerle alguna más diligencia y atención. Me permito hacerle observar que hace ya un minuto que he entrado aquí, que estoy en su presencia, que le dirijo la palabra y que, todavía, ni siquiera me ha saludado.

Treillard continuó sin pestañear; palideció y permaneció silencioso.

Con la misma sonrisa, con la misma mirada, con voz serena, la Marquesa prosiguió:

— Esa actitud responde seguramente á algún motivo. ¿Será demasiado exigir que se me diga cuál es?

La pregunta quedó sin contestación; Treillard parecía muy decidido á no entablar explicaciones. De cuantas tácticas hubiera podido adoptar, esta resultaba la más molesta para la señora de Sortais. Con arrancar una respuesta, aun cuando fuese injuriosa, á aquel que la amaba ardorosamente, se creía segura, palabra tras palabra, de llevarlo á la avenencia. Pero si se callaba, si resistía impávido todas las provocaciones, la batalla era imposible, é imposible, por lo tanto, la victoria. Buscó el sitio en que poder herirle con probabilidades de provocar un grito de protesta ó un movimiento de dolor. Quedóse meditabunda. Avanzó hacia la ventana y, luego, volviéndose de tal modo que se halló cara á cara con Treillard, dejó caer de los labios con glacial desdén:

— He pecado por exceso de confianza. Me dí por satisfecha con la palabra de usted. Creí que estaba tratando con uno de mis iguales... Me he equivocado, ¡tanto peor para mí!

Ante este ultraje cruel, el literato brincó. Precipitose hacia la señora de Sortais, con el rostro tan descompuesto por la cólera y por el dolor, que la dama, espantada, retrocedió dos pasos. Pero la cogió por un brazo, la oprimió, la empujó, y estallando al fin:

— ¿Se atreve usted, — gritó — á establecer com-

paraciones entre su conducta y la mía, entre sus sentimientos y mis sentimientos? ¡Impúdica, desvergonzada! ¿Y aun se atreve, después de haberme engañado repugnantemente, á decirme que yo soy para usted un ser inferior, que debo considerarme honradísimo cuando se digna concederme la limosna de sus favores?... ¡Bueno! Sí, soy un ser inferior, sin educación ni delicadeza. Una especie de patán. No se me alcanzan ni las elegantes sutilezas del ingenio ni los deseos mucho menos refinados del corazón de usted. Se atreve á hablarme de engaños cuando, al abandonar mis brazos, llevando aún en la piel el calor de mis besos, le falta tiempo para ir á entregarse al señor de Roize, que no ha tenido que molestarse para que lo abandone la encantadora Claudina Nantheuil. Pero el Barón no es un inferior, es un igual, con el cual no hay inconveniente en encanallarse y al cual se le puede perdonar todo: las traiciones pasadas y las traiciones futuras. Váyase con sus iguales, y no se rebaje tratando á pobres diablos como yo. Yo no puedo ocupar sitio alguno en la existencia de usted. A lo sumo me consideraría como á un criado al cual se le imponen docilidad y resignación. Pero no me resigno á eso. Tengo ambiciones más grandes, me taso en un precio muchísimo más alto del que usted quiere pagar por mis servicios. No podemos entendernos. ¡Quédese con sus iguales!

La Marquesa lo contempló con una especie de curiosidad, dejando ver en el rostro una expresión divertida, que exasperó á Treillard. La dama se

sentó tranquilamente, se quitó muy despacio los guantes y murmuró:

— ¡Cuántísimo absurdo! Eso es no hacerse cargo ni de la situación propia ni de la mía. Eso es comprometer, con exigencias inadmisibles, todo el plan de vida que tenía proyectado para usted.

El escritor abrió la boca para seguir protestando; pero la señora de Sortais lo miró con altivez y, haciendo un gesto imperativo:

— Hágame el favor de callarse. Hablando, empeoraría el asunto. Le ruego crea que, ahora, no se trata entre nosotros de la mezquina cuestión del artículo que ofreció publicar. El debate es más importante. Usted pone en discusión nuestras relaciones sociales, y no me conviene tolerar que me hable de engaños cuando le he concedido lo que apetecía apasionadamente. Nadie, excepto mi marido, tiene derecho para reprenderme. Hago lo que me agrada. Nadie tampoco, puede intentar ejercer sobre mi voluntad derechos más importantes que los que me plazca conceder. ¿Qué viene á reclamarme? ¿Le prometí ser suya, eternamente? Si limitamos los campos de la discusión estrictamente al compromiso recíproco que hemos contraído, venimos á parar á un contrato celebrado, nada sublime, y consistente en una doble promesa. Por una parte, usted debía servirme; por otra, yo debía recompensarle. Pagué por anticipado. Estoy en paz con usted. ¿Lo está usted conmigo?

Treillard bajó la cabeza y contestó rudamente:

— ¡No!

— No me disgusta haberle obligado á declararlo.

— ¡Tengo sobradísimas razones para proceder como he procedido!

— ¿Hay una sola que resulta válida en semejante circunstancia y tratándose de lo que se trata? ¿No es este realmente, plenamente, un compromiso de honor, que sólo la delicadeza puede obligar á cumplir?...

— Bueno. ¿Entonces resulta digno y plausible que usted, abandonándose apresuradamente, como si le molestase estar á mi lado, se vaya á buscar al amante del día anterior, que la engañaba con una comiquilla? ¿La bajeza y la falsedad de ese amante eran nuevos atractivos? Para que usted sea fiel voy viendo que es necesario maltratarla. Y sin un momento de vacilación, sin imponerle condiciones, sin obligarla á que hiciera penitencia, sin saber siquiera si había abandonado ó abandonaría á la que le dió por rival, le echa usted los brazos al cuello, y no vuelve á acordarse de mí, cual si yo nunca hubiera existido. No digo, señora, que me haya asistido razón para rehuir el cumplimiento del compromiso que contraí con usted, pero, se me antoja, que no ha procedido bien destruyendo mis ilusiones acerca del precio fijado al artículo. Creí, por un momento, que sólo podría corresponder mediante abnegación sin límites, y me hallaba dispuesto á consagrarle mi existencia. Usted me prueba que no se trataba más que de una relación efímera, y que, una vez vuelta la espalda, no hay que pensar en lo pasado. Vea, pues, el desacuerdo

que existe entre nosotros. Yo ofrecía corazón, pensamiento y ternura. Usted me ha rechazado brutalmente diciendo: Vamos, amiguito, me doy por satisfecha con trescientos renglones. Guárdese todo lo demás, no lo necesito. Entonces, como aun cuando lo parezca, no soy imbécil, he obedecido, y me he guardado todo, incluso el artículo.

La señora de Sortais, viendo á Treillard tranquilo é irónico, comprendió que acababa de perder, en un instante, todo el terreno que había conquistado. Una vez más cambió de actitud, y de altanera se trocó en melancólica:

— Me duele muchísimo convencerme de que usted no me ha comprendido y de que me desconoce completamente. Me juzga como mujer positiva y calculadora, cuando nunca he sido más que caprichosa y ligera, gracias á mi imaginación. ¿Para qué sirve proceder y pensar ante un hombre cuyo oficio es estudiar y definir caracteres, si ese hombre ha de juzgar con prejuicios y erróneamente? Lo que más me apesadumbra es oír esa opinión, acerca de mí, tan fuera de la realidad... Si supiera... Pero no, ni ha visto, ni ha comprendido nada. Ha procedido cual si se hallase enteramente ciego. ¿Para qué he de abrirle hoy los ojos, cuando ya ha perdido la confianza en mí y cuando me abandona usted irremisiblemente?...

Llevóse á los ojos un pañuelito de encaje que, desde el principio de la conversación, retorció nerviosamente entre las manos. Dejó escapar un sollozo, que estre-

meció á Treillard, ¡ tanto la amaba aún ! Luego, en medio de un silencio que le oprimía el corazón, el literato dijo :

— Yo no la abandono. Es que usted me arroja, azotándome, con el más profundo desprecio.

Lo ronco y tembloroso de la voz, revelaban la emoción que sentía.

— Usted me ha ofendido y casi me ha maltratado — gimió la hipócrita, mirando con recelo, cual si tuviera que temer algo del infeliz. — Y me echa en cara, como traición, una postrer entrevista con el señor de Roize, sin reflexionar en que, tal vez, esa entrevista era indispensable...

Al oír estas palabras, Treillard se irguió ; la sangre se le agolpó en el rostro lívido, y dijo :

— ¿ Y era, pues, para consolidar la ruptura para lo que volvió usted á visitarlo ?... ¿ Se imagina que va á hacerme creer eso ?

— No me imagino nada. Me limito á decir sencillamente la verdad. Necesitaba colocarme á cubierto de cualquier indiscreción por parte de ese caballero... Y, como no me devolvía las cartas que le había reclamado, fui á recogerlas...

Treillard guardó silencio. Pensaba : Debe mentir. Todo me induce á creerlo. Tiene en ello interés decisivo. Sin embargo ¿ y si no mintiera ?... Al fin exclamó :

— Señora, no me incumbe juzgar su conducta. Tanto más cuanto que acaba de explicarme con excesiva claridad que ese asunto es de la competencia

única de usted. Poco me importa que haya ido á visitar al señor de Roize, por tal ó cual motivo. Ha ido, y eso me basta. No me tomaré la molestia de comprobar para que fué la visita. Deseo que le resulte agradabilísima, porque, realmente, me intereso por usted.

La Marquesa dirigió á Treillard una mirada de censura, y se levantó, comprendiendo que era momento oportuno para cortar una conversación que había dado de sí todo lo que se podía esperar.

— Adiós — dijo la dama — los éxitos que tiene usted en perspectiva, le harán olvidar esta leve contrariedad... Yo...

No terminó. Treillard se adelantó y cogiéndole las manos :

— ¿ Siente usted el más leve arrepentimiento ? Dígalo ; aun estamos á tiempo. Pero si nos separamos así, no nos volveremos á ver.

— ¡ Ah ! ¿ Para qué ? Me ha destrozado usted con sus violencias... Sería volver á empezar. Me faltan fuerzas para sufrir.

— ¿ Titubea usted ? — preguntó el literato, estremeciéndose de esperanza.

— ¿ Puedo titubear ? Cuando estoy cerca de usted no soy dueña de mi pensamiento...

— ¡ Pronuncie una palabra, una sola, y lo olvido todo !

— Déjeme. ¡ Sería una locura ! Nunca me comprenderá usted.

— ¡ Qué importa, si la amo !

— ¡ Ah ! Pero usted... pero usted...

Lo vió más entusiasmado que nunca, apasionadísimo, rendido á discreción. Una sonrisa iluminó el rostro de la dama. Luego, murmuró :

— Bueno. Necesitamos hablar despacio para ponernos de acuerdo. Aguárdeme mañana, á primera hora en su casa.

El escritor cayó sobre ella y la estrechó frenéticamente entre los brazos, sintiéndose tanto más dichoso al reconquistarla cuanto más había temido perderla. La Marquesa se escabulló hábilmente para esquivar un beso y, llevándose un dedo á los labios :

— ¡ Chist ! ¡ Tenga juicio ! no estamos ni en la casa de usted, ni en la mía. Llame al señor Parisot.

Desde el momento en que se halló solo en el despacho del editor, mientras éste salía á despedir á la señora de Sortais, Treillard, en medio de la confusión caótica de ideas, tuvo un destello de clarividencia, sintió violenta angustia, y se dijo : ¡ Estoy nuevamente encadenado ! No le quedó tiempo para aclarar esta sospecha ; Parisot reapareció, riendo en grande.

— ¡ Muy bien ! ¡ Otelo no ha estrangulado á Desdémona ! Ya sabía yo que bastaba con una entrevista para hacer las paces. ¿ Acaso se riñe con una mujer como esa ? ¡ Sería preciso estar loco !

La palabrería del editor le resultó insoportable á Treillard. Aquel chaparrón de vulgaridades cayendo sobre su ánimo, en el momento en que se sentía fatigadísimo por la lucha que acababa de sostener, le produjo descorazonamiento profundo.

— ¡ Perfectísimamente ! — exclamó. — Ya hablemos de esto más despacio. Tengo que marcharme...

— ¿ Tiene usted prisa ?

— ¡ Muchísima prisa !

— Necesitamos tratar varios asuntos...

— ¡ Otro día ! — contestó el escritor, adivinando que Parisot iba á volver á hablarle del artículo. — ¡ Otro día !

Y, estrechando la mano que el editor tendía para detenerlo, abrió la puerta y salió al pasillo.

— ¡ Es usted asombroso ! — refunfuñó Parisot. — ¡ Oiga ! ¡ Un minuto !...

— ¡ Ni un segundo !..

Y, tomando escaleras abajo, Treillard desapareció. Al llegar á la calle se detuvo, encendió un cigarillo y echó á andar tranquilamente. Eran las doce. Se dijo : me queda el tiempo preciso para almorzar antes de ir al ensayo. Bueno será no descuidar los negocios importantes. La *Comedia Intima* y Parkin cuentan conmigo. Necesito darle los últimos toques á *Malos caminos*. Si comienzo á preocuparme de la Marquesa, voy á perder el día. Vaya ; hay que tener formalidad.

Entró en casa de Paillard, se hizo servir el almuerzo y, al dar la una, llegó al teatro. Durante cuatro horas, se entregó á un trabajo muy concienzudo, que hizo adelantar notablemente el ensayo de la comedia.

— Ocho sesiones como esta y estamos listos — declaró Parkin — Voy á anunciar las últimas repre-

sentaciones de la obra que tenemos en cartel... Hay que animar al público... Necesitamos estrenar...

A eso de las seis, Treillard, sin haberse dado cuenta del camino que había seguido, se encontró ante la puerta de la casa de Florisa. Llegó hasta allí instintivamente, como el que busca un puerto de refugio. Sin embargo, antes de entrar, reflexionó. Ya había confesado á su amiga los odios y los desengaños que sufría. La había hallado compasiva y afable. De las explicaciones nunca sacó la amarga sensación de ser juzgado con desprecio. Siempre su amiga se le mostró sinceramente compasiva y siempre reveló tanta lucidez como entereza al aconsejarle. El alto criterio y la delicadeza de la joven eran, para el escritor, piedra de toque que le servía para apreciar sus sentimientos. No obstante, siempre se le antojaba una humillación, que le remordía, el tener que confesar, á la mujer á quien había amado, las flaquezas de carácter y las vacilaciones del espíritu.

Resolvió subir. A aquella hora, excepto el domingo, contaba con grandes probabilidades de encontrar sola á Florisa. Babín y Malatiré se hallaban ocupados, el uno en su Revista, el otro en sus lecciones. Además, sabía que su amiga, con la libertad masculina que la caracterizaba, le proporcionaría, si era preciso, un rato de conversación aparte. Subiendo la escalera, sintióse más y más triste. La criada, al abrirle la puerta, debió verle un semblante tan sombrío que, después de contemplarlo con inquietud, debió prevenir á su señora, porque Florisa

acudió inmediatamente con aire de preocupación. Examinó en silencio á Treillard, mientras le hacía pasar al cuarto de trabajo. Cuando lo vió instalado en una butaca, le interrogó con precaución. Las mujeres son como los sacerdotes y manejan dulcemente á las almas. Treillard se encontró más desarmado ante la mansedumbre que ante la ironía que esperaba. Quedóse abrumado, con la cabeza baja. Al fin se decidió á hablar.

Florisa escuchó muy tranquila el relato de quejas y de agravios. Su amigo abordaba un orden de sentimientos que, para ella, sólo eran conocidos en el campo de la metafísica. Del amor, de sus alegrías y de sus miserias, sabía únicamente lo que aprendió por experiencia ajena. Había contraído el hábito de la anatomía moral, y todas las nociones que poseía acerca de las pasiones humanas, las adquirió por obra del paciente y curioso estudio que practicaba en derredor. Su impasibilidad personal no le permitía juzgar la desesperación ó la embriaguez en que caen los enamorados, más que como crisis que anulan el imperio de la razón. En estas ideas se afirmó más y más, desde que tuvo discernimiento, ante los síntomas muy caracterizados que observó y que definió, en personas atacadas por ese desequilibrio cerebral llamado amor. Sólo se interesaba por las consecuencias morales ó materiales que podía acarrear ese estado morboso. En este punto era sensible y misericordiosa. Desdeñando las causas, se inclinaba compasivamente ante los efectos. Que Treillard estuviera

enamorado de la señora de Sortais, casi no le importaba. Pero que Treillard sufriera, y fuese desgraciado y se hallase dispuesto á cometer desatinos, era cosa que la conmovía hondamente. Le dijo así:

— Sin embargo, mi pobre amigo Andrés, usted estaba prevenido. ¿Cómo se ha dejado coger nuevamente en las redes de esa coqueta?...

— ¿Tampoco usted, según veo, tiene la menor duda de que esa mujer se burla de mí?

— Ni afirmo ni niego. Ha podido ser sincera, momentáneamente. ¿Qué esperanzas cabía fundar sobre criatura tan ligera? Contésteme á la pregunta: ¿Ha existido siquiera un átomo de verdadero amor, en el sentimiento que esa mujer ha debido experimentar hacia usted. Nada tan vulgar ni tan ruin como lo que le ha dado á usted amigo mío. El placer, ese placer que ofrecen todas las mujeres galantes, ya pertenezcan al gran mundo ó al *demi-monde*. En esas relaciones ¿se ha pronunciado una sola frase nacida en el alma? El libertinaje hizo el gasto en la aventura. ¿Es eso lo que lamenta? ¿La pérdida de miserables satisfacciones carnales le ha traído á la desesperación en que le veo? ¿Resulta, pues, que, frente al amor, son iguales todos los hombres, así los más inteligentes como los más estúpidos?... ¡Ay! ¿No se ha visto á un Molière llorar por una Armanda? ¿No ha llorado un Racine, por una Champmeslé?... ¡Miserias del alma humana!

— No, Florisa ¡vergüenza para las mujeres que no

han sabido apreciar al genio! No hay que censurar á Racine y á Molière. Hay que tratar de miserables y de locas á Champmeslé y á Armanda. ¿Qué infame hipócrita engañó al gran Poquelin? ¿Qué cocinera tiranizaba al autor de Atala? ¡Poco importa! Lo desesperante es que dos hombres de esa talla ce hayan visto desconocidos.

— Casi siempre sucede lo mismo. El genio y el talento sólo otorgan al hombre derechos abstractos. Ahora bien, las abstracciones no están al alcance de las mujeres. Vea á Josefina, — y con esto renuncio á citar más ejemplos — mientras que Bonaparte conquistando á Italia conquistaba la gloria, se entretenía en engañar á su esposo con un tenientillo de húsares.

Hubo una pausa. Florisa añadió, sonriendo;

— Imagino que esta brillante enumeración le servirá de consuelo. Fío en que usted llegará á ser algo como Molière y Racine. Estoy segura de que no querrá parecerse á Napoléon. Acepte, pues, sin protestas exageradas, la suerte que esos ilustres hombres tuvieron que sufrir. Y, fortificándose con tales ejemplos, procure sanar y restablecerse. Esto es lo más razonable que puede hacer.

— ¿Luego usted reprueba cuanto tienda á reconciliación con la señora de Sortais?

— Ni apruebo ni repruebo. Creo que, al punto que han llegado las cosas, tiene motivos sobrados para conocer á esa mujer. Desde luego, lo que ya una vez ha sucedido, se repetirá en plazo breve. ¿Está

usted dispuesto á soportarlo? En eso consiste todo. Es cuestión de temperamento y de caracter.

— Jamás lo soportaré.

— Entonces, despídase de ella y no la vuelva á ver. Unicamente, como quiera que es preciso proceder con corrección, debe publicar el artículo que ha ofrecido y que en justicia le reclama. Esa mujer lo ha pagado y tiene derecho para pedirlo.

— ¡ Es una miserable!

— ¿ Por qué? ¿ Por no continuar encargando artículos al mismo precio? Lo vergonzoso es el comercio á que usted se ha prestado. Esa mujer vuelve á la moralidad dejando de traficar con su cuerpo. Y ¿ es eso lo que le echa en cara cual si fuese un crimen? ¡ Qué lógica!...

— ¡ Ah! usted habla de esto...

— ¿ Cómo un ciego podría hablar de los colores, verdad?... Romeo contesta á Mercutio: « Aquel se ríe de las heridas, porque nunca las ha recibido. » Me encuentro en ese caso... Pero, con todo, no puedo dejar de decir á usted lo que pienso...

Treillard quedóse sumido en silencioso abatimiento. Había ido á pedir consejo á Florisa, sabiendo perfectamente lo que ésta le iba á aconsejar. Y ahora, después de haberla oído, se hallaba anonadado.

— ¡ Y todas las mujeres son iguales! — murmuró, tras un instante de meditación.

— ¡ No hay que exagerar! — exclamó Florisa. Las hay excelentes. Pero no conviene pedirles más de lo

que pueden dar. Usted no logrará tener, en una pieza, una buena ama de casa, una compañera encantadora y una Musa de soberana inspiración. Tendrá que contentarse con una medianía que reúna condiciones loables y algunos leves defectos. La perfección no es de este mundo. Alfijarse en la Marquesa, fué á elegir el tipo de mujer más opuesto al que necesitaba para ser feliz. ¡ Siendo literato, era gran desatino ir á dar con una escritora! Recuerde hasta qué extremo hizo desgraciado la señora de Staël al pobre Benjamin Constant. Y en época más reciente, ¡ Dios mío! ¿ no nos han atronado los oídos refiriéndonos las cuestiones entre Musset y mamá Sand? Amigo mío, si quiere ser dichoso, elija á una mujer lindísima, pero que sea algo tonta. No suele estimarse, en todo lo que vale, la simplicidad de una mujer. Tener el derecho, cuando se ha trabajado intelectualmente el día entero, de descansar con tranquilidad en un hogar, en el cual la mujer no trata de parecer pensadora transcendental ¿ no es ese el sueño dorado?

— Puede que lo sea, para un gorrero.

— Todos los hombres, á ciertas horas, tienen algo de gorreros. El mismo Apolo, suelta de vez en cuando la lira. ¿ Acaso vive usted en tensión cerebral, desde la mañana á la noche? Yo, confieso que, diariamente, coso, remiendo, dobladillo pañuelos, repaso la ropa y encuentro descanso en esa tarea. Embrutecerme un poco, me resulta delicioso. Mire: leo los folletines de algunos periódicos. Son enormemente estúpidos. ¡ Bueno! Pues esa estupidez

me encanta, porque me proporciona descanso. Me siento el cerebro de barbecho, mientras que sigo las aventuras de una pobre chica raptada por un osado seductor, ó las de un niño arrancado del seno de noble familia y confiado á la tutela degradante de malhechores de la peor especie. Malatiré se queda estupefacto ante la vulgaridad de mis aficiones. No puede llegar á comprenderme. Lanza gritos de horror cuando me encuentra afanadísima devorando el folletín del *Petit Journal*. Me llama portera. Yo me río. Estoy segura de que si viviese constantemente al lado de los grandes maestros, acabaría por volverme idiota. Necesito esta válvula. Es como una de esas escapadillas que hace la gente *chic*, yéndose á comer en un *restaurant* económico. Luego, al volver al comedor suntuoso, y al verse servir, en vajilla de plata, por lacayos con calzón corto y medias de seda, sienten más apetito y mayor placer. Usted ha hecho precisamente todo lo contrario. Ha ido á dejarse engatusar por una mujer que, en los ratos de ocio, se entretiene en atormentar á la literatura. De suerte que, cuando usted suelta la pluma para descansar, va á caer en mitar de un tintero. Busque una mujer algo tonta, Treillard, créame... ¡busque un folletín de periódico de perro chico!

— Entonces ¿no conviene que vuelva á ver á la Marquesa?

— Nunca.

— Debe ir mañana á mi casa.

— Márchese esta noche.

— ¿Qué pensará?

— Que es usted inteligente. Envíele el artículo, que es lo que más le interesa y lo que trata de conseguir á todo trance. Póngase en el lugar de esa mujer. Ha anunciado por todas partes, y á todo el mundo, que usted iba á celebrarla en *El Movimiento*. Está aguardando esa consagración de su talento, y si no la obtiene, quedará en ridículo. Vamos, hágase cargo, necesita que la venguen de Florisa Barel. Yo he dado en tierra con esa gran dama, y es preciso que la levanten. Y para levantarle nadie mejor que usted, por ser, como todos saben, amigo mío, con lo cual el artículo, independientemente de su valor literario, tiene una significación moral ante la cual la señora de Sortais está dispuesta á sacrificarlo todo. Tiene derecho á esa satisfacción. Proporciónese la y, después, abur. Esté seguro de que no irá á buscarlo, para pedirle nada más. Así se convencerá usted de lo ilusorio de las esperanzas y de lo ficticio de los ensueños que ha acariciado. Así recibirá una lección de realidad, que espero y deseo le resulte provechosa.

Treillard quedóse pensativo. Florisa le examinó la fisonomía, y vió que revelaba tristeza y desilusión. Continuó diciendo:

— A menos que no esté usted decidido á servirse de esa dama como instrumento para medrar y á proceder con falacia frente á esa falaz. Pero ¡cuantísima habilidad y cuántas energías de voluntad y de entendimiento se necesitan para una intriga de ese género!

Muchos son los que se arriesgan. Pero es porque poseen temperamento calculador y algo de espíritu aventurero. Esos son los modernos *condotieros* que se lanzan al asalto de la sociedad, empleando los medios que hoy resultan más ventajosos. Ya no se trata de crearse un principado conquistando una provincia, sino de alcanzar una posición hermosa y lucrativa ó un alto cargo donde no haya que trabajar, ó de hacerse constelar de cruces y condecoraciones. Para esto, más que inteligencia y talento, se requiere audacia y habilidad. Sobre todo, se necesita constancia invariable en las ideas. Fíjese en el acróbata, que camina sobre la cabeza del público que lo devora con los ojos. Ese hombre sólo ve la meta. No mira por donde va. Es la personificación del ambicioso. Usted habrá asistido á la salida del audaz conquistador de la sociedad; luego, le habrá perdido de vista durante algunos años, y, al fin, se admirará al encontrarlo colocado, con rentas, glorificado. El hombre ha hecho su camino. ¡Sólo Dios sabe por dónde ha tenido que pasar muchas veces! Pero ¿qué importa? Ha llegado á la meta. Ya no se llama más que: « querido maestro », si es literato; « patrón », si es un político; « señor barón » ó « señor conde », si es financiero. Y tiene su sitio en la Academia, en el Senado, en el Congreso, en la Bolsa ó en presidio. ¿ Se siente usted con los riñones bastante sólidos, con el pié bastante firme y con la cabeza bastante serena para ser ese hombre, ese gran *arrivista*, dueño y señor del mundo? ¿ No? En-

tonces, Treillard, resignese á producir lindas comedias, hermosos libros, y buenos versos, en un rincón, tranquilamente, como un hombre honrado. Esto resulta aún lo más sencillo y lo más seguro.

— ¡ Ah! ¡ Qué cruel es usted Florisa! Parece gozarse torturando el corazón.

— Amigo — contestó la joven — ¿ para qué sirve emplear paliativos con un mal que no puede curarse? Es mucho mejor extirparlo á cambio de un dolor pasajero. Ahora le duelen mis palabras desilusionantes y amargas. Pero, cuando se tranquilice, me agradecerá muy de veras el valor que he tenido manifestándole francamente la verdad. Le consta que soy una amiga sincera; prueba de ello que en todas las vacilaciones viene á mí buscando la fe y la decisión que le faltan. Para alcanzar las cumbres de los espíritus superiores, es muy poco lo que necesita, amigo Andrés. Las brillantes dotes que posee están algo maleadas por falta de disciplina moral; pero, ya la adquirirá y, entonces, nada le detendrá en el áspero camino del triunfo. Si sabe prescindir de las facilidades regalonas de la vida, tiene en perspectiva espléndido porvenir. Aprenda usted á ser severo consigo mismo, y, el día en que lo haya aprendido, nada tendrá que temer de las severidades ajenas.

— Florisa, usted está por encima de la humanidad. ¡usted no admite las flaquezas!

— No. Lo que hago es no tolerar los vicios. Yo no le pido que sea un superhombre. ¡ Dios me libre de ello! ¡ No hay en mí un átomo de Nietchenia-

nismo! Odio esa doctrina egoísta y feroz. Sea, lisa y llanamente, un hombre juicioso y honrado. La inteligencia de usted se encargará de lo demás.

Florisa miró á Treillard, hizo una mueca burlona, y se echó á reir:

— ¡Muy bien! Fíjese, caballerito, en que me ha obligado á pronunciar una famosa conferencia. ¡Lo malo es que se ha perdido la copia! Si hubiese usted escrito, á medida que yo dictaba, me encontraría, cuando menos, con tres columnas de original, que se han disipado con el humo de mi cigarrillo.

Treillard se levantó y, mirando al reloj:

— Son ya las siete. La dejo á usted.

— ¡Eso sí que no! No quiero, en estos momentos, dejar á usted solo. Vámonos á comer juntos, en cualquier parte, como buenos camaradas. Luego, si nos da gana, nos meteremos en un teatro á oír un acto de una obra. ¿Estamos conformes?

— Sí.

— ¡Perfectamente! Espéreme cinco minutos; me cambio de traje, me pongo un sombrero, y nos vamos.

X

El estado de ánimo en que se hallaba la señora de Sortais, al separarse de Treillard, y al volver á su hotel, no era mucho mejor que el de Treillard cuando regresó á su casa. La dama sentíase, á la vez, satisfecha por haber logrado subyugar nuevamente al rebelde, y exasperada por los esfuerzos que tuvo que desplegar para conseguir ese resultado. Y se decía: « Amiguito, cuando esté reducido á completa obediencia, cuando de nuevo se haya habituado á acatar mi voluntad, me pagará muy caro todo esto. Ya puede alegrarse de que lo necesite tanto. ¡Ah, si pudiera prescindir del auxilio de usted! » Pero era demasiado inteligente para no darse cuenta de que tal auxilio le resultaba indispensable. Acababa de efectuar la prueba. Sin Treillard, ó sin un Treillard cualquiera, debía renunciar á su prestigio. Y todo se le antojaba preferible á tamaña decadencia.

Se había habituado á las alabanzas. Le era muy grato escuchar: « usted que tiene tanto talento; usted que posee los esplendores de la alcurnia y los des-

nismo! Odio esa doctrina egoísta y feroz. Sea, lisa y llanamente, un hombre juicioso y honrado. La inteligencia de usted se encargará de lo demás.

Florisa miró á Treillard, hizo una mueca burlona, y se echó á reir:

— ¡Muy bien! Fíjese, caballerito, en que me ha obligado á pronunciar una famosa conferencia. ¡Lo malo es que se ha perdido la copia! Si hubiese usted escrito, á medida que yo dictaba, me encontraría, cuando menos, con tres columnas de original, que se han disipado con el humo de mi cigarrillo.

Treillard se levantó y, mirando al reloj:

— Son ya las siete. La dejo á usted.

— ¡Eso sí que no! No quiero, en estos momentos, dejar á usted solo. Vámonos á comer juntos, en cualquier parte, como buenos camaradas. Luego, si nos da gana, nos meteremos en un teatro á oír un acto de una obra. ¿Estamos conformes?

— Sí.

— ¡Perfectamente! Espéreme cinco minutos; me cambio de traje, me pongo un sombrero, y nos vamos.

X

El estado de ánimo en que se hallaba la señora de Sortais, al separarse de Treillard, y al volver á su hotel, no era mucho mejor que el de Treillard cuando regresó á su casa. La dama sentíase, á la vez, satisfecha por haber logrado subyugar nuevamente al rebelde, y exasperada por los esfuerzos que tuvo que desplegar para conseguir ese resultado. Y se decía: « Amiguito, cuando esté reducido á completa obediencia, cuando de nuevo se haya habituado á acatar mi voluntad, me pagará muy caro todo esto. Ya puede alegrarse de que lo necesite tanto. ¡Ah, si pudiera prescindir del auxilio de usted! » Pero era demasiado inteligente para no darse cuenta de que tal auxilio le resultaba indispensable. Acababa de efectuar la prueba. Sin Treillard, ó sin un Treillard cualquiera, debía renunciar á su prestigio. Y todo se le antojaba preferible á tamaña decadencia.

Se había habituado á las alabanzas. Le era muy grato escuchar: « usted que tiene tanto talento; usted que posee los esplendores de la alcurnia y los des-

tellos de la inspiración. » Y no quería abdicar del papel que desempeñaba, ni verse arrojada de su trono poético, ni volver á ser una aristócrata más. Haber visto reproducido su retrato en toda la prensa ilustrada; haber leído sus versos publicados en todos los diarios, precedidos de algunas líneas de presentación en las cuales, para más elogiarla, se rebajaba el mérito de los más eximios poetas contemporáneos; encontrar en los escaparates de las librerías, reproducciones fotográficas de su salón, con todo lujo de detalles, y ella de pie, con su último volumen en la mano, constituían otras tantas satisfacciones muy intensas, á las cuales les había tomado el gusto, y se le antojaban más necesarias para vivir que el aire que respiraba. Y para asegurarse esos goces profundos, le hacía falta la cooperación de un literato, que le corrigiese los trabajos, que le sugiriese ideas, que le quitase y le forjase estrofas, que le cincelsase frases, y que en los periódicos, personalmente y por relaciones de compañerismo, se encargase de confeccionar los reclamos que se necesitan para el cultivo de la gloria. Sin esfuerzo, comprendía el perjuicio que se le ocasionaba con el retraso en la publicación del artículo que acerca de su libro estaba anunciado en *El Movimiento*. Todo esto había sido preciso para que la orgullosa Marquesa se humillase ante el hombre á quien se había acostumbrado á tratar como á un criado. Y cuando pensaba en lo que pagó por anticipado para conseguir el condenado artículo, se estremecía de rabia. Ahora estaba segura

de lograrlo; Treillard no se lo negaría. Y personalmente, porque ya no se fiaba de nadie, iría ella á entregárselo á Fabreguier para que lo diese á la cajas.

Entró en su hotel, almorzó sola y se encerró para descansar y reflexionar. De la conversación con Treillard, se desprendía un hecho claro, preciso. El de que el literato había sabido su reconciliación con Mauricio. Esta comprobación le inspiraba dudas acerca de la sinceridad del joven de Roize. Hasta entonces había creído en el cariño del guapo mozo, al cual facilitó la entrada en salones aristocráticos y proporcionó relaciones. Por ella obtuvo un cargo en el Ministerio de Negocios Extranjeros, con residencia en París, en las oficinas del Protocolo. Ella lo hizo admitir en una sociedad que lo hubiera rechazado, sólo por ser empleado público. La nobleza del joven, recientísima — sólo databa de Luis Felipe — necesitaba una confirmación que la Marquesa, poco á poco, le iba consiguiendo. En fin, el guapo señor de Roize se apellidaba Ballón. Su abuelo, juez en Deux-Sèvres, prestó algunos servicios en el momento de ser arrestada la duquesa de Berry, y, en recompensa, logró que lo nombrasen Barón. El barón de Ballón, hubiera sido ridículo. La hacienda de Roize proporcionó el título necesario. Pero, no era preciso un examen muy minucioso, para encontrar, bajo Roize, á Ballón. La Marquesa, sólo por estar enamorada del guapo Mauricio, podía tolerar un amante tan vanidoso.

Tumbada en una butaca, hacía examen de conciencia, y se decía que el baroncito había procedido mucho más como un Ballón que como un Roize y que era lógico que el abuelo, que se condujo como un bandido con los legitimistas del Bocage, en el alzamiento de 1832, hubiese transmitido parte de su villanía al nieto. El gallardo Mauricio, engañando á la Marquesa de Sortais con una Claudina Nantheuil, procedía como un patán. Y la Marquesa, disgustándose con el útil y abnegado Treillard, para reconciliarse con aquel caballerete tornadizo y simplón, se conducía sencillamente como una loca. El sentido común exigía la despedida definitiva del imbécil agregado al Protocolo, y el establecimiento razonado y regular de unas relaciones, lo más secretas posibles, con el brillante literato. También era guapo Treillard. Ciertó que no tenía la desenvoltura de bailarín consumado, que caracterizaba al joven de Roize. Pero poseía unos ojos muy hermosos; y, además, escribía. Esto representaba una ventaja inmensa sobre su, hasta entonces, afortunado rival.

Al llegar á este punto de sus meditaciones, comprendió la señora de Sortais que no había duda posible acerca de la conducta que debía observar. Los treinta años ya cumplidos, le aconsejaban prudencia. La ambición le imponía el cálculo. Prudencia y cálculo se hallaban de acuerdo para favorecer á Treillard. En aquella tarde, y sin haber hecho nada para conseguirlo, los asuntos del literato tomaron un giro favorabilísimo. Y esto ocurría en el preciso

instante en que el escritor, sermoneado por Florisa, sentía hastío de las consideraciones mundanas que había buscado ardorosamente, y comenzaba á ver desapasionadamente la conducta de la mujer á la cual sacrificó un año entero de vida.

A la mañana siguiente, la señora de Sortais, completamente decidida, se disponía á vestirse para ir á visitar á Treillard, según le ofreció, cuando se presentó la doncella con un sobre grande, en el cual la Marquesa reconoció el carácter de letra del escritor. Abrió el sobre y se encontró con el tan deseado artículo, acompañado de una carta, que dejó á un lado, para recrearse en las ansiadas cuartillas. Aun cuando las había oído leer al autor y aun cuando entonces las leyó, quiso disfrutar el placer exquisito de releerlas.

¡Así era como soñó que la trataran! El elogio tenía ciertos tonos de gravedad convencida, que lo hacía más sabroso. Las censuras, porque no faltaban, estaban apuntadas con delicadeza cariñosa, resultando casi más gratas que alabanzas. Todo lo que debía decirse acerca de la situación de la mujer y de su talento literario, estaba dicho con gracia y con exactitud admirables. No se adivinaba la benevolencia. Se formulaban las restricciones necesarias de modo tal que la Marquesa pudiera congratularse sin caer en el ridículo. Paladeó varias veces, sin cansarse, aquella prosa amena y vibrante; al fin se decidió á leer la carta, que acompañaba á las cuartillas. Desde las primeras palabras, frunció las cejas.

« Señora : Mucho temo haber procedido mal, obligándola á venir en busca del artículo que le ofrecí escribir acerca de su libro. El artículo es de usted y no tengo derecho para regatearlo. Mi conciencia, después de separarnos ayer, me lo ha hecho ver con toda claridad. Una amiga muy querida, para la cual guardo secretos, me ha confirmado en esta opinión... »

La dama levantó la cabeza é interrumpió la lectura. ¿Una amiga?... ¿Para la cual no guardaba secretos? ¡Sólo podía ser Florisa Barel! ¿Cómo? ¿Habría cometido la infamia de contarle á esa mujer sus aventuras? ¿Había confiado sus intimidades á aquella enemiga? Así, pues, cuando Florisa criticaba duramente á la señora de Sortais ¿sabía que era la amante de Treillard? Con mano temblorosa la Marquesa volvió á tomar la carta y continuó leyendo : « En prueba de arrepentimiento, adjuntas envío esas cuartillas á las cuales ha concedido una importancia de que seguramente carecen, y de las cuales puede hacer el uso que estime más oportuno. Pero, aun habiendo cumplido con usted mi deuda material, me queda por satisfacer lo que dudo en llamar mi deuda moral. Porque si bien es cierto que se relaciona con un compromiso moral, resulta en sí la deuda tan desprovista de moralidad que se me antoja abusar de las palabras si la califico de un modo decoroso. »

La señora de Sortais hizo otra pausa. Vió á Treillard emprender un camino muy distinto del que ella

hubiera querido verlo seguir. En vez de mostrarse tierno y confiado, se manifestaba irónico y amargo. El comienzo de la carta no prometía un final satisfactorio. La dama pensó : La influencia de Florisa Barel se deja sentir en cada uno de los renglones de este escrito. ¡Esto no lo ha pensado ese hombre! No se produce un cambio tan radical en el plazo de veinte y cuatro horas. Nunca hizo una tan exacta exposición de sus sentimientos. Esta es labor literaria. El corazón no ha intervenido. Veremos lo que queda de estos sarcasmos, cuando Treillard haya hablado conmigo media hora.

Continuó la carta : « Le escribo estas líneas con profunda tristeza. Me ha proporcionado uno de los engaños más crueles que podía esperar. Cifré en usted esperanzas que usted se encargó de destruir. Luego, tuvo la bondad de intentar resucitarlas. Pero me falta fe en el resultado de esa resurrección. La felicidad, con usted, sería demasiado precaria. Prefiero, en el acto, renunciar á ella. »

La dama, antes de darle crédito, leyó dos veces la frase. ¿Cómo? ¿Era él, el que quería la ruptura, después que ella le había ofrecido tratarle como antes lo trató? Y declaraba brutalmente que ese favor le parecía insuficiente, y sin cólera, sin amenazas, se retiraba en el momento en que ella lo dejaba triunfar. Pero triunfar... ¿cómo? La Marquesa, rápidamente, comparó lo que estaba dispuesta á dar y lo que se proponía pedir. Con perfecta claridad vió que era un cambio fraudulento el que proyectaba

realizar. Treillard lo había comprendido y se lo hacía comprender. El resultado estaba obtenido. El escritor discurría con lucidez. En el acto la dama se formuló esta reflexión: Después de todo, tengo lo que ansiaba tener. Fabreguier publicará este admirable artículo en *El Movimiento*, y mi situación literaria quedará consolidada. Si Treillard no vuelve á poner los pies en mi casa, nadie podrá decir que sus elogios eran hijos de benevolencia amistosa. Si consigo que vuelva á visitarme, me encontraré en condiciones de sacar mejor partido de él, para el porvenir. Ocurra lo que ocurra, he resuelto la crisis con todas las ventajas. Y, habiendo discurrido así, sintióse tranquila.

Dióse el gusto de leer otra vez el artículo antes de enviárselo á Fabreguier. Luego, sin tomarse la molestia de terminar la lectura de la carta de Treillard, la arrojó al fuego, para que no quedase huella de la suprema ofensa que le había inferido. Salió, sin pensar más en lo ocurrido, y asistió, como de costumbre á la Opera. Entre el segundo y el tercer acto de *Sansón*, vió llegar, sonriente y gentil, al gallardo Mauricio, al cual ya había visto, desde el comienzo de la representación, en las butacas de orquesta. Hizo seña al Marqués para que la dejase sola con el joven, y, apenas salió el marido, cerrando la puerta del palco:

— Poca prisa se ha dado usted en venir á saludarme, — le dijo, con semblante muy tranquilo. — Es, sin duda, por efecto de la extremada indulgencia con que le trato...

— ¡Oh! Marquesa, — contestó el guapo mozo. — ¡Que mal me juzga usted! ¿Qué he hecho para desagradarla?

— ¿Qué ha hecho para agradarme? — observó la dama, con acento burlón, mirando al baroncito, que estaba sentado junto á ella. — ¡Parece mentira! No me explico la inclinación que he podido sentir hacia usted.

Con aire de enojo y con cierta acritud, replicó el galán:

— Pues ha tenido usted tiempo para darse cuenta de ello.

— ¡Ah! usted me ha ayudado mucho. Me forjé grandes ilusiones acerca de su caracter. Lo creí franco y sencillo. Y ahora, de repente, he advertido que es complicado y falso. Calurosamente me dijo que la infidelidad cometida era antigua, que la deploraba amargamente y que no reincidiría. Tuve la debilidad de creerlo, y, lo primero que ha hecho usted, ha sido volver al lado de su Claudina...

— ¿Quién ha contado tal cosa?... ¡Es una calumnia infame!... ¿Acaso ese Treillard?...

— El señor Treillard, amiguito, en punto á relaciones conmigo, está como voy yo á estar con usted. No cargue, pues, en cuenta ajena, lo que es de cuenta propia...

— Pero ¡juro que es falsa la acusación que usted me dirige!...

— Bueno. Es falsa hoy. Será cierta mañana...

— Entonces ¿va usted á condenarme por proba-

bilidades? ¿Qué debo pensar de un cambio tan completo? Es empujarme á la desesperación. La amo, ya lo sabe. ¿Quiere hacerme desgraciado?

El gallardo Mauricio parecía expresarse con sinceridad. Estaba pálido y tembloroso. La Marquesa experimentó satisfacción profunda haciendo sentir al barbilindo los tormentos que Treillard le hizo sentir á ella. Se desquitó, pagando al autor de todas sus contrariedades, con la moneda de ingratitud en que creía haber sido pagada. Miró al joven de arriba abajo, y con acento punzante:

— Querido amigo, traslade esas emociones á la dueña de sus pensamientos. Incurrí en el gravísimo error de fiarme de usted. Veo la imprudencia que he cometido. No volveré á incurrir en ella. Comprendo, con pesar, que se ha burlado usted de mí, y que me ha tratado como á una mujer cualquiera.

— Pues ¿cómo quería que la tratara? — murmuró, amostazado el galán. — En este aspecto, creo haber estado cumplidamente á la altura de las circunstancias. Usted, no iba á verme, doy fe de ello, para escribir versos ni para cincelar frases. Cuando llegaba tapada, presurosa, conmovida, sus intenciones no tenían nada de poéticas, y sólo pensaba en hacerme arrumacos. La literata se quedaba en la calle, y tengo por cierto que si le hubiese ofrecido entretenernos en disertar filosóficamente me hubiera preguntado si es que pretendía burlarme. Usted iba á verme para que la tratase exactamente lo mismo que se trata á cualquier mujer que va á casa de su amante. Si en

el curso de nuestras relaciones ha habido algún desengaño, me asiste derecho para decir que yo lo he sufrido, ¡tan distinta era la mujer que he encontrado, de la criatura soñadora y poética que sensatamente me imaginé! Toda vez que estamos practicando el balance de nuestras impresiones, sufra, señora, que coloque las mías frente á las de usted. Y, engañado por engañado, hagamos cuenta ahora, si lo desea, de quién lo ha sido más.

La dama quedóse estupefacta ante esta contestación. Nunca sospechó que el gallardo Mauricio fuera capaz de defenderse tan rudamente. Se complació en creer que, pérdida tan absoluta de respeto, era efecto de la nefasta influencia de Claudina Nantheuil. Y juzgó tanto más necesaria la ruptura con el joven, cuanto que ya se le antojaba, no solamente poco seguro, sino peligroso. No se dignó contestarle; le dirigió una sonrisa altanera y, señalándole la puerta con el abanico, se volvió á la sala, como si se encontrase sola en el palco. El barón de Roize, al verse despedido de aquel modo, saludó profundamente y se marchó. Cuando bajaba la escalera principal, el Marqués lo detuvo al paso:

— Oiga, mi querido amigo, ya sabe que el lunes estamos de caza... Hay abundancia de javalíes... Y con este hermoso frío seco...

— No hay frío hermoso, — gruñó Mauricio, con acento áspero. — Todos los fríos son feos y desagradables.

— ¿Qué le pasa á usted? — preguntó asombrado

el señor de Sortais. — ¿Se vuelve friolero, ahora? ¡Vamos! ¡Vamos! ¡Déjese de simplezas! Saldremos el domingo por la tarde.

— ¡Ni el domingo por la tarde, ni nunca! — gritó furioso el joven, viendo al marido dispuesto á continuar mandándole, después que la mujer acababa de despedirlo. — Entérese de que definitivamente he resuelto no ir á fastidiarme más en Soloña, pescando catarros para la vejez. Galope usted si le gusta, detrás de sus perros; pero yo, con un tiempo como este, y resultando París tan agradable... ¡no me muevo de aquí, que demonio!

— ¡Ah! Pero... ¡no comprendo! ¿Por qué este cambio?

— ¡El hombre absurdo es el que nunca cambia! Buenas noches, mi querido Marqués.

Y se alejó dejando al señor de Sortais estupefacto.

Prontamente tuvo el Marqués la explicación del enigma. Tan luego como volvió á entrar en el palco, le dijo su mujer:

— Aquí ha estado el señor de Roize. Te advierto que es un mentecato, y que lo acabo de mandar á paseo...

— ¿Se ha permitido alguna inconveniencia?... ¡Por eso lo he encontrado tan enfurecido hace un momento!...

— Me harás el obsequio de cortar relaciones con él de aquí en adelante. Creo que no se atreverá á volver á poner los pies en nuestra casa...

— ¿Cómo? ¿Hasta ese extremo? Lo siento. Era un buen compañero.

— Te forjabas muchas ilusiones al juzgarle.

— Lo cierto es que acabo de oírle emitir, acerca de la caza, opiniones que me han asombrado muchísimo. Hablaba como si fuera otro, cuando hace poquísimo tiempo...

La Marquesa no pudo reprimir una sonrisa:

— Lo creo caprichoso.

— Peor para él.

— Esa es mi opinión.

— No volveré á invitarlo.

— A bien que tienes bastantes compañeros.

— Los desatendía por él.

— Pues ahora los atenderás. Dáme el abrigo, y vámonos.

El Marqués se apresuró á obedecer á su esposa. Y así fué cómo, en pocos minutos, quedó decidida la suerte del baroncito de Roize y cómo éste perdió todo motivo para llamar la atención entre la aristocracia parisiense.

El fin de esa semana, señalada por acontecimientos tan notables, resultó verdaderamente decisivo, para la Marquesa. *El Movimiento* apareció, y el número por virtud de afortunadas circunstancias, ofreció conjunto sensacional. Contenía: el relato de un viaje hecho por los mares polares, por el Príncipe de Mónaco; un estudio, acerca del porvenir de la Iglesia, por el arzobispo de Poitiers; el comienzo de una novela de Máximo Gandolfe, y el artículo de Treillard. Bien recomendado, por amigos adictos, el artículo fué citado y reproducido en la prensa mode-

rada. Hubo una segunda campaña de reclamos, hábilmente dirigida por Parisot. El *Figaro*, en primera plana, publicó un "medallón" de la señora de Sortais, y el *Journal* ofreció un pésimo retrato en el cual la poetisa aparecía negra como una africana. Después de las amarguras del desdén, la dama saboreó de nuevo la embriaguez de la apoteosis. Vióse otra vez asediada por los mismos que la habían abandonado. Su gloria resplandeció más brillante en los salones á los cuales favoreció con el prestigio de su presencia. Reconquistó el poder perdido. Al ver que la prensa la elogiaba, nadie volvió á censurarla. Y la crítica desdeñosa de Florisa Barel se juzgó una diatriba, inspirada por la envidia.

Sin embargo, fracasó una nueva tentativa practicada para atraer á Treillard. El literato, invitado á una velada, contestó sencillamente enviando una tarjeta y se abstuvo de asistir. La Marquesa, decidida á no volver á cometer ninguna torpeza que pudiese comprometer su situación de poetisa aristocrática, mostróse muy circunspecta, azechando ocasión que le permitiera atraerse, aun cuando sólo fuese como consejero, al hombre cuyo cariño había rechazado.

El anuncio del estreno de *Malos caminos* apareció en periódicos y en carteles, sin producir, en torno de la obra, corrientes de extraordinaria curiosidad. Los rumores de entre bastidores, eran favorables. El ilustre modisto que vestía á Claudina Nantheuil, había dicho que la comedia estaba muy bien ensayada. Las oficialas del taller de modas de la señora

de Collier, lloraron asistiendo á un ensayo. Pero Treillard era un autor relativamente novel, que no había alcanzado las dulzuras de ver una obra cien noches en el cartel.

Se aguardaba mucho de él; pero sólo se le consideraba como una esperanza. La Marquesa pudo, sin dificultades, conseguir en contaduría, una platea de proscenio. No quiso pedir localidad al autor. Se había trazado resueltamente un plan de conducta. El éxito de la obra influiría de un modo decisivo en la actitud que observaría hacia el escritor. Si la comedia fracasaba, se proponía prescindir de Treillard, cuyo valimiento, en lo que á ella se refería, resultaba nulo. Si el estreno obtenía gran éxito, contaba con que, en la embriaguez del triunfo, Treillard olvidaría los disgustos pasados.

Por su parte, Florisa estaba hondamente emocionada. Comprendía todo lo que iba á jugarse su amigo. Andrés se hallaba en la hora crítica en que se decide la suerte de un literato. Habiendo dado ya suficientes pruebas de talento para que un gran éxito no sorprendiera ni á sus compañeros ni al público, necesitaba, sin embargo, un triunfo ruidoso para que se le considerase consagrado en definitiva. Se hallaba separado de la gran reputación por ese espacio cortísimo que algunos escritores nunca franquean. Aquí estaba la mediocridad, allí la gloria. Florisa, con el cerebro siempre despejado, calculó todas las probabilidades con que contaba su amigo, y para poder darle esos consejos útiles que aseguran la victoria,

asistió á los postreros estudios y trabajos para la representación de la comedia. La víspera del ensayo general, salió del teatro, con Treillard, á las dos de la madrugada, y, en vez de tomar un coche para irse á descansar más pronto, decidió ir á pie. Marchaba pensativa. El autor le dijo:

— Bueno, Florisa ¿guarda todas las expansiones para los demás? Ha colmado usted de elogios á María Froment, y á mí no me ha dicho ni palabra. ¿Sólo le satisface la labor de los actores?

— ¡ Oh, no! Al contrario; estoy contentísima del trabajo de usted. Pero no sé cómo formular mi opinión... Es algo tonto lo que tengo que decirle...

— ¡ Dígalo!

— ¡ Bueno! Pues no esperaba tanto de usted.

— Me halaga y me...

— Procuraré explicarme. La comedia que ha escrito, no es la que yo pensaba que podía escribir. Es de forma tan distinta de todo lo que usted ha producido, que necesariamente hay que esperar que produzca sorpresa.

— Si la sorpresa es agradable...

— ¡ En eso estriba todo! La obra se compone de una serie de duos entre un hombre y una mujer. Esos duos están todo lo bien hechos y son todo lo brillantes que pueden ser. Pero ¿aceptará el público esta forma nueva? Si los dos primeros actos producen buen efecto, si la encantadora psicología de los dos personajes "entra" en los espectadores y les interesa, la obra está salvada. Porque el acto ter-

cero contiene una escena admirable. Pero hay que llegar hasta él. ¡ Ah! Querido amigo! ¡ cuán peligroso resulta apartarse de la vulgaridad!

— Sí. Mas eso hay que tenerlo descontado. En último resultado ¿ cree usted que la obra pueda irse al foso?

— Lo conceptúo imposible. Está llena de elementos excelentes. Las escenas episódicas son brillantísimas. Hay notas cómicas al lado de la melancolía casi dolorosa de la acción principal. Lo peor que le puede ocurrir á usted, es quedarse en cincuenta representaciones.

— ¡ Ah! — gritó Treillard, con violencia — ¡ No me hace falta eso! No voy buscando un *succès d'estime*. ¡ Cien representaciones ó nada!

— Eso no depende de nosotros — contestó Florisa. — Confiemos en que se realizarán los deseos de usted y que logrará la soñada representación centésima. Buenas noches.

Se separaron. Así pues, pocas horas antes del ensayo general, Florisa y aun el propio autor hallábanse indecisos aún sobre lo que podían esperar de la comedia que iba á darse al público. Ni uno ni otra habían visto claro lo que le aguardaba á Treillard. Ni ella ni él podían presumir el concurso que el capricho del público prestaría á esa combinación de elementos heterogéneos indispensables para un gran éxito teatral. Sin embargo, los indicios que ellos no habían visto, no pasaban inadvertidos para otros. El gordinflón Emilio, jefe de la *claque* del teatro, había

seguido desde la orquesta, con vivo interés, el desarrollo de la obra y había observado los efectos que juzgaba debían subrayarse por los aplausos de su hueste. Era un vividor, muy listo, muy jovial y muy ducho en asuntos teatrales. Parkin, á cuya empresa estaba asociado, sabiendo que era hombre práctico, lo consultaba gustoso. Durante los últimos ensayos, en distintas ocasiones, lo encontró meditabundo y poco expansivo. El empresario, inquieto, le pidió con ahinco su parecer. Pero el jefe de la *claque*, había contestado lacónicamente: “ ¡ Está bien ! ”, con expresión que se le antojó á Parkin poco tranquilizadora. ¡ Ah ! — pensó el empresario — ¿ es que ha olfateado un fracaso ? . Y él mismo, sin poderlo remediar, se enfrió, y principió á inquietarse formalmente. Ya no tenía opinión acerca de la comedia, que hasta entonces le pareció excelente. Estaba dispuesto á sufrir la impresión del primero que llegase, aun cuando fuese muy incompetente. Si el peluquero del teatro hubiera dicho que la obra era mala, por mala la hubiese tenido. Atravesaba por ese período de obscuridad, de dudas, de enervamiento, que es conocido de la gente del oficio, y durante el cual la suerte de las obras depende de los azares, de los compromisos y de los arreglos que pueden estropear las mejores producciones.

Parkin pasó la noche rumiando algunas modificaciones que se proponía pedir á Treillard, en cuanto fuera de día. No se atrevió á manifestar el proyecto á María Froment, cuya lealtad artística se hubiera

sublevado contra semejantes procedimientos y que hubiera podido enfadarse seriamente. Además, convenía dejar dormir á la actriz, abrumada por el excesivo trabajo de los últimos ensayos. A las ocho de la mañana, el empresario tomó un carruaje y proporcionó al autor la sorpresa poco agradable de despertarlo, entrándose en la alcoba. Aterrado al ver á Parkin, con el corazón encogido, Treillard se tiró de la cama, se vistió un traje de mañana y, mientras se lavaba, preguntó :

— ¿ Qué sucede ? ¿ Está ardiendo el teatro ?

— ¡ No ! Querido amigo. ¡ No ! Pero se me ha ocurrido una idea para la comedia...

— ¡ Oh ! ¡ Oh ! — gruñó el autor. — Ya es muy tarde para tener ideas...

— ¡ Es que la considero buenísima !

— Veámosla.

Parkin se detuvo, se rascó la nariz y dijo de un tirón :

— Me pregunto si no resultaría conveniente refundir el acto primero y el segundo, en uno solo, y...

No tuvo tiempo para terminar, Treillard, pálido de furor, cayó sobre él, lo cogió por un hombro y zarandeándolo, como á un pelele, le gritó :

— ¿ Se ha vuelto usted loco ? ¡ Cómo ! ¿ Y viene á despertarme para decirme tamaños desatinos ? ¡ Y la víspera del estreno, el mismo día del ensayo general, me propone rehacer una comedia que hasta hoy le pareció á usted excelente ! ¿ Es que pretende burlarse de mí ?

— Pero, amigo mío, reflexione. Durante el trabajo de los ensayos he visto más claro. Efectivamente la comedia me ha parecido siempre buenísima. Pero se me figura que resultaría mejor aún, sí... »

— ¡ Ni una palabra más, sobre el asunto ! — rugió Treillard, fuera de tino. — ¡ Le juro que si no se calla inmediatamente, lo arrojo por la escalera abajo !

— Si se pone usted así — exclamó Parkin, muy tieso — haga cuenta de que no he dicho nada. ¡ Sólo me inspiraba el interés de todos !

— ¿ Acaso, en estos instantes, tiene serenidad de ánimo para ver lo que conviene ? ¡ Valiente caso hago yo de lo que usted piense !

— Pero permítame...

— ¡ No permito absolutamente nada ! La obra se estrenará tal cual quedó ensayada anoche. ¡ Y no se le cambiará ni una sílaba ! ¡ Entiéndalo bien ! ¡ Ni un punto, ni una coma !

— ¡ Es muy cómodo hablar como está usted hablando ! Pero mi teatro... ¡ Caramba ! ¡ Yo me juego mi fortuna !

Treillard mostróse grave y frío. Dirigió al empresario una mirada irónica y le dijo :

— Tiene muchísima razón, señor Parkin ; usted lo arriesga todo y yo no arriesgo nada. Por eso mismo es muy dueño de jugar ó de no jugar este albur. Así, pues, no estrene mi comedia. Aun estamos á tiempo para retirarla. Váyase al teatro y devuélvame el ejemplar.

— ¡ Está usted rabioso ! — gritó Parkin — ¿ Quién habla de eso ? ¿ Retirar la comedia ? ¡ Nunca ! ¡ Jamás ! La estrenaré, ocurra lo que ocurra. Sin embargo, insisto en creer que si prevaleciera mi consejo...

— ¡ Un consejo estúpido !

— ¡ Sencillamente un corte y un empalme ! ¡ Nadie lo notaría !

— ¡ Cortar un acto entero ! ¡ Hubiera quedado un vacío tal que nadie podría comprender una palabra de la obra !

— ¡ Ah ! ¡ Todos los autores, al principio, dicen lo mismo ! ¡ Y, luego, declaran que se les ha hecho un favor !

— ¡ Eso lo dirán los *vaudevillistas* que usted cultiva !

— ¡ No desprecie á sus colegas !

— Nunca podré despreciarlos tanto como usted. Recuerdo lo que me ha hablado de ellos. Y, por lo que me ha hablado de ellos, adivino lo que hablará de mí.

— ¡ Pero, realmente, me trata usted como á un canalla !

— ¡ Son los actos de usted los que lo juzgan !

— ¡ Muy bien ! ¡ Ya puede esperar sentado á que yo le admita otra comedia !

— ¡ Estése tranquilo ! ¡ Ya verá las prisas que me dará para volver á estrenar en su teatro ! Y si no fuera por la esposa de usted, que es encantadora y que tiene un talento extraordinario... ¿ Qué opina María Froment, del proyecto de refundición ?...

Parkin retrocedió con tal brusquedad, ante esta pregunta á quemarropa, que Treillard rompió á reir furiosamente:

— ¡Ah! ¡Ah! ¿No se ha atrevido á decírselo? ¡Esperaba usted convencerme y llevarle el corte hecho! Pero ¿cree que iba á aceptarlo? Una artista, como María, comprendiendo lo que había de vulgaridad vergonzosa y de cobardía ruin en la mutilación que se me propone, hubiera sido capaz de tirarle á usted su papel á la cara.

— ¡Bah! ¡Bah! ¡Cálmese! — observó el empresario, que se hallaba azorado.

— Pero cuando se entere de lo que usted ha tenido el tupé de pedirme...

— ¡Ah! Pero toda vez que me lo niega, supongo, al menos, que no irá usted á decírselo...

— ¿Que no? ¡Es lo primerito que voy á hacer! ¡Pues no, que no! ¡Es preciso que se regocije! ¡Verá usted qué cara va á poner María!

— ¡Treillard! ¡Supongo que no pensará usted divertirse ocasionándome disgustos conyugales!...

— ¡Usted no debió casarse con una primera actriz guapa y joven!

— ¿A usted, qué le importa?

— Si, señor; ¡vaya si me importa! Antes del casamiento, no discurría usted muy á derechas. Después, sólo se le ocurren disparates. ¡Todo lo supedita al triunfo de su esposa! Me ha sobado usted lindamente para que escribiera cuatro escenas, en las cuales, aún no hace ocho días, la juzgaba inimitable. ¡Y, ahora,

quiere que suprimamos una! Las cuatro escenas debían mostrar todas las facetas del talento de la artista. ¿Vamos á quitar una faceta? ¿Acaso no posee, María, esa faceta? ¡Ah! Ya se lo explicará usted á la interesada. ¡No quiero que ignore lo que su marido le preparaba!

— ¡Vamos! Mi querido amigo Treillard, ¡no regañemos!

— ¡Bueno! ¡Bueno!

— La comedia tal cual es ¡qué diantre! debe triunfar. Sin duda, el triunfo sería mayor aligerándola como yo proponía. ¿No estamos conformes? ¡Pues no hablemos más de ello! Pero haga más justicia al paso que he dado. Sólo me impulsaban deberes de conciencia de director teatral, y deseos de ver á usted alcanzando señalada victoria.

— ¡Bueno! ¡Bueno!

— Vamos; se ha acabado. ¿No me guarda mala voluntad?

— ¡Al contrario!

— ¡Ah! ¡Está usted lleno de rencor!

— ¡Muchísimas gracias!

— ¿No le contará usted nada á María?

— ¡Ah! le duele!

— La haría usted enfermar, y representaría mal.

¡Vea, pues, lo que hace, por interés propio!

— Estoy enterado.

— ¿Quedamos de acuerdo?

— ¡Sea!

— ¡Ah!

— Pero, por esperar, no perderá usted nada. ¡La enteraré de todo al día siguiente del estreno!

— ¡Ah! ¡Eso me tiene sin cuidado! Cuando la obra haya triunfado, mi mujer me perdonará, y usted también. Ó resultará que mi consejo era razonable y entonces...

— ¡Váyase al diablo! — exclamó Treillard, riendo.

Los dos hombres se estrecharon la mano, reconciliados, y Parkin se marchó tranquilizado, en el fondo, por la firmeza con que el autor había resistido las exigencias del empresario.

XI

Después del segundo acto de *Malos caminos*, la noche del ensayo general, agitación extraordinaria conmovía al público que llenaba la sala de la Comedia Intima. La obra estaba en las nubes. Parkin, instalado, en el palquillo del escenario, con Treillard, gritaba con voz de trueno « ¡Arriba el telón! », á fin de que los tramoyistas, pasmados y jubilosos, ante tan prolongado entusiasmo, se decidiesen á levantar, por cuarta vez, el telón. María Froment, saludando al público que la aclamaba, dirigía miradas de emoción á su camarada Melval, y le repetía por lo bajo:

— ¡Qué efecto, veterano! ¡Qué efecto! ¿Crees ya que tendremos un exitazo? ¡Aquí hay margen para doscientas representaciones!

Con la boca casi cerrada, saludando con expresión del que está abrumado por el gozo, Melval contestó:

— ¡No te precipites! Aguarda el final del tercero. Evidentemente esto se presenta bien.

El telón, cayendo al fin, libró á los artistas de su forzada actitud.

— Pero, por esperar, no perderá usted nada. ¡La enteraré de todo al día siguiente del estreno!

— ¡Ah! ¡Eso me tiene sin cuidado! Cuando la obra haya triunfado, mi mujer me perdonará, y usted también. Ó resultará que mi consejo era razonable y entonces...

— ¡Váyase al diablo! — exclamó Treillard, riendo.

Los dos hombres se estrecharon la mano, reconciliados, y Parkin se marchó tranquilizado, en el fondo, por la firmeza con que el autor había resistido las exigencias del empresario.

XI

Después del segundo acto de *Malos caminos*, la noche del ensayo general, agitación extraordinaria conmovía al público que llenaba la sala de la Comedia Intima. La obra estaba en las nubes. Parkin, instalado, en el palquillo del escenario, con Treillard, gritaba con voz de trueno « ¡Arriba el telón! », á fin de que los tramoyistas, pasmados y jubilosos, ante tan prolongado entusiasmo, se decidiesen á levantar, por cuarta vez, el telón. María Froment, saludando al público que la aclamaba, dirigía miradas de emoción á su camarada Melval, y le repetía por lo bajo:

— ¡Qué efecto, veterano! ¡Qué efecto! ¿Crees ya que tendremos un exitazo? ¡Aquí hay margen para doscientas representaciones!

Con la boca casi cerrada, saludando con expresión del que está abrumado por el gozo, Melval contestó:

— ¡No te precipites! Aguarda el final del tercero. Evidentemente esto se presenta bien.

El telón, cayendo al fin, libró á los artistas de su forzada actitud.

— ¡Parkin! — gritó la primera actriz, con voz vibrante. — ¿Creerás que este cobardón de Melval aun no está seguro de que vamos volando hacia al dichoso máximo? ¿Qué necesitará para creerlo?

La actriz avanzó hacia el palquito, y, cogiendo á Treillard por el cuello, lo cubrió de blanquete, exclamando:

— ¡Ah! ¡Tanto peor! ¡Es preciso que yo abrace á mi autor!

— Ve á cambiarte de traje — le dijo Parkin. — Tendrás un centenar de personas aguardando en tu cuarto. No nos retrasemos para el tercero. No dejemos enfriar al público.

— ¿Enfriar? ¡Si vamos á incendiarlo! ¡Ah! La gran escena del tercero... ¡Ya verás, buen hombre, ya verás!

Se alejó riendo. Ya los periodistas y los amigos de la empresa asaltaban la escena, en medio del movimiento de los maquinistas que cambiaban el decorado.

— Vámonos á mi despacho — exclamó Parkin. — Allí estaremos mejor que aquí, tragando polvo.

Precipitóse hacia un muchachote moreno, con fisonomía risueña y mirada maliciosa:

— ¿Que tal, Gabriel? ¿Está usted satisfecho?

— ¡Encantado! ¡Si los *Malos caminos* son tan atrayentes, me explico que los buenos se encuentren tan poco frecuentados!

— Dígame ¿confío en que cuidará á María en la crónica que escriba usted?

— María no necesita que la cuiden. ¡No está enferma! ¡Ah! ¡Hola, Treillard! ¡Vamos! ¡Esto va bien! ¡El público está entusiasmadísimo! ¡Esta es la obra de la temporada!

— ¡Gracias! — contestó el autor, estrechando la mano al brillante crítico. — ¿Y los compañeros?

— Los camaradas parecen fastidiadísimos. ¡No falta ninguno de los signos del triunfo! Bargeand acaba de pedir su abrigo y se ha marchado gritando: ¡Ya no puedo aguantar más!

— Y á ese otro ilustre compañero — murmuró Parkin — no le bastan sus éxitos teatrales. Mírenlo dando una conferencia acerca del teatro...

— Lo veo camino de enseñar á sus contemporáneos que el arte de hacer una buena obra no existe.

— ¿Y cómo hace las suyas?

— Toma papel, pluma y escribe. Y luego todo se arregla.

— ¡Con cien representaciones!

Los tres soltaron la carcajada. Una oleada de visitantes los separó. Treillard, asediado por los cronistas, tuvo que suministrarles datos para sus revistas teatrales. Parkin, conferenciando con el jefe de la *claque*, escuchaba con la más profunda atención los informes que éste le facilitaba:

— ¡No suelte los cincuenta mil francos de localidades que la Agencia pide á precio de Contaduría! usted tiene en perspectiva un gran éxito de taquilla. Veo al público caminar hacia el delirio. El tercer

acto redondeará el negocio. Las localidades se venderán con sobreprecio durante mucho tiempo. La Agencia va á ganarse cien mil francos á costa de usted. Hagamos nosotros el negocio.

— ¿Me lo garantiza? — preguntó fríamente Parkin. — Ayer por la noche estaba usted menos seguro del negocio...

— Oiga — dijo el gordinflón Emilio — me quedo, al contado, con el pedido que hace la Agencia y le doy á usted el veinte y cinco por ciento de las utilidades. ¿Acomoda?

— ¡Acomoda!

— ¡Enhorabuena! Ahora va usted á ver lo que es entusiasmo. Voy á revolucionar el teatro.

El eminente Fabreguier, seguido por dos Eliacinos del partido realista, avanzaba por el escenario con gravedad afectada, caminando con tantas precauciones como si hubiera sospechado que bajo los pies había cepos y calabozos. Hizo un gesto magnífico de satisfacción orgullosa al descubrir á Treillard entre los *reporters*, y atrayéndoselo:

— ¡Bravo! ¡Bravo, querido amigo! *El Movimiento* presintió este triunfo, al solicitar la colaboración de usted. Confío en que pronto nos dará una novela. El magnífico artículo acerca de *Visiones ardientes* ha encantado á nuestro público... La revista del estreno, de la cual está encargado el vizconde de Adhémar, que tengo el gusto de presentarle...

Uno de los Eliacinos se inclinó gravemente.

— La revista del estreno aumentará el entusiasmo

de nuestros lectores... Cuento con la colaboración de usted ¿verdad?...

— ¿Cómo no?... Querido maestro — contestó Treillard, viéndose amenazado por la revista del estreno. — Desde mañana mismo, puede estar seguro...

— ¡Enhorabuena! Dígame ¿podré saludar á la señora Froment?... ¡Ha estado notabilísima!

— Estará vistiéndose... Sin embargo, la visita de usted le halagará tanto...

— ¡Vamos! Acompañeme — dijo Fabreguier, con los ojos alegres.

A espaldas del Director, los dos Eliacinos, al verse libres, respiraron ruidosamente.

— Oye ¿qué te parece? ¡El mico viejo! Bueno; vámonos al cuarto de la bella Claudina. A Roize le agradará que le llevemos noticias.

En los pasillos, la efervescencia era grande. Hasta aquel momento, Treillard, conocido por producciones notables, por novelas muy acabadas, por poesías muy lindas, no había dado aún sobre el gongo de la Fama ese golpe resonante que llega á los oídos de la muchedumbre. Era estimado por la *élite*. La masa del público lo desconocía. Bruscamente, en tres horas, entró en la gloria. La originalidad soberana de su obra, la admirable interpretación que alcanzó en la Comedia Intima, lo propicio de las circunstancias, á consecuencia de varias asquerosidades de la política, todo contribuyó á asegurar un triunfo fulminante. El « tercero », como profe-

tizó el gordinflón Emilio, rematado por la magnífica y violenta escena entre María Froment y Melval produjo sensación inmensa. Los artistas no podían hacer un gesto, ni pronunciar una palabra, sin arrancar tempestades de aclamaciones de la concurrencia enloquecida. Fué un arrebató de delirio que puso de pie á todo el público; las señoras se llevaban el pañuelo á los ojos; los hombres gritaban y golpeaban con los bastones el entarimado, en acceso de rarísima y unánime admiración. En el escenario, los artistas, trastornados por el efecto producido, permanecían inmóviles bajo el diluvio de aplausos. En el palquito, Parkin le dijo tranquilamente á Treillard:

— Hijito, tenemos el dinero en el bolsillo. Ya no hay quien nos quite el triunfo. Aun cuando el « cuarto » fuese detestable, y no lo es, el negocio está hecho. ¡Qué gusto! ¡Ah! ¿Supongo que no olvidará que en este teatro ha obtenido el primer triunfo grande?... ¿Cuento con que me traerá usted la próxima comedia que escriba?

Treillard, rendido, aniquilado, como si le hubiesen roto todos los nervios, contestó con voz opaca:

— ¡Ah! Le ruego, Parkin, que no me hable de eso en este momento. Me encuentro fatigado de tal modo, que creo que no volveré á escribir en mi vida.

— Bien. Eso está arreglado con una noche de descanso. Pero ¿queda usted comprometido conmigo, eh?

— Sí.

— ¡Pues no pido más! ¡Ah! Desde ahora, ándese con cuidado. Va á tener que defenderse. Este exitazo molestará á muchísimas personas. Pero aquí estoy yo; ya sabe que puede contar conmigo.

No pudieron continuar hablando. Por la puerta del escenario, una oleada de visitantes, lo inundó todo. Treillard, arrinconado junto á la guardarropía, se vió oprimido, abrazado, acariciado y felicitado por personas á las cuales conocía muy poco, pero que aparentaban conocerlo mucho. Fué algo así como un desfile, en la sacristía, al final de un casamiento. ¿No eran, efectivamente, las bodas del autor triunfante con el público que lo proclamaba vencedor?... ¡Hora rara, que no se disfruta dos veces, con esa calurosidad espontánea y viva, sin las restricciones de la envidia, y sin las agruras del egoísmo! Algo aturdido y abrumado, Treillard se dejaba estrechar las manos, pronunciaba palabras confusas, y daba las gracias sin saber á quien. Sin embargo, salió del atontamiento y se despejó viendo acercarse, del brazo de Fabreguier, á la Marquesa de Sortais. El prestigio de la ilustre dama, le abrió paso hasta el autor. El círculo de admiradores se ensanchó, y, en medio, sonriente, muy dueña de sí misma, ataviada enloquecedoramente, joven, seductora, la aristócrata pudo hablar despacio con su antiguo amigo.

— Es preciso que venga á buscarle hasta aquí, para darle la enhorabuena — le dijo con voz cariñosísima. — No hace mucho tiempo, hubiera podido esperar tenerle en mi palco durante una gran parte

de esta hermosa representación... Pero, poco importa el sitio en que nos veamos, toda vez que usted triunfa y yo aplaudo su triunfo.

Le tomó la mano y la retuvo entre las suyas. Fijó los ojos en los de Treillard y, ante todo el mundo, con olvido desdeñoso de todos menos del autor, le dijo en voz baja:

— ¿Es que ya se olvidó cuanto los dos quisimos? ¿Es que nada vibra en usted al escuchar el sonido de mi voz?... ¿Es que la gloria, bien ganada en plena juventud, va á mostrarse inexorable, ahora que es la más fuerte? Por la omnipotencia del triunfo, es hoy dispensador de favores. Esta representación deslumbradora é inolvidable para usted... no marcará el instante de nuestra reconciliación?...

Se inclinó y se acercó más; le oprimió más estrechamente la mano, y añadió:

— ¡Sea usted generoso! ¡Perdóneme el no haberlo conocido!...

Treillard, ante esta súplica tan lisonjera, experimentó una de las satisfacciones más vivas de su existencia. Su triunfo se materializó en la humillación de la altiva gran señora. Juzgóse realmente poderoso, cuando así se le rendían los orgullos y se le doblegaban las voluntades. Iba á contestar. La Marquesa lo contuvo con un gesto:

— ¡No! No me conteste ahora. Quiero que reflexione acerca del ruego que le he dirigido. Mañana vaya usted á verme á las cuatro de la tarde. Estaré esperándole.

En aquel momento, María Froment llegó al escenario vistiendo el traje negro constelado de azabaches, para el cuarto acto. Con gracia exquisita, la dama empujó á Treillard hacia la artista, diciéndole:

— Deseo felicitar á la admirable intérprete de su obra. Presénteme á la señora Froment.

Y entre derroches de apretones de manos y de sonrisas deliciosas, la actriz y la escritora, con circunspección extraordinaria y con falsía soberana, se prodigaron enhorabuenas acerca de sus talentos y de sus bellezas. Treillard, estupefacto, oyó á María Froment declarar que las estrofas de *Visiones ardientes* le habían llegado al alma y que se proponía recitar algunas en las « *Matinées* de los Poetas », cuando el literato sabía perfectamente que el volumen, llevado por él, estaba en la mesa del gabinete de la artista, sin abrir las hojas, confundido entre otros muchos.

— ¡Enhorabuena! — contestó la Marquesa. — Pero hace falta que me otorgue el favor de asistir á una de mis reuniones vespertinas, para ofrecer ese regalo á mis amigos y á nuestro querido autor.

— Con mucho gusto, señora...

— Vaya, querido — exclamó Parkin, con cordial desahogo. — ¡Abreviemos los cumplimientos! Se hace tarde, el público se impacienta, y los periodistas tienen que marcharse... Señora, le ruego que nos dispense... Vamos á empezar.

Y, así diciendo, empujó á la Marquesa, á Fabre-

guier y á todos los espectadores que llenaban el escenario, hacia la puerta de salida. La dama lanzó una mirada expresiva á Treillard, y le tendió la mano llevándosela á los labios. Luego, Parkin y el autor, se instalaron en el palquito. Sonaron los tres golpes, y el cuarto acto principió. Como justamente había previsto Parkin, la importancia del desenlace no podía ya mermar el triunfo definitivo de la obra. El público había llegado á ese extremo de entusiasmo en que todo parece admirable. El final de la representación se trocó en apoteosis. Los acomodadores y las encargadas del guardarropa, entre el delirio de los aplausos, apenas si podían distribuir los abrigos. Por vez primera los asistentes á un ensayo general pidieron con insistencia tan grande el nombre del autor, que Valmoreau tuvo que resignarse y mandar que levantaran el telón para proclamar el nombre de Treillard. El veterano director de escena estaba con gabán y sin guantes; le contrariaba presentarse así, pero Parkin lo hizo salir, dándole un empujón. Poco faltó para que Florisa Barel que llegaba de improviso al escenario, no se exhibiese al público junto al desconcertado Valmoreau.

— ¡Bueno! Parkin, me marchó — gritó Treillard, desde un extremo á otro de la escena.

— Buenas noches, querido amigo. Hasta mañana. Que duerma usted bien...

— No — contestó el autor, flemáticamente. — Voy á pasarme la noche refundiendo en uno los dos primeros actos...

— ¿Qué está usted diciendo? — exclamó María Froment, interrumpiendo la conversación con su marido y precipitándose sobre Treillard.

— Es un arreglito que me ha pedido Parkin, con objeto de aligerar la obra... Desearía comenzar la función con un juguete cómico, y le sobra un acto.

— Si es broma — murmuró la actriz con displicencia, — á esta hora y en este sitio, no le veo la gracia.

— Mire usted á Parkin — contestó Treillard. En aquel trance, el director-empresario de la Comedia Intima estuvo á la altura de la reputación de desahogado, que conquistara en cien ocasiones distintas y que le había proporcionado celebridad. Soltó la carcajada.

— ¿Yo? ¡Pues si le he pedido á Treillard que escriba un quinto acto, á guisa de epílogo! ¡Se necesita tupé para hablar de cortes! ¡Precisamente yo siempre he encontrado la obra demasiado breve!... Vamos, ven á cambiarte de traje.

Y, tomando á su mujer del brazo, se largó del escenario. Treillard se alejó por el pasillo, con Florisa. Junto á la puerta de salida, se encontraron con Babín y con Malatiré que estaban esperándolos. Los dos leales, que habían asistido á la representación, desde el proscenio de su amiga, estrecharon calurosamente la mano al autor. Malatiré prescindió de su habitual hostilidad hacia las cosas de teatro, hasta el punto de decir:

— Realmente he pasado muy bien el rato.

— Enhorabuena. Pero, ahora, vamos á comer — observó Florisa. — Estoy muerta de hambre y necesito que se me obsequie.

Entraron en una cervecería, donde su presencia produjo sensación. La noticia del gran éxito de *Malos caminos*, propagada con rapidez eléctrica, había llegado ya á los bulevares. Luego, la curiosidad se cansó, y, al fin, instalados en mesita aparte, pudieron comer y charlar tranquilamente.

— ¡Se ha ganado una magnífica batalla! — dijo Malatiré. — Y, desde ahora, hay que prepararse para cosechar los beneficios. Si sabe manejarse tiene, en perspectiva, la Academia... Pero conviene no hacer tonterías. Y la mayor de todas, sería la de producir demasiado. Aguarde año y medio ó mejor aun, dos años, si puede, antes de estrenar otra comedia... Y, mientras, conságrese de veras á una obra que sea nueva consagración. Tiene usted la suerte envidiable de producir libros al par que comedias... Publique una novela... Se le discutirá mucho menos que si estrena en seguida. Y, además, dejará que se amortigüe el ímpetu de los odios que este éxito ha de acarrearle.

— ¡Odios! — murmuró papá Babín. — ¿Por qué? ¿Por haber logrado un gran triunfo?

— Sí, viejecito inocente — contestó Florisa. — Unicamente por haber logrado un gran triunfo. En este momento, nuestro amigo destroza el corazón de mil individuos, á los cuales no conoce de nombre ni de vista, pero que se sienten heridos por el éxito,

como si se lo hubiesen robado á ellos. No tienen ingenio, ni bríos, ni inspiración, ni paciencia, ni ninguna de las condiciones que se requieren para intentar sólo lo que Treillard acaba de conseguir. Pero; no importa! Se complacen en considerar al autor triunfante como á un malhechor al cual, por deber y por espíritu de acometividad, están obligados á perseguir siempre, para aplastarlo y anularlo.

— Querido amigo — añadió Malatiré. — Un autor como Treillard que va á tener toda la temporada su obra en el cartel de un teatro, donde, cuando menos hay veinte comedias aguardando turno, tiene, primeramente, por enemigos, á los veinte autores de esas veinte comedias, luego á todos los amigos y camaradas de esos veinte autores, amén de las familias y de los proveedores. Es una liga, ¿me entiende? en la cual ingresan con gusto todos los fracasados, todos los holgazanes y todos los curiosos que se agrupan, en cuanto alguno se detiene, gesticula ó grita. Y, desde ahora en adelante, no publicará una obra, sin que la atención pública, avizorando, no esté propicia para recibir, con interés, todos los ataques que contra la obra y el autor se formulen.

— Pero, apresurémonos á decir — observó Florisa — que esa es la consagración evidente y hasta, en cierto modo, necesaria del triunfo. Esa baba es lo que mejor consolida los cimientos de una reputación. El puñado de lodo, lanzado sobre la frente de un gran artista, se trueca en corona de estrellas.

— Les ruego, amigos míos — exclamó Treillard, riendo — que no me anuncien destinos tan lamentables y tan magníficos. Ustedes exageran mi triunfo y las consecuencias que puede tener.

— ¡No! O usted no lo comprende ó su modestia muy plausible le hacer creer que hay exageración en nuestras palabras. Ya lo verá mañana. Al par que los primeros elogios, que serán unánimes y serios, llegarán las peticiones de los empresarios. Van á estar colgados de la campanilla de su casa. Usted se ha convertido, para ellos, en « el señor que da siete mil francos de entrada. » En materia de arte sólo saben esto, pero lo saben bien. Estarán dispuestos á estrenar cuantas obras les prometa. Póngalos en la puerta de la calle, cual ellos le hubieran puesto, si hubiese ido á buscarlos. Su adulación le dará la medida del poder que usted ha alcanzado.

Malatiré no pudo continuar. Parisot se presentó, jadeante, y, arrojándose sobre Treillard:

— ¡Ah! Mi querido amigo ¡qué disgusto para mí, no haber podido asistir al ensayo general!... Pero usted me dispensará ¿eh?... Estaba hoy invitado á un banquete, con tres semanas de anticipación... Acaban de anunciarme el resultado, y de decirme que había usted venido á comer á casa de Willer...

— ¿Quién le ha dicho á usted eso? — preguntó curiosamente Malatiré.

— Un parroquiano de esta cervercería, al cual Treillard no conoce... Un autor de mi casa... que ha estado en el teatro... y que me ha hablado mucho y

bien de la comedia... ¿Cuento con ella, no es eso?...

— Claro que sí, — contestó Treillard.

— ¡Ah! Es que ya comprenderá que, ahora, con usted, hay que adoptar precauciones. — Florisa y Treillard cambiaron una sonrisa; hasta tal punto las palabras de Parisot confirmaban exactamente lo que Malatiré acababa de expresar, como fruto de aspérrima experiencia de la vida literaria.

— Y, además, amigo mío, le ruego que no se prodigue. No se lance sino sobre seguro. Ahora se analizará cuanto escriba. Pero aquí estoy yo para defenderlo...

— Vea, querido, — insinuó Malatiré — como su editor le confirma todo lo que hemos dicho á usted.

— Y su editor es su amigo — declaró Parisot, fogosamente. — ¡Bien lo sabe! ¡Ah! Tengo grandes proyectos de propaganda. Mañana mandaré componer un cartel, doble tamaño mayor, con el retrato de usted, y los títulos de sus obras. Fijaremos ese cartel, primeramente en todo París, y, luego, en todas las grandes localidades y capitales de provincias. ¡Una publicidad monstruo! ¿Qué me dice?

— No digo nada. Lo dejo á usted hacer. Únicamente el retrato se me antoja inútil.

— ¡Inútil! Pero, amigo mío, si esta semana ha de figurar en todas las Revistas... ¿Tiene usted algún retrato bueno?...

— Sí; Boyer me fotografió hace dos años.

— Todos los fotógrafos lo van á asediar. Ya comprende, querrán hacer postales y retratos para la

venta... Ahora, aun físicamente, se ha convertido usted en un negocio... No deje de enviarme el retrato mañana mismo; me encargo de que hagan una ampliación para mi cartel... Y, además...

Parisot se puso serio; miró con cierta inquietud á Florisa, á Babín y á Malatiré, y añadió:

— Y, además, hay que cuidar mucho las relaciones. Ahora va á verse muy solicitado en sociedad. Los *snoobs* querrán tenerle en sus salones. Hasta hoy lo han recibido como á un comparsa y lo han mirado por encima del hombro... Ya, lo consideran como una primer figura... Lo atraerán, lo mimarán... No haga ascos... No deje perder la ocasión. Exhíbase, pero sin prodigarse. Ayer, afirmando audazmente su altivez y procediendo casi brutalmente, obraba usted sin razón... Hoy la situación ha cambiado y ya tiene razón...

Florisa interrumpió á Parisot, diciéndole:

— Supongo que alude á la señora de Sortais. Y me figuro que no aconsejará usted á Treillard que reanude las equivocaciones en que ha incurrido.

— ¡De ningún modo! Le aconsejo no que rompa con ella, que conserve esa amistad, que se aproveche de la influencia, real y efectiva, que esa dama puede proporcionarle, y, especialmente, le aconsejo que no recaiga en las simplezas que han estado á pique de comprometerlo todo. Con una mujer de ese género, el platonismo es de rigor. Y, así, en esas condiciones, la existencia junto á ella es la perfecta realización de un sueño. Su salón es terreno de maniobras

y campo de enseñanzas prácticas. Allí se alterna con cuanto notable, en todos los órdenes, encierra Paris. Allí pueden observarse y estudiarse todas las intrigas, todas las miserias y todas las pequeñeces humanas. Pero, para efectuar ese trabajo y para cosechar beneficios y enseñanzas, es preciso no embobarse mirando los lindos ojos de la dueña de la casa. Si se limita á ser su amigo, cuente usted con que resueltamente, lealmente, la Marquesa le dará cuanto dependa de ella y le servirá en cuanto esté á su alcance.

— Es imposible expresarlo mejor — afirmó Florisa. — Y esté tranquilo, Treillard; si usted siente algún capricho hacia las amigas de la señora de Sortais, ésta no le pondrá obstáculos. Muy al contrario.

— ¡Oh! ¡Florisa! — exclamó papá Babín, alarmado.

— Mi querido ancianito, acostúmbrese á oírme hablar de las mujeres cual si yo fuera hombre. En este momento sólo me preocupo del interés de Treillard. Si Andrés tuviese el carácter rudo y feroz de un solitario, yo le diría: márchese al campo y trabaje en la soledad y en el aislamiento. Pero nuestro amigo es frívolo, sensible y un poquitito vividor. La vida de sociedad, con su variedad de cuadros y de personajes, le resulta necesaria. Así pues, le aconsejo, como el señor Parisot, que escoja bien el medio en que ha de maniobrar. Y dicho esto, como son cerca de las dos de la madrugada, basta de filosofía, y larguémonos á nuestros respectivos domicilios.

Treillard va á dormir sobre almohada de laureles.

Tres años después, en el hotel de la señora de Sortais, hacia las cinco de la tarde, un grupo de amigos estaba instalado en el salón, alrededor de la chimenea. Había nevado abundantemente, y las calles estaban cubiertas por blanca alfombra. La minúscula señora de Gantis entró, muy rubia, muy sonrosada bajo sus cibelinas y, estrechando la mano á la Marquesa:

— Vengo á darle mi enhorabuena. ¡Qué triunfo obtuvo usted ayer, en la *Matinée* de los poetas, con las *Armonías color malva*! Melval estuvo realmente sublime en el *Nocturno pálido*. ¡Qué producción tan personal y tan delicada! Hacía falta un artista tan insigne como Melval, para darle relieve...

— ¡Muy bien! ¡Muy bien! ¡Muy bien! — refunfuñó el barón de Duburle, crispando levemente el rostro. Y, para digerir mejor su admiración, se sorbió una taza de te, hirviendo, aromatizado con unas gotas de marrasquino.

— He hablado con el Ministro de Instrucción Pública — dijo Crespel, diputado socialista millonario — á propósito del presupuesto sometido á mi informe; el nombre de usted, Marquesa, surgió naturalmente en la conversación, al tratar de literatura... El Ministro exclamó: Es una escritora de extraordinario talento...

La señora de Sortais sonrió, hizo, con la mano, un leve movimiento de protesta y murmuró:

— Si el Ministro quiere complacerme, que conceda á Treillard la roseta para el 14 de Julio próximo... ¡Resulta escandaloso que Treillard no sea ya Oficial de la Legión de honor!...

— ¡Ah! condesa, es que está mal conceptuado en el Ministerio — replicó Crespel. — Se le tacha de reaccionario.

— ¿Qué relación existe entre la opinión particular de un hombre y su talento, públicamente reconocido?...

— Una relación decisiva. El Gobierno considera las cruces que otorga, no como recompensas y sí como favores. Y la fórmula es: nadie obtendrá cosa alguna, excepto nosotros y nuestros amigos.

— Entonces ¿qué valor tienen esos favores?

— Pequeñísimo. Así se explica que los hombres ilustres no sean ni caballeros, y que los mamarrachos sean grandes dignatarios. Pero, tratándose de Treillard, venceremos todas las dificultades. Haré cuestión personal el asunto.

— ¡Entonces, está logrado! — observó graciosamente la dama. — Ya se sabe que para usted no hay dificultades y que es omnipotente.

— En todo caso, seré amigo leal de mis amigos — contestó el diputado socialista — y me honro siendo de los mejores de usted.

La señora de Sortais se llevó á Crespel al hueco de una ventana, y, allí, mirándolo con fijeza:

— Se habla de usted, con toda formalidad, para el

desempeño de una cartera en la próxima combinación ministerial.

— ¡No! Aun no puedo aspirar más que á una subsecretaría de Estado. Y esa la conseguiré si usted me presta el apoyo de sus amigos de la alta banca. Después de la del Jefe, su influencia es soberana.

— Pues le ofrezco ese apoyo. Ya sabe que, cuando prometo cualquier cosa, la cumplo...

— Y yo; bajo mi palabra, le aseguro que nuestro amigo tendrá la roseta.

Volvieron á aproximarse á la chimenea. La baronesa de Folentin acababa de llegar, con su hermano, el joven Prévinières. Ya éste había entablado un flirteo animadísimo con la minúscula señora de Gantis. Le hablaba muy bajito y muy de cerca.

— Mire, mi linda amiga, conviene que no se deje apabullar por los talentos literarios que aquí se caca-rean. La realidad es completamente distinta de las apariencias. Los que más fama tienen, no son los que trabajan.

— ¡Murmurador! Ya va usted á decirme lo que me han dicho todos, en los cuatro años que llevo de visitar á la Marquesa... Lo cierto es que nuestra amiga tiene mucho ingenio.

— Lo cual no es razón para que posea talento. Cuando usted quiera, puede ser tan talentuda como la Marquesa... No tiene más que confiar en mí. Yo le proporcionaré *Armonías color malva*. O, mejor dicho, se las encargaré á un amigo mío, que es un

asombro, y que sirve simbolismos, por horas ó por carreras, como se le pida...

— ¡Se está usted burlando de mí! Ante todo, ¿qué cosa es simbolismo?

— Oiga ¿quiere ir mañana, á las cuatro de la tarde, á mi casa, calle de Astorg, número 21, entresuelo?... Yo le enseñaré á usted lo que es simbolismo... Será asunto de unas cuantas lecciones, con figuras demostrativas.

— ¡Está usted loco!

— No lo niego; pero es por usted.

— Es preciso ser desahogadísimo para hablarme de esas cosas, aquí...

— ¿Por qué no? ¿Por qué aquí?...

— Porque es usted el amante de la Marquesa...

— ¿Yo? ¡Ah! ¡Jesús! ¡Señor! ¿Qué me está diciendo? ¿Yo el amante de esa mujer encantadora que, en este momento, sirve el te y nos mira?... ¡No! ¡No! Si lo fuera, discurriendo con lógica, no me hallaría hoy, al lado de usted, en este salón templado y lleno de flores... ¿Dónde se encuentra el Marqués?

— Cazando.

— Pues ahí tiene usted la prueba de que no sostengo relaciones con su esposa. Si las sostuviera, estaría con el Marqués, corriendo por los campos cubiertos de nieve, dando guerra á las alimañas selváticas...

— Pero el año último acompañó usted al señor de Sortais á todas las cacerías...

— ¡Ah! El año último... ¡era el año último! Pero el presente año!...

— ¡Es el presente año!

— ¡Eso mismo! Así, pues, bellísima señora, soy libre, completamente libre, como el aire que respiramos. Y en la calle de Astorg, 21, entresuelo, á las cuatro de la tarde... Enteramente á su disposición.

La llegada de Fabreguier y de Treillard, interrumpió aquellos fútiles discreteos. Treillard, sonriendo, estrechó la mano de la Marquesa, y la dejó apoderarse del académico, al cual parecía estar aguardando con impaciencia. Después, se aproximó al grupo de las señoras, y se sirvió una taza de te. Ya no era aquel Treillard delgado, ojeroso, sombrío y mal vestido, al cual los contertulios de la señora de Sortais habían desdeñado en otro tiempo. Bien trajeado por un excelente sastre, calzado con botas de charol, correctamente enguantado, con los cabellos perfectamente cortados y la barba cuidada, grueso y rozagante por el triunfo y por la vida agradable, Treillard podía pasar por un cumplidísimo *gentleman*. El fuego que, antaño, le ardía en los hundidos ojos, la crispación de la boca inquieta, toda la fisonomía reveladora de amargura, se había dulcificado y esclarecido. Parecía un hombre feliz.

Mientras tanto, Fabreguier había sido arrastrado por la Marquesa lejos de la mesa del *lunch*, hacia la cual dirigía miradas lastimosas, porque veía rutilar, en cristalino frasco, un vino color de topacio, por el cual sentía especial predilección.

— ¡Veamos! ¡Veamos! ¡Cuénteme! — decía la dama. — ¿Se ha hecho rogar mucho Florisa Barel?

— Justamente lo preciso para que tuviese valor su capitulación.

— ¿Vendrá?

— Vendrá. Pero no en la intimidad. En una gran recepción, á la que asistan literatos.

— Muy bien. Ya escogeré los invitados. Convidaré á Malatiré.

— Ya puede estar segura de que rehusará. Se ha dedicado á odiar á Treillard.

— Naturalmente. Hay muchísima diferencia entre los dos. Nunca se podrá domesticar Malatiré. Es un oso hambriento, un patán grosero del Danubio. Ya puede hacer toda la oposición que quiera... Estará sólo... Lo importante es que Florisa venga á mi casa. ¡Y vendrá! ¡Qué desquite para mí!

— ¡Qué victoria, sobre todo, para Treillard! Florisa ha cedido por él. En el fondo, estoy seguro de que esa joven extraordinaria ama á nuestro amigo. Ya sabe usted que éste ha querido casarse con ella, y que ella no ha aceptado. Lo cual no quita para que Florisa lo ame, aun cuando haya sacrificado el cariño á su pasión por la libertad.

— ¡Bah! Que lo ame cuanto guste, con tal de que le sirva y de que no me ponga mala cara. A la altura á que hemos llegado Treillard y yo, ya comprenderá que no debemos tener más que amigos. Todo ha de contribuir á conquistarnos simpatías. Usted, mi que-

rído amigo, nos ha sido y continuará siéndonos, en lo porvenir, muy útil. Le debemos inmensa gratitud por haber sido nuestro protector. Cuando se haya estrenado y haya obtenido el gran éxito que esperamos, la comedia que Treillard está ensayando en el Teatro Francés, nuestro amigo será el jefe de la moderna generación. Ya no tendrá que ocuparse más que en cosechar. Y él y yo, apoyándonos mutuamente, ocuparemos lugar preeminente en el mundo de las letras. Nos hemos asociado juntando cuanto puede proporcionar brillo y atractivo á una casa: reputación, talento, amabilidad y fortuna considerable. Nuestra política de amistad, ha ofrecido admirables resultados...

— Marquesa, reconozco y aplaudo la habilidad con que ha maniobrado usted. Porque Treillard se ha limitado á dejar hacer...

— Ha tenido el mérito de ser razonable, — interrumpió vivamente la señora de Sortais, — y yo lo sé mejor que nadie. Ha logrado recompensa... Nada más justo... Aún logrará más... Su inclinación acendradísima hacia el partido conservador le ha proporcionado amistades muy valiosas. Todo esto, en su día, dará fruto.

— Malatiré nos molestará de firme para el ingreso en la Academia. Acusa á Treillard de falta de sinceridad en sus convicciones filosóficas.

— Está celoso de la reputación de nuestro amigo y de la amistad que le ha conservado Florisa Barel... Pero se verá obligado á ceder, como los demás...

Hay un momento en la carrera de un literato, en que las hostilidades cesan, porque no tienen ya razón de ser. No se levantan obstáculos en el camino de un competidor, más que en tanto cuanto se cree posible detenerlo. Cuando se comprende que todas las resistencias son inútiles, no hay más que resignarse. Y esa resignación, que es prueba de la supremacía de un artista, Treillard está en vísperas de lograrla.

— Y usted, Marquesa, ya la ha logrado, — dijo cortesmente el académico.

— ¡Oh! ¡Yo! Soy una mujer, y se me trata con galantería. Conviene que no me forje ilusiones. Entra por mucho la benevolencia en el juicio que se forma acerca de mis obras. Pero, aun cuando no estoy ciega, me hallo satisfechísima y me considero muy favorecida por la suerte.

Se aproximaron á la chimenea, ante la cual Treillard se daba tono, conversando con la minúscula señora de Gantis, que lo oía encantada:

— El ideal, querida señora, consiste en trabajar cuatro meses al año, y en invertir el tiempo restante en pasear, observar, divertirse y disfrutar de la existencia. Un escritor, inclinado constantemente sobre las cuartillas, y pensando sólo en llenar de tinta negra el papel blanco, se convierte en una máquina de escribir insignificante y vulgar. Hay que vivir la vida y hay que procurarse sensaciones. Un literato debe ser tan elegante y tan refinado y debe estar tan bien relacionado como el que más de su época. Es condición indispensable la de que renueve á diario ideas

é impresiones. En los lugares que visita, encuentra decoraciones; en las mujeres que admira, halla datos para elegantizar á sus heroínas; los discreteos que pone en boca de sus personajes, generalmente los ha oído y los reproduce... Para vivir en la torre de marfil, hay que ser de Vigny, y resignarse á producir poco... Y ¿qué valor tiene un artista que no produce? Balzac nos ha condenado á trabajos forzados con los sesenta volúmenes de su *Comedia humana*. Hombre célebre, con un sólo libro, ni existe, ni puede ya existir. O, ha condenarse á no ser conocido más que por una *élite*. Y no hay satisfacción tan completa como la de sentirse en contacto con las grandes masas del público. El día en que un artista pasa entre la multitud, por la calle, y vé que las gentes vuelven la cabeza y oye que pronuncian su nombre á media voz, experimenta la verdadera sensación de la gloria. Es preciso ser popular. Los que alardean de despreciar á la popularidad, son aquellos que nunca han podido alcanzarla. Hay una fábula lindísima de La Fontaine, sobre este tema...

— El zorro y las uvas, — dijo riendo el joven Prévinquières.

— Pero, querido maestro, — interrogó la señora de Gantis, — si le lloviese del cielo una herencia de cien mil francos de renta ¿continuaría usted trabajando?

— Pídale la contestación á la Marquesa, — contestó el literato, de modo que lo oyese la señora de Sortais.

— ¡Eh! ¿Qué pregunta usted, monina? — exclamó la autora de *Armonías color malva*. — Mire, la literatura es como la túnica de Neso. O no hay modo de llevarla ó se nos adhiere y sólo nos desprendemos de ella con la vida.

— Y, cuando es prestada, no se la suelta ni á tres tirones, — susurró al oído de la jovencita, el malicioso Prévinquières. Luego añadió, formalmente, en voz alta:

— Entonces, eso debe ser una especie de intoxicación. ¡Se llevará en la masa de la sangre! ¡Ah! Puede acarrear consecuencias funestas. Porque, por una mujer de genio, como la que nosotros conocemos en la aristocracia ¿cuántas pécoras hay, que invocando esa teoría, se considerarían con derecho á ensañarse, aburriéndonos con sus soporíferas producciones? ¿No habría modo de cortarles las alas y de obligarlas á que soltasen la lira?

El barón de Duburle, que, desde hacía rato, se mostraba muy inquieto, gritó bruscamente:

— ¡Exceso de literatura! ¡Exceso de escritores! ¡Exceso de libros! ¡Exceso de periódicos! Francia se encuentra atacada de histeria literaria, que la lleva derechamente á la demencia. El primer imbécil que acaba de nacer, quiere, hoy, tener ideas y expresarlas... De cada dos franceses hay uno que escribe...

— ¡Y otro que no lo lee! — observó bromeando la baronesa de Folentin.

— ¡Afortunadamente! — afirmó Fabreguier, con gesto de terror.

— ¡Vamos! ¡No regañemos! Ese mal es mucho menor de lo que nuestro amigo declara, — manifestó Treillard, riendo. — ¿Hay derecho para denostar tan violentamente á una profesión que da de comer á millones de hombres? Porque para publicar un libro hace falta algo más que papel, tinta y pluma. Hacen falta: fábricas, que engullan bosques reduciéndolos á pastas; fundiciones para los caracteres de imprenta; talleres para la construcción de máquinas impresoras; tipógrafos que compongan; maquinistas que impriman; plegadores y encuadernadores para presentar los libros; librerías para venderlos; periódicos para elogiarlos, y, en fin, mil y mil oficios, que renuncio á enumerar, y que viven del pensamiento fecundo del escritor, que, pacientemente instalado ante una mesa, exterioriza en las blancas cuartillas sus voluptuosidades imaginativas. Si es una locura, convenga usted, Barón, en que es una locura tranquila y, en ningún caso, perniciosa. Tengamos, pues, benevolencia hacia ella.

— Usted ha tratado el asunto en su aspecto utilitario, — añadió la señora de Sortais. — Pero si lo estudiamos únicamente desde el punto de vista ideal, hallaremos que la literatura lanza á la frente de Francia, despojada de sus antiguas glorias, una postrera fulguración de grandeza. El mundo entero le rinde vasallaje. Todos los teatros del extranjero viven de nuestras comedias... Y Treillard es tan aplaudido en Roma, en Berlín ó en Londres, como en París...

— Y muchísimo menos discutido, — exclamó el escritor, levantándose para despedirse.

— ¿Irá usted esta noche á mi palco de la Opera? — preguntó la condesa á Treillard, acompañándolo.

— No podré; como en casa de la señora de Grodsko.

— ¿Pero eso va á durar siempre? — preguntó sonriendo la Marquesa.

— ¡Ah! ¡No me hable de ello! Creo que nunca podré verme libre... Me impide trabajar...

— Bueno. Lléveme á esa amable y tiránica mujer, esta noche, si es posible... Yo la llamaré al orden. Que lo ame mucho, me parece muy bien. Pero que perturbe la carrera de usted, es inadmisibile.

Miráronse afectuosamente, y, tan lejos de sus antiguos disgustos, unidos por una alianza de suprema conveniencia, se estrecharon la mano con absoluta confianza.

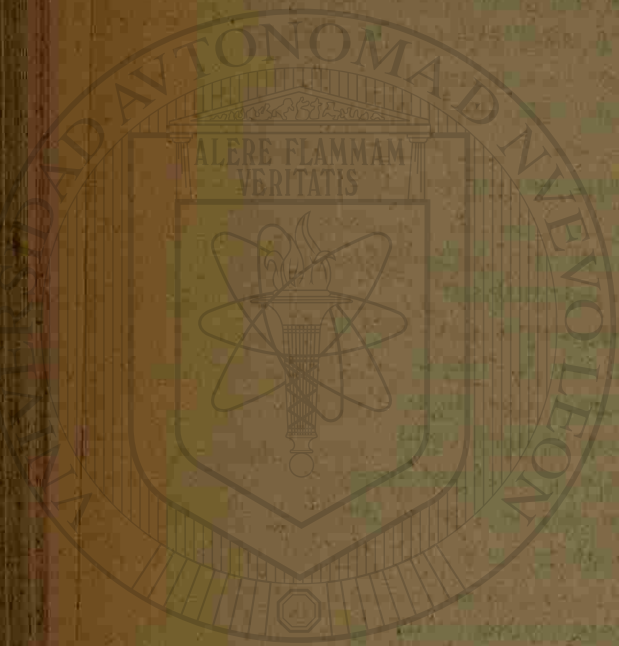
— Toda vez que se presta bondadosamente á sermonear á esa locuela, procuraré llevarla esta noche al palco de usted.

— Cuente conmigo.

Treillard inclinóse para besarle la mano, y murmuró:

— ¡Que amiga tan admirable es usted para mí! Y la Marquesa sonriendo indulgentemente:

— ¡Mi triunfo, es haber conseguido hacérselo comprender á usted.



Imp. PAUL DUPONT, 144, rue Montmartre — Paris, 2^e arrt. — 773.10.1906

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN[®]
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

